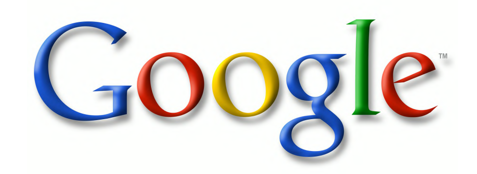


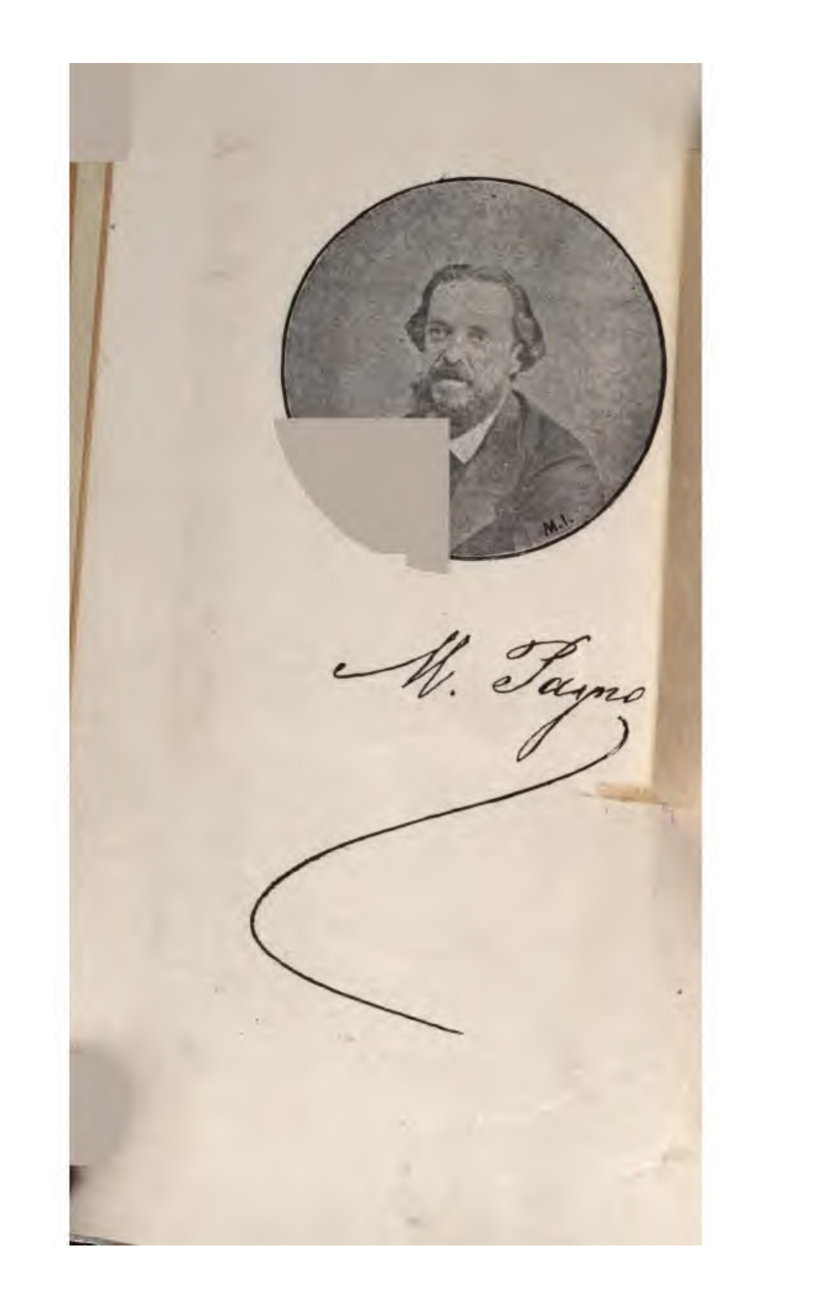


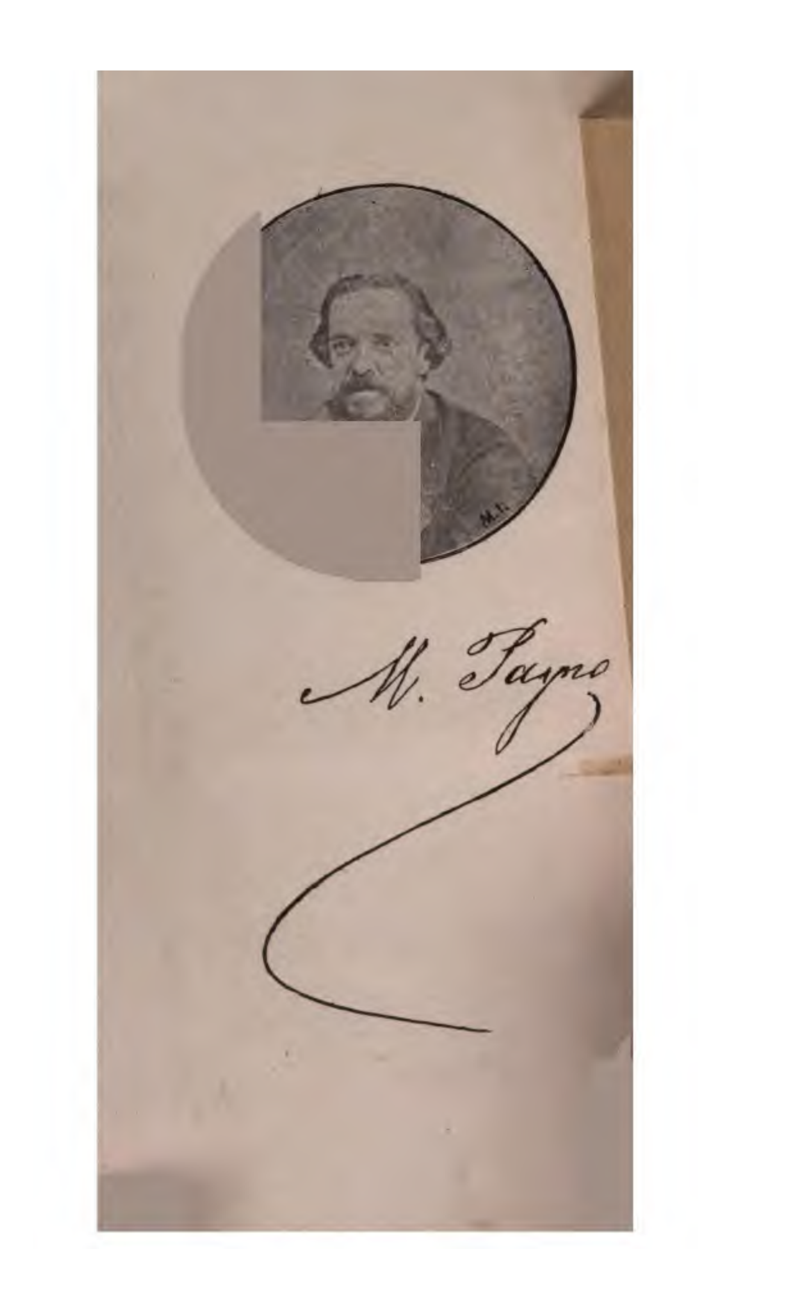

LELAND·STANFORD·JVNIOR·VNIVERSITY

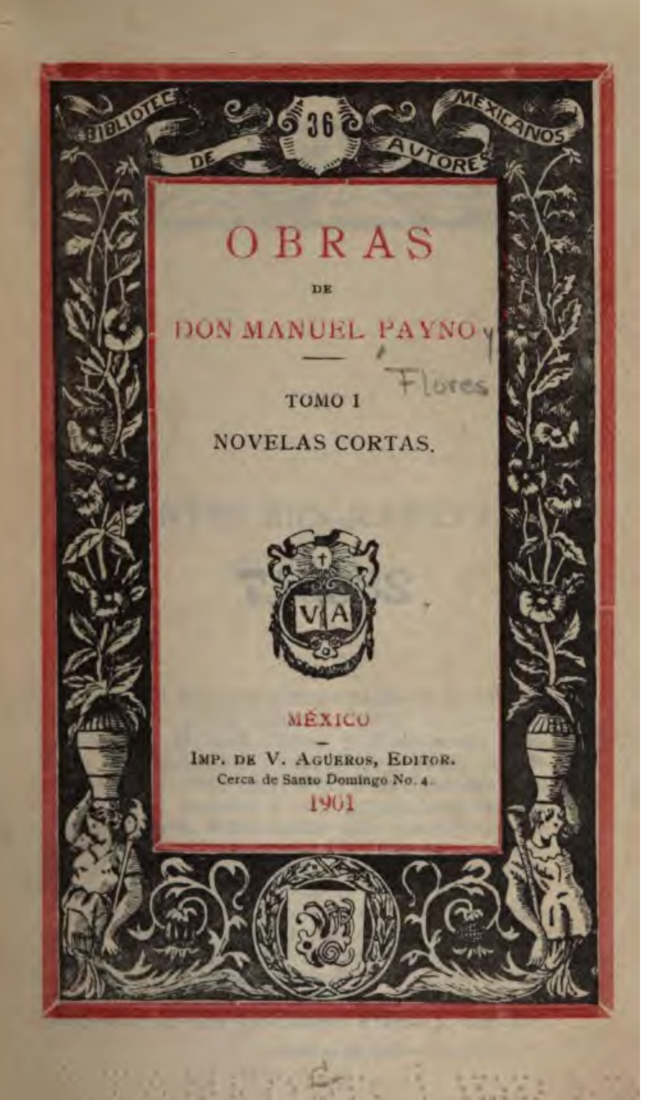
BIBLIOTECA

DE

AUTORES MEXICANOS.


M.I.
M. Payno


M. Payno



OBRAS

DE

DON MANUEL PAYNO y Flores

TOMO I

NOVELAS CORTAS.

MÉXICO

IMP. DE V. AGÜEROS, EDITOR.
Cerca de Santo Domingo No. 4.
1901



APUNTES BIOGRAFICOS

DEL AUTOR.

I.

D. Manuel Payno y Flores nació en la Ciudad de México el 21 de junio de 1,810. Fueron sus padres don Manuel Payno y Bustamante, antiguo empleado del Virreynato, y doña Josefa Flores: el primero pertenecía á una familia acomodada del Interior y era primo hermano de don Anastacio Bustamante que posteriormente colaboró con el Libertador Iturbide en la gloriosa obra de la Independencia de México y fué varias veces Presidente de la República.

Payno entró muy joven, á poco de consumada la emancipación del país, á la Aduana de México, con el carácter de meritorio, y no habían pasado muchos años de su ingreso á esa oficina cuando fue enviado por el Gobierno, en compañía de don Guillermo Prieto y don Ra-

món Iraiza Alcaraz, á fundar la Aduana Marítima de Matamoros á orillas del Río Bravo en ella ascendió por rigurosa escala desde los puestos más subalternos hasta el de Contador. En 1,840, estuvo con el carácter de Secretario con el General don Mariano Arista, gefe de Ejército del Norte, que durante varios años tuvo su cuartel general en Matamoros. Con ese empleo tuvo en el ejército el grado de teniente coronel, que conservó cuando pasó al Ministerio de Guerra como gefe de Sección.

También fué administrador general de la renta estancada del tabaco, empleo en el cual tuvo oportunidad de conocer los inconvenientes de ese sistema y se propuso abolirlo como veremos después; así mismo, su larga práctica en el ramo de Hacienda, hizo que por difícil é intrincado que era, lo llegara á estudiar perfectamente y fuera en él una autoridad como lo demuestran las diversas obras de la materia que escribió y publicó.

El año de 1,842 fué nombrado Secretario de la Legación enviada á la América del Sur y con ese motivo tuvo ocasión de conocer aquellos países, así como ir por primera vez á Francia é Inglaterra; terminada su misión diplomática, volvió á ocupar el puesto de contador de la Fábrica Nacional de Tabacos. En 1,844, el Presidente Don Antonio López de Santa Anna lo envió á Nueva York y Filadelfia á estudiar el sistema penitenciario.

Estando en ese primer puerto á principios del año siguiente, presenció el embarque de las fuerzas del general Taylor que iban á dar principio á la guerra, en tanto que el gabinete de Washington pretendía aún seguir las negociaciones diplomáticas. Payno, indignado de esa doblez é impulsado por su patriotismo, resolvió poner en conocimiento del Gobierno mexicano esa perfidia y al efecto fletó una goleta en la que llegó á Veracruz, subió á México y dió

al Presidente Paredes oportunos y minuciosos informes acerca de esa expedición.

El año siguiente, que Scott llegó á Veracruz con fuerzas de desembarco y ocupó al fin la plaza, Payno recibió orden de establecer un servicio secreto de correos entre el puerto y la capital de la República; con no pocos riesgos lo inspeccionó personalmente y además de ese servicio á la causa nacional, prestó el de batirse con los invasores, en las guerrillas que en el rumbo de Puebla se organizaron, combatiendo varias veces al lado del valiente guerrillero don Eulalio Villaseñor.

No hemos podido ratificar la especie que en alguna parte hemos visto de que formó Payno parte del Congreso de Querétaro en 1,848, pues en los papeles de la época se lee el apellido Payró entre los diputados que votaron por la paz, y aún no consultamos los documentos oficiales relativos á esa Legislatura. Se nos ha asegurado que en el año siguiente estuvo en Europa y en el Japón.

En 1,850, durante la Administración del General don José Joaquín de Herrera, desempeñó la cartera de Hacienda y procuró, secundado por sus colegas y por el Presidente, introducir el orden y la economía en ese ramo que hacía diez años estaba en un desbarajuste espantoso: concluyó Payno con los acreedores de Londres un arreglo en 14 de Octubre de ese año, mediante el cual quedó reducido el interés de la deuda al tres por ciento anual sobre el capital de 10.241,650 libras esterlinas (1) único que la nación reconocía entonces y se liquidó la cuenta de réditos sin que hubiera necesidad de

---

(1) Como entonces aún no había bajado de valor de plata, las cotizaciones se hacían á la par y por lo tanto esos diez millones y pico de libras esterlinas equivalían en moneda mexicana, á 51.208,250 ps., y los réditos y gastos importaban anualmente 1.614,142.22 ps. Hoy esa deuda monta á ciento cinco millones de pesos (y cuando baja la plata importa algo más) y los réditos suman anualmente sin gastos, cinco millones doscientos cincuenta mil pesos. ¡Qué diferencia!

agencias, ni de comisiones, ni de corretages, de gravámenes de ninguna especie, ni para l tenedores de bonos ni para México, y sin q el Gobierno de la Reyna Victoria se mezcla en nada. De cuantos arreglos se habían hech hasta entonces, y se hicieron después, sin e cluir el último ó sea la conversión de 1,899, nin guno ha sido tan provechoso para nuestro paí como el que hizo el señor Payno en 1,850: e rédito se redujo de cinco al tres por ciento; e pago de él y del dividendo se haría en Mé xico y no como antes en Londres; se suprimían los gastos de giro, comisión, etc., que importa ban más de trescientos mil pesos; y por último, de diez millones de pesos que importaban los réditos insolutos, consiguió el Sr. Payno que los acreedores se conformasen con tres millones y medio de pesos en efectivo y con algunos permisos para importación de algodón que no llegaron á sumar un millón. Razón, pues, teníamos para decir que ese arreglo es el mejor que ha hecho la República.

Encargado del poder el General Arista, nuestro financiero siguió en el Ministerio y cuando Santa Anna fué Gobernante por última vez, tuvo que salir nuevamente del país á causa de las persecuciones de este Presidente por la parte que tomó Payno en un libro relativo á la entonces reciente guerra con los Estados Unidos. Fué partidario de la revolución de Ayutla, tanto por esa causa como por la de la amistad que le unía con don Ignacio Comonfort, gefe de esa revolución, y antiguo compañero de oficina del señor Payno. Al encargarse del poder Comonfort el 11 de Noviembre de 1,855, le confió la cartera de Hacienda y nuevamente dió muestras de su actividad y talento; sin sacrificio para el contribuyente, aprontó los recursos necesarios para el rápido equipo y armamento del ejército de dieciseis mil hombres con que el Presidente salió á batir á los "pro-

nunciados" de Zacapoaxtla, apoderados de la plaza de Puebla. Tan abundantes fueron los recursos proporcionados á ese ejército, que según el mismo Payno refiere, "tomaba hasta café con leche en el campamento," novedad bastante agradable para los soldados, acostumbrados antes á desayunarse con el tradicional "atole." Decretó además la intervención de los bienes de la diócesi de Puebla; expidió un nuevo arancel de aduanas que estuvo vigente más de quince años; desestancó el tabaco y otros ramos que eran aprovechamientos del gobierno desde la época colonial y celebró un nuevo arreglo con la casa de Lizardi acerca de la deuda de Londres.

Algunas diferencias de opinión con Comonfort acerca de las primeras leyes de Reforma que se preparaban y con las que no estaba de acuerdo, hicieron que en 1,856 saliera del Ministerio, entrando don Miguel Lerdo de Tejada; sin embargo, al inaugurarse la era constitucional en Septiembre de 1,857, volvió á encargarse de esa cartera. Estábase preparando en esos días un movimiento formidable contra la nueva Constitución y Payno, por su alta posición política, no podía ser indiferente ni extraño á él; en un manifiesto que publicó el año de 1,860, trató de explicar en el lenguaje pintoresco y descuidado que usó en todos sus escritos, la parte que él tomó en el Golpe de Estado y dice que su separación del Ministerio en 11 de Noviembre de 1,857, obedeció á las molestias que le causaba una aguda enfermedad de ojos que padeció en esos días; sin embargo, en un rapto de ingenuidad no raro en él, dice:

"Dos incidentes insignificantes y aislados dieron principio á la revolución: el uno fué la separación de don Juan José Baz del gobierno del Distrito, y el otro la renuncia que en esos días hice del Ministerio de Hacienda." También ingénuamente dice que la Constitución

no era ni buena ni mala, añadiendo que su s
gunda renuncia del Ministerio obedeció á la f
ta de recursos.

No obstante esto, volvió á encargarse de
cartera de Hacienda en los últimos días
Noviembre y encontró manera de recabar l
fondos que necesitaban los agentes enviad
á diversos puntos para preparar el golpe de E
tado: entre ellos uno fué á Morelia á habl
con el General don Epitacio Huerta, llevan
una carta de don Félix Zuloaga, la que Pa
no dice que no leyó, y á la que sin embargo
esto, agregó una postdata. Esa carta fué e
viada por Huerta á don Eligio Sierra, diput
do por Michoacán al Congreso general y sirvi
de base á la acusación por conspirador que Si
rra presentó contra el Ministro de Hacienda (1
Reunido el Gran Jurado, declaró que había m
ritos para proceder contra Payno y contra Zu
loaga, pero ni uno ni otro se inquietaron gra
cosa, pues la conspiración iba tan adelantada
que antes de que la Cámara pudiera hace
algo, la revolución estallaría; ni siquiera se ocu
pó don Manuel Payno de ir al Congreso po
más que se le llamaba con insistencia. Suce
dió como lo había previsto: estalló el pronun-
ciamiento, el Congreso fué disuelto y el pro-
cesado Ministro siguió con la cartera de Ha-
cinda hasta el 18 de Enero de 1,858, que la re-
nunció á causa de que Comonfort, despojado
del carácter de Presidente, resolvió salir del
país.

Desvirtuada la revolución de Tacubaya que, promovida por los liberales aprovechó á los conservadores, quedó olvidado del nuevo gobierno, con el que no simpatizaba, y mero observador de los sucesos políticos en la época de la "Guerra de los tres años." Durante esa

(1) Don Ignacio M. Altamirano llegó á pedir las cabezas de Payno y de Zuluoga, y al primero lo defendió en la tribuna Don Manuel María de Zamacona.

época se ocupó de asuntos literarios y arregló una nueva edición de su novela "El Fistol del Diablo." El triunfo del partido constitucionalista no cambió la situación de Payno, pues aun cuando el proceso empezado en 1,857 no siguió á causa de la multitud de sucesos que en ese intervalo de tiempo se habían desarrollado, y que habían hecho olvidar á los hombres del Golpe de Estado; sin embargo, el Ministro de Hacienda de Comonfort había ya muerto para la política, y á pesar de que se encontraba en plena edad viril, podía considerarse como un hombre del pasado en medio de aquellos soldados y políticos que repentinamente habían brotado de todas partes; sin embargo, muchos como don José Higinio Núñez, le consultaban y se dejaban guiar de sus consejos en materia de Hacienda.

La intervención francesa y el segundo imperio lo encontraron enteramente olvidado de la vida pública, y sin embargo de esto, fué objeto de persecuciones de parte de las nuevas autoridades. El 21 de agosto de 1,863, se redujo á prisión á Payno en unión del Coronel Auza, de don Agustín del Río, don Lucas del Palacio y Magarola, don Renato Masson, periodista francés, don Florencio M. del Castillo y de los señores Morales Puente y Goytia. Todos estaban acusados de conspiradores, según declaró la Regencia; llevados á la prisión Militar de Santiago, el 27 se les sacó de ella para conducirlos á Veracruz y Ulúa, donde estuvieron presos algún tiempo y fueron objeto de bastantes vejaciones. Sin embargo, cuando llegó Maximiliano, reconoció el Imperio y aun figuró entre los regidores de la ciudad de México, aunque por muy pocos días, pues renunció el cargo.

Restaurada la República, Payno resultó electo diputado al IV Congreso de la Unión por el Cantón Militar de Tepic, y consiguió ver aprobada su credencial; fué nombrado Profesor de

Historia Patria en la Escuela Preparatoria y desempeñó otras comisiones que le confió el gobierno; salió reelecto para el V, VI y VII Congresos; la revolución de Tuxtepec en nada alteró la situación que guardaba. En 1,882 fué electo Senador y en ese mismo año el Gobierno de Don Manuel González lo envió á París como agente de colonización: residió algún tiempo en Europa y en 1,886 recibió el nombramiento de Cónsul con residencia en Santander y posteriormente fué trasladado con ese mismo carácter á Barcelona donde residió largas temporadas, aprovechando sus vacaciones en hacer excursiones por diversos países europeos, pues era muy afecto á viajar.

Anciano ya, octogenario y cansado del mundo, sólo deseaba ya venir á morir á su partia: dejó el consulado y regresó á México, donde fué elegido Senador el año de 1,892; en octubre de 1,894 fué nombrado presidente de ese cuerpo, lo que le daba el carácter de vicepresidente de la República para el mes siguiente, según lo prevenía la Constitución entonces. El 28 de octubre enfermó de pulmonía á causa de haber bebido agua fría durante la sesión de ese día, y falleció de esa enfermedad el 4 de noviembre de ese año en el inmediato pueblo de San Angel donde residía. No obstante el alto carácter de que estaba investido en la época de su muerte, su entierro en el Panteón de Dolores fué bastante sencillo.

II.

A pesar de los elevados puestos que ocupó y de su larga carrera política, don Manuel Payno es más conocido como escritor que como estadista; y si de su obra de economía queda poco, su renombre como literato durará aún largos años.

Contemporáneo de Calderón, de Rodríguez Galván, de Navarro, Carpio, Lacunza, González Bocanegra, Guillermo Prieto, y otros muchos escritores que después de la Independencia empezaron á publicar sus composiciones, siguió la misma senda que ellos; perteneció á la Academia de Literatura; compuso algunos versos, publicados en "El Ateneo Mexicano," "El Museo Mexicano," y en algunos otros; escribió uno ó dos dramas, según afirma CERO y publicó varias novelitas cortas cuando llegó á la juventud, según podrá colegirse por las fechas puestas al calce de cada una de las composiciones que contiene este tomo, primero de sus obras.

Algunas de ellas las reunió en un pequeño volumen que tiene el título de "Tardes Nubladas," México, 1,870, donde también se encuentra un entretenido y curioso viaje de México á Veracruz, que se presta admirablemente para estudiar las costumbres y la situación del país de los comedios del pasado siglo.

Los periódicos de 1,838 en adelante, sobre todo los literarios, tienen muchos artículos y novelitas cortas de Payno, entre las que recordamos: "María," Novela publicada en "El Año Nuevo," publicado por el editor Galván para el año de 1,839; "Un Doctor," "¡Loca!" "La víspera y el día de boda," "Alberto y Teresa," "Trinidad Juárez," "El Barón d'Artal," "Pepita," "La Lámpara," "La Esposa del Insurgente," "El Monte Virgen," novelas y muchos artículos en "El Museo Mexicano," correspondiente á los años de 1,843 á 1,845; "Entretenimientos de amor," novela, en "El Ateneo Mexicano," 1,845; "Artículos de Viaje" y "Leyendas," en la "Revista Científica y Literaria," 1,845 y 1,846. En 1,848 publicó un almanaque con el título de "El Año Nuevo," donde insertó numerosos artículos y la novelita "El Lucero de Málaga."

Pero la obra que le dió más notoriedad y que

popularizó su nombre, fué su novela "El Fis
del Diablo," publicada por primera vez en l
años de 1,845 y 1,846, en el periódico titulad
"Revista Científica y Literaria," durante l
años arriba citados. Después del "Periquill
y de "La Quijotita," de Lizardi, el "Fistol" e
la primera novela "larga" que se publicaba
México, y retrataba, no las costumbres de
época virreiynal, sino los tipos y personajes qu
habitaban la capital de la nueva Nación; genu
namente nacional esa novela, es un verdader
archivo que guarda el recuerdo de los usos de l
antigua sociedad mexicana, su lenguaje, sus r
franes, trajes, preocupaciones, tendencias, et
El estilo de esa obra no es muy correcto, la h
lación de la trama no muy completa, y el len
guaje no muy elevado, sin que por esto se cre
que es del todo vulgar, y sin embargo, es ver
daderamente agradable. "Tengo la creencia
decía CERO á propósito del "Fistol," de qu
Manuel no formó un plan para escribir esa no
vela.... y de aquí es que ella creció por acu
mulación, pero llegó á su término; aunque no
todos los suscritores tuvieron conocimiento de
eso."

Efectivamente, la segunda edición de "El Fistol del Diablo," hecha en 1,859 y que en poco tiempo se agotó, salió notablemente corregida y aumentada, y otro tanto sucedió con la tercera, hecha en Barcelona en 1,887; en ella los aumentos fueron mucho más considerables y el desenlace totalmente diverso del de las dos ediciones anteriores.

Del mismo estilo que esa novela es la otra que también publicó en Barcelona de 1,899 á 1,891, titulada "Los Bandidos de Río Frío:" un crimen, célebre en los anales de nuestro foro, forma el argumento de la obra, en la que sin cesar se ven desfilar gentes y personajes conocidos de nuestra sociedad ó que han dejado en ella perdurable memoria, por su abolengo, sus

extravagancias, sus riquezas ó por sus méritos.

Preparaba otra novela, continuación de "El Fistol del Diablo;" pero ignoramos si la terminó.

También publicó obras de otros géneros; para sus alumnos de la Escuela Preparatoria, escribió un "Compendio de la Historia de México," que en la forma de efemérides que tiene, es bastante completo y alcanzó seis ediciones que fueron aumentando su volúmen. Hoy está olvidado, no obstante que es preferible á muchos otros, escritos con más pretensiones, pero con menor exactitud y concisión.

Colaboró con Don Vicente Riva Palacio en "El Libro Rojo," obra de carácter histórico que relata los más culminantes sucesos siniestros que registra nuestra historia de tres siglos y medio; "Iturbide y Terán" y "México en 1,848," son otras dos pequeñas obras de carácter histórico que escribió. Fué asimismo uno de los principales colaboradores en la obra "Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos," que le valió el destierro ordenado por el General Santa Anna. Acerca de sus viajes publicó unas curiosas "Impresiones de un viaje á Inglaterra." Si fuera fácil reunir en una colección todas las obras y los escritos de Payno, formaríase una de dieciocho ó veinte gruesos volúmenes, donde el lector encontraría tratadas materias muy diversas de economía política, historia, arqueología, literatura, viajes, política, geografía, etc.

En el "Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística," publicó asimismo numerosos artículos históricos, descriptivos y filológicos; de los varios periódicos de carácter político en que escribió, recordamos el semanario burlesco titulado "Don Simplicio," y "El Siglo XIX," entre todos, y en el que con diversos intervalos, durante más de un cuarto de siglo, aparecieron sus producciones; fué Pay-

no el fundador del diario llamado "El Fed
ralista," que en un principio tuvo la particulai
dad de dedicar sus números dominicales á
juventud, la que casi exclusivamente llenal
esos números; tarea larga sería siquiera señal
los artículos debidos á su pluma en esos di
rios. El año de 1,860 publicó un opúsculo expl
cando su conducta durante los sucesos que m
tivaron el golpe de Estado de 1,857.

Sus obras reterentes á asuntos económico
acreditan su laboriosidad y vastos conocimier
tos en esas materias: además de las "Memoria
de Hacienda," que publicó cuando fué Ministr
de los Generales Arista y Herrera, y que die
ron materia á don Juan Prim para suscitar e
las Cortes españolas un animado debate sobr
la cuestión de México, Payno en 1,862 escribi
un grueso tomo titulado "México y sus cuestio
nes financieras," donde hizo la historia y el aná
lisis de las deudas que reportaba México: es
obra la escribió por encargo del gobierno y para
ser presentada á los comisionados de España,
Francia é Inglaterra que, en son de guerra acababan de llegar con tropas á Veracruz. En 1,867, don Benito Juárez le encargó otra obra por el estilo que se publicó con el título de "Cuentas y gastos de la Intervención y del Imperio," en la que hacía la historia financiera de esa época y el cálculo de lo que esos dos sucesos costaron á México.

Escribió otras obras, entre ellas "México y Barcelona," que dejó inédita y que después de su muerte empezó á publicar su hermano don Joaquín Payno, que nos ha facilitado algunos datos para esta "Noticia;" y sus "Memorias," que también están inéditas y que son curiosas é interesantes.

Perteneció á numerosas asociaciones científicas y literarias; además de á la "Acaoemia de Literatura" que ya hemos mencionado, su nombre y figura en las listas de la Sociedad Mexi-

cana de Geografía y Estadística en la que por muchos años fungió como Secretar.o; fué Presidente honorario de la Sociedad de Africa, establecida en París; el mismo honorífico cargo tuvo en la de "Artes é Industrias" de Londres; miembro del Instituto Cooper de Nueva York; socio corresponsal de la de Geografía y Estadística de la misma ciudad, etc.; además, fué declarado ciudadano de varios Estados de la República.

Sin ser una eminencia, Payno fué un hombre notable en las letras y en la política de México. Sus obras fundamentales de Hacienda, el arreglo de la deuda y el desestanco del tabaco, produjeron, la primera, evitarnos dificultades diplomáticas y aplazar por doce años la intervención europea, y la segunda la prosperidad de que hoy disfruta la industria tabacalera; fué además un hombre honrado, pues no obstante los puestos que desempeñó, nunca fué rico; si en política cometió faltas, no son ellas de las que manchan la reputación de un hombre que á cambio prestó muchos servicios á su país; no fué orador, y sin embargo, cuando subía á la tribuna sabía atraerse la atención del Congreso; "piensa en voz alta, decía un escritor, y jamás orador alguno ha subido con tanta tranquilidad ni ha tratado al auditorio con más confianza. Por muy grave que sea el negocio, por muy acalorada que esté la discusión, por muy exaltados que se encuentren los ánimos, Payno se presenta impasible y habla como podría hacerlo en su despacho ó en una reunión de amigos acostumbrados á escucharle; no anda buscando ni las frases pomposas ni las figuras poéticas, ni los golpes de teatro; muy pocas veces se exalta, y no hay peligro de que muera por impetuosidad de su carácter."

ALEJANDRO VILLASEÑOR Y VILLASEÑOR.



MARIA.



Que amor en el alma vive
y si ella á otra vida pasa,
no muere el amor sin duda
puesto que no muere el alma,

CALDERON.

. . . .

. . . .

Un trono soñando vieron,
y un cadalso al despertar,

A. SAAVEDRA.

I.

LA MADRE Y LA HIJA.

El mar inquieto é irritado: una cadena de ensenadas y lagunas solitarias: grupos de rocas negras: multitud de médanos que son transportados por el viento: tempestades horribles:—un aspecto rudo, imponente; tal es la naturaleza de Soto la Marina.—Algunas chozas miserables, habitadas por los pobres pescadores, respiran desolacion y abandono; parece que las ramas del árbol protector nunca han alcanzado á dar su

sombra á aquel triste suelo. Empero aquella naturaleza salvaje no carece de atractivos, porque es grandiosa y sublime:—el alma de Lord Bryon, la imaginación de Schiller.

Se vé algunas veces un cielo hermoso como el de Oriente; otras triste, cubierto de nubes cenicientas, como el que se refleja en las ondas del Támesis.—Una tempestad horrible, el mar agitado, formando un ruido que hiela la sangre: al otro día, la luna apacible en medio del cielo, el mar quieto, el mar hermoso, el mar de plata.—Es allí la naturaleza sin duda el libro del alma, la imagen perfecta de todas las alternativas y contrastes de la existencia del hombre.

Detrás de una colina formada de grandes peñones, cuya base bañaban las aguas del mar, estaba edificada con ladrillo y madera una casa pequeña, que sin embargo podía reputarse como la mejor de todas las del puerto, y desde poco antes que saliese Iturbide de la república, habitaban en ella dos personas.

La madre era alta, gruesa y vigorosa: cuarenta primaveras que habían rodado por su cabeza, no la habían despojado de aquel semblante agradable y majestuoso, en que se trasluce una belleza devastada por el contacto de los años. Dotada de una alma enérgica, de un esfuerzo varonil y de una virtud del corazón, cumplió, como po-

cas, con los deberes de esposa; es decir, participó en los combates de los peligros de su esposo, le consoló en sus trabajos, lloró con él sus desgracias; fué para él un amigo, un ángel, porque su esposo, como todos los buenos mexicanos, voló á incorporarse con los primeros valientes que hicieron resonar en México los ecos sonoros de Independencia y Libertad.—Dorotea era veracruzana.

El fruto de un amor sin límites, la tercera esencia de dos almas íntimamente unidas por todos los sentimientos, fué una hija.—Veinte años, talle airoso, faz rosada, ojos negros, pie pulido: virtud, sencillez, inocencia: belleza en el cuerpo; belleza en el alma: tal era la hija. María había nacido en el país de las flores, en el Edén mexicano.—María era jalapeña.

La madre y la hija, después de haber recorrido todos los círculos dolorosos del mundo, después de haber luchado con la adversidad, parece que escogieron aquel sitio, al parecer más próximo á la vida futura, como la última posada que habían de habitar en la peregrinación por el valle de miserias y de dolor. En efecto, aquella casa era la misma en que el esposo y el padre habitó, aquella casa era querida para la madre y la hija, lo mismo que las rocas y las olas del mar, porque todos estos lugares fueron testigos de la aurora de felicidad que relució un istante sobre la pobre familia.

Por otra parte, entre el tumulto y agitació de una ciudad, ¿qué plaza podrían ocupa la viuda y la hija de un soldado? de un hon bre que dejó sus bienes, las delicias conyu gales, la paz doméstica, y ocupado únic y exclusivamente del amor de la patria, vol á las filas de los valientes, y fué soldado Mas el círculo en que el destino le colocar no era elevado; así es que fué valiente, generoso, bajó al sepulcro cubierto de honrosas cicatrices, y murió peleando por su país como un héroe; pero murió soldado. Los grandes señores, la clase media, el pueblo ¿se ocuparía de la suerte de la viuda y la hija del soldado? Sin duda que no.— Ellas vivieron segregadas de la sociedad; mas no fué esto bastante para que escaparan de las injusticias y estorsiones de la misma sociedad, y se retiraron á un sitio lejano y solitario. Hasta donde es posible eran felices, pues que la madre tenía á la hija, la hija á la madre, y ambas á Dios.

Soportaban lo presente con la resignación propia de la virtud; el porvenir no les inquietaba, porque su porvenir era la muerte; y exentas de crímenes y de remordimientos, aguardaban la muerte con tranquilidad: solamente les habían quedado los recuerdos de lo pasado, materia suficiente de todas sus conversaciones. Escuchemos una de ellas.

Era una tarde. Corría una fresca brisa que templaba los vapores de la ardiente are-

na, cuando salieron Dorotea y María á la puerta de su casa á gozar de la frescura del aire y de la vista del mar. Dorotea hilaba algodón con un malacate, y María, cabizbaja y triste como de costumbre, guardaba un profundo silencio; después de un rato, Dorotea fué la primera que habló.

—Siempre triste, María; tienes empeño en aumentar mis padecimientos. Si yo te mirara como en otro tiempo alegre, bulliciosa. Ya.... hasta los colores tan frescos de tus mejillas van desapareciendo poco á poco.

—Madre, vd. lo quiere creer así. Se engaña vd.: no tengo nada; pero, en esta soledad es fuerza entristecerse.

—¡Ah! entonces iremos á México, ó á otra parte; donde estés mejor.

—¿A México?.... ¡Oh ¡nunca!

—¿Por qué?

—Porque..... María suspiró, púsose un dedo en la boca, y guardó un profundo silencio.

—Vaya, hija; recién venida á este puerto, todas las tardes salías á este mismo sitio á tocar el harpa y á cantar, y á fe mía que no te escuchaba yo sola, sino que todos los pescadores se acercaban á oirte, porque tienes, alma mía, una voz tan dulce....

—Pero ahora.... interrumpió María.

—Ahora, prosiguió la madre, me agradaría infinito me cantases unos versos: la música, hija mía, arrulla el alma de los

viejos, y les trae á la memoria los días alegres de su juventud.

—Bien, madre mía, no tengo á quien complacer en el mundo más que á vd.

Fué María á traer su harpa, mientras Dorotea, maquinalmente y sin dejar su ocupación, murmuraba con su ronca voz alguna canción popular del tiempo de sus primeros años.

María hacía resonar con una dulzura y una armonía celestial las cuerdas de su harpa, y tomaba tal expresión de ternura y melancolía cuando cantaba, que causaba la admiración de todos los pescadores y habitantes de Soto la Marina.

Volvió con su harpa, con la compañera de sus alegrías, la consoladora de sus tristezas.

—Está ya templada: ¿qué quiere vd. que cante?

—Lo que tú quieras, Mariquita; todo me agrada de tu voz.

—¿Lo que yo quiera?.... Meditó un momento, y acompañada de su harpa entonó esta canción.

¡Oh qué dicha incomparable!
qué ventura, qué contento,
cuando vaga el pensamiento
en una hermosa mansión!
El alma vuela á otro mundo,
y en su rápida carrera

no hay término ni barrera
"que contenga esta ilusión."
Son de amor las ilusiones
sueños alegres, dorados,
palacios de oro encantados
do se enerva el corazón.
Mas estos ensueños vanos
como el humo desparecen,
y nuestros martirios crecen
"disipada la ilusión."
Vuelve, vuelve, grato sueño,
que tu bálsamo apetezco,
y mi existencia aborrezco
sin tu dulce agitación.
De placer inexplicable
tú mi espíritu inundaste:
dime ¿dónde te ausentaste,
"grata, risueña ilusión?"

Concluyó María bajó el semblante, se desprendió de sus ojos una lágrima, que cayó sobre su harpa, y comenzó con el dedo á trazar algunas líneas que querían decir algo de lo que pasaba en su alma.

—Y bien, María, ¿no sigues cantando? ¿en qué se ocupa tu pensamiento? Estás sumergida en una profunda meditación.

—En verdad, contestó María, que recuerdo ahora tiempos más felices. ¿Se acuerda vd., madre, cuando entró en México el ejército?

—Sí, y mucho que me acuerdo. ¡Oh¡ el entusiasmo, el regocijo tan natural que

se veía en los semblantes de todos los r
xicanos..........con dificultad volve
mos á ver otro día igual. Ya se ve, eran ı
cesarios otros once años de muertes y (
sastres, y otra victoria para que....

—Mucha razón tenían los valientes, i
terrumpió María, para estar contentos, c
mo que después de lidiar por su patria y
derramar su sangre en las batallas, lleg
ban á México á gozar del reposo con sı
familias.

—Yo, hija, no participé mucho de es
alegría, porque no ví entrar á tu padre cc
ronado con los laureles del triunfo, buscar
do su casa, y ansioso por arrojarse en lo
brazos de su Dorotea y cubrir de besos e
rostro de su hija; el infeliz descendió ante
al sepulcro.

—¡Mi padre!... Me amaba mucho: ¿es
verdad?

—Sí, y mucho que me acuerdo. ¡Oh!
ocasión que lo sacaban en Irapuato al patíbulo, volvía la cara, me miraba con ternura y me decía: "No te aflijas, Dorotea, muero por mi patria; pero el único encargo que te hago, lo único que te ruego no olvides, es á mi hija, á mi pobre Mariquita.
—¡Cómo te había de olvidar, hija, cuando eras la única prenda que me quedaba en el mundo!

—Y después, preguntó María con la voz trémula, ¿qué sucedió?

—No había llegado su última hora. Yo

me arrojé á los pies del emperador, que entonces mandaba la tropa que había cogido prisionero á tu padre.... al fin se enterneció con mis lágrimas y arrancó á tu padre de la muerte; y aun nos dió dinero y caballos para que en el silencio de la noche nos escapáramos.

—¿De veras? ¡qué generoso!

—¡Oh! desde entonces, siguió Dorotea, no ha dejado de amar al emperador, y todos los días la primera súplica que dirijo al cielo es porque aunque sea lejos de su patria, le conserve la vida muchos años.

—Y yo también, madre, siempre he hecho lo mismo.—En Querétaro, qué bien me trató; sin duda nos hizo algún favor: cuénteme vd., madre, ¿por qué estuvimos allí con él?

—¡Oh! ese servicio jamás lo olvidaré: tú ibas á ser deshonrada, arrebatada de mi lado por un coronel perverso; pero la Providencia lo llevó allí, y te salvó de un peligro horroroso que tú misma no conocías. Ya ves, hija, lo que le debemos.

—Mucho, mucho; ¿pero por qué lo desterraron? por qué tan pronto bajó del trono?

—Quién sabe: ya te acordarás de su coronación, fuí la primera en ir.... ¿Es verdad? te llevé..... ¿Quién ha de creer que tanta pompa, tantos vivas y tanto entusiasmo habían de parar en un destierro?

—Sí, en un destierro: yo creo que es una injusticia.—Una perfidia.

—Qué quieres, hija, esta es la condición humana: ayer, un trono: hoy, lejos de su patria.

—¡Desgraciado! pronunció María á media voz.

—Ciertamente muy desgraciado: esto de morir, tal vez lejos del país que lo vió nacer, es muy terrible; yo daría mi vida por volverlo á ver como lo ví en la catedral.

María lloró; guardaron un rato un profundo silencio; pero como ya la noche comenzaba á caer sobre la tierra y soplaba un norte algo fuerte, recogió Dorotea su malacate y su algodón; María su harpa y se encerraron en su pobre habitación.

Tal vez podrá traslucirse por la conversación antecedente, que María se interesaba demasiado por la suerte del emperador. En efecto, había sido para María un objeto de adoración interior, de un culto puro: le amaba desinteresadamente por uno de aquellos movimientos naturales del corazón, los cuales están excluidos, por decirlo así, del imperio de la razón.

No era extraño, la gratitud se equivoca frecuentemente con el amor. Por otra parte, María, cuya vida desgraciada no le había permitido disfrutar de los placeres y conocer otros objetos que ocuparan su pensamiento, se había entregado, en medio de la soledad, á unas ilusiones risueñas para

su edad: aunque conocía al instante toda la locura de su ideas, no podía separarse de ellas; de tal manera, que vinieron á producirle aquel tedio continuo, aquella calma fatal que experimenta el hombre cuando le es imposible realizar sus más lisonjeras esperanzas. Esto sucedía á María en la época de esta narración.—¡Pobre María!

II

LA VUELTA A LA PATRIA.

La mañana era hermosa; el cielo azul, salpicado de algunas nubecillas blancas, se retrataba en el mar cuyas olas, al balancearse con blando movimiento, formaban ráfagas brillantes. La brisa inflamaba las velas de un bergantín inglés, que surcando las olas espumosas del golfo, se dirigía á las costas de México.

Luego que rayó la aurora, el primer cuidado de Iturbide fué subir á cubierta, desde donde trataba con ansiedad de observar con un anteojo. Pasó el momento mágico; el momento en que el piloto grita: "Tierra." Iturbide, después de la primera emoción, saludó con palabras tiernas y elocuentes, con las lágrimas en los ojos, las costas queridas del suelo donde vió la luz primera.

Sin embargo, puede asegurarse que su jú-

bilo era más grande, más vehemente que de otro cualquiera. Rodeado, poco tiem hacía, de toda la grandeza y esplendor in ginables, fué el objeto de la adoración y re peto de una nación libre; y en medio de locura y entusiasmo que inspiraba á los m xicanos el aura de libertad que por prim ra vez respiraban después de tres siglos, habían señalado con el dedo, y elevado regir los destinos de una nación.

Iturbide volvía á los lugares, testigos d tantas escenas, ya de dolor, ya de contento cada colina, cada monte, cada arroyuel bullían en su memoria un torrente de recuerdos.

Estaba sentado en la popa del barco co la vista clavada en las costas de México, y le agitaban en aquel instante mil encontrados pensamientos. Ya vagaba de nuevo en los campos espaciosos de la fortuna y del poder; ya pensaba entregarse á contemplar en algún lugar solitario, la armonía y belleza naturales, y gozar en el último tercio de su existencia, de la paz doméstica y de la tranquilidad, que no se encuentra entre la púrpura y entre los cortesanos: ya se figuraba que podía muy bien llegar el momento en que, empuñando el acero, volara otra vez á combatir contra los enemigos de su patria; en fin, recorría su mente varios cuadros. Pero ¿imaginaría, ni aun remotamente, que estaba muy pronto el fatal desenlace del drama de su vida? De nin-

guna suerte. Iturbide perseguido en Europa, se acogía á su patria: venía solo, sin pompa, sin soldados y confiado en que los mexicanos no habían olvidado al hombre que los hizo libres.

Hallábase María sentada en una roca, algo distante de la playa, divirtiendo su tristeza con la multitud de canoas y botes de los pescadores, cuando divisó un bergantín que aproximándose ligeramente, ancló en la barra: una curiosidad natural la hizo aproximarse. El bergantín arrojó un bote al mar, y entraron en él hasta cuatro personas. Aproximóse el bote á tierra, y saltaron las cuatro personas. ¿Quién podrá pintar la sorpresa de María cuando reconoció al emperador? Latió su corazón, cambió su rostro mil colores, y fué la primera que pronunció el nombre de Iturbide. Pocos instantes después María estaba pálida, los ojos desencajados y temblando, porque había escuchado una sentencia de muerte

Encaminóse á su casa maquinalmente; encontró á su madre en la puerta, que ya sabía la fatal nueva, porque corren por desgracia en alas del viento.

—Madre mía, sabe vd....

—Todo lo sé.... respondió Dorotea; y la madre y la hija se abrazaron y derramaron abundantes lágrimas.

El corazón de la mujer es las más veces sensible y tierno: la mujer llora por su amante, por su hijo, por su hermano, y aun

por su enemigo cuando es desgraciado; e
pues, natural que la madre y la hija llo
ran por la próxima muerte del hombre
quien tanto debían.

Pasó mucho tiempo sin que hablasen u
palabra, hasta que Dorotea, acariciando
rostro de su hija, exclamó:

—Huyamos, hija, huyamos para no pre
senciar una escena de dolor.

—Sí, madre mía, como vd. quiera.

María no estaba en estado de obrar ni d
conocer nada. Iturbide, el patíbulo, la muer
te, el bergantín, todo se presentaba á s
imaginación al trasluz de una nube de ho
rrorosos pensamientos. Creía un sueño todo
cuanto había presenciado; reía, lloraba
cantaba.

La mañana que siguió á este suceso, la madre, la hija y un anciano que las acompañaba, iban caminando á Padilla, donde, sin saberlo, iban á ser testigos del funesto espectáculo de que trataban de huir.

III

LA PRISIÓN.

Aunque eran las cuatro de la tarde, como la claridad del sol estaba ofuscada por densos nubarrones, sólo entraban por la alta claraboya del estrecho y sucio aposento en que estaba preso Iturbide, unos mortecinos

rayos de luz que se ofuscaban y perdían entre las sombras y suciedad de las paredes.

En un extremo de la pieza estaba Iturbide sentado delante de una mesa, con una mano en la frente, mientras que con la otra sostenía una pluma, sumergido en un abismo de meditaciones. Una golondrina se paró en las ramas de unas florecillas silvestres que habían nacido en la cornisa de la claraboya. La golondrina pió alegre, y hubiera tal vez permanecido allí largo rato; pero la débil rama sucumbió, y la golondrina se voló. El preso miró el pajarillo, exhaló un suspiro y continuó triste.

¿Cuántas reflexiones despertaría en su alma este incidente tan común, y que nadie que no sea un desgraciado, puede hacer alto en él? Consideraría la rama tan débil como la existencia del hombre: envidiaría la libertad del ave, y querría, como ella, respirar el aire puro. ¿El canto monótono y silvestre del pájaro tendra algún encanto para su alma? Quién sabe.

Iturbide en aquel momento sentía el peso de la fatalidad, y todas las amargas reflexiones consiguientes á su desgracia se agolpaban en su cabeza; todos los sentimientos de su corazón los confiaba á la pluma, y procuraba sacar alguna consecuencia por la que dedujese el motivo que le precipitaba en el último extremo de los males. Dejó un momento la pluma y comenzó á discurrir.

—Un álma grande, .un corazón fue te, jamás se abate ni tiembla por la próxin aparición de la muerte. No obstante, quié sabe qué pavor secreto se apodera del hon bre cuando considera atentamente que v pronto, muy pronto, á concluir su vida.

Sacó el reloj é hizo una breve pausa.

—¡Santo Dios, las cuatro y media!... A las seis.....el suplicio......¡Ah! conti nuó, qué trabajo cuesta romper los esla bones de esta cadena que ata el cuerpo coı el alma, aun cuando no tenga el morta sobre la tierra sino desolación y martirios... Yo sí tengo ligas fuertísimas que es imposible desatar sin llenarse de dolor: mi esposa, mis hijos...¡Dios mío!....

Iturbide, después de haberse limpiado una lágrima que le arrancó el recuerdo de su infeliz familia, se sentó con tranquilidad á continuar la representación que dirigía al llamado congreso de Tamaulipas, que no iba á servir más que de un monumento histórico, que transmitiera á las generaciones venideras el crimen de algunos y la desgracia de un hombre digno de mejor suerte.

Paróse otra vez y exclamó: Sólo, abandonado; nadie vendrá á dulcificar mis últimos momentos; no oiré ya sino la voz de mis verdugos. Una palabra de consuelo no disipará esta carga insoportable de tristeza que abruma mi alma y debilita hasta las fuerzas de mi cuerpo. La luz va faltando en este cuarto.

—

Se acercó y abrió cuanto pudo una puerta vieja de la claraboya, y prosiguió:

—El cielo está triste como mi alma, y no tengo siquiera el placer de que el sol de mi patria envíe un rayo sobre mi helada frente. Los últimos momentos que mis ojos verán la luz: las estrellas brillarán esta noche en el cielo, y no alzaré mis ojos para contemplarlas, porque esta noche reposaré entre el polvo.... ¡Oh, Dios eterno, esto es increíble! Si fuese un sueño.... Realidad, todo es realidad: cúmplanse tus altos decretos.

Oyese en esto un sordo murmullo, ruido de armas, pisadas de caballos y el redoble de un tambor. Pocos momentos después la prisión estaba llena de soldados.

IV.

LA PLAZA.

La plaza presentaba también un cuadro no menos triste y sombrío. El cielo, cubierto de nubes cenicientas, tomaba por grados un tinte más obscuro, conforme el sol se iba poniendo; caía una lluvia menuda y soplaba á ratos un viento frío; algunos aviones volaban graznando, y se colocaban en las ramas de uno que otro álamo marchito; las pocas casas estaban cerra-

das; los habitantes vagaban inquietos y s bresaltados, y en la iglesia recitaban, (voz baja, algunas buenas ancianas, los sa mos penitenciales.

Al toque de un tambor ronco, desfilat por un ángulo de la plaza un cuerpo de tro pa; en el centro el prisionero y á su lad un sacerdote recitándole oraciones y ex hortándole con dulces palabras á la con formidad; detrás el pueblo, que por un ins tinto de curiosidad se atropella por ir á una función ó á una escena de horror. ¿Perc sabía el pueblo á quién iban á extraer para siempre de su seno? ¿Sabía que el que estaba cercano á la muerte era el hombre que le amaba, y que le veía como á su propia familia? Tal vez lo sabía; pero qué importa: ¿había agentes que le movieran, que le quitasen la venda de los ojos, y le dijesen: "Mira, el hombre que llevan al suplicio es el mismo que te quitó las cadenas: corre, líbrale de sus asesinos?" Por el contrario, tenía las armas delante.

Sin embargo, dejábase escuchar por intervalos un sordo murmullo, parecido al de una lejana tempestad. Cada cual deseaba dentro de su pecho que la ejecución no se verificase; cada cual deseaba dar su vida por salvar al prisionero; mas todo el mundo silenció, y la ejecución no dilataba en verificarse.

Al redoble del tambor paró la comitiva en el centro de la plaza; colocaron á Itur-

bide en la posición conveniente, y el silencio que reinó por un momento, dió á entender cuánto padecían la mayor parte de los espectadores.

Entre tanto, habla Iturbide con el sacerdote, quizá algo relativo á su conciencia ó á su familia. Procuremos echar una rápida ojeada sobre el cuadro que en lo general presentaba la plaza.

Multitud de cabezas apiñadas en un extremo, y cuyo movimiento era muy semejante al de una oleada, no perdían uno sólo de los de la víctima: de una parte un grupo hablando en voz muy baja: un viejo soldado con su capote amarillo, y un rosario de cuentas gordas en la mano, rezaba por la última hora del héroe. Dos ó tres embebidos en la puerta de una casa, y volviendo aquí y allá la cabeza, significaban que alguna parte tenían en el suceso. Un militar, cubierto de cicatrices, retorciéndose el bigote, chispeando los ojos de cólera y queriendo por momentos arrojarse sobre la tropa y salvar al desgraciado, ponía de repente la mano sobre el puño de su espada; mas luego la retiraba poco á poco, bajaba la cabeza y limpiaba con su callosa mano el agua de sus ojos. Tres ó cuatro entes, cuyas almas viles no merecían pertenecer á la raza humana, esparcían la voz de que era muy justo muriese el traidor que nos quería entregar á España. ¡Miserables!!! Una madre llorando; el niño que tenía en los bra-

zos llorando; un grupo llorando: más adelante, tres ó cuatro inocentes jugaban, sonreían delante de la muerte, y preguntaban ¿Qué sucede? En fin, había en la plaza llanto, risa, remordimientos.

Es preciso también introducirnos un momento en una casa demasiado pobre, pero bastante limpia, colocada al sur de la plaza, y observar los movimientos de sus moradores, y principalmente los de dos mujeres que estuvieron rodeando, desde por la mañana, la prisión de Iturbide, y suplicando con lágrimas á los oficiales y centinelas, que las dejasen entrar un sólo momento: no lo consiguieron, y se conformaron con ir siguiendo de cerca á Iturbide, hasta que la tropa formó cuadro; y la anciana se encaminó á la casa referida, llevando, casi en los brazos, á una linda joven. Allí rodeadas de dos ó tres señoras, pasó la escena siguiente:

—Es en vano llorar, doña Mariquita, dijo una anciana con la faz surcada de años; el mal ya no tiene remedio: ahora lo que conviene es rogar á Dios por su alma.

—Sí, hija mía, es lo único que nos resta.

—En verdad, madre, que vd. y estas señoras rogarán á Dios por la mía.

—¿Tú morir, hija de mis entrañas? interrumpió Dorotea con un acento dolorido.

—¿Y por qué no? Ve vd. mi rostro pálido, mis ojos hundidos y mi frente fría; ¿una máquina tan descompuesta, cree vd. que tardará mucho en aniquilarse?

—Que la curen: ahí está mi cama, dijo doña Juana, la dueña de la casa.

—Que la curen, repitió María con ironía: que me curen el alma, que pongan dentro de mi pecho otro corazón.

—Necesita descansar, dijo doña Juana.

—En el sepulcro, contestó María.

—Pobre niña, exclamaron todas al mismo tiempo, mientras la madre, fijos los ojos en su hija, le separaba los cabellos que le caían en el rostro.

—Sí, por este momento pueden vdes. tenerme mucha lástima, porque sufro demasiado. Madre mía, exclamó sollozando y arrojándose al cuello de Dorotea; este momento es horrible . ¿Qué, no ha muerto? ¿no lo han matado?

Nadie le respondió.

—Pero no dilatarán.... Mire vd., madre mía, soy muy feliz porque dentro de poco yo también habré muerto; y morir cuando la vida es tan amarga, es un consuelo.

—Me causa extrañeza el interés tan grande que toma esta joven por el Sr. Iturbide, dijo en voz baja una de las presentes á doña Juana; bueno es afligirse, (bien sabe Dios que se me podía ahorcar con un cabello) pero no hasta el grado de perder el juicio como esta niña.

—Creo que es su pariente, respondió doña Juana.

No abandona la vanidad á ciertas gentes en ningún caso; así es que doña Juana, aunque conocía muchísimo á María aprovechó la ocasión con la pregunta para darse importancia con sus amigas. Siguieron éstas cuchicheando hasta que habló otra vez María.

—Madre, perdone vd.; pero no puedo ya tener dentro de mi corazón este secreto.

—¿Cuál, cuál? exclamaron todas movidas de la curiosidad.

—Yo le amo, sí; ¿y qué me importa que lo sepa el mundo entero? ¿no va á morir? ¿no va á santificar la muerte este amor?

—Calle, dijo doña Juana: ¿con que le amaba?

—Sí ¿y qué tiene eso? dijo otra, al fin su sangre: tiene razón de estar así.

—Señoras, siguió María: si yo les contase á vdes. un sueño muy horrible que tuve, ¡ah! si yo se los refiriera, se estremecerían: no me acuerdo.... pero un navío.... qué se yo.... ¡la muerte!.... Pero todo es mentira: un sueño al fin.... ¿No digo bien, señoras?

Giraron desencajados sus ojos al derredor del cuarto, y se escapó de sus labios una amarga sonrisa.

—Hija, hija, no me atormentes, y no destroces el corazón de una madre.

—¿Vd. siente lo mismo que yo? contestó María.

—Sí, hija, lo mismo; y enlazadas con los brazos, lloraron la madre y la hija.

En esta situación permanecieron un rato, hasta que volvió María, desprendiéndose de los brazos, á dirigirles la palabra.

—¿Qué no saben, señoras, que el morir es un descanso? ¿No ven vdes. en el mundo un lago de sangre, donde se bullen cadáveres y sombras que nos amenazan? ¿Y no es gustoso salir de estos horrores á vivir en otros mundos muy hermosos, muy tranquilos?.... Madre mía, la tempestad es muy furiosa, y va á destruir nuestra casa.

—Está loca la infeliz; exclamó doña Juana.

—Pobre niña, dijeron las otras.

María cerró los ojos y se reclinó en el seno de su madre.

Entre tanto pasaba esta escena: Iturbide concluyó su confesión con el sacerdote y esperó la muerte. Describir los últimos momentos de aquel desgraciado, y trasladar al papel toda la solemnidad de un hombre al pie del cadalso, en los umbrales de la tumba, es imposible. El hombre, en este último acto de su vida, es poeta, es filósofo, es orador; porque habla con la poesía del alma, con la sinceridad del que nada tiene que esperar en la tierra, y con la lógica del infortunio.

Iturbide exhortó al soldado á la obediencia, al pueblo á la paz y á la unión y perdonó á todos sus enemigos y recibió la

muerte sin temblar. Quizá el fogón de cazoleta sacó las lágrimas de los soldad que hicieron el vil oficio de verdugos.

Al trueno de las armas, y al sordo cl mor que se escuchó en la plaza, todas l personas que estaban en la casa ya dicl palidecieron y exclamaron: ¡Jesús!

María apenas entreabrió los ojos, sonri y todo quedó en profundo silencio.

V.

EL SEPULCRO.

Un sepulcro siempre mueve al alma á meditaciones tristes y profundas. El que mira un lugar de esta clase, casi nunca deja de considerar atentamente lo poco que vale el hombre. El sepulcro es el último asilo que la tierra le concede: la puerta colocada al fin de la mísera existencia mundanal, y en el principio del campo grandioso, incomprensible, infinito de la vida futura: la barrera donde se estrella la ambición y el orgullo: la playa donde mueren los cálculos avanzados y atrevidos del hombre político: el puerto donde el infeliz, después de haber luchado á brazo partido en el mar de la adversidad, arroja, triste y solitario, el áncora de su frágil barco. El sepulcro es la muerte y la vida, el fin del ser, el principio del ser; el todo, la nada; el olvido, los recuerdos.

Pero el pequeño circuito del sepulcro nunca encierra con el cuerpo del hombre la virtud y la gloria; porque la virtud es grande; la gloria es grande, y ambas no caben en el sepulcro.

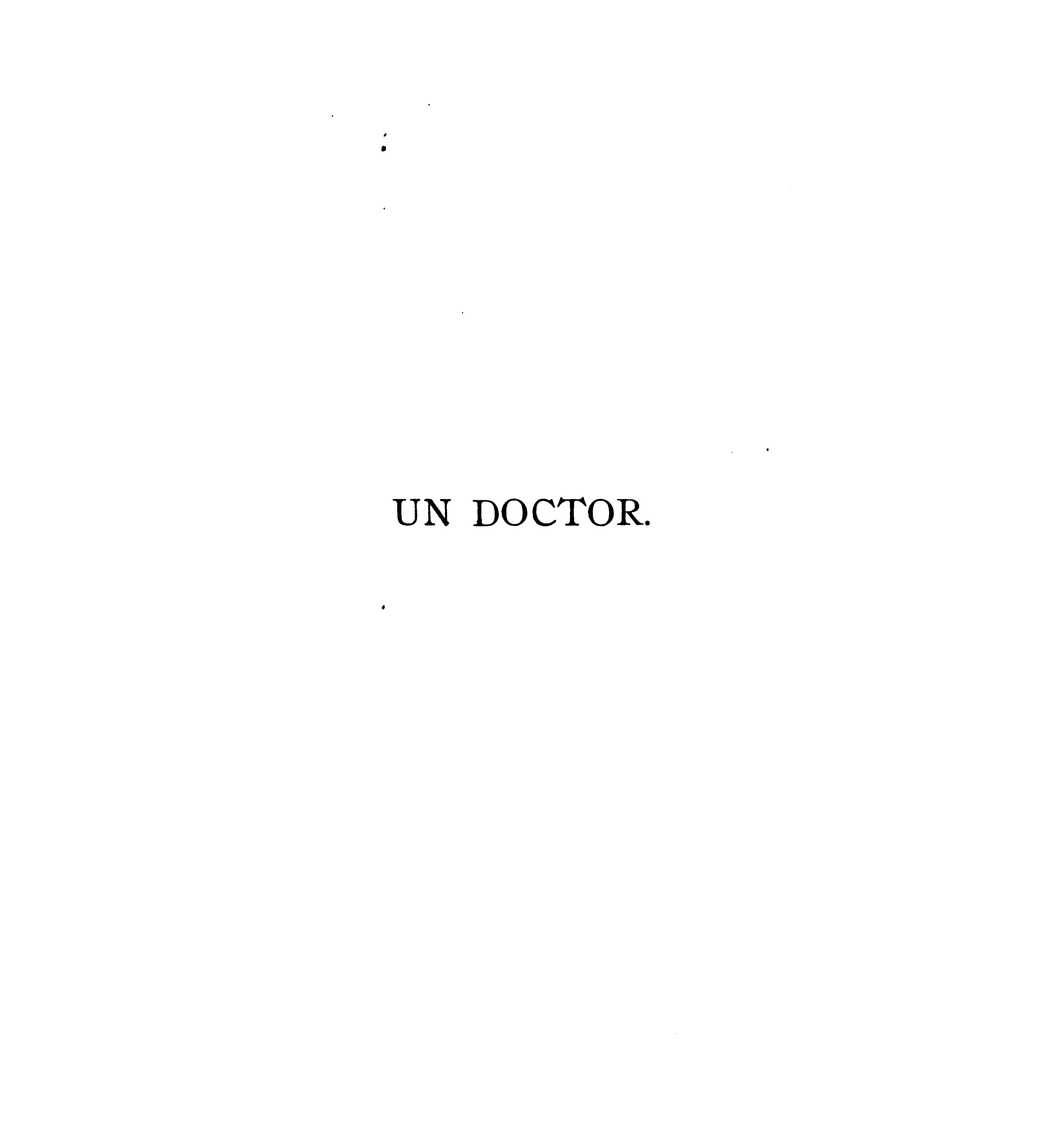
El de Iturbide despertaba melancólicas reflexiones. El mármol, las inscripciones, el oro, no indicaban el lugar donde yacían los despojos de un hombre, como se fuere, grande: ningún monumento ni estatua señalaba su sepulcro. En un pequeño espacio de tierra, solitario, sombrío, se depositaban los restos del hombre de la libertad. Una modesta cruz y el recuerdo indeleble, grabado en el corazón de los buenos mexicanos, eran los monumentos consagrados á su memoria: ninguno de los arteros cortesanos que otra época le doblara la rodilla, venía con un corazón sincero á dirigir una súplica al Eterno.

Pasado algún tiempo, una muchacha vestida de blanco, con el cabello suelto, y el rostro marchito y pálido, venía todas las tardes á derramar flores sobre esta tumba, y á regar con lágrimas el pie de una cruz, hasta muy entrada la noche. Era María, todos ignoraban dónde habitaba, y nadie se atrevía á interrumpirla en sus largas meditaciones. Los habitantes caritativos de Padilla y los pescadores que venían de Soto la Marina, tenían cuidado de ponerle por allí algunas viandas para que se mantuviese. Mucho tiempo vino María á orar sobre el

sepulcro de Iturbide: después se dijo q se la había visto en Soto la Marina aparec por las rocas de la orilla del mar, y qúe u ola había terminado la aciaga existencia c la jovèn, y otros aseguran que se la ve ya en las playas de Soto la Marina, ya e el sepulcro de Padilla, aparecer en las noches como una luminosa visión.

Sólo puede asegurarse que la infeliz Dorotea sucumbió bajo el peso del dolor y d los años, poco después que aconteció la catástrofe horrorosa del infortunado caudillo de la libertad mexicana.





UN DOCTOR.



> Habríais sentido latir de espanto el corazón al ver cómo recorría el cadáver, cómo se inclinaba sobre él, cómo escuchaba con ansiedad para desengañarse quien había ganado la terrible apuesta, si el médico ó la muerte,
>
> TADEUS EL RESUCITADO

I.

Antes de partir para Durango—me dijo el Doctor—pasé á despedirme de mi antiguo amigo N.*** el cual tenía dos hijas. Una de ellas era aún pequeñita, tierna y linda, como los primeros botones de rosa que se abren en la primavera. Después de las expresiones de amistad, y ofrecimientos y protestas que son consiguientes en tales casos, me retiré de la casa para montar en el carruaje que me aguardaba. Había bajado tres escalones, cuando me acordé que no me había despedido de las dos niñas, que como unas magas, frescas, juguetonas y alegres, llenaban de ventura la vida de mi amigo. Retrocedí en efecto, y sólo encontré á la más pequeñita, besé su frente rubo-

rosa é inocente, y estreché sus manec
torneadas. Tres días llevaba de camin
aun se me presentaba en mis sueños esa
ña, tan linda, tan risueña y tan inocente.
Cuando llegué á Durango apenas tenía
un vago recuerdo; á los tres meses se r
había borrado enteramente.

Cuatro años después volvía á mi país,
en una hacienda del camino se me prese
tó mi amigo N*** y me dijo echándom
los brazos al cuello: Doctor, sin duda e
cielo envía á vd. para que salve á una d
mis hijas.

—¿Qué tiene? le interrumpí con agitación.

—No lo sé, Doctor: no come, no duerme; cada día se pone más extenuada y más pálida.

—Vaya, veo que no es cosa de cuidado, le interrumpí sonriendo: esa enfermedad es amor; curaremos á esa niña casándola, si el novio es bueno.

—Ni lo imagine vd.: ni ama, ni jamás ha amado á nadie. Es una enfermedad física y terrible la que padece.

—Bien, la veremos, y entonces le diré á vd. mi opinión. ¿Y cuál de las niñas es?

—Cecilia, Doctor: pero vd. ve con indiferencia el asunto.

—¿La más joven? le interrumpí.

—Sí señor: Cecilia, la más joven.

Un calofrío extraño recorrió todo mi cuerpo. La niña pequeñita, cuya casta fren-

te había yo besado hacía cuatro años, era la misma que sufría.—La cosa era muy interesante ya para mí; así es que continué diciendo á N.:*** Se equivoca vd. en creer que yo tengo poco interés en la curación de la niña; al contrario, es menester que la vea breve, que la asista, que ponga mis cinco sentidos en volverle la salud.

—Gracias, Doctor, gracias: vd. volverá también la vida á su padre. No sé por qué causa tanto dolor el que las gentes mueran en el Abril de su vida, sin haber gozado de nada, sin.... ya se ve, es mi hija, y yo de todas maneras debo sentir que se muera.

—Tiene vd. razón, amigo; pero no hay que desconsolarse.

—Cecilia está muy mala, Doctor, me contestó con la voz demudada.

—Haremos todos los esfuerzos posibles por salvarla. N*** me estrechó la mano.

II.

Como Cecilia vivía en una hacienda con una parienta, fué menester conducirla hasta el lugar de mi residencia, y en efecto, á los dos días me avisaron que la enferma me aguardaba. Con toda precipitación me vestí, y á los cinco minutos estaba ya junto de Cecilia. Eran las facciones delicadas de la niña que yo había conocido; pero alteradas por el sufrimiento; sus ojos negros y

rasgados no brillaban con la alegría de la niñez; sus mejillas estaban encarnadas; pero no era el color de la juventud, sino el efecto de la calentura y agitación del camino. Por lo demás, Cecilia extenuada, con las mejillas hundidas, con los labios sin color, y con un tinte de melancolía indefinible, era á mis ojos más interesante que lo había sido en otro tiempo, en que no podía tener para ella más que una afección pasajera.

—Cecilia, le dije con una voz dulce: ¿Se acuerda vd. cuando me despedí de vd. antes de irme á Durango?

—Sí señor, me contestó con una voz lánguida.

—Entonces estaba vd. tan contenta, tan llena de vida y de salud, y ahora.... déme vd. el pulso. Cecilia me abandonó su mano.

—Me acuerdo, continué, que me volví de la mitad de la escalera sólo por abrazar á vd.

Cecilia fijó en mí sus negros ojos, y se puso más encendida: yo saqué mi reloj para contar las pulsaciones, y evitar el que los circunstantes conocieran la turbación que me causó su mirada. Dos minutos pasaron y no pude contarlas: por fin advertí con desconsuelo que la calentura estaba muy alta; pero con voz muy tranquila le dije:—Vaya, Cecilia, es menester valor: hay una poca de calentura, pero es efecto del ca-

mino y del sol. ¿Tiene vd. apetencia de comer?

—Ninguna.

—¿Y sed?

—Mucha.

—¿Y siente vd. dolor de cabeza?

—Por las tardes.

—¿Qué más le duele á vd.?

—El pecho.

Al oír esta palabra me puse pálido; fingí tos, y me cubrí la mitad de la cara con mi mascada. Cecilia tosió también, se puso pálida, y exclamó:—¡Jesús mío! qué ardor tan terrible...

—¿Ardor, Cecilia, y dónde?

—En el pecho, Sr. Doctor; parece que tengo una llama. Agua, por Dios; una gota de agua.

—Sí, agua es menester: pero le mezclaremos una poca de goma, le dije. No tenga vd. cuidado: todo eso es á causa del camino y de la agitación.

—¿Y el corazón duele?

—Sí señor; y me late con tal violencia que me ahoga. Doctor, agua. Cecilia entrecerró los ojos, y su respiración era trabajosa.—Me acerqué y oí los latidos de su corazón, como los sonidos de la péndola de un reloj de sala.

Pedí papel y tinta, y escribí una receta. Al retirarme, Cecilia me preguntó con una triste sonrisa:—¿Doctor, cree vd. que sanaré?

—Le aseguro á vd. que sí, Cecilia; pero es menester que se divague, y no piense en que se ha de morir, porque todo lo que yo trabaje lo echará vd. por tierra. Hasta mañana, Cecilia. Procure vd. dormir, y con esto encontraré á vd. mejor Le tomé una mano, y sudaba frío.

Cabizbajo me retiré, contemplando que tenía que luchar á brazo partido con la muerte, para arrancar de sus manos á esta flor casi marchita. Era un desafío formal, era un lance en que mi reputación, mi orgullo, y un afecto indefinible y oculto, me obligaban á poner todo mi estudio, todo mi cuidado en volver la salud á Cecilia: sin embargo, la enfermedad conocerá vd. que es peligrosa, y además había hecho ya muchos progresos.

Esa noche revolví mis libros, me senté delante de una mesa, y cuando la luz de la aurora se dejó ver, yo todavía estudiaba. Me arrojé medio vestido en la cama, y á las diez que desperté, corrí en casa de Cecilia.—Con indecible satisfacción ví que la calentura había disminuído; que el latido del corazón era menos violento, y que sus lindos ojos estaban más animados.

—He pasado una excelente noche, Doctor, me dijo alargando la mano para que le tomara el pulso. Hacía ocho días que me acostaba yo á revolverme en la cama, á contar minuto por minuto los golpes de mi corazón, á esperar con ansia las horas

de la luz, para ver entrar un rayo del sol por la rendija de la ventana, porque las noches, Doctor, son una eternidad entera para los pobres enfermos que sufren. ¡Cuánto he padecido, Doctor! pero las medicinas de vd. me han aliviado, y he concebido la esperanza de vivir algunos días más.

—Y también vivirá vd. años, Cecilia. Es menester fe en el médico, porque es el instrumento de que Dios se vale para mitigar los dolores de los enfermos; y además vd. es joven, y el vigor de la edad triunfará del mal. Me dicen que no ha querido vd. tomar con continuación, la bebida que le ordené. Los médicos son, por lo general, déspotas con los pacientes; pero yo quiero ser el amigo de vd., y como tal le ruego que se resigne á sufrir unos días, para gozar en seguida de la salud. Con que, ¿me promete vd. no separarse de mis órdenes?..... Se lo suplico á vd., por lo que más ama en el mundo.

Cecilia suspiró, y yo me despedí de ella asegurándole que su mal era pasagero y de ningún riesgo. El médico debe con dulzura y cariño atender á medicinar el espíritu con la esperanza, y el cuerpo con las drogas de la botica. ¿Le parece á vd. bien?

—Excelente, Doctor. ¿Pero Cecilia se alivió?

—Cuatro días tuve de placer, porque el mal terrible del pecho que destruía á es-

ta criatura tan hermosa y tan resignada desaparecía rápidamente. Si viera vd. cuán orgulloso y satisfecho salía yo después de haber observado que mi enferma estaba alegre, que saboreaba con gusto su pequeña porción de sopa de leche, y que dormía tres ó cuatro horas de cada noche? Cecilia me daba las gracias por todo esto, y yo en ese momento no me cambiaba por el monarca más poderoso del mundo. Estas son las compensaciones que tiene nuestra profesión; al menos dígolo por mí, que no he podido acostumbrarme á ver con el semblante sereno los sufrimientos y agonías de la humanidad: así que, cuando un enfermo vuelve á la vida, cuando el médico ha corrido hasta el borde de la tumba para arrebatar á la muerte su presa, con el poder de la ciencia, entonces es el momento más delicioso que pueda tenerse en este mundo.

—Pero vamos, Doctor, ¿en qué quedó Cecilia ¿Se murió, ó siguió adelante el alivio?

—El quinto día, continuó el Doctor, amaneció el cielo cubierto de nubes: un viento frío del Norte comenzó á soplar, y una ligera llovizna caía por intervalos. Abrí la ventana de mi cuarto, y dije para mis adentros: Estas malditas nubes y este aire frío, van á destruír todo mi trabajo: Cecilia no debe pasarla por hoy muy bien. Tomé un libro y me puse á estudiar: pasé

ocho hojas sin comprender nada, porque no pensaba yo más que en el sol, no se asombre vd., pensaba que si el sol no salía, Cecilia debería tener un ataque fuerte. ¿Vd. sabe lo funesto que son estos días fríos y nebulosos para los que padecen del pecho? En estas reflexiones estaba sumergido, cuando tocaron fuertemente la puerta. Abríla, y una criada me dijo asustada: Señor, la niña se muere. Cinco minutos permanecí sin movimiento como una estatua de mármol: después mis nervios se crisparon, y como por medio de un resorte, en dos brincos me puse en casa de Cecilia.

III

La fuerza del mal la había hecho meterse en la cama. Su rostro estaba trasparente, los labios sin color, los ojos negros y rasgados que brillaban como dus luceros, estaban opacos con el viento de la muerte, y sombreados por una línea morada que casi formaba un círculo con la ceja. Le toqué la frente, y ardía como un volcán. Le toqué los pies y las manos, y eran de nieve. Observé su respiración, y era trabajosa y agitada, como que la llama de la vida apenas animaba ya el cuerpo tierno y virgen de Cecilia, y pocas horas le quedaban de existencia. Antes de que yo pudiera arti-

cular palabra, Cecilia clavó en mí sus ojos, y me dijo:

—Doctor, no debe vd. apurarse ya, porque mi mal no tiene remedio: siento que muy pronto va á volar mi alma quizá al cielo, porque me he confesado antes de que vd. viniera, y pronto vendrá el Santísimo. Estas eran las únicas medicinas que me convenían.

Hubo un instante de silencio; luego prosiguió con una voz pausada y melancólica:

—Doctor, ¿y qué será posible que me muera? ¡Oh qué terrible es morir tan joven y cuando contaba yo con tener muchos años de vida! Mándeme vd. algún remedio, es muy terrible la muerte. Doctor, ¿qué no hay esperanza?

Una lágrima brillante y solitaria, rodó por la mejilla pálida y hundida de Cecilia.

Yo estaba á punto de prorrumpir sollozando; pero recobré mi serenidad, acordándome que de ella dependía la vida de Cecilia, que en lo más florido de sus días, en lo más risueño de sus esperanzas iba á ser sumergida en la tumba. En un momento puse á toda la casa en movimiento, y apliqué á la enferma medicinas tras de medicinas. Eran las cuatro de la mañana y el mal no cedía; á las cinco me retiré á mi casa, y despechado me arrojé en mi lecho sin concebir la menor esperanza. A las diez volví, y la enferma hacía cinco minutos que se había dormido. Este es buen sín-

toma, dije para mí, y volvió á brillar en mi alma un rayo de esperanza. A las once de la noche todavía dormía Cecilia; esto me causó alguna inquietud, pero me acerqué de puntillas y me convencí que su respiración era tranquila y natural. Con su rostro apacible y descolorido, sus párpados cerrados y su boca entreabierta, que dejaba ver una hilera de dientes blancos y pequeños, parecía de esas santas vírgenes y mártires que duermen apaciblemente en las urnas de plata y cristales de las iglesias de Roma. ¡Cuánto sufrí al considerar que tal vez el sueño de Cecilia podía ser eterno!

A las cinco de la mañana despertó, tosió suavemente, se incorporó en el lecho y pidió agua. Le ministré una bebida mucilaginosa, y habiéndola recomendado al cuidado de su familia, me dirigí á mi casa, y allí tendido en mi lecho desahogué por medio de las lágrimas el peso terrible que por veinticuatro horas había oprimido mi corazón. A la mañana siguiente me miré al espejo, tenía canas, y creo que una arruga más en la frente.

Mi enferma mejoraba visiblemente. Los colores de la salud brotaban poco á poco en sus mejillas, el apetito era excelente, y sus hermosas formas iban de nuevo tomando su primitiva morbidez y tersura. La lucha estaba decidida finalmente, y la muerte había huido ante la magia de la ciencia.

IV.

Un mes después le dije á Cecilia:

—Es menester dar ahora unos paseos cortos por el campo: el oxígeno de las plantas y la fatiga del ejercicio deben completar la obra que se comenzó con las bebidas y sangrías.

Cecilia por toda respuesta me tomó el brazo. Desgraciadamente ve vd. que no hay por este rumbo de esos sitios amenos, llenos de flores y de aromas que se encuentran por las cercanías de México: así es que nos dirigimos al llano, que ofrecía sin embargo á nuestras plantas un tapiz verde y aterciopelado.—Inútil será decir á vd. que yo estaba loco de placer y de orgullo sintiendo el ligero peso del brazo de Cecilia. Quise por primera vez insinuarle, que el que había sido su médico sería su esposo; que el que la había puesto de nuevo en el camino de la vida, sería también en lo de adelante su guía y su compañero; pero tenía un nudo en la garganta y no encontraba palabras con que comenzar mi declaración. Como llevábamos cerca de media hora de paseo sin que yo hubiese articulado una sílaba, Cecilia fué la que habló.

—Doctor, ¡si viera vd. con qué emoción se ve el campo, y las calles, y las casas y las gentes cuando se había perdido toda esperanza de vivir!

—Lo creo, Cecilia; pero ¿juzga vd. también que el médico que contaba con asistir á los últimos instantes de un enfermo, no se llene de orgullo al ver que ya ha recobrado su primitiva salud y lozanía?.... Y además, acaso me guiaba en la curación de vd. un interés más tierno, v. g., el de un amigo, el de un hermano, el de.... Cecilia, ¿podría acaso con la constancia y con los sacrificios dar á vd. un nombre más significativo, más?....

—Mi salvador, por ejemplo.... ¿no es eso lo que vd. desea, Doctor? Pues bien, desde hoy en adelante confesaré que después de Dios, soy á vd. deudora de una vida que, sin embargo, no es del todo feliz.

—Vd. no me ha querido comprender; pero vamos, ¿por qué no es vd. feliz?

—Doctor, hay males que no se curan con sangrías y bebidas; y el mío, aunque no es grave, requiere otro género de medicina.

—Cecilia, Cecilia, exclamé, queriéndome arrojar á sus piés, vd. puede ser feliz y....

No acabé la alocución porque un pensamiento siniestro y lúgubre, como esas nubes negras que aparecen en el horizonte del mar, cruzó por mi mente. ¿Cecilia amará á otro? ¿Habré arrancado á esta niña del sepulcro para ponerla en brazos de un rival? Esta idea me volvía loco. Después de un rato de silencio, dije á Cecilia con una voz bronca y áspera:

—Es menester volvernos á la casa de vd. porque tengo muchas ocupaciones.

—Como vd. guste, Doctor. Siento sólo haber molestado á vd.; y le agradezco que me acompañe á mis paseos; tanto más que las obligaciones de vd. como médico han debido cesar ya.

—Es decir que vd. rehusará en lo de adelante salir conmigo.

—No he dicho tal cosa, Doctor; antes bien le reconoceré á vd. cada día más sus atenciones y cuidados; pero vd. se molesta....

—Niña, vd. me ha de hacer perder el juicio.

Ocho días seguidos salí con Cecilia; pero le hablé del campo, del aire, de las flores, de la medicina, de todo menos de mi amor, porque temía un desengaño, hasta que por fin me decidí á escribirle una carta, que relataré á vd., pues la conservo en la memoria.

"Cecilia: el que fué médico de vd. y la "libró de la muerte, ha tenido la locura de "pensar que podría tal vez llegar á ser su "esposo. ¿Consentiría vd., Cecilia mía? "¿Aceptaría vd. mi pequeña fortuna y mi "grande amor? ¿Aceptará vd. á un hom-"bre lleno de defectos físicos, pero cuya al-"ma entera la consagrará á la felicidad de "vd.?—Ruego á vd. que conteste á quien es "su obediente servidor que b. ss. pp."

Al día siguiente recibí la respuesta: "Doctor: si en pago de los sacrificios y cui-"dado que tuvo vd. en mi enfermedad, re-

"clama vd. mi mano, desde luego puede vd.
"disponer de ella; pero si vd. quiere mi
"amor y mi ternura, le ruego que me conce-
"da un plazo para resolverme.—Si acaso
"amara yo á otro, si conservara una espe-
"ranza alimentada desde mi niñez, si pro-
"nunciara un sí falso en el altar, ¿le parece-
"ría á vd., Doctor, que pagaba dignamente
"sus servicios? A mi vez le ruego que no
"se enfade, y mande á su atenta servidora
"que le desea felicidades."

Cuatro días tuve de frenesí y delirio; pensé suicidarme, pensé abandonar mi país y echarme por el mundo como el judío errante, pensé llenar de baldones é injurias á Cecilia, pensé al fin lo mejor, que fué encaminarme á su casa y decirle que podía disponer de su corazón y de su mano.

Era de noche: el balcón despedía mucha luz y esto me sobresaltó. Abrí la puerta, subí la escalera y oí que rezaban un surio. El corazón me latió fuertemente y la sangre se me heló. Empujé la puerta y ví cuatro velas de cera y en el centro tendido un cadáver....

—Acabe vd., Doctor, le interrumpí, ¿quién era el cadáver?

—Cecilia, amigo mío.

El Doctor sacó su pañuelo y se limpió los ojos.

Diciembre de 1842.

EL MINERAL DE PLATEROS.

TRADICION.



Este mineral se halla situado en el Departamento de Zacatecas y distrito de Fresnillo, y dista de este último punto poco más de una legua. Su orígen, según cuentan, parece que fué el siguiente: Unos plateros conduciendo en un cajón una imágen de Cristo crucificado, para el rumbo de Durango, se vieron asaltados de un recio aguacero, y tuvieron por esta causa que pasar la noche en unas pequeñas lomas inmediatas al Fresnillo. La tormenta había cesado, así es que nuestros impávidos artistas encendieron una gran lumbrada, y colocando en orden y seguridad así su divina carga como el resto de su bagage, se sentaron al rededor del fuego á saborear unas cuantas "gordas de maiz" y unos excelentes trozos de "cecina." Debe suponerse que amigos, viajando y con los estómagos llenos, darian

libre curso á sus lenguas. En efecto, platicaron de ladrones, de tempestades, de rios crecidos; en fin, de todas esas maravillas que sorprenden á los viajeros. La conversación recayó sobre cuestiones aritméticas, y resultó naturalmente, el que hicieran un escrupuloso balance de sus haberes. Entre todos reunían apenas veinte pesos.

—Si Dios nos diera dinero.... exclamó uno de ellos con tono melancólico.

—Nada es imposible para su Majestad, contestó el otro.

—Ya se ve que no; pero no veo cómo podamos nosotros hacernos ricos.

—Vamos, estás fresco. Para Dios no hay imposibles! "Si Dios lo quiere dar, por la gatera se ha de entrar."

—Pero es menester pedirlo.

—Pues pidámoselo.

Los plateros se arrodillaron delante del cajón que contenía el Santo Cristo, le rezaron fervorosamente un Credo, y envolviéndose después en sus "mangas," se acercaron cerca de la lumbrada, y.... probablemente se durmieron.

A la mañana siguiente, el viento había disipado las cenizas de la lumbrada, y los primeros rayos del sol reflejaron sobre un nítido y brillante tejo de plata.

Los plateros no siguieron adelante con la imagen, sino que comenzaron á trabajar las minas, y á poco tiempo edificaron una capilla al Señor de Plateros. No salgo res-

pensable de la verdad de esta narración: el hecho es que las minas y la capilla existen hoy.

Una tarde me invitó un amigo á dar un paseo por el mismo mineral. Fuimos en efecto. Nada hay más triste ni más melancólico que este sitio: un arroyo seco: unas cuantas casas de adobes grises esparcidas al pié de una lomita: un horizonte de colinas parduscas y sin vegetación,—tal es Plateros; en cambio, dicen que es muy rico, y que sus vetas de "plata verde" salen hasta la superficie de la tierra. Como mis conocimientos en mineralogía no me permitían cerciorarme de esto, insté á mi compañero para que nos dirigiéramos á la iglesia. A propósito, ella es de una arquitectura de buen gusto, y demasiado grande y amplia para los poquísimos fieles que tiene hoy dicha población. Antes de entrar, me dijo mi compañero, tengo que contarle á vd. una tradición.

—Es de Ud. la palabra, le respondí; precisamente si los botánicos andan á caza de yerbas, y los mineros de vetas, yo me salgo de misa por oir una tradición.

Una vez venía un pobre por el camino, arriando un delgado y pequeño asno: el asno estaba cargado de un cajoncito, y el cajoncito lleno de aretes, zoguillas, tumbagas, espejos y otras cháchara de mercería. Mi hombre era lo que puede llamarse un buhonero. Llegado que hubo á la grieta de

una loma, descargó al asno, y dejándolo pacer libremente la yerba, se sentó sobre las mantas del aparejo. A poco rato llegó otro individuo, ambos platicaron, fumaron su cigarro y se acostaron tranquilamente. Ya se ve, eran hermanos, viajaban juntos y especulaban en compañía. El que conducía el asno se durmió á poco momento; pero el otro, á quien llamaremos Francisco, se puso á discurrir, que si él fuera el dueño del dinero y efectos de su hermano, tendría más utilidades, sin necesidad de sujetarse á voluntad ajena. Este pensamiento, que lo sopló Satanás en su alma, trató de llevarlo á cabo. Observó la respiración de su hermano, y cerciorado de que dormía profundamente, se levantó, y de puntillas, conteniendo el aliento, con la boca entreabierta y los ojos inquietos y extraviados, levantó un gran pedrusco negro, y colocándolo sobre la cabeza de su hermano, que tan seguro y confiado dormía, lo dejó caer. Un traquido sordo anunció que el cráneo se había hecho trizas. A poco momento un raudal de sangre brotó de debajo del peñasco. Apenas el agresor vió humedecerse y correr por las peñas el licor rojo, cuando, como otro Caín, corrió frenético de una parte á otra, mesándose los cabellos y dándose de cabezasos contra las piedras; por fin, desolado se dirigió á la capilla del Señor de Plateros, y allí derramó un torrente de lágrimas y pidió al Señor misericordia.—El pobre dia-

blo, á pesar de que la justicia de la tierra mexicana no estaba de lo más expedita, temía también verse en una horca.—El caso es que lloraba mucho, que golpeaba su frente pecadora contra las gradas del altar, y que decía al Señor á voz en cuello, que era un malvado criminal; pero que lo perdonara y lo salvara.

En esto una suave palmada que sintió en el hombro, le hizo volver la cara.

—¡¡¡Hermano!!!... ¡Piedad!... si eres una sombra, si has venido de la otra vida, perdóname.

—Buena socarra tienes en dejarme solo y dormido, le contestó el hermano, sin ciudar del asno, ni del cajón.

—Hermano, yo te he matado.

—¿Matado?... replicó el otro, registrándose maquinalmente el cuerpo con la vista.

—Sí, te he arrojado una piedra en la cabeza, y he visto correr tu sangre y saltar tus sesos.

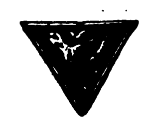
El hermano recorrió su cabeza con la mano, y aunque no halló herida, notó que experimentaba un leve dolor.

—Pero hermano, cuéntame....

—Soy un malvado, un criminal; te he matado; pero el Señor ha visto mi arrepentimiento y te ha vuelto la vida. Recemos. Los dos hermanos cayeron de rodillas y oraron largo rato; después fueron al sitio donde acaeció el asesinato, y vieron, en

efecto, la piedra todavía con la sangre caliente.

Al llegar aquí la narración, me dijo mi amigo, viendo que yo abría tantos ojos: —Entre Ud., verá la piedra. De facto, entré, y en un rincón de la capilla ví y tenté un pedrusco negro, capaz, no digo de demoler la cabeza de un hombre, sino la de un elefante. Tampoco salgo responsable de este milagro; es una tradición que cuento al lector como á mí me la refirieron.



LA VÍSPERA
Y EL DIA DE UNA BODA.



I

Capitán, el sol está como una ascua ardiendo, y el calor será insufrible dentro de dos horas.—De poco se queja Ud. amigo, me contestó el capitán. Si hubiera Ud. pasado como yo meses enteros en llanuras donde no había ni siquiera una rama ó matorral de media vara de alto, donde sombrearse!

—Es claro que me habría muerto.—Uds. los soldados presidiales tienen un cuerpo de fierro, y una alma no sé cómo, porque esto de pasarse la vida siempre aislados, siempre en los desiertos y en los bosques, cazando bárbaros y búfalos, tiene algo de sublimidad salvaje.

—En efecto, contestó el capitán, nuestra vida es semejante á la de los marinos. Ellos navegan en un desierto de agua, nosotros en un desierto de verdura; ellos luchan con las olas, nosotros con los espinos de los

bosques y la aspereza de las sierras; su vida está en perpetuo riesgo, lo mismo que la nuestra; siempre solitarios, contemplamos con veneración y religiosidad, las horas en que nace y se pone el sol, nos dormimos contemplando las estrellas, y arrullados con el ruido del viento que zumba en las hendiduras de los árboles viejos, ó con el fragor lejano de las encinas que rompe y desgaja la caballada silvestre.—¡Oh, es hermosa la vida del desierto!

—Sí, capitán, hermosa, muy hermosa; pero cuando no hace tanto calor como hoy.

—En efecto, el sol cae á plomo sobre nuestras cabezas.

—Y dígame Ud., ¿nos faltará mucho para llegar al Pueblito?

—Mire Ud., me respondió señalando á la izquierda, luego que acabemos de salir de este cañón tenemos que pasar esas lomas blancas, y media legua después se halla el Pueblito.

En efecto, á poco rato dejamos el cañón estrecho que habíamos transitado por más de dos horas, y nos dirigimos á una loma de poca elevación, desde donde se observaba trazado el camino en una cadena de colinitas y semejante á un inmenso boa, ya tendido, ya enroscado en un espacioso terreno blanquecino y cuyo aspecto monótono estaba variado por algunos matorrales y palmeros silvestres. El sol reverberaba de una manera terrible en las rocas calizas,

y las bocanadas ó ráfagas de viento eran á cada instante más calientes. El capitán, á pesar de su costumbre de caminar por climas tan recios, sufría alguna molestia; en cuanto á mí estaba á punto de rabiar. Largo trecho caminamos sin hablar una palabra, hasta que el capitán me dijo: mire Ud., camarada, allí delante está el Pueblito. Alcé la cara, y vi una alameda, un oásis, un edén. Prendimos espuela á los caballos, y al cabo de cinco minutos ya estábamos en una calle de altos nogales y fresnos. No soplaba allí un simun* abrasador, sino una brisa llena de oxígeno y de vida: arroyos caprichosos y juguetones corrían entre las raíces de los árboles, llevando en su linfa trasparente los pétalos amarillos y nácares de las rústicas y humildes flores que crecían en las orillas: las casas, aseadas y pintadas de blanco, parecían hundidas entre las yedras y las cañas de maíz. Y luego agréguese á esto algunos corderos que pacían la yerba, algunas muchachas que bañaban sus trenzas rubias en aquellas aguas de cristal, algunos niños que se mecían en un columpio.... ¡Qué imágenes tan puras de felicidad! ¡Qué cuadros tan espléndidos de la naturaleza! Era menester derramar una lágrima de melancólico placer en ese oásis, en ese verjel, en esa canasta de flores que se llama el "Pueblito."

* Viento del desierto.

Antes de pasar adelante contaré á mis lectores algo sobre su origen histórico, aunque no salgo garante de la verdad. Allá en los tiempos de la conquista, un puñado de indios Tlaxcaltecas cansados de la guerra, ostigados con las crueldades de la tropa de Cortés, y resueltos á no dejarse dominar, resolvieron emigrar de su país natal, y en efecto peregrinaron muchos días sin que durante ellos encontraran un sitio apropósito para establecerse; caminaron más leguas, y se internaron en una sierra altísima, decididos á vivir entre las cavernas; pero un día al salir el sol divisó uno de ellos un bosque frondosísimo, y dió aviso á sus compañeros, los cuales descendieron de la montaña y hallaron el paraje de todo su gusto, porque era una tierra virgen donde los cíbolos y los ciervos pacían tranquilos la yerba y dormían á la sombra de los nogales y manzanos. Los emigrados, pues, comenzaron á formar sus cabañas en el bosque, y como un recuerdo de su pasada y trágica historia, le pusieron el nombre de Tlaxcala. Parece que en mucho tiempo no fueron molestados por los españoles, y que aun las tribus bárbaras del norte respetaron al puñado de valientes tlaxcaltecas. Después como ha habido un furor de cambiar y reformar todas las cosas existentes, á Tlaxcala se bautizó con el nombre de "Bustamante;" pero en el Departamento de N. León de que forma parte, le llaman todos el Pueblito.

Ya que poco más ó menos conocen los lectores al Pueblito, lo cual no deja de ser esencial para el objeto de mi narración, seguiré adelante con ella.

Llamó nuestra atención un fresno altísimo, que parecía convidarnos á reposar en la sombra que proyectaba en el prado su espeso y pomposo follaje, y en efecto lo escogimos como un asilo, como un espléndido salón para saborear nuestro frugal alimento. ¡Cuánto más hermosos son estos artesones de verdura y estas mesas de fino césped que los cortinajes de tisú y los muebles de mármoles de los palacios! El capitán desató unas "árganas" de los tientos de la silla y tendiendo sus "mangas" en el suelo, sacó á luz una botella de vino de Parras, unos trozos de queso, unos salchichones, galletas, almendras y finalmente un excelente pedazo de dulce de membrillo. Asombrado quedé de que pudiera cargar en las ancas del caballo una despensa tan abundante; pero sin argumentarle ni hacerle necias observaciones, me limité á ejecutar lo que todo hijo de Adán habría hecho en mi caso, es decir, á saborear los salchichones, queso y galletas y á echar grandes sorbos de vino. Concluida la comida encendí un gran puro, me acosté cerca de un arroyo y dejando pacer libremente la yerba á mi caballo como lo hacía el buen D. Quijote de la Mancha, y respirando aquella perfumada aura de las flores y es-

cuchando el soñoliento ruido del agua, se apoderó un benéfico sueño de mis sentidos y cerré mis párpados. El capitán hizo otro tanto. Mi sueño fué tranquilo, dulce, celestial como el de nuestro padre primero cuando dormía bajo de los plátanos y palmeras del paraíso.

Me disponía á levantarme y despertar al capitán, cuando vi flotar entre el verde esmeralda de los arbustos, los "zagalejos" rojos de lana de dos jovencitas, que se aproximaban lentamente y con precaución hacia el lugar donde estábamos. De pronto juzgué que soñaba, que no era cierto lo que veía, sino una de esas visiones de la fantasía, cuya realidad buscamos con ansia al día siguiente. Las niñas seguían andando de puntillas y á medida que se acercaban podía distinguir sus rostros blancos, sus trenzas negras flotando á impulsos de la brisa, sus cuerpecillos aereos, flexibles, fantásticos. . . . Las niñas se aproximaron más y yo entonces cerré los ojos y fingí que dormía profundamente, procurando sólo divisar sus movimientos al abrigo de mi sombrero, que tenía colocado sobre una parte de mi cara. Un rato estuvieron en pie, después con mucho tiento colocáronme el sombrero de manera que me cubriera un rayo de sol que penetrando por entre las hojas del fresno daba en la cabeza, y temiendo sin duda ser sorprendidas en esta obra de inocente y sencilla compasión, huyeron pre-

cipitadamente. Necesité reflexionar mucho tiempo y estregarme los ojos con frecuencia para quedar cerciorado de que lo que había visto no era una visión celestial.

Al ponerse el sol fuimos á una casita situada frente del fresno á pedir permiso para pasar la noche, protestando dar la menor molestia posible.

—Pasen vds., señores, esta casa está á su disposición, nos contestó una mujer como de cuarenta años, fresca y rubicunda todavía.

—Gracias, señora, gracias por esta amable sonrisa con que nos ha ofrecido su casa.

—Lo acostumbro hacer así con todos los pasajeros y militares que transitan por este lugar, y más cuando su aspecto indica que no abusarán....

—Ni por pienso, señora, le contesté; por el contrario, si causamos á vd. incomodidad, pasaremos la noche debajo de aquel fresno donde ya hemos dormido una agradable siesta.

—En efecto los ví á vds. y mandé á mis niñas á que cubrieran á vds. la cara, pues les estaría molestando el sol.

—Eran esas niñas las hijas de vd., le interrumpí....

—Criadas de vd., y cabalmente aquí vienen con mi esposo.

—Señores, tengan vds. buenas noches, nos dijo un anciano que entraba á ese tiempo acompañado de dos muchachas.

—Caballero... Señoritas... niñas, balbutimos yo y el capitán.

—Quietos, señores militares, siéntense vds.—El anciano colocó en un rincón del cuarto una pala y un azadón que traía en la mano, y las muchachas, después de saludarnos con una afable é ingenua sonrisa, regalaron á su buena madre un ramo de rosas, campánulas y maravillas.

—Hijas, les dijo la madre, es menester disponer cena y camas para los señores, que probablemente estarán cansados y mañana tendrán que madrugar. Las muchachas volaron á ejecutar las órdenes de su mamá, mientras que nosotros arreglábamos las maletas y monturas, y procurábamos acomodar lo mejor posible en un corral á los caballos. Merced al esmero y atenciones de esta familia, pasamos una excelente noche: á la mañana siguiente montamos á caballo para seguir nuestro viaje. Toda la familia salió á la puerta á vernos partir; las muchachas nos regalaron una rosa á cada uno y el anciano con mucha sinceridad nos dijo:—¡Eh! Dios lleve á vds. con bien; cuando vuelvan ya saben que tienen una casa.

—Pronto, muy pronto nos veremos, D. Juan, le contesté; quizá entonces podré traer á estas niñas algunas frioleras en señal de mi gratitud.

—Si va vd. por Río-Grande, dijo el capitán, inclinándose á dar un abrazo á Don

Juan, no deje vd. de verme; tendré mucho gusto en que estemos juntos.

—Adiós, señores.

—Adiós niñas.—Adiós, Don Juan.

Un año después pasaba yo cerca de Tlaxcala. El hermoso fresno debajo del cual dormí una siesta: la amable familia que me dió hospitalidad: aquellas muchachas puras y hermosas que ví acercarse lentamente á mí, como dos ángeles del cielo: el arroyo, las flores, todo, todo, se me presentó de nuevo como un cuento de las Mil y una noches, así es que me resolví á extraviar mi camino y visitar en Tlaxcala á las bondadosas gentes que habían dejado en mi alma tan vivo recuerdo.

Atravesé la multitud de calles formadas con las huertas y pequeñas casas, me interné en la calzada de nogales y divisé el fresno, fresco, verde, lleno de pompa y de vida; pero la modesta casa y el pequeño jardín de Don Juan no existían ya: un montón de ruinas, una porción de palos quemados. Esto era todo.

II.

Un horrible vértigo se apoderó de mí: bajéme del caballo, recliné mi cabeza contra el fuste de la montura, y permanecí de esta manera no sé cuánto tiempo, hasta que una voz un poco bronca me dijo:

—Amigo mío, si está vd. enfermo, puede vd. pasar á mi casa y acostarse un rato....

ó en fin, tomar una taza de café ó alguna otra cosa que lo alivie.

—No es nada, le respondí, me acometió un ligero desvanecimiento; pero se ha pasado. El que me hablaba era un anciano rollizo con un gran sombrero jarano, una cotona y unos calzones de gamuza lipana, y que picado de la frialdad con que yo lo había tratado, me volvió las espaldas y se dirigió á su casa, que estaba muy inmediata. Yo por mi parte puse el pie en el estribo; pero deseando indagar los pormenores de la catástrofe de la familia de Don Juan, cambié de resolución y dejando mi caballo al criado, me dirigí en pos de mi hombre.

—Bien le decía yo, me dijo al mirarme, que tendría vd. necesidad de descansar un rato. Pase vd. adentro, tomará vd. algo.

—Una poca de agua fresca, le contesté, es lo único que deseo.

—¿Y dónde se dirige vd. ahora? me dijo presentándome un gran vaso de agua.

—A Monterrey, le contesté respirando con trabajo, limpiándome los labios y poniendo en sus manos el vaso ya vacío.

—Pues entonces podría vd. cómodamente quedarse á dormir aquí, y mañana hace vd. su jornada á Palo Blanco, ó á Salinas, si los caballos son buenos.

—Tenía yo intención de llegar ahora á Boca de Leones, pero como pasé cerca de este lugar, quise saludar á una familia que vivía aquí junto y me hospedó hace un año; mas veo que la casa está quemada....

—Sí, quemada, me interrumpió y toda la familia murió á manos de los salvajes....

—¡Dios mío, qué catástrofe tan horrible!—Horrible, sí, horrible por cierto, me contestó con una voz conmovida, pero vd. conoció desde luego á mi hermano Juan?

—¿Era hermano de vd. D. Juan?

—¿Y se acuerda vd. de Rita y de Paula, mis sobrinas?

—¡Oh! mucho me acuerdo de toda la familia.—¡Qué guapas y qué hermosas eran las muchachitas! ¡Qué piés los de Paula tan chiquitos! ¡Qué cintura la de Rita! ¡Qué gracia al andar, qué sonrisa!.... Ya se ve, las dos muchachas eran como dos luceros.

—Pobres niñas, murmuré á media voz.

—Pobres sobrinas mías, repitió D. Tadeo (que este era el nombre de mi huésped), y luego señor, si viera vd. las crueldades que hicieron los bárbaros con toda la familia.

—Cuénteme vd. los pormenores, pues aunque sea muy doloroso escucharlos, deseo saber el martirio que sufrieron estos ángeles.—¿Vd. estaría aquí, por supuesto?

—La víspera del casamiento de Paulita....

—¿Con que se iba á casar Paulita, le interrumpí?

—Sí señor, con un muchacho muy hombre de bien de Boca de Leones, llamado José de Burgos; pero como decía yo á vd., la víspera del casamiento, cosa de las ocho de la noche, entré á la casa de mi hermano

Juan y me lo encontré sentado en compañía de sus hijas y de mi comadre Gertrudis, al derredor de una lumbre donde se asaba un cabrito.

—Siéntate, hermano Tadeo, me dijo luego que me vió entrar, cenarás con nosotros. Estamos preparando este cabrito, porque las muchachas esperan esta noche á José de Burgos.—Ya sabes que mañana se casa con Paula.

—Lo sé, Juan, lo sé. ¿Por fin esta pícara muchacha nos quiere abandonar?

—No, tío, de ninguna manera, me quedaré con vds., contestó Paulita.

—Sí, te quedarás, es una verdad; pero yo hubiera querido que fueses mi mujer.

—¡Tío!

—No te asustes, sobrina mía; con una dispensa del Sr. Provisor todo se hubiera facilitado; pero veo que el Sr. Provisor no me hubiera quitado ni los años ni las canas, ni las arrugas.... José de Burgos es un excelente muchacho, Paulita, y vas á ser muy feliz con él; en cuanto á mí, esperaré á que tu hermana tenga un año más, y entonces verás cómo no es ingrata. ¿Qué dices de esto, Rita? Las muchachas se pusieron coloradas con estas chanzas, y yo como estaba sentado en medio de ellas, pude abrazarlas con un cariño de tío.... qué de tío, de padre, señor militar, pues las quería como á las niñas de mis ojos. ¿Se acuerda vd. de ellas? ¿Las vió vd. correr por entre es-

tos arroyos con sus cabezas llenas de rosas, sus zagalejos encarnados y sus zapatitos blancos?—Tadeo García tenía, al concluir estas palábras, los ojos llenos de lágrimas; pero sacó su pañuelo y fingiendo limpiarse el sudor de la frente, enjugó aquel llanto que le arrancaba el recuerdo de sus sobrinas.

—Vaya, señor militar, fume vd. un cigarro, me dijo con una voz ya repuesta y entera.

—Con mucho gusto, le contesté; mas espero que no me dejará vd. en duda de lo que deseo saber.

—No, por cierto, me respondió sacando de la bolsa una hoja de maíz y un pan de tabaco aprensado, para hacer los cigarros. Vd. que conoció á mi hermano Juan, vería que su aspecto representaba un ranchero rústico é ignorante como yo.

—No señor, representaba un hombre sencillo y honrado, de los que á cada paso he encontrado por la frontera.

—Sí, en efecto, mi hermano era muy honrado, y como digo á vd., aunque rústico sabía dar muy buenos consejos á sus hijas, de manera que se habría vd. encantado al oír cómo esa noche amonestaba á Paula para que amara mucho á su marido, para que fuese una mujer trabajadora, para que en fin llegara á ser una madre amante de su casa y de su familia, como lo había sido mi comadre Jacinta. En estos sermones es-

tábamos, cuando escuchamos pasos de caballos y á poco momento se presentó en la casa el muchacho José de Burgos. Todo fué alegría entonces; mi hermano y mi comadre lo abrazaron, y yo y las muchachas lo llevamos casi en peso junto al fogón donde el cabrito se estaba asando.

José de Burgos, antes de cenar, fué al corral á colocar y dar pastura á sus bestias, y cuando volvió á entrar, venía cargado con un cajoncito con indianas, castores, aretes, soguillas, peinetas y.... qué sé yo qué cosas más que había comprado en Monterrey. Como ya vd. conoce lo afectas que son las mujeres á esas chucherías, no debe extrañar que mis sobrinas se volvieran locas. ¡Qué bonitos zarcillos! decían, ¡qué piedras verdes tan lindas! ¡qué castores tan primorosos!......—Qué castores ni qué diablos, les dije yo, lo mejor será que vean no se queme el cabro y cenemos, tanto más que este pobre José no habrá comido nada desde esta mañana; y apropósito, continué yo dirigiéndome á José de Burgos, ¿de dónde saliste esta mañana?

—Del Palo Blanco, me contestó.

—¡Caramba! pues has andado recio, y..... ¿qué dicen de nuevo por Monterrey?

—Anda el rum rum de que han entrado muchos indios por la Sierra de Monclova; pero yo creo que no es cierto, pues el camino está tranquilo.

—No hay que fiarse de esos hijos de Satanás, le contesté, pues caminan más ligeros que un ciervo, y por lo que pueda suceder, voy ahora mismo á recoger algunas yeguas y caballos que andan desperdigados.

—Vaya, Tadeo, me dijo mi hermano Juan, pareces un muchacho según el miedo que tienes.

—Deja, yo sé mi cuento; el caso es que yo quiero poner mis animales en lugar seguro, que en eso nada se pierde.

—Pero aun cuando sea cierto que los indios han entrado, es imposible que lleguen por acá, dijo mi comadre Jacinta.

—Siempre es buena la precaución, comadre.

—¿Pero qué, ahora mismo se va vd., compadre?

—No precisamente ahora; pero sí muy de madrugada.

Como el cabrito estaba ya bien asado, cada cual fué cortando su trozo y mientras platicaban unos, otros comían y otros.... figúrese vd. que Paula y José de Burgos no pensaban más que en su casamiento. ¡Qué feliz era esa noche la familia!

—Apropósito, señor militar, prosiguió Tadeo levantándose del asiento, es menester que procuremos comer, pues son ya las dos de la tarde y que si se resuelve vd. á pasar la noche aquí, demos algún alimento á sus pobres andantes, que se están ya co-

miendo las trancas del corral, á falta de maíz.

—Bien, me quedo, D. Tadeo, estoy resuelto.

—Pues manos á la obra. Hola, Francisco, desensilla los caballos del señor, dales agua y un poco de zacate, y acuéstese mientras de que voy yo á ver á unos arrieros que deben salir mañana con unas cargas de maíz.

D. Tadeo García se puso su sombrero y salió.

III.

EPISODIO.

Luego que Tadeo García me dejó solo, me puse en pie y comencé á recorrer con la vista la habitación, que era una pieza pequeña con muebles todos de madera de fresno, pero aseados y puestos en orden. En un rincón estaba una excelente cama de caoba del norte y en ella recostado un muchacho de pelo rubio, tez rosada y que tendría como veinte años de edad.

—Amigo mío, le dije, dispense vd. que no le haya saludado; pero entré tan agobiado con el calor y el cansancio, que no advertí estaba vd. en esta casa.

—Cuando vd. entró, dormía yo, me contestó, y aunque después desperté, no quise

interrumpir la conversación de D. Tadeo; por esta causa tampoco le había yo saludado á vd.

—¿Y vd. es pariente de D. Tadeo?

—No señor, únicamente su amigo, y desde que me escapé del poder de los bárbaros, estoy viviendo con él.

—¿Cómo?.... ¿También vd. se ha visto asaltado por esos enemigos?

—Sí señor; he estado cautivo tres años.

—¡Cautivo tres años! repetí yo abriendo tantos ojos. ¿Y dónde lo asaltaron á vd.?

—En las cercanías de Laredo una tarde que campeaba en el monte.

—¿Y cómo es que no mataron á vd.?

—Porque como era yo joven, y á ellos les agrada mucho mezclar la raza, prefirieron llevarme cautivo y me asignaron cuatro indias.

—¿Bonitas? le interrumpí yo maquinalmente.

—Feas, y llenas de grasa y de sebo.

—¡Oh! tormentos crueles pasaría vd.

—Figúrese vd. nada más.....

—¿Pero qué género de vida tenía vd. con ellos?

—Vagar contínuamente de un punto á otro, cazar, hacer guerra á los "táncahues" y "lipanes" y robar caballada en esta frontera y la de Durango.

—¿Y las tierras por donde vd. transitaba?....

—Eran las más veces hermosas, llenas

de árboles, de flores, de ojos de agua, ó bien llanos inmensos que formaban horizonte lo mismo que el mar.

—Todo era desierto.

—Sí, desierto, desierto que sólo los indios transitan.

—Y dígame vd.—¿antes de emprender alguna campaña hacen los bárbaros algunos preparativos?

—Sí señor, celebran un consejo y cabalmente asistí al que tuvieron antes de venir á la frontera.

—Será muy curioso el ver una escena de éstas.

—Figúrese vd. que el consejo se celebró en un bosque frondosísimo de nogales, robles y encinas que está situado en las cabeceras del río Rojo de Natchistoches. Debajo de un grupo de árboles había como veinte capitancillos comanches sentados en rueda delante de una gran hoguera. En las cercanías había también veinte tiendas de campaña formadas con pieles de cíbulo y venado: delante de cada tienda una lumbrada, y junto á la lumbrada un guerrero con su rifle, su lanza y su arco. A lo lejos y esparcidas entre aquel espeso monte, se veían chisporrotear multitud de lumbres, pertenecientes á las respectivas familias que danzaban y daban de tiempo en tiempo alaridos, semejantes á los de una manada de panteras.

Uno de los capitancillos sentados al de-

rredor de la grande hoguera, se levantó, llenó de tabaco una gran pipa de barro encarnado y así que cada uno de los de la rueda la fumó, el capitán Nakreptabays (1) con una voz ronca y tétrica dijo:

"Los hermanos del comanche lloran cautivos entre los blancos como la tórtola fuera de su nido porque los hermanos del comanche han perdido su nido.

—"Es menester libertarlos, respondieron todos los miembros del consejo."

Los concurrentes, que eran muchos y estaban pendientes de las palabras que pronunciaban los capitancillos, aplaudieron á esta determinación con un alarido, blandiendo sus lanzas y puñales y disparando flechas al aire. El capitán Nakreptabays prosiguió:

—"El comanche necesita caballos para la guerra, porque el guerrero que va á la lucha si no tiene caballo es tan inútil como un río sin agua, y como un árbol sin hojas."

—Pues vamos á quitarles los caballos á los blancos, ya que ellos nos han usurpado nuestras tierras.

Los circunstantes arrojaron otro alarido, blandieron sus armas blancas y dispararon sus flechas. El jefe continuó:

—Por cada cabellera que pierda el co-

---

(1) Nakreptabays quiere decir en castellano Sabino. Los indios salvajes regularmente adoptan por nombre el de algún objeto de la naturaleza.

manche, ¿cuántas deben perder los blancos?

—Ciento, respondieron los del consejo.

—Pues al capitán Naseka (1) lo hirieron y mataron además cuatro guerreros cerca del Río-Grande.

—Cuatrocientas cabelleras debemos traer (2) á nuestra vuelta.

Un alarido general se escuchó por todo el bosque, y los indios comenzaron á agitarse y revolverse, dejando ver con la luz temblorosa de las hogueras, sus rostros pintados de almagre y azarcón.

Nakreptabays alzó su pipa de barro encarnado, y aquella multitud frenética quedó en un profundo silencio.

—Hijos míos, dijo el capitán Nakreptabays, vamos á emprender una guerra á sangre y fuego; que ni un sólo blanco escape de las flechas y lanzas de nuestros guerreros: mujeres, caballos, mulas, todo sea para abastecer á nuestra tribu, y para vengar la sangre de nuestros hermanos. El Capitán Grande (3) nos ayude. Los capitancillos se levantaron, y unas mujeres comenzaron á bailar al derredor de la lumbre, mientras las demás entonaban un canto de guerra tan triste, que nunca se me podrá olvidar.

---

(1) Naseka quiere decir en castellano membrillo.

(2) Es sabido que los bárbaros como señal de su triunfo acostumbran arrancar la piel de la cabeza con todo y pelo.

(3) Llaman á Dios el Capitán Grande.

—Es decir, que vd. se acuerda de los versos ó estrofas de esa canción guerrera?

—No son versos, son una especie de composición sentenciosa, como todo el idioma de los salvajes. Poco más ó menos son en nuestro idioma de la manera siguiente:

"Cuando hayan pasado cinco lunas, los comanches encenderán las hogueras."

"Y bailarán al derredor del fuego que consuma á los cautivos."

"Hartos de sangre y de venganza volveremos á ver nuestros árboles y nuestros ríos, y las flores del desierto."

"Y enseñaremos á nuestros hijos las cabelleras de los blancos, como trofeos adquiridos por el valor de los hijos de las selvas."

"El Capitán Grande nos ayude."

—Figúrese vd. que este canto estaba acompañado del són agudo de un pito de carrizo, y que las cantoras hacían visajes, y arrancaban y desordenaban sus cabellos.

—¿Y qué hacía vd. entre tanto?

—Estaba de centinela con mi rifle y mi arco delante de la tienda del capitán Nakreptabays, deseando que la tal campaña que decretaban en el consejo tuviera efecto, para escaparme del poder de esos diablos en la primera oportunidad, como lo hice luego que llegamos á la Sierra de Monclova.

IV.

EL DIA DE LA BODA

D. Tadeo entró cuando el cautivo acababa de pronunciar las palabras antecedentes, é inmediatamente dispuso que nos sirvieran de comer; nos sentamos al derredor de una mesa de madera de fresno, y el honrado y franco huésped saboreando sus tortillas y asado prosiguió su narración.

—Muy de madrugada se puso en movimiento toda la familia de mi hermano Juan para disponer el casamiento. Mi comadre se ocupaba en concluir los vestidos que debían estrenar sus hijas. Rita en preparar la comida y Paula, como que era la novia, se puso delante de un pequeño espejo á engalanarse con todas las alhajas que le había regalado la noche anterior su futuro esposo José de Burgos. Este y mi hermano Juan, ensillaron sus caballos y ganaron el monte á traer una vaca gorda, con el objeto de matarla y dar de comer á todo el pueblo de Tlaxcala.

A las siete de la mañana Rita subió á una troje, que se acordará vd. había en el patio interior de la casa; y estaba el campo tan

hermoso, el aire tan fresco y el cielo tan azul, que la muchacha, lejos de bajar con sus mazorcas, se quedó observando una polvareda que se levantaba por un costado de la sierra. A poco momento la polvareda se aproximó y Rita descubrió un número de salvajes tan considerable, que sin ponderación, formaba horizonte. ¿Cree vd. que la muchacha se asustó? Pues no señor, sin perder el color, sin temblar, recogió sus mazorcas y bajó á decir á su mamá que los indios estaban á la vista.

Mi comadre, al escuchar esta noticia, se puso descolorida como una muerta, soltó la aguja de la mano, y quiso gritar; pero le fué imposible, pues tenía trabadas las quijadas. En cuanto á Paulita, dejó también caer el espejo que tenía delante, y corrió de un lado á otro del cuarto profiriendo exclamaciones dolorosas. Rita, sin hacer caso de estos lamentos, fué á la cocina, recogió una grande hacha destinada á partir leña, se proveyó de algunos víveres, y volviendo al cuarto donde estaba su madre y hermana, cerró las puertas, y comenzó á cubrirlas con sacos de lana, colchones, huacales, y cuantos muebles encontró á propósito. Concluida esta operación, se sentó tranquilamente y dijo á mi comadre:

—"Nada tenemos que temer, madre mía, las puertas están perfectamente aseguradas. ¡Pobre niña! Era guapa y valiente como el soldado más aguerrido de la fron-

tera; pero era muy poca cosa para los salvajes el que unas puertas estuvieran cerradas.

—Muchacho, trae unas tortillas calientes para el señor, y echa más agua en los vasos. Coman, señores, bien, porque ahora hasta la hora de la cena no volveremos á probar bocado, á no ser que vd. acostumbre tomar café ó chocolate.

—Nada acostumbro comer después de esta hora, D. Tadeo, y sobre todo, aunque quisiera no podría, pues bastante....

—Vaya, burla que quiere vd. hacer de la mesa de un pobre ranchero. Pues señor.... ¿En qué quedamos?

—Cabal. Cerca de media hora estuvieron en silencio, y tan pensativas y asustadas, que sólo se oía el latido de sus corazones; pero los salvajes no se hicieron aguardar, pues sin duda informados de que había en el pueblo muchachas bonitas, destacaron una partida de cincuenta guerreros para que recogieran cuantas pudieran. Los malvados, como si hubieran adivinado que mis sobrinas eran las criaturas más lindas de la tierra, rodearon la casa, comenzaron á tirar balazos á las puertas, y á gritar y charlar en su gerigonza diabólica.

—¡Dios mío, ten misericordia de nosotras! exclamaba mi infeliz comadre hincada de rodillas y con las manos enclavijadas. Paula, que tenía ante sus ojos la

muerte en vez de la felicidad del matrimonio, tuvo un momento de locura en que se arrancó los cabellos, rompió los adornos que se había puesto y desgarró sus vestidos; pero después se arrojó llorando en brazos de mi comadre.

—Somos perdidas, madre mía.

—Hija mía, perdidas, no hay remedio. ¡Socorro! ¡Socorro!

Los balazos menudeaban en las puertas, y los salvajes arrojaban alaridos horrendos.

—¡Dios mío! ¡Santísima Virgen, libértanos por los dolores que padeciste al pie de la Cruz!

Los balazos seguían.

—¡Madre mía, madre mía, exclamaba Paula retorciéndose sus brazos y su blanco cuello, esto es horrible; máteme vd. antes de que entren los salvajes!

—¡Señor Crucificado, socorro, socorro! gritaba mi comadre intentando maquinalmente ocultarse en los rincones y debajo de los muebles.

Los bárbaros formaban una algazara infernal, y las puertas estaban hechas un arnero.

—¿Y Rita qué hacía?

—Rita estaba con su formidable hacha en la mano, observando las dos puertas, y con tanta serenidad como si estuviera disponiendo la comida de boda para su hermana.

Hubo como diez minutos de silencio.

—¡Gracias, Dios mío, gracias, exclamó la mamá llorando, los salvajes se han ido sin duda.

—Si se han ido, interrumpió Paula; quizá nos salvaremos.

—¡Oh! no, ahí están todavía, y ya entran, ya entran! gritó la madre aterrorizada, y cayó sin sentido en el suelo.

En efecto, un alarido más fuerte se escuchó, y al mismo tiempo un golpe dado á la puerta con una enorme viga, la hizo sucumbir. Los salvajes se precipitaron adentro; pero los sacos de lana y trastos que había colocados en forma de muralla, no permitió el que pasasen muchos á la vez.

Rita estaba detrás de un saco de lana con su hacha levantada.

Un salvaje alto, robusto y fornido como un león, entró apartando los obstáculos que le impedían el paso; pero apenas había pasado el umbral de la puerta, cuando Rita le dejó caer el hacha en la cabeza. Un momento permaneció inmóvil: después le salió un raudal de sangre por los ojos, boca y narices, y cayó como una gruesa encina derribada por el leñador.

El segundo indio que entró cayó también al filo del hacha de Rita.

El tercero fué más feliz, pues Rita dió el golpe en vago, y entonces el salvaje se abalanzó á ella, y oprimiéndola con sus robustos brazos, la sacó fuera del aposento. Otro

indio se encargó de cargar con Paula, y de dar á mi pobre comadre una lanzada.

Al retirarse ya con su presa, cercaron la casa de rastrojo y le prendieron fuego. A poco momento una llama inmensa se levantó hasta las nubes, silbando como una serpiente, después se deslizó por el corral y entró devoradora, ardiente, terrible, por la puerta que los bárbaros habían roto. Jacinta, que sólo estaba herida levemente en la espalda, se levantó y quiso salir; pero los sacos de lana y los muebles estaban ya encendidos. Las vigas crugieron: una columna de humo negro brotó por el techo y la infeliz mujer, con la ropa ardiendo, los cabellos erizados y los ojos descarriados, hizo el último esfuerzo para libertarse de las llamas, y apareció entre el incendio gritando:

—¡Hijas mías! ¡hijas mías, salven á su madre! y cayó sofocada y sin aliento, retorciéndose en medio de un montón de brasas encendidas!

Mientras pasaba esto en la casa de mi hermano Juan, otras escenas más atroces se repetían en el Pueblito. Los indios que en grupo se habían esparcido por las calles, se introducían en las casas rompiendo las puertas y derribando con la hacha y el puñal, niños, ancianos, animales y cuanto estorbaba su paso. A las muchachas las enviaban á su campo después de haber saciado de una manera bárbara sus apetitos bru-

tales, y los muebles y objetos que no robaban, los destrozaban con una saña inaudita. Era una manada de tigres hambrientos que sonreían y se gozaban al empapar en sangre sus deformes rostros y sus nervudos brazos. Era un espectáculo lastimero ver en las calles los heridos revolcándose en la sangre, los niños moribundos llorando, las mujeres hermosas y blancas, casi desnudas, retorciéndose y procurando unas evitar los ultrajes de los bárbaros, y otras dejándose conducir, anonadadas, humildes y resignadas como los corderos que llevan al matadero. Entre tanto los bárbaros arrojaban alaridos, iban, venían, corrían y bailaban entonando canciones feroces y riéndose al ver la sangre que empapaba sus vestiduras de gamuza. Las gentes que pudieron escaparse, se reunieron en la iglesia y el cura, así que ya no hubo más infelices á quienes abrigar bajo el techo sagrado, cerró las puertas, colocó algunos hombres armados en la azotea para hacer cuanta resistencia fuese posible y exhortó á todos á que hicieran contrición de sus pecados y se resignaran á morir como buenos cristianos. Los salvajes, por una casualidad, ó tal vez por un temor religioso, no atacaron la iglesia, sino que cargados de despojos y cautivas se retiraron á su campo, situado en toda la falda del cerro que tenemos á la espalda. Entre tanto mi hermano y José de Burgos, que como dije á vd. fueron á bus-

car su ganado por rumbo opuesto al camino que habían recorrido los indios, estaban muy distantes de creer en los desastres que habían ocurrido; pero al regresar, los alaridos, la confusa vocería y agitación del Pueblito, las grandes polvaredas que se elevaban y más que todo la vista de los salvajes, les inspiró vivas inquietudes sobre la suerte de su familia. Como hombres resueltos picaron sus caballos, y dejando la res que conducían atada de un árbol, se dirigieron á escape á su casa, y hallaron que las llamas la habían consumido y sólo quedaban los escombros y las brazas que aún despedían humo.

Sería imposible describir á vd. la rabia que se apoderó de estos hombres, el caso es que sacaron la espada y desatinados, furiosos, y casi locos, tiraban tajos y reveses al aire, hasta que un ranchero que iba de correo enviado por el cura y pasaba en fuerza de carrera, les dijo:

—D. Juan, la familia no ha perecido, sino que está cautiva en el campo de los bárbaros.

—Vamos, José, á libertarlas ó perecer con ellas, dijo mi hermano.

—Vamos, padre, vamos; y si han sido víctimas, las vengaremos, respondió José de Burgos.

Ambos partieron como un rayo al campo de los indios.

Los individuos que estaban en la torre

les gritaban: "Conténganse, van á morir, ya que pereció su familia sálvense vds. Por Dios no vayan. ¡Ohe, ohe! D. Juan, por Cristo, contengase vd!"

Sí, ya iban á escuchar semejantes voces.—El uno era padre y el otro amante. Y por supuesto le interrumpí yo que no conseguiría más que morir también.

—Los bárbaros, continuó D. Tadeo, convinieron en devolver á las muchachas en cambio de un par de caballos gordos y hermosos, así es que inmediatamente José de Burgos y mi hermano Juan se dirigieron al agostadero y al cabo de dos horas estaban de vuelta con un par de alazanes robustos y hermosos, pero de nada sirvió esto. Los salvajes, después de apoderarse de los caballos, asesinaron á mi hermano y á José de Burgos. Paula y Rita murieron también martirizadas por la brutalidad de estas fieras del desierto.

V.

LA CRUZ DEL MONTE.

Verdaderamente es una historia muy lúgubre la que me ha contado vd. y me ha comprimido el corazón, tanto más cuanto que no puedo apartar de mi memoria á las niñas y á toda la virtuosa familia. Hace poco tiempo la ví tan alegre y tan feliz y ahora.... nada existe, nada.

—Una cruz solamente, me contestó D. Tadeo, y ya que la tarde está hermosa y que hemos salido á refrescarnos, venga vd. y verá el lugar donde tan desgraciadamente murió mi familia. Llegamos á una llanura donde crecían unos cuantos palmeros y encinas. Al pie de uno de estos árboles estaba una cruz de madera clavada en un montón de piedras y en los brazos de la cruz, grabados unos renglones que decían: "Un Padre Nuestro y un Ave María por las almas de los que fueron asesinados en este lugar por los bárbaros;" más adelante se leían los nombres "D. Juan García, D. José de Burgos, Doña Rita y Doña Paula García. En paz descansen."

Imposible me sería dar cuenta al lector de las dolorosas sensaciones que oprimían mi alma al contemplar aquella cruz colocada al pie de la solitaria encina. Se presentó á mi imaginación la orgía infernal en que los salvajes pintados de azarcón, cubiertos de sangre y de fragmentos de carne humana, bailaban frenéticos al derredor de las hogueras, agitando sus adargas y penachos de pluma de águila, haciendo contorsiones y visajes diabólicos, lanzado alaridos lúgubres como los de los réprobos, y complaciéndose en los tormentos y agonías de los prisioneros.

Había en este festín satánico un padre de cabello y barba blanca, que atado en un árbol y vertiendo sangre de sus heridas,

miraba profanar y magullar las blancas y virginales formas de sus hijas. Había un amante de veinte años, que atado, traspasado con inumerables flechas, veía á su querida casta y pura como los ángeles hechá presa del amor salvaje, ultrajada con brutales caricias.... ¡Oh! Había también dos muchachas, lindas como las vírgenes de Rafael, que veían á su padre atado á un árbol, con su respetable cabello teñido de la sangre que destilaba de sus heridas, con un semblante en que se pintaban las agonías de su alma....

Los salvajes aproximaban los tizones ardiendo á los prisioneros.

Las hijas se retorcían, clamaban á Dios, lloraban, golpeaban sus frentes ruborosas contra las piedras....

Los salvajes reían y atizaban las hogueras....

Los infelices bramaban y crugían los dientes.

Los salvajes reían, reían.

¡Infernal, horrible escena!

Mayo de 1843.



¡¡¡L O C A!!!

El amor es la historia
de la vida de las mnjeres.
MAD. STAEL.



I.

FELICIDAD DOMÉSTICA

Una.... dos.... tres.... cuatro.... las diez. ¿Te acuerdas de esta hora, Clarencia? Precisamente hace dos años que te estrechaba la mano, y que la bendición de un sacerdote unía para siempre nuestra existencia y nuestros corazones....

Clarencia suspiró tan levemente, que ni aun lo percibió su esposo. ¿Cuánto querría decir esa ténue y melancólica voz del alma?

—Tu mano, continuó el caballero, temblaba entre la mía, tus mejillas se cubrieron de una ligera tinta azulada, tu voz fué tan débil, tan imperceptible, que apenas se escuchó; y sin embargo, me amabas, ¿no es verdad, Clarencia?

—Si no te hubiera amado, ¿me habría unido contigo?

—Creo que no; pero mira, eras muy niña, tu padre te ordenaba que te casaras; tus parientes también lo apoyaban.... ¿quién es capaz de expresar lo que sentí en el momento de nuestro enlace, cuando de pronto se me vino la idea de que la obediencia y no el amor te forzaban á recibirme por marido?

—Era ciertamente una preocupación, Ricardo; debías haber reflexionado que es una transición terrible para una joven, el pasar de una vida de niña á una vida de esposa. Y después, como el casamiento es un acto que decide para siempre de la suerte de nosotras, pobres mujeres....

—En cuanto á mí, Clarencia, siempre consulté tu voluntad, espié los menores movimientos de tu alma, y quise por fin obtener tu corazón, no tu mano.

—Sí, es verdad, Ricardo, y con mi alma te lo agradezco, pues hubiera sido insoportable pasar de repente al dominio de un hombre sin concerlo, y sin haber quizá ni escuchado el metal de su voz. Esto ha de ser horrible, ¿no es verdad? y sin embargo, á cuántas jóvenes las casan así.

—Por lo demás, Clarencia, y aun cuando tú no me hubieras conocido sino el día de la boda, no tendrías de qué arrepentirte, porque mi empeño ha sido satisfacer aun tus más recónditos deseos, amenizarte la vida, amarte.

—¡Ricardo!

—¡ Clarencia!

Ambos se estrecharon la mano; Clarencia se quitó un schall de gasa, y quedó descubierto un cuello blanco como la pluma del cisne, torneado como el de una estatua de Canova, reluciente y terso como un mármol pulido de Italia.

—En dos años, continuó Ricardo, no hemos tenido ni un sólo disgusto.

—Es verdad, ni celos,.... ni....

—Ni mal humor.

—Mi voluntad ha sido la tuya.

—Mi ocupación el adorarte. Clarencia se desató el peinado, y un cabello castaño enlazado con laurel-rosa, cayó sutil, ondeante, perfumado sobre su blanquísimo cuello.

Ricardo tomó una de las trenzas, la acercó á sus labios, y continuó:

—¡ Cuán felices hemos sido! han volado los días para mí como si fueran instantes; ni un momento de fastidio en mi alma, ni una idea de amargura ó de tristeza; todos han sido pensamientos de amor y de ilusión.

Clarencia al descuido descubrió un pie pequeñito.

—Clarencia, ¡ qué hermosa eres, cuánto te amo!

—Ricardo, déjame reclinar en tu seno.

—¡ Clarencia! ¡ Clarencia! ¡ Qué feliz sería yo si la muerte me sorprendiera en tus brazos; así, acariciando tu frente; así, mi-

yo escuchando tu voz. Sigue, sigue cantando, porque es muy agradable dormirse ó despertar con las harmonías de Bellini reproducidas por tu garganta. Pero ¿qué contiene ese papelito color de rosa que tienes en la mano?

—Una friolera, Ricardo: es un convite que me hace Ana para un baile de máscaras.

—¡Baile de máscara! murmuró entre dientes Ricardo. ¡Diablo! esto suele ser peligroso, puesto que no todos saben guardar el decoro necesario ni usar del disfraz con educación.

—Todas son gentes de confianza y conocidas las que deben asistir.

—En ese caso....

—Iremos, ¿no es verdad?

—Es menester, hija mía, que recuerdes que el médico me ha prohibido salir en estos días.

—Entonces valía más que no hubieras

—Dejaremos la diversión para otra vez.

El semblante de Clarencia se entristeció.

—Nada de tristeza, ni de pesar, muchacha; si tú lo quieres absolutamente, irás.

—Jamás deseo lo que á tí pueda desagradarte. Era un capricho mujeril, una curiosidad de ver solamente lo que hace tantos años que no veo; pero ¿empeño? ninguno, ninguno tengo. Me quedaré gustosa.

—Clarencia, esa resignación y esa conformidad te hacen encantadora. Es imposible rehusarte nada. Ahora, por el contrario, te ruego que vayas y que te diviertas. Ya combinaremos el modo. Por lo pronto, manda decir á tu amiga Ana, que te envíe el coche y un dominó. Ve, ve, hija mía.

Clarencia miró á Ricardo con una expresión de reconocimiento, y por decirlo así, sin imprimir sus huellas en la alfombra, se lanzó fuera de la alcoba.

A las ocho de la noche Clarencia se puso al tocador. Traje negro de terciopelo bordado de oro. ¡Qué bien le sentaba á su hermosura! ¡Cuánto realzaba la nieve de sus hombros y pecho! Después pasó al derredor del cuello una soga de perlas con una cruz de diamantes y esmeraldas: después ciñó su frente con una cadena de oro con un pequeño pájaro de rubíes: después fué colocando en sus rosados dedos, anillos de topacio, de ópalo y de brillantes. Clarencia estaba linda como un serafín. Clarencia estaba risueña, fresca como la aurora de Guido-Reni.

Ricardo la miraba extasiado.

Luego que acabó de vestirse, Clarencia dijo á su esposo, ¿estoy bien adornada así?

—¡Diablo de baile de máscaras! murmuró Ricardo entre dientes.

—¿Quién me acompaña al baile, Ricardo?

—Nadie.

—¿Es posible? Con que tendré que ir sola?

—No tal, llevas un buen compañero.

—¿Cuál es?

—Tu honor, hija mía, único galán que debe reemplazar las ausencias del marido.

—Dices bien, si todos los esposos fueran así, jamás serían engañados. Adiós, Ricardo.

Ricardo besó la frente de su mujer y la acompañó hasta la puerta. En la calle estaba ya aguardándola el coche de Ana.

III.

BAILE.

En cuanto paró el coche en la casa de Ana, se revistió Clarencia de un dominó negro y rosa, se puso una careta, y bajando del carruaje, atravesando el patio, subiendo la escalera, tropezando y evitando algunos máscaras que la querían detener, se encontró por fin en una sala extensa, amueblada con ricos sofás y sillones de cerda, y adornada con espejos, cuadros, floreros y arañas de cristal. No sé qué cosa tiene de espléndido, de sorprendente, de voluptuoso, un salón así dispuesto, é iluminado con la blanca luz de la esperma. ¡Cuánto bri-

llan los adornos de las señoras! ¡Cuánta es la ternura y morbidez de sus formas! ¡Cuán bellas son, en fin, esas damas de baile, llenas de aromas, cubiertas de perlas y topacios, crujiendo la seda y el terciopelo de sus vestidos, girando en un vals, rápidas como el viento, fantásticas como unas sílfides. Ved cómo sus pequeños piés apenas tocan el suelo: ved qué graciosos son los ondeantes contornos de sus vestidos: ved sus cabezas bellas como los bustos de la escultura griega: ved cómo sonríen, cómo sus mejillas se encienden, sus lindos ojos se animan, sus manos torneadas y suaves buscan un apoyo, una dulce presión: vedlo todo, sí, vedlo, porque las mujeres son lo más delicado de la creación, lo que se admira con una especie de arrobamiento delicioso: ¡oh, es mejor que no veáis nada!

En cuanto á la pobre Clarencia, iba y venía de un lado á otro. Si le hablaban, no respondía; si le decían bromas, sentía subírsele la sangre al rostro; si la conducían a un extremo de la sala lo consentía, y con la misma facilidad pasaba á otra parte. Muchos tenían curiosidad de saber su nombre, porque sus manos blancas y delicadas anunciaban una cara hermosa: algunas máscaras, viendo su obstinación en no hablar y su poca expedición para una sociedad semejante, la tuvieron por una imbécil y la llenaron de sarcasmos. Al fin Clarencia quedó en medio de la sala, abandonada, ex-

traña á aquella reunión, y sufriendo los empellones de los grupos de máscaras que bailaban con rapidez, sin hacer caso de los que estaban en pie. La primera idea de Clarencia fué separarse de aquella tertulia, donde reinaba una especie de libertina franqueza que se avenía mal con su genio modesto y recatado; pero reflexionando que tal vez una vuelta repentina á su casa disgustaría á su esposo, tomó el partido de buscar un asiento, donde confundida entre la muchedumbre, nadie se ocupase de ella, á la vez que pudiera divertirse ó entregarse á sus reflexiones, que por el pronto eran melancólicas y como precursoras de algún accidente desagradable. En efecto, se acomodó en un sillón que estaba junto á la vidriera de un balcón y casi oculto entre el cortinaje: allí Clarencia pensó por la primera vez que su vida había sido quieta é ignorada como las fuentes cristalinas que corren en el desierto: que su hermosura no había llegado á la vista del mundo; que su juventud iba deslizándose, sin que los inciensos de la adulación la embalsamaran, sin que los acentos lisonjeros del amor halagaran el tímpano de sus oídos; en una palabra, Clarencia, aunque se reconocía feliz en su estado, sentía que su belleza no hubiese tenido admiradores, que su mano no hubiese sido reclamada y codiciada por muchos, y que su vida se perdiera entre el torbellino del mundo, sin dejar un sólo re-

cuerdo, sin ser el objeto de la más ligera memoria.—¿Y Ricardo no la amaba?—Sí; pero Ricardo era su marido, y los pensamientos que asaltan á las jóvenes casadas, son de tal manera, que ó las entristecen con la imagen de una dicha que perdieron, ó las deleitan con un porvenir fantástico é irrealizable. Allá en el cúmulo de esas meditaciones generales, brotó de improviso en el corazón de Clarencia un recuerdo tierno, melancólico, recuerdo de los primeros años, recuerdo coloreado con esa apacible y hermosa aurora que acompaña la vida de los niños. Clarencia en aquel momento no oía ni la armonía de la música que tocaba un valse alemán, ni percibía la agitación y ruido de los que bailaban y conversaban. Eran armonías de otra edad, era la inocente agitación de otra época, era el eco perceptible de los tiempos de la inocencia y de las ilusiones. Vióse de repente transportada al jardín de una casa de San Angel, donde oyó por primera vez pronunciar á Antonio la palabra amor; donde con su vestido albo como la nieve y su frente ceñida de rosas, corría por entre la verdura y el césped huyendo de las caricias de Antonio; donde sentada debajo de un árbol contemplaba con cierta envidia á las aves que reposaban juntas en un nido; donde, en fin, la brisa embalsamada de las noches de verano, las flores, las aves, el cielo azul, el arroyo trasparente, murmuraban las dulces palabras

"amor," "ilusión," "felicidad." Pasaron esos días; Antonio se apartó de Clarencia; Clarencia creció, amó, si se quiere, á su esposo; pero jamás, jamás pudo olvidar enteramente esas escenas. ¿Quién es capaz de borrar la primera afección tierna y sincera que se graba en los corazones de los niños?

Un máscara se acercó, y con voz de tiple dijo á Clarencia:

—"Mascarita, estás muy triste."

Clarencia respondió maquinalmente:

—Sí.

—¿Quieres bailar?

—Estoy cansada.

—Una sola contradanza y te sientas.

—Estoy enferma de un pie.

—Entonces valía más que no hubieras venido.

—Es una verdad.

—Vamos: puesto que no quieres bailar, platicaremos.

—Como quieras, máscara, todo es igual para mí.

—Tus manitas son muy bonitas; tu pie debe ser pulido, y tu rostro..... ¡Ah! mascarita, dime en secreto quién eres.

—Una mujer á quien no conocerías aun cuando se quitara la careta.

—Pues bien, levántala dos dedos: que vea tu boca solamente. Al decir esto echó mano á la careta de Clarencia.

—¡Máscara, esa es mucha descortesía!

—Perdón, mascarita; pero te adoro sin conocerte, y no pude resistir á la idea de ver tu linda faz, sí, porque tú debes ser muy linda.

—Te suplico me dejes, máscara, y vayas á entretenerte con otra, con otras mil de esas que charlan y cruzan la sala en todas direcciones.

—¿Que me vaya, cruel?.... ¿Que me vaya cuando te amo?

—¡Oh! exclamó Clarencia, esto es insufrible!

—Mascarita, dame tu mano, continuó el interlocutor, ejecutando lo que decía.

—¡Caballero, ya es demasiado! exclamó Clarencia en su voz natural: digo á vd. que se marche de aquí, ó grito á alguno otro que venga en mi auxilio, y sea más bien educado y caballero que vd.

El máscara quedó petrificado al escuchar la voz de Clarencia; pero pasando un instante, con una voz convulsa y mal disfrazada:

—Señorita, pido á vd. mil excusas; acaso no habrá otro más caballero que yo en la sala; fué en efecto una libertad la que me tomé.... pero la costumbre. Espero que no se moverá vd. de este lugar, donde parece que está á gusto, sólo por causa de mi indiscreción.

Clarencia, que había intentado levantarse del asiento, volvió á quedar quieta con las seguridades y disculpas del máscara Es-

te, después de un rato de silencio, prosiguió con su voz de tiple.

—Parece que estás ya contenta, mascarita.

—Si moderas tu charla lo estaré.

—Bien, te voy á contar seriamente una historia que te ha de divertir. Es cosa formal.

—Dí lo que quieras, contestó Clarencia con desdén.

—Has de saber que había un joven que se llamaba.... su nombre poco importa, tanto más que no lo conocerás. Pero creo que no me escuchas.

—Te escucho, prosigue, contestó Clarencia con la misma frialdad.

—El tal joven, prosiguió el máscara, era bien parecido; pero sus cualidades morales eran todavía más bellas, y su corazón ardiente como el sol de México. El pobre muchacho amó locamente á una niña, hermosa como tú lo eres, mascarita, y virtuosa y amable también como tú, á pesar de ese altivo desdén que manifiestas; pero esto no es lo principal del cuento; prosigo con él para no cansarte. Dios concede á todos los mortales una época, aunque corta, de ventura en esta vida. Los inocentes muchachos, que se amaban con toda la fuerza de su alma, gozaron.... ¡Oh! si los hubieras visto, mascarita, correr y jugar como dos corderillos por las praderas de césped y

los bosquecillos de manzanos de Tizapán!

—¿Decías, máscara, que el joven se llamaba?.... interrumpió Clarencia con agitación.

—Gozaron mil delicias, mascarita; pero digo delicias, porque precisamente un joven ve á la primera mujer que ama como á su ángel tutelar, como á una virgen sagrada á quien no es lícito ofender ni con el pensamiento.

—Es verdad, es verdad, contestó Clarencia.

—En cuanto á las mujeres, en su edad tierna también son sinceras, también aman como los ángeles, también su corazón es puro y limpio como el cristal. ¿Parece que te agrada la historia?

—Al menos no me molesta, contestó Clarencia con afectada frialdad, y puede ser que tuviera gusto en acabarla de oír.

—Pero el mundo, el mundo señora, contestó el máscara sin darse por entendido de la contestación de Clarencia, empaña con su soplo corrompido ese cristal, y una vez que perdió su brillo, su pureza y su tersura, voló también el amor, volaron las dichas, voló para siempre lo que hay de más grato al hombre, que es la esperanza.

Clarencia lanzó involuntariamente un ahogado gemido, porque el máscara era un demonio sin duda que había adivinado sus pensamientos, que respondía de acuerdo á las meditaciones de su alma.

—Y después, señora, cuando pasaron rápidos como un meteoro los días de la niñez; cuando se rasgó el velo que nos encubría las miserias é inconsecuencias del mundo; cuando á la luz de la realidad se desvaneció el prisma dorado de las ilusiones de amor, entonces....

—¿Pero la historia? interrumpió Clarencia algo conmovida.

—Entonces, señora, cada hombre tiene que contar una historia lastimosa que pocos comprenden, historia lúgubre, toda compuesta de martirios, de lágrimas, de sangre que destila el corazón, y que sólo una mujer es capaz de adivinar. ¿Parece que me he explicado, Clarencia? Al decir esto se quitó la careta.

—¡¡Antonio!! ¡¡Antonio!!

—Ya ves, Clarencia, que mi palidez, continuó Antonio con la voz agitada, no deja mentir á mi boca; ya ves que estas mejillas hundidas y que esta frente amarilla indican una cadena de sufrimientos morales.

—¡Antonio, huye de aquí por piedad! ¿De qué te servirá arrancarme la felicidad y la paz del corazón? Déjame, déjame ir, sácame por Dios de esta reunión loca, donde la música y la alegría me martirizan.

—Clarencia, es imposible; la noche está tempestuosa, y por otra parte deseo tener una explicación corta contigo. Después, Clarencia, te conduciré donde quieras, me

separaré de tí.... para siempre.... te dejaré en el seno de la dicha.

En efecto, la lluvia azotaba con fuerza las vidrieras, y sólo se veía en la calle al pobre sereno sentado en una puerta delante de su farol, arrebujado en su capote y parecido á un ídolo antiguo.

Clarencia, sin embargo, se levantó de la silla; pero Antonio la tomó una mano, y la obligó á que volviese á sentarse.

—¿Y te ibas, te apartabas sin preguntarme qué ha sido de mi existencia en los años que he estado separado de tí? ¡Oh! ¡esto es atroz! ¿Ningún interés te causa mi suerte?

—Antonio, toda explicación es excusada ya entre nosotros. Si quieres envenenar mi vida; si intentas convertirme en una de tantas mujeres perjuras; si deseas despertar en mi corazón un recuerdo que debe serme amargo como la hiel, entonces habla, habla, Antonio.

—¡Oh Clarencia! discurres tú como discurre quien no ama, como discurre quien es dichosa; pero yo, Clarencia, cuya vida está envenenada con un recuerdo: yo que he visto de un golpe desaparecer violentamente todas mis esperanzas: yo que tengo un vacío horrible, eterno, en mi corazón; yo, Clarencia, que te adoraba como á un ángel del cielo, ¿puedo hablar como tú? Antonio lloró.

—La sociedad, el honor, Dios mismo ha

cavado un abismo profundo que nos separa á tí y á mí, Antonio. Era menester despreciar la sociedad, abandonar el honor, renegar de Dios, y entonces unirnos para experimentar, no placeres, sino sinsabores, oprobio, vergüenza.... ¡ Antonio, soy casada ! ¡ Esto no tiene remedio ! Clarencia sintió que debajo de la careta de burla y de farsa corrían dos gruesas lágrimas que habían brotado de lo más íntimo de su corazón.

—Clarencia, no deseo perturbar tu tranquilidad; no deseo degradarte al rango de mi querida.... nada, nada que te ofenda, Clarencia; pero al menos quiero tranquilizar mi corazón; quiero me digas que me amas como una niña.... como una hermana.... Ya ves, Clarencia, cinco años de fatigas, cinco años de una constancia sostenida por tu amor; cinco años de pensar día y noche en tí, merecen que pronuncies una palabra que haga de mi vida un largo día, triste y sin sol; pero no una noche lóbrega y desesperada.

—Antonio, espero que no abusarás de mí: te voy á hablar como hablaría á Dios. Con ninguno hubiera sido más feliz que contigo: mi juventud se hubiera deslizado sin sentirlo por un camino de rosas, y en mi vejez partiría mi tiempo en acariciar á nuestros hijos y en recordar los tiempos de los primeros amores; pero Dios lo ha dispuesto de otra manera. Me casé creyendo

que me habías olvidado, y tenía razón: tres años de silencio me persuadieron que aquellos amores habían sido un juego; procuré ahogar, pues, unas memorias inútiles y vagas; separé totalmente mi niñez de mi juventud, y pensé una que otra vez en tí; pero lo mismo que se piensa en esos cuentos fantásticos con que nos arrullan las nodrizas; hoy, Antonio, un pensamiento que pase de esta clase, es un crimen. Hoy, te lo repito, tengo deberes y obligaciones que cumplir, y nadie en el mundo me separará de ellos. Las pasiones son terribles, impetuosas; pero es menester sobreponerse a ellas y dominarlas. Te he dicho cuanto podía, Antonio: bastante me ha perjudicado esta entrevista casual: en lo de adelante, Antonio, si me amas, es necesario que me prometas dos cosas: la primera no procurar verme más, pues esto te perjudicaría; la segunda, respetar á mi esposo, pues un lance ruidoso me quitaría inútilmente el honor.

—¡Es verdad, Clarencia, es verdad! No ha quedado para nosotros en el mundo ni una gota de consuelo; nuestros pobres corazones que se unieron en la niñez, ha sido forzoso dividirlos en la juventud; pero lo que te pido, Clarencia, es un cariño de hermano; dime que no me olvidarás, que mi nombre será grato á tus oídos, que te complacerás cuando veas ensalzadas mis proezas en los diarios, y que si muero honrosa-

mente en los campos de batalla, derramarás una lágrima y elevarás á Dios un ruego.

—¡Antonio! interrumpió Clarencia conmovida: es menester separarnos; esta conversación no debe prolongarse más. . . .

—Sea como lo mandas, Clarencia.—¡Adiós! ¡Adiós!—Antonio tomó una mano de Clarencia, y la iba á acercar á sus labios, cuando un dominó negro que salió del cortinaje, como si Lucifer lo evocara, arrebató del brazo á Clarencia. Antonio, sorprendido, permaneció un corto tiempo inmóvil; después se levantó del asiento, recorrió la sala, pero en vano, pues los dos máscaras habían desaparecido.

IV

GUERRA CIVIL.

El dominó negro se abrió paso por entre la multitud de gente que ocupaba la sala, y oprimiendo convulsivamente el brazo de Clarencia, la condujo hasta su casa, sin decirle una sola palabra. Ella, por su parte, se dejó guiar maquinalmente por el máscara, ó más claro, por su esposo, que previsor ó suspicaz había seguido á su mujer al baile, sin que ella pudiese ni aun sospecharlo; pero luego que se halló sola en su alcoba, se arrojó al lecho y virtió un torrente de lágrimas; después se puso en pié, y

mirándose por casualidad en un espejo, exclamó:—"¡Funesta hermosura! ¡Desgraciada juventud! ¡Vanos adornos! El mundo, la sociedad diría al mirarme, ¡qué feliz y qué bella es esa mujer! ¡Mentira! Esa mujer hermosa envuelta en terciopelo, brillante como un lucero con los diamantes que adornan su cuello y ciñen su sien, es una infeliz, porque en una hora perdió la paz de su corazón, llenó de acíbar la vida de su esposo. ¡Oh! ¡Maldecidos diamantes, continuó arrancándose las joyas que la adornaban, y arrojándolas con desdén sobre el tocador; fatales vestidos de seda y oro, debajo de los cuales palpita un corazón inquieto! ¡Ricardo, Ricardo, ven, háblame, échame en cara mi ligereza, maldíceme! ¿Por qué no cerré mis oídos á la voz de Antonio? ¿Por qué fuí á ese baile infernal? ¿Por qué, Dios mío, me presentaste delante este hombre, que despertó de un golpe todos mis recuerdos, todo mi amor de niña? Y le tengo aún presente, y quisiera que él fuera mi esposo, y le amo, le amo; el corazón lo dice, y mi boca no lo quiere pronunciar. ¿Y le amo cuando no debo amar más que á mi esposo? ¡Oh! es cruel, Dios mío, es cruel que dejes vivir á los que sufren estos martirios. ¡Perdón, perdón, Vírgen María!" Clarencia cayó de rodillas, y ocultó su rostro y sus hombros ya desnudos entre las cortinas de su lecho. ¡Pobres mujeres! Aisladas y sin tener quien

pueda comprenderlas, lloran sus cuitas de amor ante la protectora de los desvalidos. Clarencia pasó una noche agitada, llena de ensueños y horribles visiones.

A la mañana siguiente entró Ricardo fumando un puro, aparentando mucha tranquilidad y calma y se sentó en una silla. El esposo de Clarencia no era uno de esos jóvenes almibarados y petimetres, sino un coronel de cuarenta y cinco años, de una fisonomía severa, y podría decirse adusta: entre las pobladas cejas tenía hundidos unos pequeños ojos negros, y sus labios estaban casi ocultos por un poblado bigote: no se le notaba señal en su vestido ó en su rostro que indicara el largo combate que había sufrido su alma. Clarencia sólo pudo advertir que sus ojos estaban más hundidos y reconcentrados en su órbita, y que una ligera palidez cubría sus mejillas.

—Nada me dices del baile, Clarencia, dijo el marido arrojando una bocanada de humo y arrellanándose con una especie de afectado abandono en el sillón.

—En efecto, nada tengo que decir sino que no volveré á concurrir á otro.

—¿Con qué nada sucedió de particular? ¿Bailaste mucho?

—Ricardo, es inútil ese tono de burla y de sarcasmo, si estás enterado de lo que pasó, si sabes......

—Sé, gritó el marido hiriendo el pavimento con el pie, que es un necio el hom-

bre que se fía en el honor de una mujer; porque si las mujeres conocen el honor, es sólo para hollarlo, para tirarlo en medio de la primera orgía donde falte su esposo, su padre, su tutor.... ¿Lo entiendes, Clarencia? Se necesita velar día y noche las miradas, las sonrisas, las más insignificantes acciones de ese bello sexo, que aprende desde el vientre de su madre á disimular y á traicionar los más sagrados sentimientos. Esto es cruel, muy cruel para un marido.

Clarencia bajó los ojos y sus mejillas se cubrieron de un tinte nácar.

—¿Callas, Clarencia? ¿Enmudeces? ¿Ni una sola palabra dices para justificarte?

—¡Justificarme, señor! Responder á insultos que se les dicen á las mujeres perdidas! No, ni una sílaba debe contestar una mujer cuando su esposo le ha dicho á gritos que no tiene honor. Y esto, señor, repito, ha sido en voz alta, de manera que mañana los criados repetirán: "la señora no tiene honor;" y después todas las gentes, toda la sociedad gritará contra mí, y no tendré honor mas que para Dios, señor, que ha sido testigo que entre romper las fibras de mi corazón, y faltar á mis juramentos, no he vacilado.

—Bien, Clarencia, la lección estaba muy estudiada; ¡pero vive Dios! que no seré de esos maridos que son el objeto de la burla y el escarnio de los libertinos de los cafés. No, Clarencia, te engañas; romperé

yo también las fibras de mi corazón, olvidaré que has sido mi esposa y que te he amado, y me resignaré á soportar esa vida amarga, aislada y solitaria, del que ha visto perjura y traidora á la mujer á quien adoraba.

—Es preciso acabar cuanto antes, señor. Si soy inocente, no merezco estar sufriendo insultos más crueles que la muerte misma; y si soy culpada, no debo ocupar más vuestro lecho, ni ser la compañera de vuestra vida. En todos casos, lo que conviene es una separación.

—Sí, una separación eterna, un odio eterno.....

—Odio, Ricardo, jamás te lo tendré, replicó Clarencia con una voz dulce, ¿odio?.. ni pensarlo: siempre conservaré en mi corazón una porción del amor que te he tenido; siempre recordaré las atenciones y cuidados que me has prodigado en los dos años de nuestro matrimonio...y en cuanto á las injurias de hoy, las olvidaré; pero cuando han pasado en un matrimonio escenas como ésta, hay muy pocas probabilidades de seguir viviendo con esa calma y tranquilidad indispensable en la vida doméstica. Las joyas, la ropa, todo quedará en tu casa..... para pasar el resto de una vida infeliz, me basta la pobre celda de un convento. El tiempo, Ricardo, aclarará las cosas, te volveré; la calma que ahora te falta, y me harás justicia.

Había en la voz de Clarencia tanta dulzura, era su acento tan lleno de verdad y de sencillez, que Ricardo conmovido exclamó:

—Clarencia, aun reconozco en tí la misma mujer sencilla y virtuosa que he amado. Dime solamente que te fueron indiferentes las palabras de ese joven, dime que.... lo que quieras..... una mentira, y esa mentira la creeré como el evangelio; todo se olvidará y te amaré como antes.

—A Dios gracias, Ricardo, jamás he aprendido ese arte de disimular, ni una mentira ha salido de mi boca; te hablaré ahora como siempre, la verdad, y ésta servirá de la más completa satisfacción. Disgustada casi en el momento de entrar en el baile, y no pudiendo ya volverme sola, busqué un sitio apartado; allí las memorias de mis juegos y placeres de niña, me ocuparon: allí recordé las primeras palabras de amor que sonaron en mis oídos; y el joven que las pronunció, el joven que despertó mis primeras ilusiones, estaba allí; lo ví después de tres años de ausencia y.... tú sabes lo demás... Todas las mujeres hemos tenido nuestro amor de niñas; todas, Ricardo, nos casamos después con otro hombre á quien amamos más ó menos; pero ninguna, ninguna, olvida completamente al primero que se insinuó en su corazón. Ahora bien, una mujer novelesca, inmoral, perjura, olvida á su marido, remueve

las cenizas de su primer amor, y se aventura locamente en el camino del crimen. Yo, Ricardo, no pude ni prever ni evitar esa fatal coincidencia de mis pensamientos con la presencia del joven; yo no pude rehusarle sin haber causado un escándalo, una explicación que me pedía con las lágrimas en los ojos.....

—¡Es terrible, terrible lo que estás diciendo, Clarencia!

—Yo no podía ultrajar á un corazón que había latido por mí; yo no podía dejar envenenada la existencia entera de un hombre que su delito había sido aspirar á mi mano cuando podía hacerlo.

—¡Ah, Clarencia, tú no podías rehusar nada á ese hombre, y has podido echar acíbar en los días de tu esposo, que tampoco ha tenido más delito que amarte! ¡Esto es injusto, esto es infame!....

—Sí, será infame; pero esta es la naturaleza; será infame; pero esto lo hace el corazón, sin quererlo la voluntad. Lo que yo debo hacer y haré es, lo único que se puede exigir de una mujer honrada; es decir, no verlo, no hablarle, procurarlo olvidar, y ser fiel á su esposo, para quien únicamente debo estar consagrada. Esto de todas maneras lo haré, ya me aborrezcas, ya me ames como antes. Esta es la verdad, Ricardo.

—¿Con que lo amabas antes que á mí?

—Ricardo, aun no te había conocido.

—¿Y ahora?

—Ahora no debo tener más amor que el tuyo.

—Pero francamente, como si lo dijeras á Dios, ¿tienes en este momento alguna afección en tu alma por él?

—Procuraré olvidarlo, contestó Clarencia en voz muy baja.

—¡No necesitaba yo saber más, Clarencia! ¡Clarencia, tengo celos! Te hubiera querido adúltera, pero amante. Un crimente lo hubiera perdonado; ¡pero que des una parte del amor que debe ser todo, todo de tu esposo!... ¡Maldición! ¡Esto jamás lo perdonaré! ¡Para él la muerte: para tí un convento! Ricardo salió y cerró tras sí la puerta con estrépito.

V

DESAFIO.

Si el amor es obra de Dios ó del diablo, es cosa que nunca ha podido averiguar el miserable autor de esta verídica historia; el caso es que diariamente ve en este punto cosas que, si se escribieran, tal vez nadie las creería. El que esto lea, no podrá menos que decir que Clarencia era una tonta, puesto que en lugar de acallar los celos del marido con mimos y coqueterías, y seguir en sana y octaviana paz, le confesó de liso

en llano los sentimientos de su corazón. Cada cual es dueño de pensar ó decir lo que le agrade; pero yo no puedo más que contar lo que pasó: y lo que pasó también en el corazón del celoso marido ya pueden figurárselo los curiosos, puesto que según refieren los historiadores, salió ciego, frenético, atropellando á cuantos encontraba en la calle, y corriendo aquí y acullá como un verdadero loco, puesto que no sabía donde era la habitación del capitán Antonio, ni presumía tampoco en qué sitio lo podría encontrar. Ya se ve, estaba celoso. ¿Ha estado celoso alguna vez el benévolo lector? ¡Oh! es enfermedad cruel, diabólica, la verdadera hidrofobia del alma.

La maldecida casualidad ó el destino, como diría un romántico, hizo que el marido divisara de lejos al amante, el cual por su parte, caminaba por la acera, indolente, descuidado, meditabundo, sumergido en hondas cavilaciones, sobre la suerte que á consecuencia de su ligereza había cabido á su querida niña Clarencia. El marido, con la alegría y ligereza con que la pantera se lanza sobre su presa, se aproximó al capitán, y le dijo con voz bronca:

—Caballero, tengo que hablar con usted á solas.

—No comprendo cuál será el asunto que tenga usted que no pueda explicármelo aquí; pero sea lo que fuere, sírvase usted venir á mi cuarto, que está en la posada americana.

—Donde usted quiera. Los dos antagonistas echaron á andar y en breve llegaron á la posada americana.

—Lo que deseo, caballero, dijo el coronel cerrando con llave la puerta, es volarle á usted la tapa de los sesos; pero le dejo el recurso de que se defienda. El marido se desembozó su capa, sacó de la bolsa un par de pistolas, de las que una arrojó sobre la mesa, y la otra la cazó y empuñó apuntándolo en línea recta á la frente del capitán Antonio.

—Coronel, contestó Antonio con calma, no puedo creer sino que esos arrebatos de furor provienen de que tiene usted trastornado el juicio, y en ese caso, lo más prudente será, ó arrojar á usted por la ventana ó llamar gente que lo ate y conduzca á la casa de locos.

—Digo á usted por la última vez que tome la pistola y se defienda.

El capitán trató de dirigirse á la puerta y llamar gente en su auxilio; pero Ricardo le impidió el paso, diciéndole: "¡Miserable! ¡cobarde! ¿Tiene usted valor para seducir á una dama en un estrado, y no se halla con fuerza para afrostrar con la cólera de su rival? ¡Ea, defiéndase usted, le repito, ó lo asesino!

El capitán retrocedió y tomó maquinalmente la pistola.

—Veo, continuó el coronel, que algo quiere usted hacer en obsequio de su vida;

pues bien, tenga usted este papel; si yo muero en su cuarto, tal vez le servirá para librarse de la horca.

El coronel arrojó un papel á los pies de Antonio.

—Coronel, doy á usted mi palabra de que me batiré de la manera que usted quiera; pero al menos permítame preguntarle, ¿qué motivo lo obliga á obrar de esta suerte? Yo no he visto á usted jamás.... no lo conozco.....

—¡Jamás! es verdad; ¡pero á ella sí la ha visto usted y la conoce! ¡Oh! ¡Todos los seductores conocen sin duda mejor á la mujer que al marido!

—¿Seductor me llama usted?... Muchas faltas habré cometido en mi vida; pero seducir á una mujer, nunca, señor coronel, ni sé qué mujer....

—¡Infame! ¡cobarde! ¡No sabe cuál y la ama!.... la ama!... Repito, es usted un infame, que no merece llevar las insignias de capitán en los hombros. El coronel arrancó las divisas al capitán, y se las arrojó á la cara.

—¡Vive Dios, coronel, que ha venido usted á buscar la muerte á mi propia habitación! ¡Tire usted, tire usted, ó yo soy el que lo asesino! Antonio fijó la boca de la pistola en línea recta á la frente del coronel.

—¡Gracias á Dios, exclamó éste con una sonrisa convulsiva, que ha recobrado usted su energía de hombre, porque me había

usted parecido una mujer....... un mandria!

—¡Por Cristo, coronel, tire usted y no hable más, ó le vuelo el cráneo.

—A eso he venido, señor capitán. Ahora es probale que no sea usted el segundo esposo de Clarencia.

—¡Clarencia! ¿Usted es el esposo de Clarencia?

—Si no lo fuera, si la vida no me abrumara, ¿había yo de venir como un loco á dejarme matar por usted ó á matarlo yo?

—Coronel, interrumpió Antonio arrojando la pistola al suelo, usted es dueño de asesinarme, porque yo no he de ofender á usted.

—En ese caso, Dios tenga piedad de la alma de usted, replicó el coronel friamente.

En esto tocaron la puerta. El coronel ocultó la pistola, Antonio se paró á abrir, y se encontró con que un criado le entregó un papel, y se retiró al momento. Antonio lo abrió, lo recorrió rápidamente con la vista, y lo entregó al esposo, diciéndole;

—Ya ve usted, coronel, no me ama Clarencia: me pide que le cumpla la palabra que le dí de alejarme para siempre. Así lo voy á hacer; y francamente, sería mejor que usted me quitara la vida. Los ojos del capitán se llenaron de lágrimas y no pudo decir más, porque la voz se le anudó en la garganta.

El coronel tomó el papel y leyó: "Señor. La conversación que, prevalido de las circunstancias, tuvo usted anoche conmigo, ha causado un grave disgusto á mi esposo, que nos sorprendió en ella, como usted fué testigo. No amo á usted ni como amiga... ni como hermana, y por lo tanto, es inútil que con su presencia se turbe más la dicha de un matrimonio. Así, le ruego que procure alejarse cuanto antes, y sobre todo, evite cualquier encuentro con mi esposo. Su servidora, etc."

—Coronel, mañana marcho á reunirme con mi regimiento, dijo el capitán con la voz ahogada por el llanto.

—Sea usted feliz, capitán, respondió el marido estrechándole la mano, y quiera el cielo volver á usted la paz del corazón.

—La paz de la tumba me conviene.

—Es una fatalidad amar, capitán; calculo por mis sufrimientos los de usted, y le agradezco este sacrificio.

—¿Está usted satisfecho, coronel?

—Es usted muy generoso, capitán. Gracias, mil gracias. Sea usted feliz: adiós.

—Adiós, coronel, ame usted mucho á Clarencia.

—Al menos, capitán, la veneraré como una santa, y á usted lo respetaré como á un caballero.

El coronel se embozó en la capa, y salió del cuarto de Antonio.

VI

CATASTROFE.

¿Cuál es la pareja humana que llama el vulgo matrimonio que no ha tenido alguna vez sus pequeños y acaso grandes disturbios? ¿Cuál es, en fin, el mortal que ha escapado del furor de esas grandes oscilaciones, ó si puedo decirlo, cataclismos del alma, que se conocen en la vida con el nombre de amor, celos y venganza? ¡Triste y miserable condición la humana! ¡Todas las flores de sus ilusiones han de tener espinas, y al agotar la copa del amor, ha de encontrar en el fondo amarga hiel! Pero cuando el hombre ha pasado por todas esas alternativas y contrastes, cuando la experiencia le ha enseñado á vivir mejor, y cuando en fin, la filosofía le ha dado á conocer lo transitorio, inconstante y perecedero de las cosas humanas, entonces recorre la escala de sus recuerdos con cierta melancólica conformidad; entonces contempla tranquilo ese mar tempestuoso y furibundo de las pasiones, donde en otros tiempos vogaba sin brújula ni timón. Esto sucedía ya á Ricardo, un año después de la escena que referimos en el capítulo antecedente. Una preciosa niña que dió á luz Clarencia borró

absolutamente las memorias de los pasados disgustos, y la ventura matrimonial, si no era tan cumplida como la pintamos en el capítulo primero, al menos no era turbada por ningún incidente desagradable. Los dos adoraban á la niña, y éste era el eslabón que los tenía unidos y felices. Clarencia cuando estaba sola cubría de besos la frente de su hijita, y la estrechaba contra su corazón. Clarencia siempre risueña, siempre complaciente con su esposo, estaba devorada de una tristeza interior que la consumía; así es que poco á poco iba desapareciendo el carmín de sus mejillas; día por día iba marchitándose un pétalo de esta rosa tan llena de vida y juventud. ¡Pobres mujeres! ¡Qué huellas tan profunndas deja el amor en su sensible corazón! ¡Pobres rosas que se secan y marchitan en el momento en que el sol de amor no vivifica su existencia!

En tal estado estaban las cosas el 30 de Noviembre de 1828. A las diez de esa noche turbóse el silencio de los habitantes de la hermosa México por el estallido de un cañón y al día siguiente los partidos divididos en dos bandos, y posesionados respectivamente de edificios fuertes, se disputaban con las armas en la mano el ejercicio del poder supremo. Es un episodio bastante lúgubre de la historia mexicana; pero para nuestro propósito basta sólo decir que la habitación de Ricardo estaba situada en una de las calles interesantes para

la defensa del gobierno de aquella época, y que al día siguiente una compañía de infantería se presentó con el fin de ocupar la azotea de la casa. Entraron en efecto los soldados sin hacer daño alguno; pero Ricardo notó que el oficial que los mandaba se embozó en una luenga capa, caló hasta las cejas su cachucha, y sin hacer mas que una ligera reverencia, se subió á la azotea con su tropa. Todo el día el fuego de fusilería fué sostenido y vivo. Las balas llovían en la azotehuela y corredores; dos soldados que murieron fueron arrojados de la azotea á la calle: tres que resultaron heridos los colocaron en un cuarto de la casa y Clarencia y sus criadas los asistían con esmero. Así pasó el día: en la noche, que cesó el fuego, envió Ricardo á suplicar al capitán que pasara á cenar y á descansar un rato. El capitán contestó que su deber le imponía estarse en la azotea, y no abandonar á la tropa ni un momento.

El segundo día la fusilería continuó tronando. Cuatro muertos más fueron arrojados á la calle, y tres heridos delegados á las caritativas atenciones de Clarencia. El capitán envió á pedir una venda y unas hilas. Clarencia y el marido con afectuosa solicitud le mandaron decir que bajara sólo un instante; que si estaba herido le curarían como á un hermano.... como á un amigo.

El capitán contestó que era un raspón

que le había dado una bala en los dedos, que no parecía cosa de cuidado. Ricardo quiso subir á la azotea á instar personalmente al capitán á que bajase; pero como caía materialmente un aguacero de balas, Clarencia se lo impidió.

El tercer día el fuego fué horrible. No hubo tiempo ni de bajar los heridos, ni de arrojar los muertos á la calle. A las cinco de la tarde un sargento bajó á decir que el capitán estaba gravemente herido.

—¡Dios mío! ¡Pobre capitán! exclamó Clarencia. Haga vd. que lo bajen inmediatamente, sargento; quizá podremos salvarlo.

—Sí, sargento, interumpió el coronel, ¡pronto, pronto! Que lo bajen á nuestra recámara, á nuestro lecho.

El sargento regresó á poco acompañado de dos soldados que traían en los brazos al capitán envuelto en su capa. Colocáronle en el mismo lecho de Clarencia.

—Vaya, hija mía, dijo el marido, es menester ver dónde tiene la herida.

Clarencia se acercó temblando, descubrió al capitán, y al verlo arrojó un lastimero grito y cayó de espaldas.

El capitán era Antonio.

A poco rato Clarencia se levantó con los ojos fijos y desencajados, desordenó y arrancó sus rubias trenzas de pelo, corrió de un lado á otro de la habitación, y por fin se acercó al lecho y depositó un beso

en los labios moribundos del capitán, el cual pudo mirarla por la postrera vez con unos ojos ya empañados con el soplo de la muerte, y exhalar el último suspiro, como si el beso de la que amó desde niña hubiera sido el beso de un ángel que sorbió su alma.

Clarencia, así que lo vió muerto, golpeó contra el lecho y las paredes su hermosa frente, comenzó á articular palabras sin coherencia alguna. ¡Cuánto hubieran las lágrimas aliviado el intenso dolor de Clarencia. Pero no podía llorar. ¡Estaba loca!

Ricardo se hubiera también vuelto loco, pues estaba inmóvil, silencioso y frío como una estatua de mármol; pero su hijita, á quien tenía una criada, le gritó con su voz ingénua é infantil: ¡Papá! ¡Papá! Esta voz fué la de un serafín. Ricardo abrazó á su niña, y la cubrió de besos y de lágrimas, exclamando:

—¡Ya no tienes madre, hija mía! ¡Está loca! ¡Loca!

Dos meses duraron los sufrimientos de Clarencia. Una mañana se limpió los ojos, arregló su peinado, y recorrió con la vista la alcoba como quien despierta de un letargo causado por una horrible pesadilla. A poco rato tocó una campanilla y ordenó á una criada le trajeran á su hija, y llamaran á su marido. Hiciéronlo así; y apenas divisó á la niña con su rosada faz

y sus cabellos rubios, cuando la arrancó de los brazos de la criada, la estrechó contra su corazón y la cubrió de besos.

—Carmelita, hija mía, ¿no conoces á tu mamá? La niña, asustada, pugnaba por desasirse de los brazos de Clarencia.

—¡Hija, exclamaba ésta, un solo beso! ¡El último beso quiere tu madre!

La niña aproximó sus pequeñitos labios á los de Clarencia. Aquel beso fué solemne; la madre que se hundía en la tumba, y la hija que salía á la vida, se despedían para siempre.

El esposo, fijo é inmóvil en el marco de la puerta, contemplaba esta escena: en cuanto Clarencia lo percibió, le dijo:

—Ricardo, en nombre de la inocente que tengo en mis brazos, ¿me perdonas?

—¿Perdón, hija mía? contestó el esposo: bendiciones, bendiciones á tu pureza; lágrimas á Dios por tu salud.

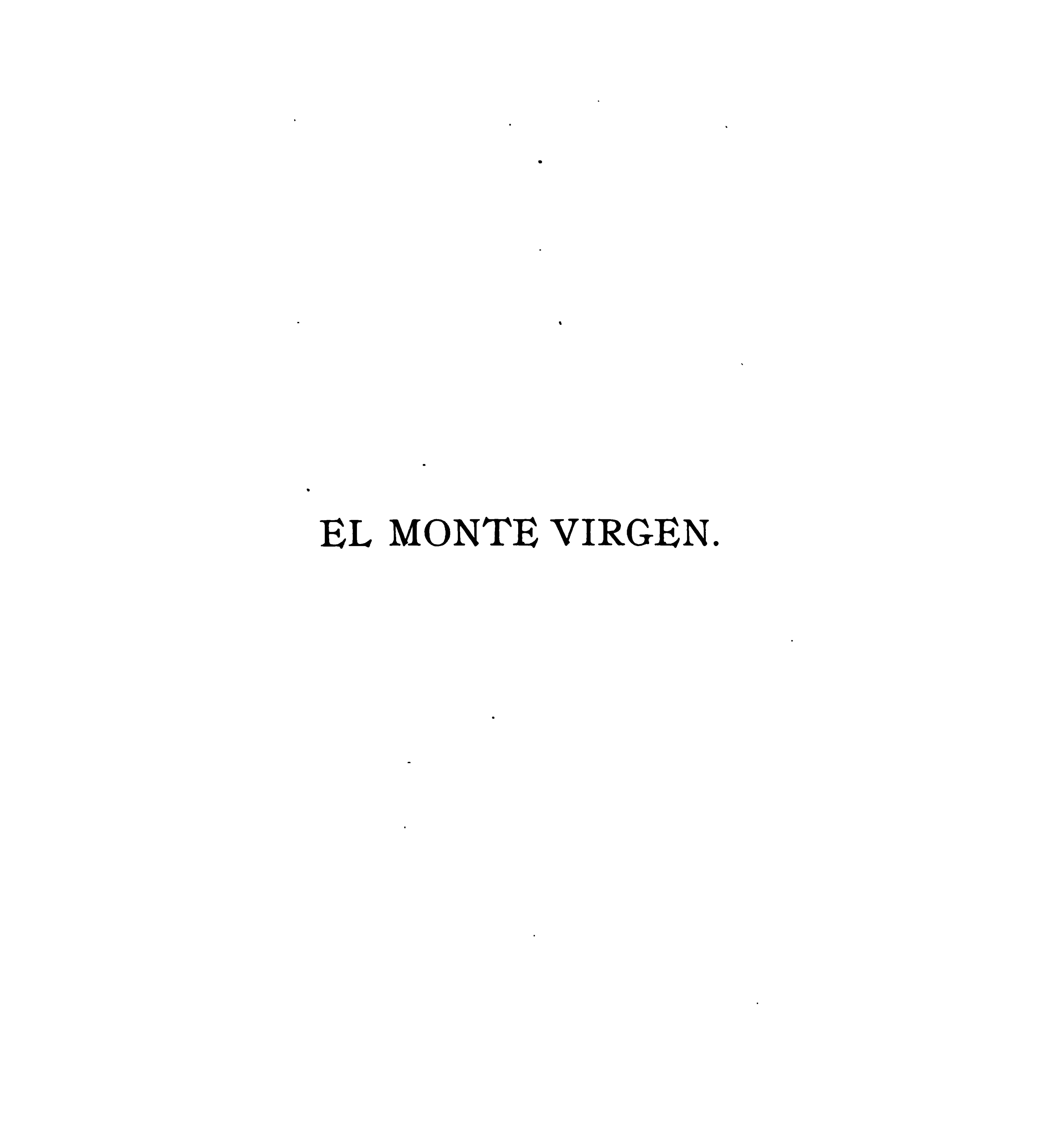
—Gracias, gracias, Ricardo. Clarencia cayó desfallecida en el lecho: á poco rato la chiquilla se acercó gritándole:

—¡Mamá, mamá! Ricardo también exclamaba:

—¡Clarencia, Clarencia, bien mío!

¡Clarencia no existía ya!

Mayo de 1843.



EL MONTE VIRGEN.



I.

LOS EMBOZADOS.

—Alto ahí, ú os mato, vive Dios!

—Debería responder á vuestra descortesía con una estocada; pero trazas tenéis, buen caballero, de estar demente, y os quiero perdonar la vida.

—Gracias por vuestra generosidad; pero sabed que desde hoy, os mando que no paséis más por esta calle, y ceséis con vuestras importunas músicas.

—¡Hola! ¿con que tenéis tantos bríos, señor caballero, que así mandáis á quien de una mirada os puede hacer caer de miedo?

—Miedo, ¡vive de Dios! contestó el an-

[illegible] sacando á medias su espada: Os cortaría la lengua; pero no [illegible] quiero [illegible] oiros en razon, caballero; acercaos y escuchadme.

—Decid.

—Leonor va á ser mi esposa dentro de tres dias.

—¡Leonor!

—Sí, Leonor: sus padres me la han concedido y.....

—¿Pero ella, ella?

—Ella se resigna, porque es una hija obediente.

—¡Os burlais, caballero!

—No, á fe mia: lo que os digo, es la verdad: la razon es muy clara; vos no tenéis ni blasones ni dinero, y yo tengo lo uno y lo otro.

—Pero Leonor me ama.

—Será muy posible, pero jamás hubiera sido vuestra. En cuanto á mí, me contento simplemente con su mano, que su corazón tarde ó temprano será mio; con que enterado de esto, os repito que nada tenéis que hacer por esta calle, y que vuestras rondas son inútiles, y vuestras músicas importunas.

—¡Ah! D. Diego, triunfáis de mí, y vais á sacrificar una víctima inocente; pero no os alegréis de vuestro triunfo: es necesario que uno de los dos quede muerto.

—Sed feliz, caballero, y Dios os dé más calma: dijo D. Diego, volviendo con desden las espaldas á su adversario.

—Sed vos más feliz, D. Diego: mañana á estas horas nos veremos en este sitio.

—Si volvéis, os acuchillaré.

—Traeré mi espada, como ahora.

—De nada os servirá.

—Veremos.

—¡Loco!

—¡Infame! murmuró D. Juan alejándose.

Este diálogo pasaba en una callejuela sombría de Sevilla, á cosa de las diez de la noche: todas las puertas y ventanas estaban cerradas, excepto una, de donde salía una débil claridad.

D. Juan era un joven como de 24 años, y á la luz de un farol cercano, hubiera podido reconocerse una fisonomía noble y varonil, aunque un poco desmejorada, quizá por los pesares.

D. Diego, que era el que iba á casarse con Leonor, era ya un hombre de cuarenta años, de facciones duras, gran bigote, y ojos hundidos y pequeños. Luego que concluyeron la conversación que acaba de referirse, se embozaron en sus capas, y cada cual se retiró por extremo opuesto.

II

EL DESAFÍO

D. Juan quiso tomar esa noche una resolución violenta, por no comprometerse sin éxito alguno; pero al otro día tomó las siguientes medidas. En este tiempo, un armador de buques, próximo á hacerse á la vela en Cádiz para el Nuevo Mundo, solicitaba colonos ó depedientes, que dirigiéndose á México, se emplearan en el trabajo de las minas ó del campo. D. Juan se comprometió á embarcarse en calidad de dependiente de una hacienda del Cardonal; pero añadió el armador que necesitaba llevar consigo una parienta suya. Arregladas estas condiciones, se procuró un criado y dos caballos, y los apostó en una calle cercana á la en que vivía Leonor. D. Juan, además, tenía una llave falsa del zaguán de la casa de su amada, merced á la cual había gozado dulces ratos de conversación. Asegurado ya cuanto era posible, se dirigió á las once de la noche, á la calle consabida. D. Diego no se hizo esperar.

—Aun andáis contra mis órdenes en esta calle, desgraciado mancebo, dijo D. Diego acercándose.

—Ya veis, he cumplido mi palabra.

—Entonces, puesto que vos lo queréis, cumpliré la mía, contestó D. Diego desembozándose y sacando la espada.

—Así os quería; no cobarde, ni traidor.

—D. Juan, vais á morir, gritó colérico D. Diego.

—Rezad por vuestra alma, D. Diego; os voy á matar: defendeos.

Los aceros se cruzaban como dos serpientes, los combatientes eran diestros, y el triunfo no podía decidirse por ninguno.

Al fin, D. Diego exclamó con una voz ahogada: ¡Dios mío, piedad! soy muerto: y cayó al suelo sin pronunciar una palabra más.

—D. Juan se quedó un momento en pie, contemplando á su adversario; mas mirando que no daba señales de vida, lo tomó en brazos y lo colocó en el umbral de una puerta, y dirigiéndose con mucho tiento á la de la casa de Leonor, la abrió con cuidado y se introdujo hasta su aposento.

El padre de Leonor dormía tranquilamente. La calle estaba envuelta entre las tinieblas y el silencio. Leonor, arrodillada delante de un Crucifiijo, rezaba y derramaba amargas lágrimas.

III.

LA FUGA.

D. Juan se fué acercando silenciosamente, sin atreverse á interrumpir la oración; tanto así era solemne su recogimiento y su hermosura.

—¡Ah, Dios mío! decía Leonor, recibe el sacrificio que voy á hacer; borra de mi corazón la imágen adorada de D. Juan.

—¡Leonor! ¡Leonor! exclamó D. Juan entusiasmado.

—¡D. Juan! ¿Y os habéis atrevido?

—Sí, á echarme á tus pies, á rogarte que te resuelvas á huir conmigo, y viviremos felices: mira, iremos al Nuevo Mundo, allí en medio de aquella naturaleza llena de vida y de encanto.

—D. Juan, estáis pálido, interrumpió Leonor; vuestras facciones están desencajadas y esa fisonomía desmiente lo que dice vuestra boca; ¡Dios mío! ¡sangre! estás herido..... ó...

D. Juan, en efecto, tenía una fisonomía que denunciaba su crimen: sus labios pálidos en vez de sonreir, tenían un movimiento convulsivo.

—Decidme, por piedad, ¿qué tenéis? continuó Leonor tomando una mano de D.

Juan. Pues bien, Leonor, todo te lo diré: he matado á D. Diego.

—¡Jesús me valga! exclamó Leonor ocultando el rostro entre las manos.

—Silencio Leonor, silencio, porque de lo contrario, podemos ser descubiertos. Vamos, Leonor, huyamos pronto de aquí, los caballos están preparados, y un criado fiel nos aguarda á la vuelta de esta calle.

—Yo huir, D. Juan, no; de ninguna suerte! dijo resueltamente la muchacha.

—Bien, Leonor, entonces ni yo tampoco: nuestras resoluciones son enérgicas y se parecen. Si tú rehusas huir conmigo, me entregaré á la justicia y.....

—¡Oh! de ninguna suerte, D. Juan, primero, primero... No me perdáis, D. Juan, no me arrebatéis mi honor, mi virtud.

—¿Y tú me dices eso, Leonor? Quiero que seas mi esposa, no mi querida, porque te amo, te idolatro, te respeto como á un ángel del cielo.

—D. Juan, D. Juan, con esas palabras me hechizáis, siento que no puedo resistir á vuestra voluntad, y que por vos, abandonaría cuanto tengo de más sagrado en la tierra.... ¡Ah! nunca, continuó variando de tono y asustada, nunca abandonaré á mi padre para huir con el matador de D. Diego.

—¿El matador de D. Diego? repitió el mancebo, sonriendo convulsamente y sentándose con mucha sangre fría en un esca-

ño; con que .... el matador de D. Diego, no tiene más arbitrio que entregarse á la justicia, y morir en una horca.

—¡D. Juan!

—Leonor, maté á D. Diego, porque te amaba, porque iba á casarse contigo, porque se burlaba de mi pobreza y de mi juventud, porque tenía celos de él, y porque, además, me insultó y un caballero no debía responder más que con la espada. Le maté, en fin, en desafío, como bueno y leal caballero.. Concluyamos, Leonor: ¿quieres seguirme, ó me abondonas á mi suerte?

—¡D. Juan!

—Una sola palabra, una sola, Leonor; un "sí," y haremos todavía de nuestra vida un paraíso: un "no," y grito á tu mismo padre, para que me entregue á la justicia.

—¡D. Juan! por piedad huid, huid, vos sólo.

—No, Leonor, no: te he dicho mi última resolución. Aguardo sólo el tiempo que dilate en vaciarse la arena de esa ampoyeta. Además, si no te resuelves, alguna patrulla puede pasar.... Acaso ya será tarde......

Leonor ocultó su rostro entre las manos, y después de un instante de pausa, miró fijamente á su amante: después se echó en sus brazos y le dijo:

—Don Juan, me entrego á vos, con todo mi corazón, con la confianza con que me echaría en los brazos del ángel de mi guarda.

—¡Leonor mía! cuánto te amo.

Los dos amantes se estrecharon y se dieron un mutuo beso en la frente.

—No hay tiempo que perder, Leonor: vamos.

—Vamos, D. Juan. Dios mío, perdonadme, dijo en voz baja.

D. Juan y Leonor atravesaron en silencio algunas piezas y corredores, y llegaron finalmente sin ser sentidos al zaguán; más apenas había puesto el amante la mano en la chapa, cuando una ronda pasó, y oyendo los quejidos de D. Diego, que sólo estaba herido, se acercó á él.

—Estamos perdidos, Leonor: todo se ha descubierto; D. Diego va á decir mi nombre, y probablemente vendrán á buscarme aquí.

—Dejadme, D. Juan, nos salvaremos, dadme la llave: D. Juan obedeció, y Leonor abrió con resolución, persuadida que con la confusión de las diversas voces de los de la ronda, no había de permitir que se escuchase el ruido. En efecto, así sucedió, y Leonor entreabrió entonces la puerta, y poniéndose atentanmente á escuchar, oyó poco más ó menos este diálogo:

Ronda.—¿Quién os hirió?

Herido.—¿No me conocéis, por Dios?

Ronda.—En verdad que no recuerdo....

Herido.—Soy Don Diego de Mendoza.

Ronda.—Perdonad, noble caballero, ¿quién se atrevió á tocaros?

Herido.—El traidor D. Juan de Zúñiga.
Ronda.—Todo lo comprendo. Doña Leonor de Contreras, que iba á ser vuestra esposa....
Herido.—Quería arrebatármela... pero las fuerzas me faltan: conducidme á mi casa, y buscad al agresor, que debe estar acaso en la misma casa de Leonor. Ese infame tenía en su poder una llave falsa...
La voz del herido se debilitó, y tres alguaciles se dirigieron á la casa de Leonor. Esta, en el momento que observó esto, salió á la calle, seguida de D. Juan y cerró la puerta tras sí, y ambos se fueron deslizando por junto al edificio, de suerte, que cuando la ronda comenzó á tocar el zaguán, los dos amantes habían dado ya vuelta á la esquina. En el sitio convenido, hallaron los caballos, en los cuales montaron, y picando espuela, se alejaron de Sevilla con velocidad.

IV

EL NAUFRAGIO

D. Juan y Leonor llegaron sin obstáculo alguno á Cádiz, y como ya estaba el buque en disposición de hacerse á la vela para México, se embarcaron, y dos días después estaban ya en alta mar.

—Ahora sí, Leonor, le dijo D. Juan á su querida una noche que, sentados en la popa del buque, contemplaban la mar quieta y tranquila, retratando las estrellas que lucían en el firmamennto; ahora sí que estamos libres, como el viento que infla las velas de este buque.

—Sí, D. Juan, libres en efecto; pero mi pobre padre, mi honor....

—¿Y qué te importa todo lo del mundo, alma mía? ¿No me tienes á mí, que te amo tanto? ¿No vas á ser mi esposa? no vamos á pasar una vida de placeres y de amor, lejos de nuestros enemigos, distantes de una tierra, donde tantas lágrimas hemos derramado?

—Es verdad, D. Juan, es verdad; todos estos son motivos de felicidad, dijo Leonor, inclinando melancólicamente su cabeza en el hombro de su amante.

—Mira, Leonor, no extrañarás á Sevilla: también en México hay un cielo puro y azul; también allí se respira el aire embalsamado. No lo dudes, Leonor; aquella tierra virgen nos recibirá en sus brazos, y nos ofrecerá un asilo de felicidad y de paz. Cuando ya nos unan unos lazos legítimos; cuando tengamos como fruto de nuestro amor un hijo, entonces escribiremos á nuestro padre, y él nos perdonará....

En esta grata conversación estaban, cuando Bartolo de Narváez, que era el capitán del buque, los interrumpió con su presen-

cia; bien que casi sin hacer caso de ellos, se puso á observar el horizonte con un anteojo de noche.

—¿Qué miráis, capitán? le dijo D. Juan.

—Poca cosa, contestó el marino con indiferencia: una nubecilla que se divisa allá en el horizonte.

—¿Y qué?....

—¡Una friolera! es anuncio de una próxima tormenta. Si el viento no refresca un poco más, tendremos trabajos.

—¿Creeis la cosa muy seria, capitán?

—No podrá pasar de un naufragio si mañana al amanacer no estamos en la altura de la isla de Madera, y podemos ganar el puerto.

—D. Juan, dijo Leonor en voz baja y oprimiéndole el brazo, mi corazón me anuncia una gran desgracia.

—Calma tus temores, Leonor, quizá no será nada.

—Quizá Dios quiere castigarnos, D. Juan, y nuestras faltas alcanzarán á los infelices que navegan con nosotros.

—¡Hola! gritó el marino con voz de trueno, soltad todas las velas, no quede ni un solo pedazo de lienzo ocioso.

La maniobra se ejecutó al instante, y el buque recibió un impulso prodigioso.

Casi volaba como un alción sobre la mar. La brisa refrescaba mucho. De cuando en cuando se oía como el lejano estallido de un cañón de artillería. La noche se pasó entre la esperanza y el temor.

Al amanecer el día siguiente, el viento calmó, y las velas, flojas, servían sólo para aumentar la lentitud del buque.

El horizonte estaba nublado, y el sol apareció entre unas nubes rojas y moradas. La agua del mar tomó un color ceniciento, y las olas, pesadas y espesas, azotándose contra los costados de la nave, le imprimían un terrible movimiento oscilatorio.

El capitán mandó aferrar las velas y tomó todas las precauciones necesarias para resistir al peligro inminente que amenazaba.

El viento fué arreciando y la mar engruesándose.

Leonor rezaba en su camarote.

D. Juan, pálido, permanecía á su lado sin pronunciar una palabra.

La noche llegó, y con ella las ansias y las congojas para los pasajeros del "San Cayetano," que así se llamaba el buque, pues hacía mucha agua, y la bomba no era suficiente ya.

A las nueve de la noche un ruido sordo se escuchó. Las nubes de los puntos opuestos del horizonte se reunieron: y una espantosa lucha de la electricidad se entabló en el cielo, mientras tanto, la mar se enfurecía cada vez más, y el viento arrebataba al buque aquí y acullá, como si fuera una leve paja arrastrada por un remolino.

Un rayo tronchó el palo del trinquete, y un horrible grito de terror se exhaló por

todos los pasajeros. Los marinos ocurrieron á la bodega, y sacando unas pipas de aguardiente, llenaron sus vasos y bebieron con la avidez de un enfermo que espera su salud, de una bebida. El aguardiente es un seguro remedio contra el terror de un naufragio.

Cuatro ó cinco pasajeros rezaban, lloraban, se retorcían las manos y confesaban sus pecados á gritos.

D. Juan permanecía junto á Leonor; pero ésta perdió todo sentido y conocimiento cuando el rayo cayó en el buque. D. Juan se acercó á ella, examinó su respiración, y ni un soplo de vida salía de su boca; sus ojos, entreabiertos, estaban ya sin brillo; sus manos yertas, su semblante duro y helado como el mármol.

D. Juan la creyó muerta, y con una fría resolución salió de la cámara y se dirigió á la cubierta para precipitarse al agua. En la popa encontró al capitán sentado muy tranquilo, silbando una canción andaluza.

—¿Qué vais á hacer, camarada? le dijo á D. Juan.

—No lo sé, contestó éste casi fuera de sí.... Leonor ha muerto, y yo no debo sobrevivir.

—Bien, sentaos aquí, y agarrad bien este cabo, porque una ola puede llevaros. El cielo, el aire, el mar, todo se conjura contra nosotros. ¿No es esto bastante? ¿Es acaso necesario que nosotros pongamos al-

go de nuestra parte? Tranquilizaos, que en el resto de esta noche se acabará toda esta faena y nos marcharemos á la mansión de los pescados. El capitán siguió silbando su canción, y D. Juan, obedeciendo maquinalmente se sentó, y se asió fuertemente de un cable. En el resto de la noche el viento calmó un poco: cuando amaneció, la mar estaba menos fuerte; pero la embarcación estaba tan destrozada, que era imposible escapar.

D. Juan bajó al camarote. Leonor estaba muerta.

—Capitán, dijo D. Juan, estoy resuelto á echarme al agua; Leonor está muerta.

—¡Eh! ¿estamos con esas tonteras todavía? Tomad una chalupa, y vos, que sois más animoso, tratad de poner en salvo á una parte de los pasajeros, que yo me encargo de lo demás. El buque no puede tardar en irse á pique. Leonor no estará muerta acaso, y yo me encargo de salvar, aunque sea su cuerpo; os doy mi palabra que será sepultada en tierra firme; pero obedecedme.

D. Juan prometió obediencia, arrastrado por el imperio y el valor imponente del capitán, y en breve botaron al agua las dos chalupas. D. Juan tomó el mando de la primera.

En cuanto al capitán, se dirigió al camarote, tomó en brazos á Leonor, y se embarcó en la segunda. Apenas se habían alejado

diez varas, cuando la embarcación desapareció en un remolino de agua. Dos marineros que estaban demasiado borrachos, perecieron con el casco del buque.

Dos días caminaron las chalupas casi juntas: al tercer día se desviaron hasta perderse de vista, y para no volverse á juntar jamás.

V

EL ENCUENTRO.

Una tarde de esas puras y diáfanas, tan comunes en México en los meses de Abril y Mayo, se hallaban dos caballeros en un sitio algo pintoresco de los suburbios de Méxic. Su paso mesurado indicaba que no tenían negocio alguno, y que solamente trataban de distraerse.

—Prodigioso es lo que me habéis contado, D. Juan.

—Ciertamente, amigo, mío, que parece una novela de Lope de Vega; pero os juro que es la verdad. Hace hoy justamente tres años que pasó el naufragio, y de ahí proviene que os haya esta tarde promovido conversación tan lúgubre.

—¿Y decís que no habéis vuelto á saber de Leonor?

—Ni la más leve noticia. Supongo, que

ó la chalupa en que se embarcó el capitán naufragaría, ó que Leonor estaba muerta, ó acaso que el capitán, prendado de su hermosura.... ¡quién sabe! es cosa de perder el juicio, y cada vez que pienso en esto, ganas me dan de regalar toda la fortuna que he adquirido á los pobres, y retirarme á la celda de un convento.

—Locuras, D. Juan, quizás con el tiempo tendréis alguna noticia; pero acabadme de decir cómo os escapásteis. Quedamos en que el capitán os confió á algunos pasajeros, para que os salvárais.

—Dos días bogamos á la vista de la chalupa donde el capitán se había colocado con Leonor, á quien yo creía muerta: al tercer día, el viento nos separó á mucha distancia, y en la noche nos fué imposible reunirnos: el cuarto día perdimos enteramente la otra chalupa de vista; pero columbramos una vela, hicimos señales, y al quinto día nos recogió á bordo un bergantín de guerra, que nos condujo con felicidad hasta Veracruz. Esto me lo han contado, pues yo fuí acometido de una fiebre cerebral, desde el instante en que perdí la esperanza de reunirme con Leonor. Ya veis, la fortuna me ha favorecido y soy rico; pero la vida me es fastidiosa é insoportable, y el recuerdo de estas desgraciadas aventuras, me comprime y martiriza eternamente.

—Vamos, amigo mío, es menester una poca de fortaleza. El tiempo y la reflexión

os sanarán, y sobre todo, es menester procurarse dictracciones: mirad, allí viene una dama tapada. Véamos si nos convertimos en personajes de comedia de Calderón de la Barca.

Los dos amigos se acercaron á la dama tapada, y ésta, que lo notó, apresuró el paso.

—¿Creeríais, D. Antonio, que esta dama ha despertado mi curiosidad?

—¡Vaya! mucho mejor, quizá....

—No, nada de amor ni de aventura deseo: sólo pienso.... vamos, si el talle, el cuerpo, el modo de andar son iguales.... Creería que era Leonor.... pero no, esto es imposible....

En esto los dos caballeros se acercaron á la dama, y D. Juan le tocó el hombro, y le dijo con una voz dulce y melíflua.

—Bella incógnita, me habéis recordado tan tristes, á la vez que dulces memorias, que ya que tanto os parecéis en el talle á.... desearía ver vuestro rostro.

Al oír estas palabras, la dama volvió la cabeza, y dando un grito, cayó desmayada en los brazos de D. Antonio, que acudió á sostenerla.

—¡Ah! ¡es ella, es ella! exclamó D. Juan fuera de sí, y arrojándose á quitar el velo que cubría el rostro de la dama.... ¡Ah! ¡Dios mío, es ella! ¡es ella! gritaba Don Juan. ¡Me la habéis devuelto, Dios mío, gracias, gracias! D. Juan cayó de rodillas, y con los ojos bañados en llanto.

En efecto, aunque más pálida, aunque más extenuada, era Leonor; la Leonor tan bella y tan amada de D. Juan.

Don Antonio llevó á los dos amantes á una casita inmediata, á fin de que ambos se repusieran de una tan violenta y tan súbita emoción.

El lector calculará todo lo que dos amantes, separados durante tres años y reunidos de una manera tan milagrosa, se dirían.... Omitimos por tanto esta parte, y sólo contaremos lo necesario para la aclaración de las maravillosas aventuras, que se refieren en esta verídica historia.

—Cuando volví en sí, continuó Leonor estrechando la mano de D. Juan, lo primero que hice fué pronunciar tu nombre. El buen capitán me tranquilizó, asegurándome que te habías salvado. A los seis días, y cuando ya no teníamos ni agua ni víveres, quiso el Señor que llegásemos á la isla de Madera. Allí me informé de todo lo acaecido, me persuadí que habías perecido. Un mes pasé llorando....

—¡Leonor mía! exclamó D. Juan, enternecido.

—Un buque, prosiguió Leonor, que venía de Veracruz, trajo la noticia que un bergantín de guerra, había recogido y salvado á los que iban en la chalupa. Desde entonces no pensé más que en embarcarme de nuevo y reunirme contigo; pero Dios dispuso lo contrario, pues en mucho tiem-

po no se proporcionó embarcación. En esto se pasaron seis meses, durante los cuales, el capitán, que se había establecido en la isla, me auxilió con la mayor delicadeza, no permitiendo ni aun que vendiera las alhajas que tenía consigo. Una noche que me hallaba yo sola, en una modesta casita que habitaba, entraron dos hombres enmascarados, me taparon la boca, y me condujeron al puerto, donde me embarcaron en un buque. Ocho días después estábamos en Cádiz. Allí estaba preparado un coche; mis dos enmascarados me obligaron á entrar en él, y no paramos hasta el convento de*** en Sevilla, donde me dejaron. Después supe que mi padre, sabedor de todo, me había mandado buscar á la isla, y había ordenado se me tuviera en el convento por todo el resto de mis días. También supe que D. Diego, restablecido de su herida, se había embarcado después para México, con el fin de vengarse y perseguirnos.

Dos años y cuatro meses permanecí en el convento, hasta que se me dijo que mi padre había muerto en una de sus fincas de campo. Entonces, ya libre, salí de mi encierro, y tributé á su memoria los honores fúnebres debidos, y protesté que, arreglados mis asuntos, volvería al convento, y profesaría. En vez de hacer esto, vendí secretamente mis bienes, y el día menos pensado me embarqué para venir á buscarte, ó

al menos vivir en la tierra que escogimos desde un principio para pasar algunos días felices. Hace dos días que llegué á México, y me informé al instante de tí en la posada, y me dijeron cuanto yo necesitaba saber, añadiendo que tus paseos, eran constantes por este rumbo todas las tardes. Estoy ya en tus brazos, D. Juan, y ahora no temería la muerte si me sorprendiera.

—¡Leonor! ¡Leonor mía! ¡ángel adorable! dijo D. Juan abrazándola.

Las caricias mútuas se repitieron, y el amigo D. Antonio fué testigo de una de las escenas que causan más envidia.

VI.

EL AMOR Y EL CAMPO.

Nunca se desarrollan tanto los sentimientos de amor, como cuando se vive en la soledad del campo. Parece que el sol radiante, que se levanta diariamente entre celages de púrpura y de oro, rejuvenece nuestro corazón; que el dulce gorgeo de los pájaros, es una sentida melodía, cuyas vibraciones van al fondo del alma. En una palabra, el murmullo de las aguas, el ruido de los árboles, el soplo aromático de la brisa, el quejido de las palomas, esos paisajes siempre espléndidos, pero llenos de suavi-

dad y de dulzura; todo, en fin, tiene una influencia tan decidida en nuestra felicidad, que es imposible dejar de preferir la soledad y grato silencio de los campos, al bullicio y corrupción de las ciudades.

D. Juan y Leonor se casaron, y casi inmediatamente se retiraron á una finca, situada en medio de un país fértil y hermoso, por el rumbo donde hoy se halla situado Toluca. D. Juan y Leonor fueron felices, y esto era muy natural, después de tantos sufrimientos y aventuras, y cuando se habían creído separados para siempre.

D. Juan estaba ocupado la mayor parte del día, en las labores del campo y en mejorar su hacienda. Leonor estaba encargada del gobierno doméstico de la casa: así es que cuando se reunían para comer ó descansar después de haber tenido muchas horas de actividad y de trabajo, encontraban siempre asuntos agradables de conversación, ó motivos para hablar de su amor y de su felicidad. Los dos jóvenes, bellos, de idénticas inclinaciones, jamás tuvieron ni el más leve motivo de querella.

Una noche que cenaban juntos, D. Juan desvió la conversación que se había entablado sobre el modo de establecer las colmenas, y dijo á Leonor:

—Después de mucho tiempo, me acuerdo ahora de....

—¿De qué te acuerdas? dime.

—De D. Diego.

—¿De D. Diego? preguntó Leonor, dando á su fisonomía un aire de tristeza.

—Sí, de D. Diego, ¿no has oído hablar de él, después de la noche?....

—Ni una sola palabra; ¿pero para qué recuerdas ahora esos tiempos tan tristes y tan fatales para nosotros?

—Tranquilízate, Leonor mía, no volveré á hablarte de eso; ¿mas qué tienes? Te has puesto triste?

—En verdad, D. Juan, no lo puedo disimular. Al oír el nombre de D. Diego, un calofrío ha recorrido mi cuerpo, y mi corazón ha dado un vuelco.

—Son terrores vanos, Leonor, contestó D. Juan, enlazando con su brazo la delgada cintura de Leonor.

—Acuérdate de mis presentimientos cuando íbamos á bordo del buque, en aque-
acontecimiento natural; pero respecto á D.
—Bien, una tormenta en el mar, es un
lla noche tan serena, tan tranquila....
Diego.... ¡Bah! quizás habrá muerto, nos habrá olvidado.

La conversación terminó, y en muchos meses los esposos siguieron disfrutando de felicidad.

Un domingo, D. Juan propuso á Leonor un largo paseo á caballo. Leonor consintió, y muy temprano se hallaban en camino, seguidos de algunos criados. Después de seis ó siete leguas de camino, entraron en un monte muy espeso é intrincado.

Nunca se había presentado á los ojos de Leonor un lugar donde la naturaleza ostentase más gallardía, más vigor y más pompa. Eran sabinos antiguos y altísimos, con sus cabezas llenas de heno; eran fresnos, sauces y ahuehuetes, entrelazando sus ramas, y formando un espeso toldo de follaje. Al pie de estos árboles crecían plantas, flores y arbustos delicados, y para conservar la fertilidad, la frescura y la poesía de este monte virgen, raudales de agua clarísima corrían y se escapaban por todas direcciones, serpeando, jugueteando, escondiéndose por entre las raíces de los árboles, ó bien saltando atrevidos por las grietas de las rocas, y formando pequeñas cascadas de blanca espuma. Una brisa deliciosa movía dulcemente el ramaje de los árboles; y multitud de primorosas y exquisitas aves poblaban aquella soledad y formaban con sus gorgeos un concierto delicioso. Se hubiera dicho que aquel monte, tan desordenado, tan exuberante, y al mismo tiempo tan bello, había sido la memoria de nuestros primeros padres.

—D. Juan, dijo Leonor á su esposo, apretándole dulcemente el brazo, qué hermoso y qué magnífico es este monte virgen. Créeme; experimento hoy una felicidad desconocida, unas sensaciones indefinibles.

Don Juan, enagenado con la perspectiva, sólo contestó dando á Leonor un beso en la mejilla.

Los criados y amos pasaron un río cristalino, y del otro extremo, en el centro de un bosque de rosas y campánulas, dispusieron las provisiones que habían llevado.

Al caer el sol, todos los viajeros regresaron á la hacienda.

—Sabes, esposo mío, dijo Leonor á D. Juan, que desearía vivir ocho días en este monte virgen. Me parece que en estos sitios tan pintorescos, nuestro amor se había de avivar y nuestros placeres habían de ser infinitos.

D. Juan no respondió una palabra; pero al día siguiente mandó construir en el bosquecillo de rosas del monte virgen una modesta casita, y algunos días después, seguido de algunos criados, se fué á instalar en ella en compañía de Leonor.

Dejo á la consideración de los lectores las delicias que disfrutarían los dos esposos, amándose ardientemente y viviendo el uno para el otro. Los reyes más poderosos no han sido nunca tan felices como lo fueron D. Juan y Leonor, durante los quince días que vivieron en el monte virgen. Las mujeres tienen una delicadeza exquisita para disfrutar del amor.

VII

LOS DOS RIVALES.

Dos meses después del suceso que acabamos de referir, D. Juan, para asuntos de su comercio, vino á México y dejó á Leonor en la hacienda, prometiéndole regresar pronto. Un día se encontró con sorpresa en brazos de D. Diego.

—D. Juan, le dijo, ¿es posible que ya no os acordéis de mí, y me guardéis rencor?..

—¡D. Diego!

—El mismo soy en cuerpo y alma. He venido de ministro de la audiencia. Sabía que estábais aquí, ya casado con Leonor, rico, considerado feliz, y me alegro de encontrar un amigo.

—¡Cómo, D. Diego! interrumpió Don Juan; ¿me dáis sinceramente el nombre de amigo?

—Toma, y por qué no, contestó D. Diego sonriendo. Fuisteis más diestro que yo, y me disteis una ligera estocada. La muchacha os quiso más que á mí, y se fugó con vos: después de naufragios y aventuras os habéis casado. En cuanto á mí, sané, me casé, se murió mi mujer, y yo, fastidiado en España, solicité venir á México, y ya me tenéis aquí. Ningún rencor os conservo, lo juro, todo lo he olvidado: y no quiero más que vuestra amistad.

—D. Diego, exclamó D. Juan enagenado

por la franqueza de su rival, sois muy generoso, y de veras os doy mis brazos.

—Bien joven, bien; sois muy caballero.

—Y vos de un excelente corazón.

—Dejad á un lado los cumplimientos, y decidme dónde estáis establecido.

—A menos de veinte leguas de aquí. Es una bonita hacienda de campo, y os la ofrezco á vuestra disposición.

—Gracias, D. Juan...

—Sin ceremonia; cuento con que vendréis á pasar unos días con nosotros, cuando vuestras ocupaciones lo permitan.

—Con efecto, lo desearía; pero me será imposible. Con todo, tengo que excusarme ante la bella Leonor, y pedirle que me perdone, como á vos os lo he suplicado. Fui necio é injusto...

—D. Diego, callad, y no tratéis de avergonzarme.

—Bien, no hablaremos más de eso.....

—Con esa condición os admito en mi hacienda, D. Diego.

—Y decidme, ¿tendréis por allí abundante caza?

—¡Oh! muchísima, y un sitio delicioso en el Monte virgen, veréis..... venid lo más pronto.

—Bien, os prometo estar dentro de quince días con vosotros. La caza es mi pasión favorita. Haremos algunas expediciones.

—Todo lo que queráis haré por complaceros.

Los dos antiguos rivales se separaron

más amigos que nunca, y dándose mutuas seguridades. D. Juan partió al día siguiente para su hacienda á contar á su mujer lo ocurrido, y hacer algunos preparativos para la recepción de D. Diego.

VIII

LA VENGANZA.

D. Juan llegó lleno de gozo y de buena fe, á anunciar á Leonor la reconciliación con su antiguo rival; Leonor se llenó de tristeza y de negros presentimientos; pero D. Juan la tranquilizó, y no pensaron sino en recibir dignamente al huésped.

El día fijado llegó en efecto, y fueron tan lisonjeras y al parecer tan llenas de sinceridad sus palabras, que Leonor se tranquilizó, hasta el grado de avergonzarse de sus sospechas y temores.

Fijóse el día para la cacería del Monte virgen, y muy de madrugada se pusieron en camino los tres personajes de nuestra historia, seguidos de multitud de sirvientes. La comida se verificó en la casita del bosque de rosas, y en seguida D. Diego propuso á D. Juan el que fueran á perseguir á los venados.

D. Juan aceptó; y apenas se hubieron separado, cuando un venado salió de unos matorrales y se encumbró por las lomas.

El venado contenía su carrera á cada momento, y los cazadores, con la esperanza de poseer un buen tiro, lo seguían.

Los que conocen y tienen afición por la caza, no creerán inverosímil que nuestros cazadores gastarán en esta ocupación muchas horas, seducidos por la esperanza y el deseo de apoderarse del animal.

Eran las seis de la tarde cuando llegaron á lo más alto de la serranía. De un lado había enormes peñascos, y por el otro se formaba una profunda barranca, en cuyo fondo corría el arroyo que ya conocen nuestros lectores, pues ya hemos hablado de él. No había más espacio en este estrecho, que el indispensable para que pasara un hombre.

—Es imposible que aquí se escape el venado, dijo D. Diego, á no ser que se arroje al precipicio.

—Seguramente, dijo D. Juan. Nos pondremos detrás de esta peña y estaremos alerta. El venado, en efecto, pasó velozmente cerca de nuestros cazadores; pero encontrando el precipicio, dió un enorme salto, y lo salvó con felicidad, pues el barranco era, si bien profundo, muy poco ancho.

Los dos cazadores dispararon sus escopetas, pero sin causar daño al venado.

—Astuto animal, dijo D. Diego; se nos ha escapado. Véamos el precipicio por donde saltó.

Los dos cazadores se acercaron.

—Es muy profundo, y da pavor el verlo, contestó D. Juan, desviando la vista.

—¿Y qué diríais, D. Juan, interumpió D. Diego, si acordándome ahora que me habéis arrebatado á la mujer que amaba, me habéis dejado agonizando en una calle, quisiera vengarme y os arrojara en este abismo?

D. Juan, sorprendido, miró fijamente á D. Diego.

—Es una chanza, D. Juan; pero sería muy gracioso que Leonor os viniera á contemplar despedazado en el fondo de este precipicio.

—D. Diego, no os burléis....

—Es una chanza, D. Juan; no os asustéis.

D. Juan, fascinado, se quedó mirando el sol que se ocultaba detrás de los montes, los pájaros que cantaban, la brisa que enviaba sus ráfagas perfumadas, los árboles que, felices, balanceaban sus copas verdes y pomposas. Luego bajó la vista á la profundidad, y un vértigo se apoderó de su cabeza. El naufragio, la felicidad que había gozado con Leonor, todo junto, indefinido, confuso, se agolpó en su mente. D. Diego, con su mirada, lo había fascinado como la serpiente á la paloma.

D. Diego entonces sonrió sardónicamente, y con su escopeta impulsó ligeramente á D. Juan por la espalda.

D. Juan vaciló un momento, quiso asir-

se de unas ramas, pero no pudo, y cayó al precipicio .

D. Diego inmediatamente rasgó sus vestidos, se hirió el rostro con unas ramas, tocó un cuerno de caza, y á grandes gritos comenzó á pedir auxilio. A poco los criados llegaron, y D. Diego les dijo, que á D. Juan se le había deslizado el pie, y había caído al abismo.

CONCLUSION.

Cuatro años después, una monja, fundadora de las Capuchinas, murió en olor de santidad. Era Leonor, cuyo cuerpo se encontró lleno de cilicios y lacerado por la penitencia.

D. Diego casi en ese tiempo regresaba á España; pero naufragó en las costas de la Coruña.

PEPITA.



I

EL CAPITÁN Y SU TENIENTE.

—¿Qué hay de nuevo, mi capitán?

—Poca cosa, teniente: una partida de doscientos caballos debe acercarse dentro de ocho días, con la intención de entrar al pueblo y saquearlo.

—¿Y la batiremos, mi capitán?

—Es cosa de pensarse, teniente Dávalos, porque esos hijos de Satanás, según me han dicho, están muy montados y armados, y....

—Entonces tendremos que volver grupas, contestó el teniente sonriéndose sardónicamente.

—¿Volver grupas?... Eso no, interrumpió el capitán algo colérico; una vez que entremos en batalla....

—Esa es la dificultad.

—¿Qué quiere decir eso, teniente?

—Nada, mi capitán, nada; esos hijos de Lucifer están bien armados y bien montados, y.....

—Y así pudiera ser una legión de fantasmas que....

—¿Conque si se acercan, saldremos á su encuentro?

—Sin duda, respondió el capitán, arrojando una mirada al teniente Dávalos, en la que se traslucía una de esas resoluciones enérgicas, que sólo Dios tiene el poder de cambiar.

El teniente bajó los ojos; una sonrisa convulsiva pasó por sus labios, y sus mejillas aguardientosas se pusieron un poco pálidas; mas haciendo un esfuerzo, contestó:

—Bien, muy bien; esas fiestas son la delicia del teniente Dávalos: si los enemigos están bien montados, tanto mejor, tendremos cosecha de excelentes caballos para los valientes muchachos; pero siempre será bueno, mi capitán, el indagar cómo andan las cosas, porque si los realistas son muchos, no sería prudencia el exponernos á un lance...

—Los militares siempre tienen necesidad de exponerse; si no es usted de mi opinión, teniente, entonces los conventos están abiertos; abrirse una corona, vestir un sayal, y buenas noches.

—Mi capitán, respondió el teniente mordiéndose los labios, usted fué el que primero hizo esas reflexiones.

—Pues bien; ahora no reflexiono más, y repito que si los rebeldes se acercan, los batiremos.

—Muy bien; yo estoy á las órdenes de usted, y á la hora del peligro veremos....

—Sí, á la hora del peligro veremos....

Los dos interlocutores se hallaban en un cuarto amueblado con toscas sillas de madera blanca, una pesada mesa con una carpeta de paño azul, y en un rincón un catre con fina sobrecama y aseados almohadones. Era el aposento del capitán, el cual era hombre de mediana estatura, sumamente delgado y un tanto pálido, de manera que á primera vista se le podía creer débil, enfermo, é incapaz de llevar á cabo ninguna empresa militar.

El teniente Dávalos, por el contrario, era alto, de anchas espaldas y muñecas gruesas. A su rostro, tostado y enrojecido por el sol, daban sombra un espeso bigote y unas alborotadas patillas, y sus ojos algo torvos y hundidos, completaban el aspecto casi feroz de su fisonomía. La luz vacilante de una mecha de aceite chisporroteaba de vez en cuando, y entonces marcaba distintamente el contraste de las fisonomías de estos hombres, que durante el diálogo que se acaba de referir, habían permanecido en pié uno enfrente de otro. La escena

pasaba en un pueblo del departamento de Morelia, y es inútil decir que era la época de la independencia. El capitán, que se llamaba Luis Castillo, era uno de tantos hombres que armaba sus guerrillas y peleaban por su cuenta contra el gobierno español, y cuya memoria se ha extinguido con su vida, como la de tantos otros, que á pesar de verter su sangre por la libertad, la fortuna no les permitió que conquistaran un nombre en la historia.

El teniente, como se habrá conocido, no creía que un hombre de un físico tan débil como el capitán, pudiera ser valiente en la campaña. El capitán, que acababa de ajustar á sueldo al teniente Dávalos, no había formado juicio exacto de si su valor moral estaría en armonía con su constitución física, y así ambos sin haber tenido ocasión de conocerse, se tenían en poco.

Mientras hemos hecho al lector estas cortas y necesarias explicaciones, nuestros dos personajes han permanecido en silencio: por fin, el teniente lo rompió.

—¿Tiene mi capitán algo que ordenar? dijo con voz hipócrita y tomando un ancho sombrero jarano con forro de hule, que había dejado sobre una silla.

—Nada, por ahora, teniente Dávalos: mucho cuidado con la tropa; que los caballos coman bien, y que la gente esté lista, porque me temo que dentro de algunos días tengamos mucho que trabajar.

—Muy bien, mi capitán.

—Si hay alguna novedad, que me avisen.

—Sí, mi capitán: conque adiós.

—Hasta más ver, teniente; á la hora de la diana estaré en el cuartel.

Los dos se dieron las manos.

—Este diablo de teniente es un "jayan," dijo el capitán cerrando la puerta; poco faltó para que me hiciera astillas la mano. Puf, qué bárbaro; mas temo que sea una gallina en campaña: pronto lo hemos de ver.

—Este capitán, dijo el teniente al dar vuelta por un callejón obscuro del pueblo, es débil como un alfeñique: con un soplo lo derribaba yo al suelo. Y parece algo atrevido y baladrón: pronto lo hemos de ver.

II

LA ENFERMA

Preocupado el capitán con la conversación que acababa de tener con el teniente, y meditando en toda la malicia que había expresado con su risa sardónica y sus palabras equívocas, resolvió no acostarse, aunque eran más de las once de la noche, y se salió á dar unos paseos por la acera de su casa, pues la noche era una de esas

tibias de la estación del verano, y los olores de los árboles frutales que había en el pueblo venían de cuando en cuando con las ráfagas de una brisa fresca y deliciosa.

De esta especie de meditación importuna y molesta, salió el capitán á causa de haber oído primero gritos, y luego quejidos, que parecía exhalar alguna persona enferma y dolorosa. Fijó su atención, y halló que tal rumor salía de una casa de pobrísima apariencia, situada frente á frente de la suya. Movido por un impulso de curiosidad llamó al asistente.

—¿Sabes, José, le dijo á su asistente, quién vive en esa casa?

—¡Toma! ¿qué no sabe su merced, mi capitán?

—No sé....

—Mi capitán que conoce á todas las muchachas bonitas del pueblo, ¿cómo ha de haber dejado de mirar á Doña Pepita?

—¡Doña Pepita! ¿y quién es esa Doña Pepita?

—¡Toma! repuso José, es nada menos que una de las muchachas más bonitas del pueblo; no hay más sino que la madre, Dios la perdone, es una mala cabeza; suele beber vino, y entonces da terribles golpes á la niña.

—¿Y serían por esta causa los gritos que he escuchado?

—¡Eh! sin duda; ¿oyó su merced gritar?.... pues seguro; era esa infernal vie-

ja Gregoria que martirizaba á su hija. ¡Ojos de bruja! Con razón nunca la he podido ver!....

Los quejidos continuaban, en tanto que José, el asistente, charlaba, y el capitán no pudo evitar el ir á la casa, movido ya por la compasión, ya por la curiosidad. Apenas hizo un leve esfuerzo, cuando la puerta, que sólo estaba detenida con una escoba, cedió, y el capitán se encontró en un cuarto ámplio, con las paredes de adobe cenicientas y llenas de telarañas é insectos; el suelo sin enladrillado, y los únicos muebles que había era una gran caja pintada de encarnado, algunas sillas pequeñas amarradas con mecate, un tinajero con algunos platos y una tinaja de agua, de barro ordinario: una vela de sebo pegada á la pared alumbraba débilmente esta estancia y le daba un aspecto más lúgubre, de suerte que el capitán se asustó al contemplar tal habitación. Una ojeada le hizo descubrir una mujer acostada en un rincón del cuarto que roncaba como un lechón, y otra en el otro extremo que se quejaba dulcemente.

El capitán tomó la vela y alumbró á una de las mujeres: era de rostro grueso amoratado, de sus labios aún destilaba el licor, y su sueño inquieto y sus ronquidos procedían de los espíritus que habían trastornado su cerebro. El capitán apartó la vista disgustado.

La otra mujer era una niña de dieciseis

años á lo más. Estaba acostada en un petate, tenía un banco y unos harapos de cabecera, y la cubría una tosca frazada. Su rostro era bello, aunque encendido por la calentura; sus pequeños labios amoratados, y al derredor de sus ojos, sobre los cuales estaba tendido su párpado, sombreado de negras y rizadas pestañas, había una línea cárdena. Se quejaba dulcemente y sus manos encrespadas y cadavéricas, como en actitud de rogar al cielo, se habían quedado enclavijadas sobre su pecho de alabastro: un pequeño pie, aunque algo descarnado y amarillento, sobresalía de las ropas y reposaba sobre la tierra fría del pavimento. La niña hacía ocho días que en aquella situación sufría una fiebre nerviosa.

—Esta debe ser la hija, y aquella infame la madre, dijo el capitán limpiándose una lágrima que le arrancó la contemplación de la pobre criatura. Véamos; ó no hay justicia en el cielo, ó esta vieja la debe pasar muy mal en la otra vida.

El capitán salió, y á poco regresó acompañado de José, que traía un catre, ropas limpias de cama, y almohadones. Con mucho cuidado levantaron á la enferma, la colocaron en la cama, le aplicaron unos sinapismos en los piés, la abrigaron mucho, conduciendo á la vieja á otro cuarto que había en la casa. Retiróse el capitán ya más tranquilo y resuelto á prestar á la moribunda en cuanto amaneciese el siguiente día, todos los auxilios necesarios.

De hecho; en cuanto amaneció, el capitán envió á buscar un médico, y una mujer que se encargase de asistir cuidadosamente á Pepita. Luego que vinieron, el capitán se dirigió á la casa, y tuvo el gusto de encontrar á la enferma un poco mejor. La vieja, á quien se le habían disipado los humos del licor, se hincó ante el capitán, lloró, pidió perdón á Dios, y prometió asistir á su hija con todo esmero. En efecto, vigilada por el capitán, cumplió su palabra, y el médico, por su parte, se portó bien, pues al cabo de diez dias la enfermedad hizo crísis, y Pepita se vió fuera de peligro, aunque si extremedamente débil y extenuada.

Cuando la muchacha volvió al uso de sus sentidos, su sorpresa fué grande. Recordaba, aunque vagamente, que su único lecho había sido una miserable estera, y despertaba, por decirlo así, en una magnífica cama, y se veía rodeada de cuidados y atenciones. La cuidadora le hizo entender que todo lo debía al capitán Castillo: así es que la primera vez que éste fué á informarse de su salud, Pepita quiso manifestarle su reconocimiento; pero no pudo, porque la voz se le anudó en la garganta, y el llanto nubló sus grandes y negros ojos.

—No hay que hablar de esto, Pepita, le contestó el capitán conmovido. Lo que he hecho con usted lo haría con todo el mundo. ¡Voto á Dios! ¿había yo de acostarme

tranquilo en mi mullido colchón, mientras una linda muchacha se moría en el duro suelo? Guarde usted lo que le he dado, pues su salud está delicada y necesita cuidarse. ¡Eh! y no hablar más de eso, ni llorar, porque le hará á usted mal.

El capitán no omitió ningún gasto, ningún género de cuidado para asegurar el completo restablecimiento de la niña, y empleó para esto tantas atenciones y cuidados, que Pepita no tenía palabras con que darle gracias, y sólo cuando lo veía se le encendían sus mejillas de rubor.

III

OTRA INFAMIA.

Dos meses después de la fiebre, Pepita era un serafín, la enfermedad bastante cruel y peligrosa sirvió para que después se desarrollaran sus proporciones físicas. Creció y se puso erguida, ligera, esbelta y flexible como una palma; sus mejillas llenas de salud y de vida, eran redondas, y de ese blanco trasparente y delicado que se asemeja á las hojillas que están en el corazón de las rosas; sus ojos tomaron un brillo y expresión indefinibles, y sus pies y manos pequeñitas se tornearon perfectamente y llenaron de primorosos hoyitos, que también se le formaban en los carrillos,

cuando abría para sonreirse sus labios aterciopelados y dejaba ver dos hileras de dientecitos blancos, incrustados en sus frescas encías de nacar. Pepita, repito, era más bella que los primeros lampos de luz de la mañana, que los jardines de flores, que el crepúsculo de la tarde que... solamente un angel del cielo podía ser comparado á esa pura é inocente criatura.

De paso sea dicho, que el capitán tenía mucha parte en esta alegría y belleza de Pepita, pues no limitándose á cuidarla cuando se hallaba enferma, le había continuado enviando ropa y dinero, y eso con tal delicadeza, que en los dos meses apenas la había saludado dos ocasiones desde la puerta de su casa.

Una tarde de esas brillantes y diáfanas; estaban sentadas en la puerta Pepita y enfrente la vieja Gregoria: calculó á todas sus anchas lo hermosa que era su hija, y concibió un proyecto infernal, que no deja de ser frecuente en la clase baja de la sociedad, que no tiene ideas ningunas de moral. Gregoria resolvió vender á su hija.

Al día siguiente, muy de mañana, se dirigió Gregoria á casa de un rico hacendado, viejo de esos inmorales y disolutos que compran sus placeres con el oro.

—Buenos días, Gregoria; ¿qué vientos te traen por acá? ¿Estás ya más humana? le dijo el rico sátiro, soltando una carcajada que dejó ver su boca con sólo dos dientes negruscos y temblorosos.

—Venía yo á saber si su merced tiene siempre cariño á mi hija Pepita.

—Ya sabes que la adora, mujer, y que sus desdenes no han hecho más que encender mi amor.

—Pues entonces su merced me dirá...

—Ya te he dicho: proporcióname una entrevista, y estos doscientos pesos son tuyos.

El viejo sacó una bolsita con oro, y la sonó á los oídos de Gregoria.

Gregoria dejó ver en sus ojos colorados una expresión de una avaricia infernal, y luego dijo:

—Se conoce que su merced no tiene maldito el cariño á mi hija.

—¿Por qué?

—Porque ese dinero es poco.

—Bien; doblaré la parada.

—Es poco.

Doblaré la parada.

—¡Ochocientos pesos! contestó la vieja después de un momento de reflexión.

—Ochocientos, vieja de Lucifer, contestó el viejo animado de un gozo siniestro.

—Está concluído el trato, repuso Gregoría, inclinándose á la oreja del viejo. Mañana á las doce de la noche, hora en que el capitán Castillo estará recogido, aguardo á usted.

—¡Y ese maldito capitán Castillo!

—Ha protegido á mi hija en su enfermedad, y aunque casi no la ve, tal vez....

—Convenido; á las doce.
—Dos palmadas muy suaves.
—Corriente.
—Ahora necesito algún dinero.
—Toma, miserable, toma, dijo el viejo arrojándole en el seno una bolsita de seda con oro. Si me engañas, te hago emparedar.

La vieja salió; y el sátiro, riéndose á sus solas y restregándose las manos de júbilo, se dejó caer en una enorme butaca de cuero.

IV

LA PROVIDENCIA.

El simple relato de la conducta de la madre de Pepita, habrá hecho á los lectores llenarse de cólera. Este es un género de moral, expresado, por decirlo así, de un modo nuevo y que se le debe al romanticismo. Basta presentar sencillamente una escena de esta clase para llenarse de indignación contra esas almas pervertidas, que chocando contra la moral universal, contra las máximas de la religión cristiana y hasta contra las costumbres establecidas en la sociedad, labran la desgracia eterna de las criaturas que tienen á su cuidado. Gregoria, entregada á un vicio detestable, trató de matar la existencia física

de su hija, y no habiendo podido hacerlo, trataba de matar su existencia moral. Como queda dicho, por una desgracia estos acontecimientos horrorosos son frecuentes en el mundo, y mis lectores no encontrarán nada de inverosímil. Gregoria era necia, idiota, no tenía en el fondo de su alma más que un resto de superstición, y un instinto para hacer el mal. Así, cuando salió de la casa del viejo sátiro, ni un solo remordimiento ni un solo pensamiento triste le vino á la mente. Pensó simplemente que encendiendo unas velas á la Virgen, y mandando decir unas misas al cura, se purificaba de su crimen; y por otra parte, pobre como era su hija, nadie se había de casar con ella, y no se había de quedar para "vestir santos;" palabra sacrílega y profundamente horrible en boca de una madre. . . . .

. . . .

. . . .

Eran las doce de la noche; reinaba en el pueblo un profundo silencio, y como las calles estaban sin alumbrado, la obscuridad era completa. Un hombre embozado se deslizó entre las sombras, tocó suavemente una puerta. A la tercer palmada se vió brillar por la abertura una luz; el hombre entró, y la puerta se volvió á cerrar tras él. Todo quedó de nuevo en silencio.....

. . . .

. . . .

La perdición de Pepita estaba decretada, y se hallaba entre dos verdugos, que no le tendrían compasión.

El capitán, contra su costumbre, había permanecido en el cuartel entretenido con sus eternas disputas con su teniente Dávalos, y poco después de las doce de la noche se retiraba á su casa, soñoliento, cansado de tanta charla del valentón. Acaso un presentimiento le hizo pasar por la puerta de la casa de Pepita; oyó gemidos, sollozos ahogados, blasfemias y juramentos proferidos con una rabia concentrada por una voz masculina. Empuja.... la puerta cede... Pepita en cuanto lo reconoce se arroja á sus pies, y abraza sus rodillas.

—La Providencia, exclama llorando, envió á usted la otra vez para salvarme la vida; la Providencia también manda á usted ahora para salvarme el honor. ¡Capitán, capitán, han querido hacer una infamia conmigo!

El capitán comprendió al momento todo, y dijo á Pepita:

—¿Te fías en mi honor y en mi probidad?

—Sí, haced lo que queráis.

—Pues bien; levántate y ven conmigo, abandona esta casa donde se te ha querido cubrir de vergüenza y de infamia; y vos, miserable viejo, salid al momento de aquí: en cuanto á usted, señora, continuó dirigiéndose á la madre, olvide que ha tenido una hija.

El viejo había permanecido petrificado con la súbita aparición del capitán; más recobrándose un poco le asaltó un rapto de cólera, y sacando un puñal, de un salto se puso al alcance del capitán. Este, protegiendo con un brazo á Pepita, con el otro asió la muñeca del viejo y la apretó fuertemente, de manera que le hizo soltar el arma, y hacer horribles gestos á causa del dolor.

—¡ Infame seductor! le dijo, tened cuenta con que esta criatura es ya mi hija; si volvéis á maquinar contra su inocencia, no dejaré ni escombros de vuestras casa ni de vuestra hacienda. Salid.

El capitán condujo al viejo hasta el umbral de la puerta, y allí lo empujó violentamente, de suerte que fué á caer en medio de la calle: luego tomó del brazo á Pepita, y se dirigió á su casa con ella, dejando á la madre encerrada con llave.

V.

LA CENA.

El capitán Luis Castillo, á pesar de lo que va expresado, no era hombre de la mejor moral en punto á mujeres. Joven, soldado y con algún dinero, siempre estaba metido en aventuras y escenas amorosas; pero la influencia que Pepita ejercía sobre él, era increíble.

Es tan respetable la inocencia de una mujer, é interesan de un modo tan vivo sus desgracias, que ciertamente no inspiran otro sentimiento que el del respeto. Casi desde la enfermedad de Pepita, el capitán la amaba apasionadamente; pero no queriendo abusar de la influencia que tenía sobre la muchacha á causa de los beneficios que le había dispensado, jamás la había hecho la menor insinuación, y por el contrario, la veía muy pocas veces.

Tres días habían corrido después de los sucesos que van referidos, cuando el capitán llamó á José el asistente.

—Dime, José, le dijo, ¿cómo le ha ido á Pepita?

—Ta, ta, no muy bien mi capitán; la pobre niña ha llorado mucho.

—Eso es natural.

—Sí ès natural, mi capitán, porque como ella dice, es una huérfana que no tiene más amparo que Dios y mi capitán; pero cuando vuelva con su madre.... Ya sabe usted, mi capitán, esa maldita vieja bruja, tiene el vicio de beber vino, y entonces ese otro hipócrita de D. Diego.... y á propósito, mi capitán, no le parece á usted bueno que en desquite de lo que quería hacer con la niña doña Pepita, le demos un golpe á su hacienda? ¡Qué caballos tiene el hijo de su madre! Sobre todo, hay en la caballeriza un prieto y un alazán que vendrían como de molde para la silla de mi capitán.

—Más adelante pensaremos en eso, José; por ahora, dime si has tratado bien á Pepita.

—Como á mi propio capitán. Buena comida, su botella de vino, el catre muy aseado, y yo pendiente de sus labios para servirla.

—Muy bien, José, muy bien; mereces que te dé una gala para que bebas aguardiente.

El capitán tiró sobre la mesa una media onza de oro: José la recogió y dió gracias al capitán; éste continuó:

—¿Y has oído hablar algo de mí?

—¿A quién, mi capitán?

—A Pepita.

—Bueno fuera que pudiera hablar. Apenas quiere mentar el nombre de usted, cuando sus ojos son dos fuentes de agua...

El capitán sonrió primeramente, y después fingió que tosía, y se volteó á limpiar una lágrima.

—José, ve á decir á Pepita, que me daría mucho placer en acompañarme á cenar; y si accede, haz que pongan dos cubiertos aquí en este cuarto. Ve....

El asistente salió, y el capitán se puso á medir á grandes pasos el aposento. A poco volvió José.

—La señorita, dijo, viene ya, y la cena está en disposición.

—Bien, contestó el capitán, dispón la mesa, sirve la comida, y déjanos solos.

—Buenas noches, capitán, dijo Pepita entrando al aposento, y echando sobre sus hombros un rebozo de seda, con que tenía la cabeza cubierta.

—Buenas noches, Pepita; mucho te agradezco que te hayas dignado acompañarme á cenar.

—Es vd. un poco cruel, capitán, tengo una queja que darle.

—¿Te habré ofendido en algo?

—Sí, y mucho.

—Véamos, explícate.

—Hace tres días que estoy en su casa de vd. y no me ha visto.

—Era preciso dejarte sola, hija mía: tus pesares han sido grandes, tendrías necesidad de desahogarte, de llorar, de gritar tal vez....

—Es verdad, mucho he llorado.

—Ahora que te consideré más tranquila te he convidado á cenar, y en lo de adelante si tú consientes, comeremos juntos.... José trae, según creo, un excelente pollo asado, una fresca ensalada.... ¡Eh! no hay más que resignarse á pasarla mal, Pepita; en casa de un hombre solo, la comida no puede ser muy agradable.

José llegó en efecto, puso un limpio mantel, cubiertos, platos, vasos de plata, y colocó sobre la mesa unos manjares aromáticos, y que incitaban el apetito.

—José es una alhaja, dijo Pepita; si fuera vd. casado, capitán, no estaría mejor servido.

—José es un buen muchacho, respondió el capitán; y para mi tiene hoy una nueva recomendación.

—¿Cuál es?

—El haberte servido con esmero, y el tener por tí particular cariño.

—¡El pobre José! es verdad, ha estado pendiente de mi voluntad para servirme, y en todo esto no he visto mas que nuevas finezas del capitán.

—No hablemos de eso, Pepita, y piensa en otra nueva vida, en un porvenir más halagiieño.

Pepita suspiró.

—Véamos: te diré mis planes respecto á tí, y puede ser te tranquilices con esto. Yo no tengo ni madre ni mujer; mis parientes se han olvidado de mí, y yo de ellos: soy solo, completamente solo. ¿Consientes en ser mi hija? ¿Serás tan bondadosa que reemplaces el vacío inmenso que la soledad ha dejado en mi alma?

—Capitán, el corazón generoso de vd. lo hace hablar así. Pero reflexione que va á perder su independencia, su libertad; que en lo de adelante seré yo un obstáculo para sus campañas, para todo: una mujer, capitán, es una carga muy pesada.

—Una mujer, sí, ¿pero un ángel como tú, Pepita? Mas déjame concluir. Decía que tú serás para mí cuanto hay en el mundo. La maledicencia de las gentes, dirá que eres mi querida, que tú eres una mu-

jer ligera, y yo un seductor que he abusado de tu desgracia. Poco importa todo esto, con tal que tu conciencia esté tranquila y yo satisfecho de haber obrado bien. Á tu madre le daremos con que viva, ó por mejor decir, tú le darás, porque quiero que seas la dueña de cuanto tengo. ¿Lloras, Pepita, y por qué?

—De gratitud, capitán.

—¿Aceptas?

—¿Podría hacer otra cosa?

—Bien, muy bien; tú vivirás en los aposentos retirados de la casa, y yo aquí. Cuando estés de buen humor, cuando quieras, me harás compañía en la mesa. Por lo demás eres dueña de tu voluntad, y me tratarás como á un padre, como á un hermano, como á un amigo, porque yo soy tu verdadero amigo. Serás tú mi hija, mi hermana.

Pepita tendió una mano al capitán, y éste se la besó respetuosamente. En seguida llamó á José y le dijo:

—Pepita es la ama y la dueña de la casa; ordena á todos los criados que la obedezcan como á mí propio. En cuanto á tí, José, no tengo que recomendarte.

José inclinó la cabeza y se retiró diciendo:—Como hay Dios, que me alegro que la niña Pepita sea nuestra ama. Al fin, tarde ó temprano el capitán había de haber traído una de sus comadres; vale más que sea esta niña, tan buena y tan amable.

Si ha chocado á los lectores el lenguaje culto y la educación esmerada de Pepita, que parece inverosímil cuando se ha dicho quién era su madre, les haremos una corta explicación. Pepita desde muy niña se había criado en una casa española y aprendido cuanto se enseñaba en aquel tiempo, á la vez que su corazón se había nutrido con las máximas de una sólida virtud. Cuando estalló la guerra de independencia, la familia dispersa y emigrada tuvo que abandonar á Pepita, así como á otras huérfanas que por caridad educaba. Pepita volvió al lado de su madre, mujer brutal y viciosa, y el curso de esta historia ha dado á conocer la clase de vida y de peligros á que estaba expuesta.

VI.

LA ESCARAMUZA

Una noche el capitán Castillo recibió un parte en que se le noticiaba que una gavilla de realistas estaba á cuatro leguas del pueblo, en la falda de una loma. Inmediatamente se dirigió al cuartel, dió todas las órdenes convenientes para la marcha, dejó la tropa al cuidado del teniente Dávalos, mientras regresó á su casa á cenar con la buena y amable Pepita, cuya dulzura y cuyo talento fascinaba cada vez más y más al capitán.

—Esta noche, le dijo, sentándose á la mesa, y procurando afectar alegría, será necesario que yo me quede en el cuartel, así tú y José cuidarán la casa: ambos son valientes, continuó riéndose, y si vienen los enemigos serán rechazados.

—¿Y habrá inconveniente en que yo acompañe á vd. al cuartel, capitán?

—Acaso tendremos que salir, y entonces sería....

—¿No decía yo á vd. bien, capitán, que una mujer estorba?

—Lo que hay de cierto, hija mía, es que antes era un motivo de regocijo para mí el batirme con los enemigos, y ahora tengo cierta pesadez, cierta repugnancia.... ya se ve, antes no tenía yo nada que me uniera con la vida, y ahora te tengo á tí, y por cierto que no querría yo dejarte abandonada.

—Por mi parte tengo también cierto susto, cierto presentimiento.... ¿Qué habrá acaso algunos enemigos?

—Sí, una partida muy corta; unos cuantos tiros los harán correr, y todo se concluirá en el momento.

—¡Pero, calle!..... son las doce..... Adiós, Pepita, le dijo el capitán, dándole un beso en la frente. José, mucho cuidado con la casa.

El capitán se fué al cuartel, la tropa estaba montada, y sólo lo esperaban á él para ponerse en marcha, lo cual ejecutaron con

mucho silencio, desfilando en hileras por las calles más solas del pueblo. Toda la noche caminaron entre las tinieblas y los precipicios; á la madrugada avistaron la loma en cuya falda debía estar el enemigo. Cuando la luz comenzó á salir, y el horizonte pintado de gualda y nácar despedía luz bastante para distinguir los objetos, el capitán reconoció al enemigo formado en batalla y dispuesto á resistir.—Eran como doscientos caballos; pero después de la conversación que se ha referido del teniente Dávalos y del capitán, éste no hubiera reculado un paso aunque hubieran sido doscientos mil los enemigos. Dividió su fuerza en dos trozos. Con uno de cincuenta caballos determinó acometer el centro del enemigo y desorganizarlo, y el otro al mando del teniente Dávalos, serviría para flanquearlo y cortarle la retirada por el lado derecho, pues en el izquierdo había un barranco profundo; combinado así su plan, lo puso en ejecución con la prontitud de un relámpago. Antes de que el enemigo pensase en nada, el capitán ya había acometido su centro con los cincuenta caballos, y los dragones repartían golpes á diestro y siniestro como si fueran impulsados por una máquina de vapor. El enemigo desconcertado comenzó á dispersarse, y unos se rendían é imploraban compasión, otros dejaban su caballo y corrían á esconderse en la barranca; y otros más resueltos

se abrían paso y apelaban á la velocidad de sus caballos. Todo esto pasó en momentos. Cinco soldados muertos y algunos heridos fué la pérdida que experimentaron los insurgentes. El caballo del capitán había recibido un balazo en el pecho y echaba sangre á borbotones; pero éste no lo había notado, hasta que el animal, vacilante y moribundo, cayó al suelo con el ginete.

El capitán quiso levantarse; pero unos brazos que lo enlazaban lo detenían. Era Pepita.

—¿Tú aquí, Pepita? ¿Tú aquí, hija mía? exclamaba el capitán.

—Era una crueldad dejar á este valiente José sin parte en la victoia; y por otra parte, ninguna mano más amorosa que la mía te habría levantado del suelo, contestó Pepita sonriéndose. Algo han de hacer las mujeres por los valientes, continuó mirando apasionadamente al capitán; y sobre todo, yo que te debo la vida y todo....

—Capitán, interrumpió una voz plañidera, soy un villano, un cobarde, que me he portado muy mal: perdóneme vd., ó máteme.

—¡Quién diablos piensa en eso, teniente Dávalos! respondió el capitán lleno de alegría, y teniendo enlazada con un brazo la cintura de Pepita. Acuérdese vd. de la conversación que tuvimos una noche, y basta. Levántese vd., acabe de amarrar á los prisioneros, reuna la tropa y venga al

pueblo, que yo me adelanto con este ángel, con este tesoro de amor y de hermosura.

VII.

LA FUGA.

Algunos meses vivieron el capitán y Pepita en la más completa armonía. Excusado será decir que fueron felices. Se amaban ambos con una pasión ardiente, y los antecedentes que habían mediado y que ya conoce el lector, eran más que suficientes para formar los elementos de una sólida ventura. Pepita cada día se pone más linda y más interesante, y el capitán renunciando á sus devaneos y locos amores, pensaba sériamente en casarse con ella. Una noche á la hora de la cena, pensó en darle parte de sus proyectos, cuando José el asistente entró despavorido.

—Mi capitán, el caballo está ensillado; sálvese vd.

—¡Cómo! ¿Qué quieres decir con eso, José?

—Que el teniente Dávalos ha vendido á vd., y ha ofrecido entregarlo á los españoles.

—¡Imposible! eso no puede ser.

—Por Dios, mi capitán, prosiguió José hincándose de rodillas, que se salve vd.; dentro de cinco minutos estarán aquí.

—Nos defenderemos.

Pepita se interpuso, y le dijo con un acento tiernísimo:

—Sálvate, por Dios; sálvate, y no expongas á tu vida!

José, el asistente, llevó maquinalmente al capitán y lo montó en el caballo.

—¿Quiere mi capitán que lo siga, ó que me quede?

—Quédate con Pepita, y adiós. ¡Ah! toma esta llave, hija mía. Encontrarás en el cajón de mi mesa algún dinero. Es para que puedas vivir mientras que nos volvemos á ver.

—Mi capitán, el tiempo se pasa, y después....

—Adiós. El capitán salió, y al cuarto de hora llegó el teniente Dávalos con un piquete de tropa á ejecutar su traición.

—¿Dónde está el capitán? preguntó Dávalos.

—Acaba de irse al cuartel, mi teniente, respondió José con mucha calma.

El teniente se retiró; y ya se deja entender que no pudo dar palmada al capitán.

VIII.

VERTE, Y MORIR.

En una tarde nublada y triste del otoño, se hallaba el capitán sentado detrás de una vidriera de una casa situada por el rumbo de Belén. Estaba más pálido que de costumbre, y sumergido en una honda cavilación. Habían transcurrido catorce meses, y durante ese tiempo los horrores de la miseria y del destierro habían pesado sobre él. Fugitivo de pueblo en pueblo, y sin esperanza de regresar al lado de su querida Pepita, tomó el partido de entrar ocultamente á México, y negociar por medio de algunos amigos su indulto; mas estos pasos no surtieron ningún efecto, y por consiguiente era necesario que permaneciera incógnito entretanto se ponían nuevos medios en acción para conseguir su perdón. Mientras, sus recursos se habían agotado enteramente, y se hallaba en el caso de no tener que comer al día siguiente.

De esta especie de vértigo doloroso, lo sacó una voz que con acento entrecortado y conmovido, le dijo:

—¿Mi capitán, qué es eso? ¿qué le sucede á vd. que está tan abatido y triste?

El capitán volvió la cara y se encontró con el asistente José.

—Buen José, le dijo arrojándose á sus brazos.

—¡ Mi capitán!

—¿ Y Pepita? le preguntó tímidamente Luis, temiendo recibir una mala noticia.

—No hay por qué afligirse, mi capitán, la señorita está aquí. La cosa es muy sencilla; hemos sabido por la carta última de vd., la situación en que se hallaba.... ensillamos los caballos, y..... ya estamos aquí. Todos buenos, la niña tan hermosa como siempre. El alazán gordo, ¡ qué brioso! y yo.... aquí me tiene mi capitán; pero la niña espera con ansia.

El capitán, como si acabara de salir de un profundo letargo, se dejó conducir por el asistente, bajó al patio, montó en su antiguo caballo alazán, y al cabo de breve rato se halló en brazos de Pepita, que lo aguardaba en una de esas bonitas y modestas casas de la Piedad.

—Vamos, no tengamos pesares, ahora que después de tanto tiempo nos volvemos á ver, le dijo Pepita limpiándose los ojos. Voy á enseñarte una alhaja que te traigo, y dirigiéndose á la cama tomó en sus brazos una niña de pelo blondo, ojos azules y cútis fino y delicado. ¿ Reconoces á tu hija, Luis? Pobre Matilde, ya sabe decir papá. Pepita mecía á la niña entre sus brazos, la aproximaba al capitán, y cuando él la quería tomar, la retiraba y sonreía. Toma, toma y besa, y haz cariños á Ma-

tilde, continuó entregando la criatura á Luis, mientras voy también á demostrarte que soy una mujer económica.

Luis tomó en sus brazos á la niña, le besó la frente, los ojos, los pequeñitos y suaves labios, la estrechó contra su corazón, y corrió con ella por toda la pieza, brincando y saltando como un loco, y repitiendo: Pepita, Pepita, como si se le figurase que la criatura era un retrato, una miniatura de la que adoraba.

—Pepita volvió entretanto y puso en las manos del capitán unos cartuchos de onzas. Tú no debes estar muy rico ahora, Luis, y esto nos servirá para vivir algunos días con descanso.

—¿Pero este oro, Pepita? preguntó el capitán alarmado.

—Este oro es el que me dejaste: he trabajado para vivir, y sólo tomé alguna cantidad cuando esta buena alhaja salió al mundo. ¡Cómo sufrí sola, y con las ideas que me asaltaron de que te habías muerto! continuó apoyando su mórbida mejilla en el hombro de Luis.

Como después de un año de ausencia mucho tendrían que decirse los amantes, dejémoslos platicar todavía tres horas más, al cabo de las cuales el capitán, con el corazón lleno de placer y de esperanza, regresó á su habitación acompañado de José, y no volvamos á verlos hasta pasados ocho días.

CONCLUSION.

Reinaba entonces en México una fuerte epidemia de fiebres. Pepita, de constitución robusta por una parte, y predispuesta con la irritación y los trabajos de un largo camino, fué atacada de la enfermedad; pero durante tres días lo disimuló por no alarmar á Luis. El cuarto le fué imposible levantarse, y considerando la cosa sériemente, envió á José en busca de Luis. Este llegó en efecto á poco: en cuanto lo vió Pepita, le dijo:

—Tenía yo desde que llegué, una tristeza secreta, un desasosiego inexplicable; nada te había dicho, porque creí que eran preocupaciones, pero ahora conozco que era el presentimiento de mi muerte.

—¿De tu muerte, Pepita? tú deliras, eso no es verdad, tú estás hermosa, robusta, buena, completamente buena.

—¡Luis!

—¡Ah! eso no es posible; Dios no querría arrebatarte del mundo, no por mí, sino por esta inocente.

—Luis, es forzoso resignarse. En cuanto á mí, deseaba únicamente verte y morir. Dios ha cumplido mi deseo; en lo demás, hágase su santa voluntad.

Pepita cerró los ojos y Luis le tocó la frente y los pulsos, y tuvo el doloroso des-

consuelo de cerciorarse que la devoraba la calentura. Comenzó á pasearse á grandes pasos por la estancia, á golpear las paredes con los puños y á proferir, ya maldiciones, ya plegarias á Dios.

—No hay tiempo que perder, Luis, exclamó Pepita con una voz débil. Mañana no estaré ya con mis sentidos cabales y es fuerza pensar en mi alma.

—Es verdad, es verdad, exclamó con despecho Luis.

—Búscame un confesor.

—Un médico.

—El médico servirá de poco; un sacerdote: Luis, mañana ya no será tiempo.

Luis corrió por un confesor y José por un médico; entretanto quedó Pepita al cuidado de unas buenas gentes que vivían frente á su casa.

José llegó con el médico, el cual la pulsó, la examinó minuciosamente y salió meneando la cabeza.

—¿Qué le parece á vd., señor doctor? le preguntó José.

—Que se disponga, porque mañana se declara una fiebre nerviosa y no tiene remedio.

El capitán llegó con el sacerdote al tiempo mismo que se acababa de marchar el doctor.

Luis se retiraba para dejar sola á Pepita con el médico del alma; pero ésta dijo:

—Mi confesión está dicha en dos pala-

bras. He amado mucho á Luis, y no tengo otro pecado.

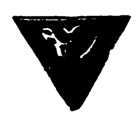
—Y yo, padre, el no haber legalizado con el matrimonio el amor de este ángel.

Pepita tendió su mano, Luis se la estrechó, y el sacerdote bendijo esta unión. Después escuchó la confesión de Pepita, y salió diciendo:

—En efecto, esta niña era un modelo de virtud.

A los tres días Pepita expiró, y su hija Matilde, como había mamado la leche de la enferma, murió también en el seno de su madre.

Luis regaló á José los caballos y el dinero, y se encerró en el convento de San Diego de Tacubaya, de donde no salió sino al cabo de mucho tiempo.





ALBERTO Y TERESA.



I.

Agosto 14 de 184....

Eran las diez cuando te ví por la última vez. La mañana estaba hermosa. El sol disipando unas ligeras nieblas que se extendían sobre las praderas como un crespón flotante, se levantaba majestuoso y espléndido por encima de las montañas. Los pájaros cantaban y revolaban gozosos, las flores abrían sus cálices, y las gotas de rocío fulguraban como diamantes en las hojas de los naranjos. El cielo azul radiaba con el oro de los rayos del sol; las flores despedían aromas, y el viento traía á su paso los cánticos de los labradores, el balar de las ovejas, el bramar de los toros, y todos esos mil sonidos halagueños de la naturaleza, cuando bulliciosa y festiva se aparta de los brazos de la noche para bendecir con su voz sublime á los genios de la luz. Y

tú estabas allí, Teresa, tú que con tu cabello entrelazado con anémona y madreselva, con tus mejillas teñidas por el carmín de la juventud, y tu vestido blanco como la nieve, parecías el ángel de la mañana, que con su aliento da perfume á los campos, y con sus pequeños dedos rosados abre las azucenas y los jazmines. Tu aliento, Teresa mía, es más suave que el aroma de las flores; tu voz más melodiosa que el canto de los ruiseñores, y tus ojos más bellos que el cielo azul de mi patria. ¿Tú me has oído decir quién era Rafael? Pues bien, si Rafael te hubiera conocido, habría pintado sus vírgenes copiándote á tí. La mañana estaba espléndida, ¿te acuerdas, Teresa? Me tomaste de la mano y ambos bendecimos á la naturaleza; ambos respiramos el soplo que Dios envía al mundo todas las mañanas; ambos vimos á los colibríes, esas flores con alas, chupar la miel de las rosas; ambos.... Cuando el hombre es desgraciado Teresa mía, vienen como genios maléficos á atormentar su mente los recuerdos de los instantes de ventura.

Me fué forzoso separarme de tí sin decirte adiós, sin recibir tu última mirada, sin estrecharte contra mi corazón, sin encargarte á tí, ángel de pureza y de candor, que rogaras á Dios mitigara las amarguras de mi alma; porque, creelo, desde el momento en que ví desaparecer ante mis ojos las torres de la ciudad que te vió nacer, toda

idea de felicidad y de sosiego ha huido de mi. He atravesado maquinalmente muchas llanuras, muchos bosques, muchas montañas; estoy nada más que á sesenta leguas de ti, y sin embargo, parece que una eternidad entera nos separa, que el horizonte que tú ves, no lo miraría yo en un siglo de camino. Esta idea me oprimía el corazón, el pecho me dolía, y un manantial de lágrimas comprimidas me ahogaba. Lloré como llora un niño, como llora una mujer, ó más bien dicho, Teresa mía, como se llora cuando se ama. Las lágrimas me han quitado un poco la horrible opresión del corazón; pero después me he puesto á pensar, ¿qué haré yo con los días, con las horas, con los instantes de mi vida? Esta idea me vuelve loco. Decididamente en todas partes voy á encontrar fastidio, y este deseo continuo, irresistible, de asir una felicidad que huye como una sombra delante de nosotros, va á consumir lentamente mi vida. No obstante, Teresa, la esperanza es el fanal de nuestra vida, y cuya luz nos acompaña hasta la tumba. La esperanza me dice que te volveré á ver pronto, que otra vez vibrará tu voz musical en mis oídos y que aún podré dar un casto beso en tu frente de ángel.

Por lo que más quieras en la tierra, escríbeme. Me parece que te has muerto; otras veces creo que te alegrarás de mi ausencia, ó que el amor de otro te hará ol-

vidarme. Esta idea es atroz. Perdóname-la, ángel mío; pero qué quieres, el amor es desconfiado y algunas veces hasta ridículo.

Adiós, bien mío. Sé feliz, y recibe el corazón de tu—ALBERTO.

II.

Agosto de 184. . . .

Teresa adorada: Ocho días he estado devorado de una fiebre ardiente y delirando con tu memoria, recordando en mis agonías aquellas pequeñeces de que los amantes hacemos tanto caudal. Los cuidados y atenciones de unas pobres gentes que me ofrecieron su choza, sus vigilias, sus cuidados y sus oraciones, á mí, hombre desconocido, desesperado moribundo, me han reconciliado con la vida; he bendecido la misericordia de Dios, de quien quizá había blasfemado. Perdón, Teresa mía. Esto te asustará á tí tan religiosa y tan pura. Mil veces perdón.

Habrás recibido probablemente mi primer carta. Qué sé yo qué cosas te decía en ella. Te hablaba de la luz, de las flores, de los ángeles, de todo, porque mi cerebro estaba en un estado de agitación indefinible. ¡Qué disparates decimos los amantes en esos momentos! Tú los disimularás.

Ahora han pasado los instantes de delirio; pero me agobia una tristeza letal, una desazón continua, un presentimiento vago de desgracia que hace á cada momento saltar á mi corazón. ¿Qué será esto, Teresa? Decididamente conozco que no podré vivir si no es á tu lado, respirando el aire que tú respiras, mirando lo que tú veas, sintiendo lo que sientas. Mi mundo estaba reducido al pequeño recinto de limones y naranjos donde nos paseábamos; mi sociedad á tu compañia, y mis placeres en agradarte. ¿Qué haré yo, Teresa, en este tumulto, en esta vorágine que se llama sociedad, donde es menester estudiar una sonrisa y una caravana, poner una cara festiva cuando el corazón está devorado de pesar; hablar, reír, murmurar, cuando no quiere el alma otra cosa más que el silencio y la meditación? ¿Creeré los elogios que me tributen? Juzgaré amigos á todos los que me estrechen la mano? ¿Miraré como protectores á los que se sienten conmigo en la mesa á tomar café? ¡Oh! ¡qué terrible es esta sociedad, donde hay un continuo cambio de sarcasmos é injurias! ¡Qué atroz es lo que se llama política, cuando no enseña más que á cubrir con un falso velo los sentimientos del corazón! Me he convencido que en esta vida sólo tres personas son capaces de amar desinteresadamente: la madre, el padre, la esposa. A mí, pobre huérfano, no me ha

quedado más amor que el tuyo, Teresa. A mí, hombre combatido por la suerte, no me ha quedado en quien creer más que en tí. El día que tú no me amaras, no creería ni en el amor, ni en la amistad, ni en la patria, ni en nada. Tú romperías la ilusión más benéfica, la esperanza más halagüeña, el consuelo más dulce que tiene el hombre: la religión. No lo harás, Teresa; estoy seguro de ello.

Ya más restablecido, me juzgo con fuerzas para continuar mañana mi camino. Un camino lóbrego, desierto, solitario, en que la tristeza me devora. Cada día de camino, nueva atmósfera, nuevo horizonte, nuevas montañas nos separan. Esto es terrible.

Sé feliz, Teresa, y consuela con una carta al que te idolatra.—ALBERTO.

III.

Agosto de 184. . . .

Alberto mío: Te has separado de mí sin decirme ¡adiós! Sin estrecharme la mano, sin que siquiera nuestras miradas, quizá por la última vez, se cruzaran y se comprendieran. ¡Oh! Una separación es horrible, mucho más cuando había pensado que sólo la muerte podría dividir nuestra existencia, y. . . . ¿qué digo? La muerte. . . . la muerte nos habría abierto las puertas del cielo

para no separarnos allí nunca, para amarnos en el seno de Dios. ¿Sabes, Alberto, que cuando supe que te habías marchado estuve á punto de volverme loca? ¿Sabes que ese día no tuvo para mí ni el sol luz, ni las flores aroma, ni los gorgeos de las aves melodía? ¡Ah, Alberto! porque tú eres mi sol, mi amor, mi ídolo, y todo me ha faltado desde el momento en que me abandonaste. Si vieras cómo pesa la soledad en el corazón de la mujer; si contemplaras cuán amargas son nuestras horas; si te persuadieras de lo terrible que son esas noches en que las lágrimas de nuestros ojos empapan las almohadas, y la fiebre y el delirio se apoderan de nuestros sentidos; si reflexionaras cuánto es el sufrimiento de esas vigilias, en que ni se vela ni se duerme, y una fantasma inmóvil, fija, terrible, reposa en nuestra cabecera! Todo esto lo sufrimos, lo sufrimos; pero no lo podemos explicar. ¿Lo comprederás tú, Alberto? ¿Participarás de mis sufrimientos? Sí, amor mío, dime que entiendes mis quejas, porque de lo contrario me moriría de pesar..... Aquí llegaba yo, el llanto caía de mis ojos, algunas lágrimas borraron las líneas ya escritas, y necesité reposar un momento para poder continuar. En esto, el Sr. B. entró á mi cuarto y puso en mis manos tu amabilísima carta. La abrí, recorrí ansiosa todas sus líneas, y cerciorada de que ningún mal te había acontecido, volví á leerla de

nuevo, y.... Alberto, la sé de memoria, pues hace tres dias que no hago otra cosa más que leer tu carta, mojarla con mi llanto y secarla con el fuego que devora á mi corazón. Me he visto tentada de ponerme en camino y seguirte hasta el fin del mundo si fuere necesario; pero ¿dónde va una pobre mujer sola que no sabe los caminos, que nunca ha pisado más que el umbral de su casa y el de la iglesia?.... ¡Oh, Alberto! vuelve pronto, muy pronto, si no hallarás mi frente pálida, mis mejillas hundidas, mis labios secos, mi corazón sin fuerzas para latir.... Hallarás tal vez un cadáver. Vergüenza me da decírtelo, porque vas á creer que soy una mujer de novela; pero un vértigo no me deja continuar esta carta, y aun temo que no comprendas estas últimas líneas.

Alberto, no abandones á tu amiga, á tu hermana, á la que tú has llamado en tiempos más felices tu amada y linda Teresa. Dios te dé felicidades, y á mí el consuelo de que tanto necesita mi alma.

IV.

Septiembre de 184....

Gracias, ángel mío, gracias por tu amable cartita que he besado una y mil veces: gracias porque me enviaste en ella las lá-

grimas de tu amor, gracias porque me amas, mucho más de lo que yo merezco.

Todas las desgracias, niña mía, tienen su compensación en este mundo. Separarse cientos de leguas de una querida, es atroz; pero recibir una carta suya llena de ternura y de entusiasmo, es lo más dulce que puede imaginarse. Vuelva el consuelo á tu corazón, Teresa; reanime la esperanza á tu abatido espíritu, pues mi vuelta debe ser pronto, muy pronto; acaso cuando menos lo pienses te tendré entre mis brazos, y entonces nos uniremos para no separarnos jamás. En la vida tendremos un mismo lecho, en la muerte una misma tumba, en el cielo un mismo asiento.... qué sé yo!; estas ideas tienen algo de lúgubre, y como no quiero te entristezcas, te voy á hablar de otra cosa. ¿De qué te hablaré....? Apropósito, ¿si vieras qué espectáculo tan magnífico, tan sorprendente, es el que se goza á la entrada de México? Una vasta llanura verde se desarrolla á la manera de un lienzo en el panorama. En esta llanura hay esparcidas, ya las casas de magníficas haciendas, ya las chozas humildes y pintorescas de los labradores. Por donde quiera que se dirija la vista, se encuentra ó una graciosa y delgada torre que se dibuja en las montañas azules, ó un pueblito que como una isla flotante, parece que reposa en la niebla; ó un grupo pintoresco donde hay árboles, corderos que pacen la

grama, bueyes que surcan la tierra con el arado, flores silvestres que crecen á las orillas de los arroyos..... ¡ Oh ! todo es lindo, muy lindo. Acercándose más se percibe la reverberación de los lagos que como inmensos espejos están tendidos á los piés de la coqueta ciudad. Después se ve el grupo de montañas del santuario de Guadalupe: después las sombrías y colosales torres de la catedral: después, cúpulas de azulejos, y torres encarnadas y miradores, y casas y almenas que parecen brotan de una canasta de flores. ¿Sabes lo único que faltaba para animar este cuadro?.... ¡Ah! todo me parecía triste, solitario, desierto, porque mi Teresa no estaba á mi lado, porque el ángel de mi amor no soplaba su aliento vivificador en esta escena. Si tú hubieras estado conmigo, me habrías estrechado la mano, habría tu corazón palpitado de júbilo.... pero yo estaba solo, enteramente solo. ¡Qué suerte tan fatal!

Aún hay tiempo para que antes que me ponga en camino me contestes esta carta. Hazlo, Teresa, porque de lo contrario no tiene momento de tranquilidad tu infortunado—ALBERTO.

V.

Septiembre de 184....

Esposo idolatrado: Cuando recibí tu segunda carta, me hallaba en una hacienda distante cinco leguas de esta población. Mi excelente madre ha comprendido los martirios que sufre mi corazón, y trata de mitigarlos haciéndome variar de objetos. ¡Vano esfuerzo! ¿Qué me importa que haya en la hacienda un hermoso y cristalino estanque de agua? ¿Qué me importa que la huerta esté llena de flores y de árboles frutales?.... Tanto valdría habitar un desierto lleno de espinas y malezas. Para mí todo es igual hoy; todo lo veo con indiferencia; sólo el recuerdo de Alberto vive eterno, fijo, inmutable en mi corazón. Volverte á ver y estrecharte en mis brazos es lo único que deseo.

¡Cuánto has padecido, mi pobre Alberto! Enfermo, solo, sin más auxilio que el de Dios, has debido pasar terribles momentos, parecidos á los que yo he tenido que soportar; al fin, la vista de tu patria, de tu familia y de tus amigos, ha debido consolarte algún tanto; pero yo, Alberto, nada tengo que me consuele. Instantes de desesperación; un deseo de dejar de existir; largos días en que no tengo más ocupación

que llorar. Creo que ya te he dicho esto mismo en otra carta; pero te lo repito, porque es la historia única de las mujeres, suspirar, llorar, sufrir en silencio.

Me he atrevido á darte el título de esposo, y no sé si habré hecho mal en esto. Recordé los juramentos que me has hecho mil veces, y como están de acuerdo con los sentimientos de mi corazón, no he vacilado en llamarte esposo mío, y en considerarte ya con todos los derechos de tal. ¿Qué falta, Alberto, para que legítimamente nos unamos para siempre? Nada, más que la bendición de un sacerdote.... Yo estoy loca, Alberto..... Falta todo, todo, puesto que no somos felices, y estamos á tan inmensa distancia uno de otro. Todos los días paso largas horas en la iglesia, arrodillada en las gradas del altar pidiéndole á Dios que seas feliz, y que me dé valor para soportar los contratiempos que temo nos sobrevengan.

Recibe el tierno corazón de tu querida, de tu amiga, de tu esposa que te idolatra. —TERESA.

Omitimos las demás cartas que por espacio de seis meses continuaron escribiéndose los amantes, porque sería alargar de-

masiado esta historia. Todas ellas estaban concebidas en el lenguaje melancólico y apasionado de amantes separados á gran distancia y cuyo único consuelo es la dulce esperanza de reunirse otra vez para no separarse nunca.

Pasaron después como tres meses sin que Teresa recibiera una sola letra de Alberto. Mil dudas asaltaron á la pobre niña; mil tempestades levantaron los celos en su inocente corazón, mil tormentos incomprensibles sufría en las horas de cavilaciones y silencio en que se consideraba abandonada por su amante, y á éste gozando de las delicias del amor, en brazos de otra mujer.—¡Qué infelices son los que aman!

Un dia que ocurrió como de costumbre en busca de cartas, recibió una con el sobre de una letra desconocida. La abrió y leyó:

"Señorita, el que iba á ser esposo de vd., ha muerto traspasado de una bala, me encargó en su agonía que noticiara á vd. esta catástrofe. Su nombre de vd. fué el último que vagó en sus labios. Era un excelente muchacho, y amaba á vd. mucho. Llórelo vd. con las lágrimas de una querida. Yo he derramado sobre su tumba el llanto de la amistad.

Sea vd. feliz, si puede serlo después de una pérdida tan dolorosa, y disponga de su servidor, que le B. L. P."

Teresa sonrió tristemente al acabar de

leer esta carta y dijo á media voz: "Todo se acabó para mí en el mundo."

El dolor de Teresa era de esos dolores profundos que matan el alma y el cuerpo al mismo tiempo. Esa sonrisa triste y helada era como el último pétalo que el viento arranca de la flor marchita. Todo se había acabado efectivamente para la pobre niña, hasta las lágrimas de sus ojos y los gemidos de su corazón. Teresa desde ese día, resignada y conforme, aguardó la muerte con tranquilidad: la alegría no aparecía en sus ojos; las rosas de la juventud pintadas en sus mejillas emblanquecieron poco á poco; los contornos airosos de su cuerpo perdieron su morbidez; su frente siempre estaba bañada de un sudor helado, y sus pulsos agitados y calenturientos; por último, Teresa se consumía lentamente como si un veneno de esos que matan por grados, destruyera sus entrañas. Teresa era de esas almas sencillas, virtuosas y ardientes, que nacen para el amor; educada lejos de la corrupción de las ciudades populosas, desconocía los artificios de la falsa política, y no sabía más que amar; porque le parecía que era el único sentimiento digno de alimentar la existencia de una mujer. Cuando muere la esperanza, es preciso que muera también el cuerpo. Teresa moría de amor.

Un día Teresa se sentó al piano y modu-

ló uno de esos preludios melancólicos como las últimas vibraciones del harpa del poeta; como los últimos gorgeos del ruiseñor de Julieta. La pobre criatura sonreía tristemente, y las armonías de la música hicieron correr dos lágrimas por sus mejillas: las primeras que había derramado después de la muerte de Alberto, y las últimas que tenía su corazón. Se escuchó el galope de un caballo, y á poco momento Alberto tenía á Teresa entre sus brazos; pero no era un cuerpo virgen torneado y bello el que estrechaba en su seno: era una imagen pálida de la muerte; una sombra de esa hermosura celestial; una flor sin aroma, sin color, que lentamente había marchitado el viento de la desgracia.

—Teresa, Teresa mía, estoy aquí para hacerte dichosa, para volverte la salud, la felicidad, la vida.

Teresa entreabrió sus ojos, tomó una mano de Alberto, la llevó á sus labios, y dijo con una voz apagada:

—Has llegado muy tarde, Alberto mío: mi alma va á volar al seno de Dios, y sólo allá nos reuniremos.

—Teresa, bien mío, deja esas ideas melancólicas que me desesperan; alienta, reposa en mi seno, vive para que seas feliz.

—Estoy más tranquila, Alberto; tu presencia es para mí, como la del ángel invisible que guía nuestros pasos.

Teresa se puso al piano, y aun hizo resonar algunas notas tiernas y sonoras, como la voz del zenzontle; pianas y dulces como el tímido canto del canario. Después Teresa inclinó en el respaldo del sillón su hermoso busto pálido y todo quedó en silencio. Teresa no existía ya: su alma voló en brazos del ángel con las últimas vibraciones de la música.

He aquí la historia de un amor malogrado: historia dolorosa de esas que en el silencio del hogar doméstico se repiten diariamente sin que nadie lo advierta. ¡Cuántas mujeres se enferman, se marchitan, y se acaban lentamente devoradas por una pasión oculta, que concluye por llevarlas á la tumba! ¡Cuántas existencias pomposas y alegres acaban de repente, sin saberse la causa de su mal!—Pero estas muertes súbitas sólo tienen lugar en esas mujeres cándidas, con una alma de niño, y un corazón de paloma, que no conocen ni la sociedad, ni la corrupción del mundo, para las cuales el amor es un sentimiento puro y santo; que forman una religión en su alma, y que quieren anticipar en este mar de miserias y crímenes que se llama mundo, uno de los goces de los ángeles. La pobre Teresa era del corto número de estas criaturas que van á la tumba con el cendal de la inocencia; y era preciso que cuando vió malogrado su amor, que era el sol de su corazón y la luz de su alma, muriera, y muriera de amor.

Réstanos ahora tratar la rápida, pero también terrible y dolorosa historia del "hombre solo."

El que sea huérfano, el que no tenga una familia; el que tenga que llorar en silencio en su humilde retiro los dolores de su corazón; el que tenga un alma sensible y vea á la mujer no como un ser caprichoso y voluble, sino como un ángel enviado por Dios al mundo para dulcificar nuestra miserable existencia, comprenderá lo que es un "hombre solo." Un hombre solo es un árbol sin hojas, una flor sin aroma, un arroyo sin agua, un campo sin verdura. ¿Qué son las diversiones y las orgías de la sociedad para el hombre que tiene su corazón seco, su alma enferma, su pensamiento sin objeto? ¿Qué es en fin el hombre, cuando le falta una mujer á quien amar? ¿Qué es la vida, cuando se estingue el fuego que mantiene el alma? ¿De qué sirve la existencia cuando no hay unos ojos que nos hablen el mudo pero sublime idioma del amor; ni una mano á quien estrechar en la desgracia, ni un corazón que comprenda el nuestro? Así, cuando se han apagado estas dulces ilusiones de la vida, cuando se han disipado esas imágenes de felicidad que un tiempo velaban en nuestro lecho y nos adormían con sus mentirosas promesas, vemos el mundo descarnado, horrible; la traición, el vil interés, la ambi-

ción, la mala fe, la falsedad, dominan é imperan en la sociedad; los más santos lazos, las más sagradas promesas se rompen, se violan á cada instante, y en vano se busca un destello de virtud que alumbre este caos de vicios. Esto es lo que sucede al hombre solo que pierde á la mujer á quien amaba, y esto es lo que sucedió á Alberto.

Cuando se depositó en su postrera y funeral habitación el cuerpo de Teresa, Alberto rezó sobre su tumba, la regó con lágrimas, y se separó de aquel lugar, dejando en el sepulcro de la mujer que amaba, todas las ilusiones, todas las esperanzas de su vida. El sepulcro, pues, recibió los restos de la querida y la dicha del amante.

Era para él lo mismo un lugar que otro; en todas partes la indiferencia y el fastidio lo seguían. Se resolvió, pues, á viajar; y efectivamente se embarcó con dirección á Nueva York. El mar, ese gran espejo de Dios, apenas le causó admiración. Llegó á los Estados Unidos y vió un pueblo egoista, ocupado enteramente del mercantilismo y la ambición. Esto no podía consolarle. Se resolvió á embarcarse para Europa; quizá esa nación francesa, grande, inteligente, pensadora, le proporcionaría algún alivio.

Se dió á la vela en el vapor Presidente. A los seis días un banco de hielo chocó con el vapor, y la mayor parte de los pasajeros y tripulación perecieron. Alberto

fué uno de los que encontró su tumba en medio del Oceano.

¡Felicidad grande, porque hombre solo no debe vivir en el mundo!

Septiembre de 1843.



La Esposa del Insurgente.



I.

Por los años de 1809 y 1810, el virreinato de la Nueva España presentaba un aspecto de bienestar y tranquilidad tan grande, que nadie en el mundo se hubiera atrevido á pronosticar que después de algunos meses, esos pueblos pacíficos del Bajío, se habían de convertir en lizas y palenques, donde la sangre correría á torrentes, y los hombres se destrozarían como fieras, impulsados por ese ciego y doble fanatismo político y religioso.

El pueblo de Chamacuero, en el Departamento, entonces provincia de Guanajuato, pueden figurárselo las lectoras poco más ó menos como todos los pueblos que no son México y las capitales, es decir, con la mayor parte de las casas maltratadas y sin

aseo, con unas calles empedradas y otras no, y con su iglesia y su cura, que cada ocho días enciende dos velas delgadas de cera á la hora de la misa, y con un reducido número de personas cultas y civilizadas. Chamacuero, no obstante, era menos feo, y más civilizado que otros pueblos; y vivía en él una jovencita con un talle delgado, una sonrisa melancólica y unos ojos llenos de ternura. Manuelita (que así se llamaba la joven) era además muy virtuosa, y de un talento superior, tal vez á la educación que entonces se daba á las mujeres, y de una alma apasionada: tenía entre los mozos del pueblo algunos novios, á quienes no había desdeñado, á causa de su natural amabilidad; pero tampoco les había correspondido con muecas y coqueterías, á causa de su natural virtud y juicio. Por fin fijó su elección en uno, en quien reconoció más juicio y buenas cualidades, y lo amó también porque así se lo ordenaba su corazón. Ya verán, pues, mis hermosas lectoras, que después de lo que va dicho, nada tenía de extraño que procuraran los dos amantes tener aquellos ratos de dulce conversación, aquellos momentos en que en la soledad y silencio de la noche, se comunican dos jóvenes sus temores, sus celos, su amor, su aliento, su vida, su alma entera ... ¡Oh! esos suspiros que se pierden con el soñoliento ruido de los árboles;

esas dulces palabras que van á morir con el susurro de un arroyuelo; esos besos castos que apenas vibran, y se escuchan en el augusto silencio de las altas horas de la noche; esos temores y sustos de ser descubiertos, por el padre ó el ama de la casa; esos latidos del corazón, que explican la dulce y desconocida sensación del amor, son otros tantos placeres que circundaron los primeros días de la juventud de Manuelita, y que vosotras, mis amables lectoras, sentiréis una sola vez en vuestra vida.

Una noche Manuelita estaba debajo de un árbol del patio de su casa, y con una voz suplicante y los ojos llenos de lágrimas, le decía á un joven que permanecía á su lado:

—En nombre del amor que me has tenido, dime: ¿qué motivo ha podido hacerte cambiar de resolución?

—Te he dicho, Manuelita, que es un secreto que sólo Dios y yo debemos saber.

—Es decir, contestó, rechazando la mano del joven, que yo no merezco tu amor, ni tu confianza; que has jugado con mi corazón, y con mis sentimientos, para abandonarme después, por la simple razón de que tienes un secreto. ¿Y es disculpa honrosa para un hombre, faltar á sus juramentos, sólo porque dice que tiene un secreto? Dime que no me amas ya, que te has cansado de mi conversación, de mi

trato, de mis modales, y que quieres escoger otra joven de más talento, de más viveza, de más hermosura. Sí, de más hermosura, continuó con la voz ahogada por los sollozos; pero que te ame más que yo, ninguna, ninguna encontrarás.

Manuelita lloraba como una niña; Alberto abrazaba su hermosa frente.

—Me has de volver loco con tu llanto, y tus celos, Manuelita. Yo tengo mi secreto; pero realmente es un secreto que no está nada bien en poder de las mujeres; pero en cuanto á otra novia, ni pensarlo; ¡bah! ¿Había de querer á otra cuando te tengo á tí tan tierna y tan amable?

Manuela reclinó su cabeza en el hombro de Alberto, y su pelo delgado ondeaba con la brisa de la noche.

—Vaya, muchacha, continuó Alberto, levanta ese rostro de virgen, tan apacible y tan hermoso, y enjuga el llanto. No amo á otra, á tí no más, á tí..... ¡celosa!

—¡Alberto! respondió Manuela, acariciándole la mejilla, no seas injusto, dile ese secreto á tu Manuela, que te juro que no saldrá de mi pecho: diciendo esto, echó el brazo al cuello de Alberto.

—Manuela, eres capaz de quebrantar con tus mimos el carácter más duro: bien, te voy á decir ese secreto, mas que nos lleve el diablo á todos si lo descubres...... chist..... cuidado con decirlo, ni al confesor, ni á tu nodriza, ni á tu mamá....

—Si desconfías de mí, no me lo digas, ni me vuelvas á ver, interrumpió Manuela, quitando con desdén el brazo del cuello del mancebo.

—Es incomprensible esta criatura, exclamó Alberto; pero al fin ha de hacer de mí cuanto quiera.... Pues bien, Manuelita, sabe que antes que el amor y que los placeres, hay una sagrada obligación que cumplir.

—¿Cuál?

—La de defender á la patria.

—¿La patria, Alberto?.... interrumpió Manuelita asombrada, ¿pues no tienes tu casa, tus amigos, tu hacienda, tu familia, sin que nadie te moleste ni interrumpa tu tranquilidad? ¿De qué patria hablas?

—¡Niña, pobre niña! que no piensas más que en el amor, no sabes que somos víctimas de la codicia y de la tiranía de los españoles. Sí, Manuelita, te repito que es una obligación librar á la patria de la esclavitud en que está, ó morir en la lucha.

—¡Morir! ¿y por qué piensas en eso? ¿Por qué me asustas con esa voz sepulcral? No, tú no te apartarás de mi lado, nunca, ¡nunca! y al decir esto, estrechó al joven contra su pecho.

—Esta muchacha es un serafín, murmuró Alberto á media voz, y después, alisando la delgada cabellera de Manuelita, continuó: no quiero decir que sea preciso morir,

es una disyuntiva que pongo, y cabalmente la parte de mi secreto consiste en declararte que voy á tomar partido en la revolución que va á estallar, y que yo no puedo casarme contigo para hacerte infeliz.

—No sé lo que quiéres decir: y mujer como soy, no puedo calcular la justicia que tendrás para entrar en esa revolución; pero como yo me fío en tí, lo mismo que en el santo de mi nombre, que en el ángel de mi guarda, cualquiera que sea tu suerte, quiero participar de ella: ¿lo rehusarás?

—Mi vida va á ser llena de amargura, contestó Alberto. Unas veces andaré prófugo por los montes, otras dormiré en los bosques, ó en el borde de los torrentes; otras el silbido de la metralla, el rugir de los cañones, y la luz del incendio, serán mi única distracción. ¿Quiéres ser mi esposa?

—Sí.

—Una vida sin descanso, sin hora segura, continuamente agitada, llena de alternativas y penas, es lo que te puedo ofrecer.

—¿Y no hay remedio, preguntó Manuela, de evitar esas desgracias?

—No lo hay.

—¿Y las pasarás solo, si yo rehuso el ser tu esposa?

—Sin duda alguna, contestó Alberto, pues estoy resuelto á sacrificar mis bienes, mi vida..... ¡qué digo mi vida! mi amor

por tí, Manuela, que eres mi vida, mi mundo, mi Dios.

—Alberto, muy justa debe ser la causa que tú vas á abrazar, puesto que te resuelves á esos sacrificios.

—Es la causa de nuestra patria.

—Pues entonces, aquí está mi mano, seré tu compañera en todas las aventuras de tu vida, y, quiera el cielo que lo sea también en tu muerte. ¿Cuándo nos casamos?

—Manuelita, eres un tesoro que no conocía, un ángel á quien no había adorado.

—¿Cuándo nos casamos?

—Dentro de ocho días, contestó Alberto, estrechando á Manuela contra su corazón.

II.

—Hace una hora que aguardo las órdenes de V. E.

—Muy exigente y un si es no es altanero, es el maestro Cayetano. Los asuntos de Estado exigen más detención de la que te parece, maestro, y no es lo mismo matar un toro en la plaza, que matar un hombre que tiene alma que perder.

—Vea V. E. lo que yo creo, respondió Cayetano.

—Vaya, dí lo que crees, y por primera vez te oiré decir que crees en algo.

—Creo, en Nuestra Madre Santísima de Guadalupe, y en la Virgen de Zapopan, y en la. . . .

—Omite tu relación, maestro, ya sé que crees en todas las Vírgenes. . . .

—Y creo también, señor cura ó señor generalísimo, en que más lástima da matar un toro que un gachupín, y yo tengo mis razones. El toro al fin se domestica, y sirve para arar la tierra y estirar una carreta, y los gachupines no se han de domesticar en toda su vida. En cuanto á su alma, creo que no tienen alma.

El cura sonrió, y Cayetano advirtiéndolo, prosiguió:

—Tienen alma, puesto que manejan la espada lindamente contra nosotros; pero será una alma de demonio. La verdad, yo los veo hasta con cuernos, como los diablos de las pastorelas; y creo que la Virgen de Zapopan, me ha de agradecer lo que hago en honra y gloria suya. Al acabar de decir estas palabras, besó una medalla que tenía colgada al cuello.

El cura dijo entre dientes: Estos hombres son ignorantes é idiotas al extremo. No obstante, con este fanatismo y estas preocupaciones, se ha de hacer la independencia.

—Cabal, le contestó Cayetano, que no había oído más que la última frase; la independencia se ha de hacer matando á todos los prisioneros que se agarren.

—¡Eres un asesino, un malvado, maestro! No estás contento, si tus manos, tu rostro y tu cuerpo no están llenos de sangre.

—Soy patriota, señor, le interrumpió Cayetano con tono resuelto y altanero.

—¡Hola, hola! baja esos ojos y modera esa voz, maestro, pues á poco que lo piense, te puedo mandar cortar la cabeza, por más patriota que seas.

—V. E. hará lo que guste; pero por favor le pediría, que me dejase llevar por delante una docena de esos perros, antes de morir.

—Ve, ve, maestro, en paz, y haz lo que te dé la gana con esos hombres.

—¿De veras? interrumpió Cayetano, lleno de alegría.

—He dicho que te marches, repuso el cura con voz de trueno. Cayetano salió, y el cura desde la puerta dijo: anda, buitre, cébate en la sangre y la carnicería. En cuanto á mí, continuó dejándose caer en un sillón, ésta es la suerte de la guerra. Hoy mando fusilar, mañana harán lo mismo conmigo. La sangre de los mexicanos, debe lavarse con sangre.

Así pasaban las cosas en Guadalajara el año de 1811.

III.

Es preciso ahora trasladarnos á una casita, regularmente adornada, del pueblo de San Pedro, distante más ó menos una legua de Guadalajara. La sala de la casa no estaba adornada con el lujo y esmero tan común hoy en la República, sino simplemente con unos sofáes toscos de cedro, dos rinconeras con sus nichos llenos de flores artificiales y cuentas de cristal, y unas piezas de indiana ordinaria clavadas en la pared, formaban una especie de "rodastrado." En el frente de la pieza se veía un cuadro lleno de toscas molduras doradas; pero la imagen, que era de Nuestra Señora de los Dolores, tenía toda la expresión de angustia, toda la melancólica hermosura que tendría la Reina de los cielos, cuando se hallaba al pie de la cruz del Redentor del mundo. Una señora, joven aún, con un vestido obscuro y un rebozo de seda, miraba melancólicamente á la imagen unas veces, y otras dirigía su vista inquieta á la ventana y á la puerta. A poco momento sonaron lentamente once campanadas: los centinelas gritaron el "alerta," y este grito, lúgubre y pavoroso en tiempo de guerra, se fué apagando y perdiendo por grados, hasta que al fin se escuchó un último y triste acento, como el postrer quejido de

un moribundo. Los perros ladraron: pasado un momento, la señora abrió con tiento la ventana: la noche estaba negra y amenazaba tempestad, y todo reposaba en el silencio y en las sombras. La señora cerró la ventana, encendió un cabo de cera á la santa Virgen de los Dolores, y poniéndose de rodillas, comenzó á rezar. Con su semblante, algo pálido y extenuado, sus ojos negros, humedecidos con el llanto, y unos rizos negros que caían en desorden por su cuello blanco, parecía no un ser humano, sino el ángel que rogaba en el mundo por los desgraciados. Acabada la oración que dirigió al cielo por su esposo, y por los infelices prisioneros de Guadalajara, se levantó con esa seguridad y valor que dá una conciencia pura, una fe ardiente, y se sentó en la ventana. Pasado un momento, oyó pasos de caballerías, y después un relincho.

—¡El es, él es, Dios mío! El leal "insurgente" ha reconocido su casa. Se lanzó de donde estaba sentada, y tomando una luz, corrió al zaguán seguida de una criada. Apenas corrió el cerrojo, cuando el caballo relinchó segunda vez, y un caballero embozado se apeó y se arrojó en brazos de la dama.

—Muy tarde has venido, Alberto, estaba ya cuidadosa.

—¿Y qué ha hecho en mi ausencia mi noble esposa?

—Rezar por tí.

—Bien, hija mía, mientras tenga yo un ángel de guarda á mi lado, estoy seguro que ni el plomo ni el acero, me harán daño.

—Así lo creo yo, porque Dios y la Santa Virgen han de compadecerse de las amarguras de mi corazón, y confiar en esa fe ciega que tengo en que ningún mal te ha de suceder; pero el pobre "insurgente" está sudoroso y cubierto de espuma. ¿Qué, has corrido mucho? Al decir esto, acariciaba el cuello y la crin del caballo, que por su parte hería impaciente las piedras con las herraduras de los cascos. Da pronto de cenar al brioso "insurgente," que parece ha sufrido mucho, dijo á un criado. Y tú, hijo mío, entra, porque comienzan á caer algunas gotas de agua. Los dos esposos entraron á la pieza que hemos ya descrito, mientras el criado condujo á la caballeriza al noble bruto.

Los lectores habrán tal vez reconocido en estos personajes, á los mismos que tuvieron debajo de un árbol de la casa de Chamacuero, una rápida y singular conferencia. No obstante, una breve explicación contribuirá á dar más claridad á la historia. Pasaron los ocho días convenidos en la entrevista, y el matrimonio no pu-

do verificarse, porque aun no se había acabado de allanar todo ese cúmulo de inconvenientes que sobrevienen en tales casos; pero pasado un mes, el buen cura de Chamacuero, interrumpió en el primer día festivo su misa para dar lugar á la lectura de unas amonestaciones. En efecto, el bedel, con sus pantalones de pana morada, su sotana raída y su sobrepelliz un poco sucio, leyó con voz ronca y pausada: "D. Alberto H***, hijo legítimo etc.,. . . . con Doña Manuela B***, natural de esta villa, de diecinueve años de edad, etc., etc.:" el cura concluyó su misa, y todas las gentes salieron alegrísimas, presagiando mil venturas á los futuros esposos. A los ocho ó diez días, Manuelita se puso un vestido nácar de seda china, arregló y entrelazó con flores sus negros cabellos, y convidó á todas sus amiguitas para su boda. Comida, baile, cena, brindis, consejos, lágrimas de la familia, todo hubo en la boda; pero al siguiente día Doña Manuela B*** vivía ya con su amado y bravo esposo D. Alberto.

Un año después estalló la revolución, y Manuelita, fiel á su promesa, guardó religiosamente el secreto de los designios de su esposo, y éste, fiel también á su palabra, y sin que las delicias conyugales disminuyeran un punto su entusiasmo patriótico, se incorporó en cuanto le fué posible en las filas de los insurgentes. En

cuanto á Manuelita, delicada como un lirio, tímida como una gacela, no vaciló en abandonar la dulce paz de su hogar, y seguir á su esposo en una campaña terrible y sangrienta, y en donde, como habian pensado, tenían que vagar muchas veces por las espesuras de los montes, y por las fragosidades de las sierras. Esta corta digresión se aclara más en el diálogo que va á seguir, pues mientras que hemos dicho lo expuesto, los dos esposos han entrado á la sala, y tomado asiento en aquellos toscos y recamados camapés de cedro.

—¿Hay alguna cosa de nuevo? preguntó Manuelita á su esposo con una voz tímida.

—Dicen que Calleja se aproxima con fuerzas muy considerables.

—En ese caso será menester nueva sangre y nuevos desastres.

—Es probable, hija mía. Una vez que un pueblo ha dado la voz de libertad, me atrevería á decir, si no fuera una blasfemia, que ni Dios mismo puede sofocarla.

—¡Alberto!!

—Es una suposición. Sé muy bien que sólo la sombra del brazo de Dios, es bastante para hacer desaparecer un pueblo de la faz de la tierra; pero esa misma razón, me hace concebir una íntima convicción, de que la espada de los buenos patriotas está guiada por la mano de Dios. Los hom-

bres, Manuelita, viven en el mundo con ciertas cargas, que Dios mismo les impuso; pero en medio de su misma cólera, jamás dijo que el hombre se sujetara á sufrir la esclavitud de sus semejantes. Dios crió igualmente á los hombres, y él solo los manda y los gobierna. Quizá estas serán preccupaciones y errores; pero sea lo que fuere, esto me ha obligado á dejar mis bienes, la dulce tranquilidad que gozaba á tu lado, y traerte á tí, débil y tímida criatura, en medio de la sangre, de las balas y del incendio....

Te había dicho, continuó Alberto, que Dios guía la espada de los insurgentes: pues me equivoqué; la guía algunas veces el demonio más cruel y más sanguinario del averno. Escucha: Se ha supuesto que hay entre algunos españoles, inteligencias con Calleja.

—¿Y qué?

—Inocentes ó culpados se han mandado asesinar. He visto salir á Cayetano, de la casa de Hidalgo, con una espada, un par de pistolas, y un puñal al cinto, y brillando en sus ojos una alegría indecible. A poco entramos Allende y yo á pedir á Hidalgo, mandara suspender esas ejecuciones bárbaras, que desacreditaban con Dios y con el mundo nuestra causa....

—¿Y qué respondió?

—Que nunca acostumbraba revocar las

órdenes que daba. Que el pueblo quería víctimas, y que era preciso darle sangre hasta que se saciara.

—¡Dios mío! ¡tened misericordia de esos desgraciados! dijo Manuela.

—En efecto, hija mía, sólo á Dios pueden pedir misericordia, porque los hombres, ciegos con ese fanatismo político, han cerrado su corazón á la piedad.

—¿Y no hay esperanza de salvarlos?

—¡Ninguna, ninguna! Allende y yo hemos tenido larga y acalorada conferencia con Hidalgo, y no hemos conseguido más que reñir y dividirnos. Lo que siento, hija mía, que la sangre de los inocentes caerá sobre nuestras cabezas.

—No, no caerá, porque Dios es más justo que los hombres.

—Dices bien, hija mía, y si algún castigo mereciera yo, estoy seguro que tus ruegos y tu virtud me librarían de él. Sí, niña, tú eres el ángel que me ha defendido de los golpes de los enemigos, y la tierna y desinteresada amiga que me ha seguido sin exhalar un queja, sin derramar una lágrima de despecho, al través de los barrancos y breñales, en medio de los soles abrasadores y del frío de las noches del invierno. Mientras estés á mi lado, podré desviar mi vista de esos espectros ensangrentados, para contemplar tu rostro juvenil; podré cerrar mis oídos un momento á esos doloro-

sos clamores de los heridos en el campo de batalla, para escuchar tu dulce y consoladora voz.

Dos lágrimas rodaron por las mejillas de Manuela, y su esposo, besándole amorosamente la frente, le dijo: Descansemos ya, es muy tarde. Hija mía, estás muy fatigada; ven, y descansemos.

IV.

Se estaban disponiendo los dos esposos á tomar el sueño y olvidar con él tantas emociones y agitación, cuando un doloroso gemido se escuchó en la calle. A poco tocaron fuertemente la puerta y Alberto acudió á abrirla: una mujer se arrojó hasta la sala, gritando: ¡Perdón! ¡misericordia! y cayó desmayada en el pavimento. Manuelita y las criadas, que habían acudido sobresaltadas, se apresuraron á socorrerla, y en brazos la llevaron á la cama. Las esencias y unas gotas de agua con éter que la hicieron tomar, la volvieron al uso de sus sentidos.

Entonces separaron los cabellos rubios que caían sobre su rostro, y con la luz de la vela vieron sus grandes ojos azules fijos y sin movimiento como los de un demente, sus mejillas pálidas y hundidas, sus labios entreabiertos y temblorosos.

—Esta niña va á morir, exclamo Manuelita; ese rostro tan lindo y tan juvenil, parece ya el de un cadáver. ¿Qué tienes, hija mía? le dijo con mucha dulzura, sentándose junto de ella; habla, por Dios: si te persiguen, aquí tienes un asilo seguro.

—Señora, quiero llorar y no puedo.

—Llora, llora, niña; también tengo yo lágrimas en los ojos y penas en el corazón. Manuelita colocó en su seno suavemente, la rubia y linda cabeza de la muchacha, y comenzó á acariciarla con la ternura de una madre.

La niña lloró amargamente.

—Está bien, niña, le dijo Manuela, llora: así aliviarás tu corazón, y tendrás fuerza para decirnos lo que deseas, y por qué has venido á estas horas de la noche sola y abandonada á morir casi á nuestra vista.

—Señora, mi padre y mi.... no pudo acabar, porque los sollozos la ahogaban.

—Ya comprendo, dijo Alberto en voz baja: su padre, su esposo, su amante tal vez, estarán prisioneros, y mañana....

—Mañana, señor, no existirán, si vd. no los salva: exclamó la niña, desprendiéndose del seno de Manuelita, y abrazando las rodillas de Alberto.

—¿Salvarlos, niña?.... A todos los hubiera salvado por mi voluntad. Cada infeliz tendrá una madre, una esposa, una hija.

—¡Piedad, señor! ¡piedad! sólo vd. puede libertarlos: sólo vd. no tendrá el corazón de fiera. Todo el día y toda la noche he corrido desolada gritando, llorando, implorando la compasión, y en todas partes me han dado con las puertas en la cara; en todas partes he hallado asesinos, lobos, tigres que se han complacido en mi agonía. He ofrecido mi rostro joven y ruboroso, á los besos lúbricos de los malvados; mi inocencia, en recompensa de dos vidas, y....

—Acaba, niña, interrumpió Alberto, con agitación.

—Y he perdido mi honor, he mancillado mi virginidad, y los infames, los cobardes, no me han vuelto ni á mi padre, ni á mi amante.

—¡Rayos del cielo! dijo Alberto, hiriendo el suelo con el pie. Manuela, Manuela, la independencia no se hará, y estos crímenes y las lágrimas de la inocencia, caerán como un veneno, sobre toda la generación mexicana.

La niña quedó aterrorizada, y con los ojos fijos y secos, como si jamás hubiera derramado una lágrima.

—No te asustes, hija mía, le dijo Manuelita volviéndola á tomar en los brazos. Mi esposo salvará á tu padre y á tu amante. ¿Cómo se llaman?

—Don Pedro N***, y Don Eduardo H***.

—Alberto, prosiguió Manuela, si es necesario tu vida y la mía, para volverle á este ángel lo que reclama, en nombre de la humanidad y de la justicia, no vaciles, que más felices seremos los dos, durmiendo en la tumba, que no viviendo entre hombres tan perversos y tan criminales.

Alberto, el valiente Alberto, cuyo rostro jamás se había demudado con las balas de los cañones, y que sonriendo había visto siempre delante de su pecho las lanzas y las espadas enemigas, estuvo á punto de prorrumpir llorando como un niño; así es que se contentó con echar una mirada de compasión sobre la infeliz niña, y besar suavemente la mejilla de la otra hermosa y santa niña, que el cielo le había concedido por esposa. En dos minutos el "insurgente" estaba ensillado, y su valiente ginete voló á pedir la vida del padre y del amante.

La niña estuvo atenta é inmóvil, hasta que las pisadas del caballo se dejaron de escuchar: entonces volviéndose á Manuelita, le dijo con una expresión de ternura:

—¿Cree vd. que se salvarán, señora?

—Es muy probable, hija mía.

—¿Hija mía, ha dicho vd.?.... ¡Oh! gracias, gracias, señora; gracias, madre mía. Vd. ha reconciliado mi alma con Dios. Esa palabra sublime y dulce que ha pro-

nunciado vd., me indica que ese Dios á quien he adorado, desde que mi madre enseñó á pronunciar á mis labios inocentes é infantiles su divino nombre, no me ha negado su piedad. Hace veinticuatro horas que con mis cabellos desordenados, mi pecho descubierto, me arrastro de rodillas ante las mujeres, ante los soldados, ante los niños, ante los ancianos; unos me han creído loca, otros han juzgado que soy una ramera; y otros, señora, otros, me han quitado el honor, y no me han devuelto á mi padre y á mi amante. Yo era pura; ni un sólo pensamiento había turbado mi inocencia, y Dios lo ha visto, Dios que ve el alma, ha sido testigo que los besos que recibía me quemaban, que las caricias eran martirios, y que el placer para mí, señora, fué.... el infierno, porque parecía que mi padre ensangrentado y lívido, me reconvenía, me maldecía, me rechazaba, aun en los momentos de su muerte. Madre mía, sí, mi madre, porque vd. es digna de reemplazarla: madre mía, ¿qué había yo de hacer para salvar dos vidas? ¿Qué otro camino había de tomar, pobre y débil mujer, sino hacer valer mi hermosura, y mi juventud?

—¡Oh niña, niña, no me destroces el corazón, no me digas más, cállate por piedad!

—¿Se salvarán, señora? preguntaba tristemente la muchacha.

—Sí, se salvarán; te lo prometo en nombre de Dios. Se salvarán, porque tú has hecho un sacrificio, y no un crimen, porque tú estás hoy inocente y pura, como el día en que tu madre te mecía en la cuna. Ruega á Dios, porque él es el dueño de los corazones de los hombres; pero pídele la misericordia para tu padre y tu esposo y el perdón para los asesinos. Porque ellos, hija mía, son más desgraciados que tú. Si tu padre muere, yo te recibiré en mis brazos y en mi amor, y tendrás una madre en la tierra y un padre en el cielo; pero ellos, niña, tendrán el juicio terrible del Señor.

Las dos niñas se arrodillaron delante de la Virgen de los Dolores, y rezaron.

De repente, y como movida por un resorte se paró Manuela, é interrumpió su rezo.

—¿Cómo te llamas? dijo á la muchacha.

—Teresa, señora, respondió tímidamente.

—Pues bien, Teresa, si quieres salvar á las víctimas, es necesario que me sigas. Pero nada de llanto, ni de gemidos. Es menester valor. ¿Lo tendrás?

Teresa se levantó y con una voz firme, le contestó:

—Vamos donde usted quiera, señora. Estoy pronta.

Sus ojos azules estaban secos, y sólo en sus mejillas brillaban como unos diamantes dos gruesas lágrimas.

Las dos jóvenes salieron de la casa seguidas de un soldado, y como unas fantasmas desaparecieron entre la niebla de la noche.

V

Aunque Hidalgo fué recibido con demostraciones de júbilo en Guadalajara, la ciudad, sea porque ese júbilo en tiempo de revueltas y guerras es efímero y muchas veces falso, sea porque la política había olvidado encender los faroles, y el cielo cuidado de ocultar con las nubes las más pequeñas estrellas, ó sea, en fin, porque las gentes estaban aterrorizadas por las ejecuciones que se habían mandado hacer, la ciudad estaba solitaria, triste y sombría. Manuela y Teresa deslizándose como una aparición del otro mundo en medio de las tinieblas de la noche, llegaron á un edificio de buena apariencia, donde era la cárcel, ó al menos donde estaban encerrados los españoles presos por causa de la conspiración que se dijo iba á estallar. Al llegar cerca de la puerta el centinela dió el "¡quién vive!" el asistente respondió y en seguida preguntó, por orden de Manuela, á uno de los soldados, dónde se hallaba Cayetano.

—Muy ocupado está, por cierto; se halla por las barrancas matando prisioneros.

Esta contestación, dada con mucha sencillez por el soldado, llegó á los oídos de Teresa, la que iba á dar un grito; pero Manuela le estrechó la mano, y le dijo:

—"Acuérdate que me has prometido tener valor."

Teresa estuvo quieta, estrechando solamente con una fuerza convulsiva la mano de Manuela.

Manuela se dirigió al soldado, y le dijo:

—¿Quieres ganar una onza?

—Sí, señora.

—¿En cuánto tiempo puedes ir á dónde está Cayetano y decirle que dos mujeres hermosas desean hablarle?

El soldado reflexionó, y contestó:

—En una hora.

—Pues como vayas y vuelvas en media hora, tendrás dos onzas. Toma una, y la otra te la daré cuando vuelvas.

—Esto es cosa de morir ahogado de fatiga; pero no importa, voy.

El soldado echó á correr.

Las dos jóvenes se sentaron en el quicio de una puerta, delante de un fogón, y pasaron veinte minutos en una agonía mortal. Antes de la media hora vieron voltear la esquina dos hombres: uno era el soldado y el otro Cayetano.

—Te prometo darte más de cien cuchilladas si me has engañado, le decía Cayetano al soldado.

—Señor, juro á usted que dos mujeres me han mandado que lo busque, y estaban aquí hace un rato.

Las dos muchachas, que oyeron esto, se pusieron en pié, y el soldado alegrísimo, dijo:

—¡Eh! ¿ve usted cómo le decia la verdad?

—¡Eh! replicó Cayetano, parecen unas fantasmas con esos túnicos y esos rebozos negros. Con mil diablos, caigo en la cuenta que han de ser algunas lloronas que vienen á pedirme que perdone á esos gachupines. ¡Eh! ¡errr!.... al diablo, mujeres, largo de aquí, no vengan con lloros y gritos á interrumpir la justicia. No hay perdón, ¡fuera! y sobre todo, al generalísimo y no á mí, tienen que llorarle.

Entre tanto, Cayetano se acercó á las lumbres, que por intervalos dejaban asomar una llama amarillenta, y las jóvenes vieron un hombre alto, nervudo; de rostro tostado, con un ancho sombrero, un sable, y dos pistolas en el cinto, y un largo puñal en la mano. El puñal, la camisa, la cara, las manos, todo el cuerpo de Cayetano estaba salpicado de sangre.

Teresa cayó desvanecida, y Manuela se acercó con un paso firme. Cayetano levantó el puñal para amenazarla, y con una voz de trueno dijo:

—He dicho que no hay perdón: ¡atrás!

Manuela se descubrió, y Cayetano, asustado, abrió la boca y dejó caer lentamente el brazo que habia levantado.

—Cayetano, le dijo Manuela, te vengo á pedir un favor.

—¡Señora generala! Su compasión ha de perder á vd. Tonto de mí que iba á herir á la más completa mujer que anda en las fiías de los insurgentes. Pero, señora, dígame vd. ¿qué anda haciendo sola y á estas horas de la noche?

—Te buscaba, Cayetano, para pedirte un tavor, que no me rehusarás.

—No, por cierto, señora generala. Si exige vd. que me parta el corazón con este puñal, lo haré al momento.

—Gracias. Sé cuánto me estimas, y de ahí viene que yo tenga la idea de que me entregues dos prisioneros.

—¿Dos prisioneros? ¿Y para qué?

—Para devolvérselos á una niña de dieciseis años, hermosa y pura, como la Virgen de Zapopan.

—¡Ta ta! murmuró el baladrón. Eso está malo; pero si trae vd. una orden del generalísimo, se los entregaré.

—No traigo orden ninguna y sólo fío en tí.

—¡Eh! ¡Eh! Pues señora generala, yo no puedo hacer lo que vd. me dice. Ya ve vd. que tengo orden de matarlos á todos, y además, yo digo á vd. que no puedo, por-

que he hecho voto á la Virgen de Zapopan de no dejar uno de esos con hueso sano, y la Virgen me castigará.

Manuela sonrió amargamente. Luego, con una voz persuasiva y halagando la superstición del verdugo, prosiguió:

—Es verdad que la Virgen podría enojarse contigo; pero antes de venir le he rezado, y ella me inspiró la idea de que te viniera á ver á tí, y no á otro, y en ese caso ves que la Virgen, lejos de enfadarse, te lo agradecerá.

—Vd., señora generala, es una santa, y debo creerlo así.....

—Sí, creelo, y además yo te lo agradeceré, y te lo recompensaré; al decir esto le puso en la mano una bolsa llena de oro.

—¿Oro, señora generala? Por la Virgen que tengo bastante. No busco oro, sino sangre, venganza.

—¡Infame! ¡asesino! murmuró Manuela á media voz.

—Señora generala, he dicho á vd. que quiero sangre, y que no puedo dar á vd. á los presos que me pide.

—Mi esposo te castigará.

—Poco me importa, respondió con desdén Cayetano, alejándose; Manuela corrió á él, tomóle las manos sangrientas, diciéndole con la voz ahogada por el llanto:

—Piedad, concédeme el único favor que te he pedido.

—Por la Virgen, señora generala, que se levante vd. Todo lo que quiera vd. le concederé, porque tendría miedo de atraerme la cólera y el enojo de una santa y valiente insurgenta.

—Dios te perdone tus culpas por esta buena acción que haces, Cayetano.

Cayetano se santiguó.

—A una condición entrego á vd. á esos hombres.

—La que tú quieras.

—Que le he de contar á vd. mi vida. Probablemente si después de mi muerte se acuerdan de un pobre diablo como yo, será para decir que fuí un verdugo infame. Poco me importa que lo crean; pero sí deseo que vd., señora generala, vea que algún motivo he tenido para andar con el puñal en la mano, y el rostro teñido de sangre. ¡Hola, una silla!

Un soldado trajo un banco, y Manuela, sin decir palabra, se sentó en él: Cayetano prosiguió.

—Pues, señora generala, yo tenía una muchachita de quince años, se llamaba Lucesita, sus ojos eran negros como un azabache, su cabello delgado, sus labios encarnados, su rostro morenito, con unos colores como la rosa de Castilla. La muchacha era muy guapa, pues continuamente la

tenía vd. vestida con un castor lleno de canutillo y lentejuelas, un rebozo de seda y unos zapatos blancos. Era preciosa, señora generala, y si vd. la hubiera visto andar en la calle con un salero natural, y dejando ver un pie muy chico y una pierna redonda y lustrosa, la habría llevado á su casa para ponerla bajo un nicho, porque la muchacha parecía de cera.—Yo la quería como á las niñas de mis ojos, y por consiguiente, pensaba que casándome con ella tendría unos hijitos tan bien plantados y guapos como la madre, y que no pensaría más que en trabajar, en ser hombre de bien, y en adornar y requebrar á mi Lucesita. En efecto, junté algún dinero, y dispuse mi casamiento; pero la antevíspera, como iba yo tan precipitado á ver al señor cura, acerté á tropezar casualmente con un señor de uniforme y bastón, y lo derribé en el suelo. Conociendo que esto me podría traer perjuicio, corrí; pero al fin de la calle los alguaciles me detuvieron, y dándome bofetadas, palos y empellones, me llevaron á la cárcel, á pesar de que yo les manifesté que no había yo tropezado sino por una casualidad.—A los ocho días, fuí condenado á recibir veinticinco azotes, y justamente el día en que debía yo haberme casado, fuí sacado de la cárcel á la picota, seguido de una multitud de muchachos y de gente que me burlaba y escupía. Si hubiera tenido

un puñal, créalo vd., señora generala, me lo habría metido en el corazón.—Representé al juez que era una contingencia la que había sucedido; pero él, volviéndome la espalda, dijo:

—Esta canalla insolente, está muy alzada, y es necesario enseñarla á respetar á la gente decente. Si habla este pícaro una palabra, que le den cincuenta azotes en lugar de veinticinco.

No hablé ya más palabra, y colgado de las manos y casi desnudo, recibí veinticinco azotes terribles delante de la casa de Lucesita. Desmayado me condujeron al hospital, y á los cuatro días que salí volé, infamado, ultrajado injustamente, como estaba, á casa de Lucesita, porque no pensaba más que en ella. La encontré pálida, con los ojos saltándosele, la boca llena de espuma, y desgarrado todo el vestido.—Lucesita estaba loca.

Entonces, yo también desgarré mi vestido, golpeé mi cabeza contra las paredes, arrojé maldiciones contra los hombres y.... yo no estaba loco, tenía todo el infierno dentro de mi corazón, y quería venganza.—Fué menester renunciar á la esperanza de vivir feliz con esa muchacha tan linda, y que me amaba tanto: fué menester renunciar á tener hijos, y á ser hombre de bien.—Yo no tenía de esto la culpa.—Me metí á torero, porque la sangre tenía para

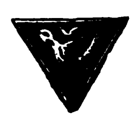
mí cierto atractivo, y me despertaba la esperanza de derramar así, la de los infames que me habían quitado la felicidad.—Cayetano virtió una lágrima, que se mezcló con las gotas de sangre que tenía en el rostro, y dijo con una voz infernal: Señora generala, he acabado. Saque vd. pronto á esos hombres, porque puedo arrepentirme dentro de un minuto.

Manuela entró á la prisión, y salió acompañada de dos hombres. Teresa estaba en el umbral de la puerta, yerta, y sin dar señales de vida. Uno de los hombres la tomó en sus brazos sin hablar palabra, y todos tres se encaminaron fuera de la ciudad. Detrás de una casa arruinada estaba un criado con tres caballos, que Manuela había mandado preparar antes de salir de su casa: los dos hombres montaron, y uno de ellos colocó á Teresa en la silla, y él montó en la grupa. Antes de ponerse en camino, dijo el que llevaba á Teresa: Señora, las bendiciones de un padre, hagan á vd. feliz en medio de estas escenas de sangre. La obra que vd. acaba de hacer, si no dá á vd. fruto en la tierra, le reservará un alto lugar en el cielo.—Manuela les hizo seña de que partieran, y ellos, dando espuela á los caballos, desaparecieron en breve.

Manuela llegó á su casa, y un momento después Alberto, pálido y desalentado. Na-

da he conseguido, hija mía. Los prisioneros estarán ya muertos.—Y la niña, ¿dónde está?

—Los prisioneros, respondió Manuela, van ya en el camino; pero la niña murió de dolor, y sólo llevan su cadáver.



Aventura de un Veterano.



I.

Era una noche del mes de Diciembre de 18.... el viento azotaba las ramas secas de los árboles del monte, y el brillo de las estrellas y la trasparencia de la atmósfera, anunciaban que estaba próxima á caer una de esas heladas frecuentes en México, en la estación del invierno.

Un ginete montado en un caballo negro como el azabache, con su ancho sombrero jarano calado hasta las cejas, y envuelto en una manga, se paró en la puerta de una fonda de un pueblito del Departamento de Morelia, cuyo nombre poco importa saber, y con voz entre regañona y melíflua, gritó:

—¡Hola, patrona! ¿Habrá algo que darle de cenar á un viajero hambriento y fatigado?

A esta interpelación salió á la puerta una muchachona, rolliza y fresca, vestida con unas enaguas de castor encarnado, y dejando asomar por entre el rebozo un pecho blanco y turgente, ligeramente cubierto con una camisa finísima llena de bordados de seda negra y chaquira.

—Decía, prenda mía, continuó el ginete, que esas lindas manecitas podrían preparar algo con que alimentar su estómago un hombre que ha corrido hoy veinte leguas, y hace doce horas netas que no prueba un bocado.

—Toda la comida se ha acabado, caballero, respondió la moza con voz expresiva; sin embargo, ha quedado por ahí un cuarto de pollo, y se buscarán unos huevos y unas tortillas....

—Con setenta de á caballo, que es una famosa cena....

—Apeese vd. y pase á sentarse entretanto....

—Y apropósito, no olvide vd. hacer una salsa picante como ese talle, patrona.

—¿Desea vd. cenar muy pronto?

—Tan breve como se pueda, contestó el viajero desembozándose la manga y apeándose del caballo que estaba sudoroso y jadeante.

—Pues voy al instante....

—Escuche, patrona. ¿Y no habrá un poco de grano y de rastrojo para obsequiar á Satanás?

A este nombre la fonderita hizo una mueca, que quería significar su sorpresa, y como nuestro desconocido lo advirtió, procuró tranquilizarla.

—No se asuste la perla, le dijo, Satanás no es el diablo, sino mi caballo. Como es prieto como el carbón, y además salta barrancos con ligereza, y corre tan veloz como un águila vuela, y es tan demonio, y tan..... por eso le he puesto ese nombre; pero ¿tendremos un par de cuartillos de maíz siquiera?

—Está muy caro, contestó la muchacha.

—¡Buenos estamos! ¿Pregunto acaso el precio? La bolsa está bien provista, y á la disposición de vd., patrona.

Al decir esto, sonó con el dedo los pesos que contenía el bolsillo de su chaleco, é hizo en seguida un cariño en la mejilla de la mozuela.

—¡Atrevido! exclamó ésta dando una rápida y armoniosa vuelta, que dejó ver al viajero un pequeñito pie, calzado con un zapato de raso blanco.

—¡Cáscaras! murmuró el viajero mirando alejarse á la muchacha: es una perla esta fondera. ¿Pero qué?..... Soy un viejo avechucho, cubierto de cicatrices, que infundo espanto y no amor á las mujeres. Véamos qué tal ha sudado Satanás.....

—El maíz está aquí, dijo la fondera volviendo seguida de un muchacho que con-

ducia un costal con el grano; pero no hay pesebre ni caballeriza.

—Dime, pedazo de alcornoque, le dijo el viajero al muchacho, ¿dónde daremos agua á mi caballo?

—Aquí cerca....

—Pues deja el maiz y ven conmigo.... Patrona: aquí queda mi silla y mis armas, continuó el viajero introduciendo en el cuarto los atavíos que había quitado al caballo; vuelvo pronto, y que no se olvide la salsa picante y las quesadillas....

La fondera se puso al brasero, y el ginete tirando su caballo se encaminó á darle agua, seguido del muchacho.

A poco rato volvieron: el viajero puso en la boca del caballo un morral con maíz, y tranquilizado ya con las dentelladas que Satanás daba á la cena, se quitó las espuelas, desciñó de su cintura un ancho machete, y se introdujo en la fonda.

Era la fonda una pieza baja, en forma de cuadrilongo: á los costados estaban unas mesas toscas de madera con sus bancas de lo mismo; en el fondo se veía en la pared lo que se llama un "tinagero," es decir, multitud de pequeñas ollas, vasos y jarros, colgados en unos clavitos, y en formas simétricas y variadas; y en el otro extremo frente á la puerta, estaba un limpio y reluciente brasero de piedra, enjarrado con una argamasa roja.

Luego que el viajero entró y recorrió con una ojeada el conjunto que se acaba de describir, dijo sonriendo:

—Adivino, patroncita, que nació vd. en San Miguel el Grande.

—¿Por qué lo dice vd.?

—Este tinagero tan curioso; estos manteles tan limpios, y luego ese zagalejo encarnado, y esa camisa bordada, y.... pero nada de muecas, patrona; soy un hombre que tengo un buen corazón y las efes, es decir: feo, fuerte y formal.

Con efecto, el personaje era como de cuarenta y cinco años; alto, de robustos miembros, tez morena, ojos negros y chispeantes, y un largo bigote retorcido que le llegaba hasta las orejas, mientras una cicatriz surcaba su cara desde el ojo izquierdo hasta la barba.

La fonderita, que vió á nuestro extraño personaje, á la cercana luz de una bujía colocada en la mesa, no pudo menos de hacer un gesto y sonreír con desdén, por lo cual el huésped se apresuró á referirle el vulgarísimo refrán de las tres efes, acompañando á este elocuente sermón, el retintín de los pesos y onzas que tenía en los bolsillos, lo cual, según él pensaba para sus adentros, debería influir mucho en que la cena estuviese buena, y aun se le proporcionase un lecho en que pasar la noche.

—Vamos, señor capitán, porque vd. debe ser por lo menos capitán, dijo la muchacha presentándole un plato; aquí tiene vd. un pollo muy bien frito, que me había reservado yo para cenar.

—Gracias, vida mía, por tanta generosidad, y á fe de Pedro Celestino, que no dejaré de recompensarte: toma á buena cuenta. . . .

Diciendo esto, arrojó un par de duros relumbrantes.

—Con que ¿vd. se llama D. Pedro Celestino? contestó la muchacha tomando los dos pesos y echándoselos en el seno.

—Para servirte, hija mía.

—¿Y no es vd. capitán? porque en estos tiempos que corren, no hay un sólo hombre que no sea militar, bien sea independiente ó realista.

—Mira, tal cual este bigote, esta cicatriz y ese lindo machete, te dirán que soy soldado; pero en estos tiempos que corren, es menester desconfiar hasta de las buenas mozas como tú. Dime, ¿quieres tú al rey?. . . .

—¡Bah! interrumpió la joven con ingenuidad; ¿cómo puedo quererlo si sólo he visto un retrato? y es un viejo narigudo, más feo que. . . .

—Más feo que yo, ¿no es verdad? Pero lo que quería decirte es, que si eras realista ó insurgente.

—No soy por ahora más que fondera, que doy de comer indistintamente á todo el que paga; pero á decir á vd. verdad, como Pascual dizque anda con el Sr. Morelos....

—Y ese Pascual ¿será tu querido?

—Cabalito, señor capitán, y lo espero con ansia para que se case conmigo, pues mi madre, que está muy enferma y vieja, puede morirse de un día á otro, y entonces....

—Entonces te quedarás sola, y vendrás conmigo, paloma. ¿Cómo te llamas?

—María de los Dolores, contestó la muchacha haciendo una mueca y dirigiéndose al brasero donde se estaban friendo en una sartén unos huevos.

—Veo que no te agrada que haga yo el papel de enamorado; pues bien, hablemos de otra cosa. Trae ese platillo, y mándame buscar con tu muchacho un cuartillo de aguardiente refino, para empujar un poco tu maldito pollo duro.

La muchacha envió al criado con una botella por el aguardiente.

—Dígote, querida, que si has cenado este pollo, te habría sido muy mal; en cuanto á mí, carnes más duras está acostumbrado á digerir mi estómago; pero volviendo á lo que decíamos, parece que tú eres una completa insurgente, y puedo, por tanto, satisfacer tu curiosidad, diciéndote que en efecto soy capitán insurgente, y mal que bien, mando una partida de valientes, que no de-

jan de dar que hacer á las tropas del rey.

—Aquí está el aguardiente, señor capitán.

—A tu salud, salero, dijo el veterano echando el aguardiente en un vaso y sorbiéndose la mitad.

—Mil gracias, señor capitán.

—Puff, puff, no es malo el aguardiente; pero mejor lo bebíamos en el sitio de Puruarán, dijo el veterano limpiando con los labios su bigote.

—Uf, uf, dijo la muchacha haciendo un gesto.

—Soldado viejo, hija mía, y como tal no hago mayores gestos con el aguardiente; pero apropósito y como parece que esta tortilla con sal es lo único que podré meter debajo de las narices, quería preguntarte si no podías proporcionarme una cosa como cama en qué dormir.

—Vd. es soldado viejo, y como tal, estará acostumbrado á dormir en el suelo, dijo la fonderita con sonrisa sardónica.

—Veo que no comprendes lo que quiere decir un soldado viejo. Cuando tenemos el campo por cama y el cielo por pabellón, nos acostamos riendo, y nos dormimos tranquilos; pero cuando encontramos una linda patrona como tú, y ésta nos proporciona un colchón, una almohada y un par de sábanas limpias, también nos acostamos riendo y nos dormimos tranquilos. Con que ¿qué

me dices, me darás alojamiento por esta noche?

—Es imposible; le prestaré á vd., señor capitán, sábanas y colchón; pero será menester que busque vd. otra casa.....

—Esquiva estás, con mil diablos, interrumpió el veterano dando una palmada en la mesa, y luego después de un rato de pausa, continuó:

—¿Hay caballeriza en esta casa?

—Ya dije á vd. que no.

—Entonces decididamente no te molesto, pues donde duermo yo, allí ha de dormir mi caballo, y si no quieres darme un rincón en tu casa, mucho menos querrás partir tu lecho con mi pobre Satanás. Me voy.... toma este otro par de duros, y Dios te ponga más buena moza y te traiga á tu Pascual. ¡Ay qué lástima es ser viejo y feo! murmuró el capitán entre dientes y tomando los arneses de su caballo para ensillarlo....

—¡Qué generoso es este soldado! murmuró también la fondera, y luego en voz alta dijo:

—Señor capitán, me dá lástima el que vd. vaya á pasar la noche en la calle.

—¡Cómo ha de ser! soy soldado viejo, contestó el militar apretando las cinchas á su corcel.

—En las orillas del pueblo hay una casa vacía; pero espantan.

—¡Espantan! interrumpió el veterano.

—Sí señor: noche con noche se oye un ruido de cadenas terrible, y después dizque se aparece un muerto con hábito de fraile franciscano....

—Me gustaría ver eso, dijo el militar entrando y sentándose otra vez en la mesa.

—Y después el muerto muerde, y....

—¿No es más que eso?

—Y luego del susto se mueren las gentes que tienen el arrojo de hablar á esas almas de la otra vida.

—¿No es más que eso?

—¡Caramba! ¿Y le parece á vd. poco?

—Ya se ve que sí.

—¿Y está vd. decidido á ir á esa casa?

—Seguramente que iré. ¡Cáscaras! La cosa no es de desperdiciar, pues dicen que cuando los muertos hablan, es porque tienen dinero enterrado.... Con que haz que me indiquen la casa, y si algo logro, te prometo darte la mitad para que seas feliz con tu Pascual.

—Señor capitán, se va vd. á exponer.

—Deja esos temores, chica. Bastante he tenido que hacer con los vivos, para que ahora tenga yo miedo á los muertos. Otra vez á tu salud y á la del muerto vestido de franciscano.

El capitán se sorbió el otro medio vaso de aguardiente.

—Dios lleve á vd. con bien.

—El te guarde tan linda y tan salerosa.

contestó el capitán; pero dame esa botella por si esas almas en pena desearen remojar sus gaznates.

La muchacha se santiguó.

El capitán, que entretanto había acabado de ensillar su caballo, montó en él y siguió al muchacho que debía guiarlo á la casa donde espantaban.

II.

Dando el toque de ánimas llegó el veterano á una casa situada á extramuros del pueblo, casa cuyas ruinas fantásticas parecian al trémulc fulgor de las estrellas, ya un castillejo, ya un templo, ya un mesón. Era un molino de trigo espacioso y abandonado hace algún tiempo por sus dueños, que como españoles, andaban prófugos quizá, ó agregados á las filas de los realistas.

El guía se alejó corriendo cuando estuvo á la vista del edificio, y el veterano se adelantó impávido, hasta una gran puerta que cediendo á un leve impulso de la mano, dió paso al ginete á un patio espacioso, circundado de una portalería en partes arruinada y en partes próxima á desplomarse, pues las columnas se veían torcidas, y sus capiteles y cornisas desportilladas: multitud de bodegas abiertas y obscuras circundaban este recinto, y en un ángulo de él había un

estrecho callejón que conducía á otros pasadizos y galerías. Cuando el veterano se encontró completamente solo en medio de estas ruinas, y que las pisadas de su caballo hacían eco en aquellas bóvedas obscuras, en aquellas negruzcas paredes, no pudo menos de sentir que un calofrío recorría rápidamente todo su cuerpo; pero desechando este miedo pueril, recobró su buen humor y sangre fría, y gritó con todas sus fuerzas:

—Ea, ea, ¿no hay un diablo en este molino que pueda indicar á un soldado dónde puede pasar la noche con comodidad?

Nadie contestó, y sólo el eco de la voz ronca del capitán se fué apagando gradualmente.

—Veo, continuó Pedro Celestino, que es menester que yo mismo busque mi alojamiento.

Diciendo esto se apeó del caballo, lo ató á una columna; sacó sus trastos de lumbre y encendió una de las velas que la patrona había cuidado de proporcionarle. Armado así con su luz en la mano izquierda, y una pistola preparada en la derecha, comenzó á visitar los cuartos y bodegas. Todos estaban cubiertos de polvo y de telarañas, y los murciélagos asustados con la luz formaban círculos eternos y fantásticos al derredor del veterano.

—Malditos vejestorios, exclamaba el sol-

dado espantando á los murciélagos; buena la haremos si les dá gana de apagarme la luz!

Visitó, por fin, multitud de cuartos y bodegas, y todas arruinadas y sucias, no le ofrecieron comodidad para instalarse; entonces, colocando la bujía en un rincón abrigado del aire, se dirigió por el pasadizo, resuelto á explorar todo el edificio. Internóse en efecto en una galería húmeda, y de allí salió á otro patio tan espacioso como el primero y lleno de montones de tierra y estiércol, donde pudo notar algunas calaveras y canillas de muerto.

—He aquí, dijo suspirando, las calaveras de muchos imbéciles que se han dejado acobardar por los muertos, y no han tenido valor para soplarles una bala en la mitad del casco; pero lo que importa es hallar un sitio apropósito en que descansar; de frente.... avancen....

Siempre con la barba sobre el hombro, como suele decirse, se introdujo el capitán á varias piezas, las registró con minuciosidad, y se retiraba ya desconsolado, pensando que le sería necesario dormir á los piés de su caballo, cuando oyó una voz lánguida y prolongada, que decía:

—A la izquierda, en la tercera puerta.

—¡Hola! veremos lo que hay á la izquierda en la tercera puerta, dijo el veterano dirigiéndose con calma hacia ella. En-

tró en efecto, y vió una pieza aseada, con un cómodo lecho en un rincón; un par de sillas y una tosca mesa de cedro con un sillón, en el que estaba sentado gravemente un esqueleto.

—Gracias, chico, por el aviso, dijo el capitán entrando: hace media hora que estoy visitando estos malditos cuartos, que parecen más bien bartolinas de la inquisición, y había perdido la esperanza de encontrar una cama.

El esqueleto inclinó la cabeza hacia adelante.

Turbado quedó por un momento el veterano; mas acercándose impávido y sacudiendo por un brazo al esqueleto, observó que una rata enorme saltó del cráneo hueco.

—¡Ah! ¡ya veo que soy un chiquillo de la escuela! ¡Bah, así serán todos los prodigios de este molino encantado!

Examinó la cama: las sábanas estaban limpias y eran de lienzo fino, y además había dos colchas nuevas de San Miguel, y una sobrecama china de damasco.

—Por vida mía, que este lecho es digno de un rey, y pasaré en él una excelente noche. Desciñóse el machete y colocólo en un rincón, y poniendo la vela en la mesa frente del esqueleto y las pistolas debajo de la almohada, se echó en la cama; mas casi al momento le ocurrió una idea.

—Miserable de mí, que he dejado á mi

caballo solo; voy por él, dormirá frente á mi cama.

Fué, pues, al primer patio y encontró á su corcel que impaciente trataba de comer un manojo de maíz seco que había á poca distancia.

—Vamos, mi querido Satanás, parece que estos fantasmas no te han olvidado: esto diciendo, desató su caballo, tomó el tercio de rastrojo, y se dirigió á la recámara referida, donde alojó también al corcel.

Instalado así, se echó en el lecho y comenzó á reflexionar sobre la extraña situación de este edificio, deseando que cuanto antes se ofreciera la ocasión de descubrir estos misterios y apariciones, que tenían llenos de pavor á los habitantes del pueblo. Pensando en estas y otras cosas análogas, cerró los ojos y comenzó á dormitar.

Entre sueños creyó escuchar un ruido prolongado de cadenas, alternado con dolientes y lastimeros quejidos: abrió y estregóse los ojos, y frente á su lecho miró abierta una puerta que no había observado al entrar, y que comunicaba con una serie de piezas y galerías.

El ruido de cadenas y los quejidos aumentaban.

El veterano se puso en pie; tomó una de sus pistolas que ocultó por detrás, y santiguándose con gran devoción, se preparó, retorciéndose el bigote y con una sonrisa

que indicaba la serenidad de su alma, á recibir á las misteriosas y nocturnas apariciones.

No se hicieron éstas esperar mucho, pues el veterano observó allá en lo más profundo de las habitaciones, un fantasma con una linterna sorda en la mano, que capitaneaba, por decirlo así, multitud de bultos deformes.

El capitán se santiguó de nuevo.

Los fantasmas se acercaban lentamente.

—¡Hola, camaradas! gritó el capitán con voz firme cuando estuvieron á corta distancia: si os atrevéis á dar un paso más, os enviaré una bala que os haga ir segunda vez al otro mundo.

Los fantasmas se acercaron; entonces el capitán disparó la pistola; pero la ceba se había caído y no dió fuego. Entonces, y antes de que tuviese tiempo de tomar la otra pistola ó la espada, se le echaron encima tres fantasmas y le sujetaron los brazos, mientras otros se apoderaron de las armas.

—Veo, camaradas, dijo el capitán con calma, que tenéis fuerzas sobrenaturales, y me confieso rendido; pero también veis que no tiemblo como un muchacho á la vista de calaveras y esqueletos. Nada me importa el motivo porque estáis aquí, ni pretendo indagar si sois muertos ó vivos. Un desafío con una muchacha buena moza,

y el deseo de tener una aventura ó pasar la noche con comodidad, me han traído aquí; por lo demás, creo que no ultrajaréis cobardemente á un viejo guerrillero que no trata de haceros mal.

Los fantasmas soltaron al capitán, y el que tenía la linterna sorda que era un fraile franciscano con una calavera en vez de rostro, contestó con voz sepulcral:

—Hermano: nosotros estamos ya juzgados de Dios, y no queremos hacerte mal, sino darte sólo una lección de que debes respetar estos misterios del Altísimo.

—Hermano, repuso el capitán imitando la voz sepulcral del muerto: lo que yo sé hace mucho tiempo es, que cuando los difuntos andan en pena, es porque en la vida han cometido ciertas travesurillas que les impide entrar al cielo. Con que si tú y tus compañeros tienen por estos rumbos algunos barriles de onzas ó de pesos enterrados, pueden conducirme á donde estén, seguros de que yo pagaré todas las mandas que deban, y mandaré decir misas por el descanso de su alma.

—Somos muertos que tenemos otra misión en la vida, dijo el fraile franciscano.

—Os he dicho, interrumpió el veterano, que poco me importa que séais muertos ó vivos, y ni quiero indagarlo tampoco; lo que deseo es que con una legión de diablos os marchéis de aquí y me dejéis des-

cansar, pues la noche debe estar muy entrada.

—Nos hemos propuesto acompañarte hasta que suene la última campanada de las doce, contestó el franciscano.

—¿Qué diablos de horas misteriosas tienen vdes. los muertos, para aparecerse y desaparecerse; pero sea lo que fuere, es menester que entretanto suenan las doce, estemos alegres, porque el guerrillero Pedro Celestino, no conoce el mal humor. Ea, muchachos, bebed un trago.

El capitán echó aguardiente en el vaso, y lo ofreció á los fantasmas.

Los fantasmas bebieron silenciosamente, y devolvieron el vaso al capitán.

—No os parece muy mal el aguardiente á lo que creo, mis carísimos huéspedes, y si hubiera media docena de botellas ¡voto á brios! pasaríamos la noche alegremente.

Apenas acababa de decir esto el veterano, cuando bajaron del techo, por medio de unos alambres, las botellas que deseaba.

—¡Bravo! ¡Bravo! exclamó el capitán frotándose las manos; son vds. unos guapos muchachos. ¿Y son tan aficionados á la baraja como al licor?

—Juguemos, bebamos, gritaron los fantasmas dando saltos y formando círculos y evoluciones al derredor del capitán.

—¡Ea! gritó éste con voz de trueno: orden, y ponga cada uno su dinero. Esto di-

ciendo, metió mano á su bolsillo, sacó una baraja y un puño de monedas de oro y plata.

—Sota y cuatro: ¿á cuál van?

—A la sota, guerrillero, á la sota.

—Se corre.

—Véamos.

—Cuatro viejo, á la segunda.

El capitán recogió multitud de monedas y siguió barajando.

—Caballo y dos.

—Al caballo.

—El dos, mozo.

—Tenéis fortuna, capitán, exclamó el espectro franciscano, dando una palmada en la mesa.

—Una poca, y no sé si haré bien de guardar un dinero que huele un poco á humedad y á azufre; pero al fin no es falso.

—Cese el juego, dijo el muerto, y brindemos por este esqueleto, que es nada menos que el de un amigo vuestro.

—¿Quién es ese amigo?

—Rascón Fernández.

—Con setenta legiones de diablos, gritó el capitán cerrando los puños y erizando el bigote, que se me revuelven las entrañas sólo al escuchar ese nombre.

—¡Cómo! ¿os ha hecho mucho daño ese Rascón Fernández?

—¡Friolera! incendió mi casa; asesinó á mi mujer, á mi virtuosa Teresa, y hubiera

llevádose al único tesoro que tengo en el mundo, á mi hija Rosa, á no ser porque llegué á tiempo con mi guerrilla, hice huir cobardemente á los bandidos que lo seguían, y á él lo dejé muerto con mi propio machete.

—No obstante, capitán, brindad por Rascón Fernández, dijo el espectro con voz ronca.

—¡Mala bomba! gritó el capitán estrellando el vaso que tenía en la mano, contra el esqueleto que estaba sentado en la mesa.

En esto sonaron en el reloj de la iglesia del pueblo, las doce de la noche; el ruido de cadenas se hizo oír con fuerza, y los fantasmas, silenciosos y graves, se alejaron lentamente por donde habían venido, dejando al capitán confuso y como si acabara de despertar de una horrorosa pesadilla.

Pasado un momento se recostó en la cama; pero siéndole imposible conciliar el sueño se levantó, encendió un puro, y envolviéndose en su manga se salió al patio á dar unos paseos y á respirar el aire libre.

Cosa de las cinco de la mañana, y cuando los primeros rayos del alba empezaban á pintar el horizonte, entró á la recámara y vió una mujer vestida de blanco, cubierto el rostro con un velo, que ponía una hoja seca de maíz debajo de su almohada.

Quiso hablarle; mas la mujer se alejó rápida como una exhalación.

El capitán creyó reconocer en la visión las formas esbeltas de su hija Rosa. Miró la hoja de maíz que estaba debajo de su cama, y acercándose á la bujía, que aun estaba encendida, leyó estas palabras escritas con carbón: "Salvadme, por Dios."

Mil pensamientos siniestros cruzaron entonces por la mente del capitán; pero procurando desecharlos ensilló su caballo y salió del molino encantado.

III.

—Gracias á Dios que veo á vd. vivo, dijo la fonderita luego que vió llegar al capitán.

—Ya ves, hija mía, que vuelvo otra vez en cuerpo y alma á tu casa, y algo más habilitado de dinero que anoche. Te ofrecí darte la mitad de lo que adquiriera, y hé aquí lo que he ganado á los muertos: dos, cuatro, ocho, diez, doce onzas cabales.

—¡Virgen de Atocha! exclamó la muchacha, ¿y cómo he de tomar ese dinero, señor capitán?

—¡Fresca estás, muchacha! Es dinero bueno y sonante, que te servirá para casarte con ese mozo cuando regrese.

—Pero, cuénteme vd., señor capitán, lo que le ha pasado anoche.

El capitán le contó en extracto lo que le había ocurrido, mientras María de los Dolores le sirvió el desayuno.

—Estáis un poco triste, capitán, le dijo la muchacha.

—Con efecto, Dolores, estoy impaciente por ver á mi hija, y.... me voy; pronto nos volveremos á ver, pues quizá habré menester de tu auxilio: guarda ese dinero, y acuérdate del capitán guerrillero Pedro Celestino Castaños.

La muchacha tendió una mano al capitán, mientras con la otra enjugaba una lágrima que rodaba por su mejilla.

El capitán montó á caballo, y desapareció como un relámpago.

IV.

El deseo de arrostrar una aventura, porque el veterano se preciaba de valeroso y caballero como el buen Hidalgo de la Mancha, lo hizo pasar la noche en el molino encantado; pero ansioso por una parte de llegar á su casa, é inquieto por demás con la aparición de la blanca fantasma que tanto se semejaba á Rosa, devoraba el espacio, y habría querido que su corcel hubiese tenido la rapidez de una águila.

Caminó todo el día y al caer la tarde se internó por una calzada de árboles secos,

á la sazón, separada del tránsito que conducía al pequeño y escondido rancho donde vivía su hija. Soltó la rienda á Satanás, el cual, fatigado con la carrera, andaba lentamente. Cada paso que daba era un martirio para el capitán, pues el corazón se le estrechaba y la cabeza le dolía. Por fin, divisó la casa que estaba en un terreno un poco hundido y casi cubierta entre los árboles y matorrales; mas notó que no descollaba blanca y graciosa, como un cordero que trisca en las lomas, sino que era una masa negruzca y confusa que se confundía con el seco ramaje de los árboles.

Se acercó más: su hija, á quien había mandado con anticipación avisar el día de su llegada, no estaba como otras veces con los brazos abiertos, para estrechar en ellos á su padre, y esto le inquietó más. Prendió las espuelas al caballo, y de un brinco llegó á la casa.

Eran ya unas ruinas; la casa estaba quemada, y todo yermo y solitario.

De una choza miserable salía una columna delgada de humo, que se perdía entre la neblina del cielo. El capitán, temblando, se acercó á la choza.

La buena vieja María Teresa, nodriza de su hija, salió encorbada y temblorosa á la puerta: tan luego como vió al capitán, se le llenaron los ojos de agua, cruzó los brazos, inclinó la cabeza y guardó silencio.

—¿Dónde está mi hija? exclamó el capitán con una voz hueca y comprimido por el llanto.

La vieja alzó la mano y señaló al veterano la casa quemada.

—¡Mil rayos del cielo! ¿Han asesinado á mi hija? ¿Ha perecido entre las llamas?

—No, capitán, no: se la han robado.

—Cuéntamelo todo, anciana: los que como yo tienen el cuerpo y el alma llenos de cicatrices que destilan sangre, no deben llorar por estas pequeñeces.

El capitán, sin embargo, se bebía las lágrimas y sus miembros temblaban.

—Hace un mes, capitán, que escuchamos las pisadas de muchos caballos y el ruido de sables y armas de fuego, y á la media luz del crepúsculo divisamos una partida de hombres armados de lanzas con banderolas encarnadas. Entrada la noche, rodearon la casa....

—Y esos miserables cobardes que tenía yo en el rancho para cuidar de vds. ¿qué hicieron?

—Murieron defendiendo á mi hija, á mi linda Rosita.

—Bien, prosigue, interrumpió el capitán apoyando sus manos en la cabeza de la silla.

—Muy corta es la historia. Los enemigos eran muchos, y los defensores aunque valientes eran pocos. No obstante, desde

la azotea hicieron un fuego vivísimo, y mataron á muchos de esos pícaros bandidos: pero éstos incendiaron las puertas, entraron como unas fieras, mataron á dos ó tres mozos que habían quedado con vida y se robaron á Rosa, dejando la casa entregada al fuego, y á mí con vida para que contara á usted esta desgracia.

—Eres insensible, anciana, gritó el capitán, y me has contado ese suceso con una indiferencia que merecía castigarse. ¿No sabes que Rosa era el único tesoro que tenía en el mundo? ¿No sabes que era mi hija, la hija de mis entrañas y de mi sangre? ¡Ah, Dios eterno! ¿Por qué no me envías un rayo?

—Capitán: escenas como la que ha pasado en este rancho, embargan el sentimiento, y matan el cuerpo y alma. Hace un mes también que la calentura devora lentamente mi débil cuerpo, y si tres días más tarde hubieseis venido, habríais encontrado sólo el cadáver de María Teresa. Adiós, capitán: buscad á vuestra hija, pues os he dicho que vive aún; en cuanto á mí, voy gustosa á salir de esta miserable vida.... pero.... tonta de mí, que no os ofrezco algo de comer. Tomad estas tortillas, y en ese rincón hay maíz para darle un pienso al caballo.

El capitán se apeó del caballo sin hablar palabra; le quitó el freno, le dió agua y un

pienso de maíz, y envolviéndose en su manga se sentó debajo de un mesquite.

A cosa de la media noche ensilló su caballo y se dispuso á marchar al molino encantado, donde no le quedaba ya la menor duda que debería encontrar á su hija, aun cuando le costase la vida libertarla. Antes de marchar dió un vistazo á la choza.

La anciana estaba ya muerta, y la lumbre apagándose.

El capitán encendió un puro, arrojó una mirada profunda al cadáver, montó después en su caballo, y desapareció entre las tinieblas de la noche.

V

Dos noches permaneció el capitán en el molino encantado, y la farsa no se repitió: entonces registró con minuciosidad el edificio, y vió evidentes señales de que los que lo habitaban eran no muertos ni fantasmas, sino una compañía de bandidos, que impunemente cometían robos y asesinatos inauditos. Convencido de que si daba parte á la autoridad podría ser arrestado, se resolvió á vagar por todos los pueblos, haciendas y edificios arruinados hasta encontrar á su hija, y tomar una venganza digna de un crimen semejante.

Tres meses vagó sin fruto alguno, hasta que se resolvió á reunirse con su guerrilla y proseguir sus pesquisas.

VI

Entretanto, el capitán con una guerrilla de doscientos bravos, recorre como un león las selvas, los montes, los edificios y los pueblos, no ya luchando por la libertad de México, sino por su linda hija Rosa, traslademonos al lugar donde pasaban otras escenas, no menos importantes para el conocimiento del lector.

VII

En los tiempos en que se ha colocado esta narración, es decir, cuando el gran Morelos, favorecido por la fortuna, había vuelto á levantar el estandarte de la libertad, era muy frecuente que así mexicanos como españoles, perseguidos simultáneamente por sus enemigos, abandonaran sus casas y parte de sus intereses. Resultaba de esto, que muchas de las ricas posesiones de campo, quedaban yermas y solitarias, y á la merced de las primeras tropas que querían instalarse en ellas. También en esta época había no sólo ejércitos que reunidos combatían por sus opiniones, sino guerrilleros que reunían más ó menos número de hombres, y hacían la guerra por su cuenta, y cometían todo género de robos

y maldades, desacreditando y entorpeciendo el progreso de la causa que defendían.

En este caso se hallaban los capitanes Pedro Celestino Castaños y Rascón Fernández, con la diferencia de que el primero tenía á sus órdenes doscientos rancheros, antiguos servidores suyos, que defendían leal y valerosamente la causa de la independencia, mientras el segundo, aunque mexicano, había abjurado sus opiniones, y la defensa de su patria, y reuniendo una colección de hombres criminales y prostituídos, recorría los pueblos y haciendas de la Tierra-Adentro, cometiendo en nombre del rey, los más inauditos excesos y crueldades.

Varias veces, como era natural, habían venido á las manos las fuerzas de los dos guerrilleros, y siempre Rascón Fernández había tenido que huir vergonzosamente; así es que meditó vengarse de cualquiera manera, como lo verificó la primera vez, saqueando la hacienda del veterano y asesinando á su mujer; y la segunda, incendiando la única posesión que le había quedado, y robándose á Rosa.

Rascón Fernández había concebido una pasión vivísima por Rosa, que hasta cierto punto santificaba su vida pasada, pues teniéndola en su poder, le había guardado todo género de consideraciones, si bien trayéndola cautiva, y oculta de lugar en

lugar, hasta el día en que la casualidad condujo al veterano al molino encantado, donde Rascón Fernández se había instalado, fraguando las supercherías de duendes y fantasmas, como un recurso seguro para ponerse á cubierto de las pesquisas de sus enemigos.

La noche que el capitán durmió en el molino, hubiera podio muy bien haber sido la última de su vida, pues Rascón Fernández ardía en deseos de vengar las heridas que recibió de mano de éste, y que lo tuvieron mucho tiempo en las orillas del sepulcro; pero la consideración de que Rosa podría darse la muerte también, y el grande amor que la tenía, lo hicieron contenerse; así es, que sano y salvo dejó salir al capitán, limitándose sólo á marcharse con sus bandidos al día siguiente del molino, para establecerse en otra hacienda abandonada, y cuya posesión en la cima de una cañada, la hacía muy ventajosa para la defensa.

VIII

En una sala de esta hacienda, amueblada decentemente con grandes sillones de damasco, y decorada con los retratos de los antepasados del dueño, que era último vástago de esos plebeyos conquistadores,

á quienes Carlos V hizo nobles vasallos, había instalado su sitio real el intrépido guerrillero Rascón Fernández, cuya fisonomía expresiva y agradable. no anunciaba que sus inclinaciones y corazón fuesen de todo punto depravados.

—¡Hola, Ruiz! decía á un personaje seco y escuálido, vestido con un uniforme azul, con vivos y guarniciones amarillas; es menester que esta noche distribuyas centinelas en la azotea, y mandes una patrulla á que reconozca las avenidas de la calzada, pues he tenido positivas noticias de que una partida de independientes está acampada por estas cercanías.

—En ese caso, contestó Ruiz, sería mucho mejor reunir toda la gente útil, y marchar á atacarla.

—En otra época, repuso Rascón Fernández, no me habrías dicho eso dos veces; pero ahora.... ahora es otra cosa, temería perder la vida.

—¡Vive Dios, capitán! ¿Dónde se ha ido ese valor y ese arrojo que habéis mostrado en todas nuestras campañas?

—¿Qué quieres? Ahora, repito, no soy dueño de mi vida ni de mi corazón: ahora tengo otro género de ideas, y francamente, si pudiera adoptar una vida tranquila y pacífica...

El capitán suspiró profundamente.

—Bien lo decía, murmuró entre dientes

el viejo Ruiz, que esa mozuela había de trastornarle á usted los cascos.

—Te he prevenido, Ruiz, que no hables una sílaba que pueda ofender á esa niña en lo más leve; y otra vez será menester dividirte la cabeza con mi machete...

—Yo, nada digo, capitán, sino que si efectivamente esos pícaros insurgentes están cerca, es necesario escarmentarlos.

—Bien, toma cincuenta hombres escogidos, y haz lo que te dé la gana.... pero no: será mejor que tengamos vigilancia, pues me temo que será la guerrilla de ese viejo testarudo de Pedro Celestino; por una parte, esa es gente que no se deja jugar las barbas, y por otra, he ofrecido á Rosa no atacar jamás á su padre: con que vete á ejecutar las órdenes que te he dado, y de paso dile á Micaela que entre.

El viejo Ruiz salió gruñendo entre dientes, y á poco entró Micaela, que era una mulata mocetona y robusta, que había sido primero sirvienta, luego concubina del capitán Rascón, y finalmente una especie de nodriza ó cuidadora de Rosa.

—¿Qué se ofrece?—dijo con aire altanero Micaela, encarándose con el capitán.

—No dejas jamás ese tono soberbio, miserable mulata.

—Otras veces me ha llamado el capitán, su perla, su diosa y....

—Ahora ya sabes, Micaela, que no te

puedo decir estas palabras; pero en cambio, te doy oro y diamantes á montones, y....

—Y balas, y lanzadas y peligros á montones es necesario arrostrar, interrumpió Micaela, y al fin de cuentas una prisión como ésta, ó una barranca en la sierra por asilo.....

—No hablemos más de eso, Micaela, dijo el capitán con calma, pues sabes que llegará tiempo en que te veas libre de mí, y dueña de una fortuna considerable.

—Es verdad, es verdad, repuso Micaela sonriendo con esta idea, y estoy dispuesta a escuchar á mi dueño.

—Dime, Micaela, preguntó con voz entrecortada el capitán, ¿qué hace Rosa?

—Rosa llora siempre, y se desespera.

—¿Y no está agradecida porque perdoné á su padre la vida, la noche que pudo haber sido asesinado en el molino?

—Esto, señor capitán, ha disminuido un poco el odio que había concebido por usted; pero no lo ama.

—Bien convencido estoy de ello, y soy un necio en alimentar esperanzas; pero al menos, Micaela, quisiera una sola mirada expresiva de Rosa. Esto me haría el más feliz de los hombres.

Micaela se mordió los labios.

—Bien sé que esto te atormenta, Micaela; pero ya te he dicho que cuando consigas que Rosa sea más compasiva conmigo,

te pondré en el paraje que quieras, y te colmaré de riquezas, con las cuales podrás pasar feliz, y quizá amada el resto de tu vida.

—¡Ah, capitán! ¿Pensáis que una mujer celosa puede contentarse con el oro? Volved esa muchacha á su padre, y amadme como antes: con esto haréis dos buenas acciones, que quizá os libertarán de muchos males.

—Te he dicho que mi resolución es invariable. No temo ni á la cólera del capitán Celestino, ni á tus celos, ni á nadie. Rosa ha de ser mía, á pesar de cuantos obstáculos puedan oponerse.

—¿Y si ella se manifiesta inflexible y obstinada?

—Entonces.... entonces.... no será de otro, ni la verá su padre más: la mataré.

Los ojos de Micaela brillaron con una alegría indefinible.

—Cuidado, Micaela, con manifestar tan abiertamente tus sentimientos. ¿Piensas que si yo atentara contra la vida de Rosa, te dejaría yo en el mundo para que te rieras de mi desgracia y de mi locura? ¡Ah! tú morirías primero, Micaela.

—Ese sería un bien para mí, capitán contestó tristemente la mulata.

—Dí á Rosa, continuó el capitán, que deseo hablarle, que se lo ruego....

La mulata salió, y volvió acompañada de Rosa.

—Buenas noches, Rosa, dijo el capitán con voz dulce y expresiva.

Rosa inclinó ligeramente la cabeza.

—Déjanos solos, Micaela, prosiguió el capitán; y luego volviéndose á Rosa le dijo con la misma voz expresiva:

—Toma asiento Rosa, y dime algo que calme mi inquietud.

—No tengo que deciros, contestó Rosa, sino lo mismo que os he dicho siempre, que no puedo amar al hombre que después de haber asesinado á mi madre y á mis criados, incendió la casa de mi padre, y muerta, agonizante, me sacó de entre las llamas, y me ha traído cautiva por los montes y por las selvas.

—Eres muy cruel, Rosa.

—Restituidme á poder de mi padre: juradme que no os vengaréis de él, y entonces.....

—¿Me amarás? Interrumpió el capitán arrojándose á los pies de Rosa.

—Entonces os perdonaré, contestó ésta secamente.

—¡Ah! Rosa, Rosa, teme mi furor; el infierno me inspira ideas terribles.

—Vamos, capitán, dijo Rosa con sonrisa sardónica, poned en planta vuestra venganza: haréis á mí y á esa pobre mujer á quien habéis abandonado, un beneficio

grande. Me fastidia y me abruma la vida, desde que he perdido la esperanza de volver á ver á mi padre, á mi pobre padre, á quien tal vez habréis también asesinado.

—¡Rosa, Rosa, te juro que aun vive tu padre, y que respetaré su vida!

—Gracias, capitán: esa seguridad que me dais, y que yo trato de creer, disminuye la aversión que os tengo.

—Bien, Rosa, muy bien; te agradezco lo que haces por mí, y mi conducta tal vez hará que me ames, y que seas mía. ¿Deseas descansar, Rosa?

—Lo necesito, capitán.

—¿Me prometes que me amarás?

—No puedo prometer lo que no sé si sucederá.

—¿Serás mía?

—¡Nunca!

Rosa se retiró á la alcoba que le habían destinado en el castillejo, y el capitán quedó sumergido en una profunda cavilación, de la cual lo sacó Ruiz, que venía á avisar que estaban ejecutadas sus órdenes.

Entretanto pasaba el diálogo que acabamos de referir, Micaela perfectamente enterada de que la reunión de insurgentes que estaba en la cercanía era nada menos que

la guerrilla del capitán Pedro Celestino Castaños, se dirigió por una puerta excusada, y con el mayor silencio y precaución se deslizó por una barranca, y llegó en breve á donde estaba acampada la guerrilla de Pedro Celestino. Uno de los centinelas avanzados le tendió el fusil, amagándola con darle la muerte; mas Micaela sin acobardarse, le dijo con voz firme y enérgica, que la llevase ante el capitán.

Cuando se halló frente de Celestino, le tomó una mano, se apartó con él hacia donde crecían entre las rocas unos espesos matorrales, y con voz firme le dijo:

—Capitán, ¿quieres vengarte?

—¿De quién?

—Del asesino de tu mujer, y del raptor de tu hija.

—Daria toda mi sangre.... qué digo, mi felicidad en la otra vida sacrificaría, por verme frente á frente de Rascón.

—Pues yo puedo proporcionarte ese placer.

—¿Y mi hija, mi Rosa? Interrumpió el capitán con agitación.

—¿Tu hija?....

—¡Si estará ya deshonrada!

—No: aun está pura como salió del vientre de su madre.

—Gracias, mujer, gracias, dijo el capitán, tomando las manos de la mulata y llevándolas á sus labios con emoción.

—Ningún favor te hago.

—¡Cómo! ¿Quién eres tú entonces? ¿Quieres traicionarme?

—No, soy una mujer celosa: el capitán ama á tu hija Rosa, y me humilla, me ultraja, á mí que otras veces he dominado esa fiera, y he apagado su furor y su orgullo con una mirada.

—¿Hablas con tu corazón, mujer, ó engañarás las esperanzas de un padre?

—Quiero como tú vengarme, y todo está dicho.

—Muy bien, haré lo que tú quieras.

—Toma estos vestidos de mujer y ven, que yo te colocaré frente á frente de Rascón Fernández. ¿Tendrás miedo?

El capitán por toda respuesta, se puso los vestidos, y ocultó bajo el rebozo sus luengos bigotes.

—Perfectamente: ahora llamad á vuestro teniente y dadle estas escalas. Detrás del edificio de la hacienda hay una claraboya, y esta claraboya dá precisamente á la pieza donde veréis á Rascón Fernández y á Rosa. Que vuestros soldados se deslicen con el silencio de una pantera, por estas rocas y matorrales, fijen la escala, y.... lo demás queda de su cuenta.

—¿Y los centinelas?

—Los centinelas han bebido esta noche más aguardiente del necesario, y puede ser que ya estén dormidos.

Con estas seguridades, el capitán dió sus competentes órdenes á su tropa, y se dirigió en seguida al castillejo acompañado de Micaela. Encontraron con efecto algunos centinelas casi ébrios, que les detenían el paso; mas luego que reconocían á Micaela, la dejaban pasar.

Entraron, pues, al patio, y se internaron en un callejón obscuro que conducía á la escalera.

Al subir el primer escalón, se sintió asido por dos brazos nervudos que le oprimían el pecho, como si fueran tenazas de hierro.

—Traicion, exclamó el capitán, procurando desasirse; pero antes de que pudiera gritar más, ó usar de algún movimiento, sintió que lo liaban fuertemente con cuerdas, y casi al mismo tiempo escuchó un gemido agonizante.

—Jesús, Jesús mío, perdóname.

—Luces, gritó Ruiz.

Un soldado trajo una hacha encendida y el capitán Celestino vió á Micaela revolcándose en el suelo cubierta de sangre, y á un viejo alto y descolorido con un puñal en la mano.

—¡Cobarde! dijo el capitán Celestino, lanzando una mirada terrible á Ruiz.

—Era una mulata traidora á quien me fué preciso quitar de enmedio. Esta noche la seguí y temiendo algo me propuse esperarla. Como salió sola y volvió acompa-

ñada, fué preciso castigarla á ella y amarrar á su buena compañera de bigotes.

—¡Malvado!

—¡Tira en el foso ese cadáver, Matías, continuó Ruiz: en cuanto á vos, señor, nuestro capitán Rascón se encargará....

Subieron, pues, la escalera, y entraron en la recámara de Rascón, el cual aun estaba sumergido en sus meditaciones. El ruido que hicieron al entrar lo sacó de su éxtasis y con voz bronca dijo:

—¿Quién va?

—El capitán Pedro Celestino, á quien la desgracia ó una traición infame ha conducido á tu presencia.

—¡Pedro Celestino! exclamó Rascón sobresaltado, poniéndose en pie súbitamente como si hubiese sido impulsado por un resorte.

—El mismo que te ha batido mil veces en el campo de batalla; el mismo que luchó cuerpo á cuerpo más de una hora y te dejó tendido en el campo cocido á puñaladas; el mismo cuya esposa asesinaste y cuya hija robaste cobardemente. Mi vida eterna daría porque un cuarto de hora soltaran estos cordeles que me oprimen y me pusieran con mi espada frente de ti y de tus infames secuaces.

—Silencio, viejo, gritó Rascón encarándose con el capitán y amagando darle una puñada en el rostro.

—Eres muy despreciable y muy vil, Rascón, y no hago caso de tus amenazas.

Al decir esto arrojó á la cara del capitán una saliba, éste sacó su puñal y alzó el brazo para herirlo; pero se contuvo, y bajando lentamente la mano dijo con calma:

—Capitán Celestino, por última vez en nuestra vida voy á proponerte un convenio que nos ponga á ambos en paz. Aguarda.

Rascón abrió una puerta, se introdujo por ella y á poco salió acompañado de Rosa, pálida, con unos ojos llenos de lágrimas y su cabello blondo flotante por la espalda como la Magdalena de Carlo Dolci.

—¿Me das á tu hija por mujer, Pedro? dijo Rascón.

—Jamás, contestó el veterano.

—Rosa, continuó Rascón, tomando una pistola y apuntando al capitán, ó me prometes ser mía eternamente ó....

—¡Padre mío! exclamó Rosa cayendo de rodillas.

—No, Rosa, no accedas, dijo el capitán con voz firme: ese hombre es el asesino de tu madre....

—Silencio, capitán, gritó Rascón y luego dirigiéndose á Rosa á quien tenía asida de un brazo, le dijo:

—Diez minutos tienes para resolverte: ó juras ser mi esposa y entonces seré el amigo de tu padre; ó si no, verás caer á tus piés su cabeza.

—¡Dios mío, Dios mío, amparadme!.... ¡Rascón seré.... perdonad á mi padre, retirad esa arma con que amagáis su vida.... tened piedad....

—¿La has tenido tú de mí, Rosa?

—Esperad: yo me resolveré, haré un sacrificio....

—Jamás, Rosa, jamás, dijo el veterano enérgicamente; recuerda que es el asesino de tu madre y que si le prometes lo más leve, te arrojaré mi maldición.

—Rosa, ¿qué dices? preguntó Rascón.

—Que jamás seré vuestra, contestó la muchacha enjugando las lágrimas con sus propios cabellos; que quiero obedecer á mi padre.

—Gracias, hija mía: eres digna hija del guerrillero de la independencia mexicana. Disparad, Rascón, y acabemos de una vez.

Rosa repentinamente arrebató el puñal que pendía de la cintura de Rascón, y retirándose algunos pasos dijo sonriendo:

—Disparad ahora, capitán, no os temo, pues me iré á juntar á la tumba con mi padre y con mi pobre madre á quien habéis matado cobardemente.

—Piedad, compasión, Rosa mía, exclamó Rascón desviando la pistola de la frente del veterano.

—Poned en libertad al momento á mi padre, ó me daré la muerte.

—Rosa, haré lo que quieras; pero seré-

nate: esas facciones, esos ojos indican que has perdido la razón.—Rosa, Rosa..... Ruiz desata al capitán, ponlo en libertad.....

—A la otra vida lo despacharé, murmuró el viejo sacando el sable.

En esto un tiro partió de la claraboya é hizo saltar el cráneo del viejo Ruiz, el cual cayó vertiendo torrentes de sangre por la boca. Inmediatamente multitud de soldados se dejaron caer por la claraboya y Rascón se vió amenazado por Rosa que le puso el puñal á la garganta.

La tropa de Rascón ébria y dispersa opuso muy poca resistencia, y pasada una hora el veterano Pedro Celestino salía del castillejo acompañado de su hija y llevando preso á su antagonista Rascón Fernández.

IX.

A los dos meses de estos sucesos y una mañana espléndida y diáfana, en que no empañaba el cielo ni una sola nube y el sol enviaba á la tierra un agradable calor, se divisaba por una cuesta elevada que se halla entre los caminos de Guanajuato y San Luis de la Paz una partida hasta de cincuenta soldados con sus lanzas con banderolas negras y sus sombreros jaranos. A

la cabeza de esta guerrilla venía un viejo robusto, de gran bigote y junto á él cabalgando en un lindo alazán dorado, una joven hermosa y fresca como las azucenas de la selva. Cuando llegó la tropa á lo más elevado de la cuesta se detuvo.

—Traedme al prisionero, teniente Bustos, exclamó el viejo de bigote.

El teniente Bustos se dirigió al centro de la guerrilla, y condujo al prisionero ante el jefe.

—Os he dado tiempo, y os he suplicado mucho, Rascón, que arregléis vuestras cuentas con Dios, y procuréis salvar vuestra alma.

—Os he dicho que Dios me ha abandonado, capitán, y que no puede alcanzarme su perdón.

—Os engañáis, Rascón: Dios perdona los más grandes crímenes, y los hombres no podemos hacerlo. El asesinato de mi mujer os lo habría perdonado; pero la deshonra de mi hija..... jamás. Venid.

El capitán Castaños condujo el caballo en que estaba liado Rascón, á la orilla de la cuesta.

—Ved, le dijo.

Rascón apartó la vista exclamando:—Jesús, ten misericordia de mí!

—Es un precipicio de trescientas varas de profundidad, y allá en el fondo hay un río erizado de peñascos. ¿No es verdad, Rascón?

—Es verdad, conozco este sitio. ¿Y así debo morir?

—No hay remedio.

—¿No podré obtener piedad, capitán Celestino?

—Ninguna, capitán Rascón.

—Entonces....

—Llamaré al capellán, y confesaos.

—Estoy pronto.

Celestino llamó al capellán, el cual escuchó los pecados de Rascón, y habiéndolo absuelto, se prosternó de rodillas ante el veterano, pidiendo la gracia del reo.

—Alzad, padre mío, alzad: este hombre es asesino, incendiario, adúltero, raptor y ladrón, y no debe vivir más entre la raza humana.

El capellán se levantó, y cruzando los brazos se retiró en silencio.

—Ven, Rosa, por entre estos árboles.

—¿Va á morir Rascón? preguntó Rosa, asustada.

—No, hija mía: está enfermo y ha querido confesarse: ahora se le va á dar otro caballo.... Ven.

El capitán y su hija se apartaron del camino.

Entonces el teniente vendó los ojos á Rascón, y lo condujo á la orilla del precipicio.... Después, con el cabo de una lanza le empujó por la espalda, y.... un ruido sordo y prolongado, anunció que Ras-

cón Fernández rodaba haciéndose el cráneo pedazos, hasta el fondo del precipicio.

El capitán y Rosa volvieron adonde estaba la tropa: el teniente dijo á su jefe:

—Todo está concluido, mi capitán.

—¿Dónde está el prisionero? preguntó Rosa sobresaltada.

—No es nada, hija mía, ha querido huir, y se ha caído en ese precipicio.

—¡Dios mío!

—¿Lloras, Rosa?

—Sí, padre mío: al fin me amó mucho, y llevo á su hijo en mis entrañas.

El capitán miró á su hija y derramó una lágrima; mas recobrando su valor, dió las voces de mando, y la cabalgata se puso en marcha y desapareció en breve en un recodo de la montaña.

Noviembre de 1843.

El Castillo del Barón d'Artal.



Grandes fueron los honores, inmarcesibles los laureles que conquistó el barón Guy-d'Artal, en los famosos sitios de Nice y Dorilea, aunque como obscuro caballero combatiese de incógnito en las brillantes filas de Godofredo.

Las albas plumas de su penacho soberbio indicaban siempre el lugar más empañado de los combates, y bravo entre los bravos, atrevido y generoso, era uno de esos tipos nobles y singulares que engalanados con los atavíos más poéticos nos ha trasmitido la romanesca historia de los siglos medios.

Era el 7 de Junio de 1099, cuando con un acento fervoroso saludó la cumbre del Gólgota aquella cruzada que convocó la audacia inaudita de Pedro el ermitaño.

No es nuestro objeto describir los terribles encuentros entre cristianos y musulmanes, en los treinta y tantos días que duró el sitio; el 23 de Julio se desbordó por las calles y plazas de Jerusalén el torrente impetuoso, que rugiendo amenazante desde el seno de la Europa, había venido á derribar las murallas de la ciudad santa.

Guy-d'Artal se distinguió como siempre en aquel día de memoria eterna, cuando inmediato á la torre de David, donde habían perecido cerca de diez mil mahometanos, perdió el caballo, y gravemente herido, se defendía aún heróicamente de los ataques desesperados de algunos sarracenos.

Reducido al último extremo, fatigado de herir su robusto brazo, hubiera sin duda alguna sucumbido, si la presencia de un caballero con la visera calada, sin divisa el escudo, ni plumas el casco, ni signo alguno de distinción, hubiera venido á su auxilio. No es más veloz el tigre del desierto, que el caballero en sus movimientos; púsose al lado de Guy-d'Artal, mezcló su sangre generosa con la de su compañero, y repeliendo á sus adversarios, le abandonó los honores del vencimiento con una caballerosidad llena de generosa delicadeza.

No limitó á esto sus atenciones el incógnito guerrero: curó las heridas del barón, lo colmó de atenciones, lo trasladó en

sus brazos á su campo, y se mostró tan cortesano y galante en sus cuidados, como habia sido ardiente y temerario en la batalla.

Suplicó Guy-d'Artal dijese su nombre, excusose el caballero; pretendió con la finura más exquisita galardonarle, y rehusó el encubierto soldado, y únicamente por signo de amistad cambiaron sus aceros en memoria de un suceso que debería reunirlos con vínculos fraternales.

Después de proclamado Godofredo rey de Jerusalén, regresaron á sus respectivos paises cubiertos de gloria la mayor parte de los que lo acompañaron en la reconquista del Santo Sepulcro; Raúl, que este era el nombre del valeroso libertador del barón d'Artal, permaneció entre los quinientos caballeros que quedaron á las órdenes del famoso Tancredo.

En aquel tiempo Felipe I de este nombre, guardaba una posición embarazosa, y apenas podía libertarse de los frecuentes ataques de la iglesia.

Favorecidos por su indolencia en el mando, entre los vasallos había estallado una horrorosa anarquía, algunos se revelaron contra su rey, otros manifestaron hostilmente sus deseos de independerse, y los otros entre sí decidian á mano armada sus querellas con sus vecinos.

De todos los puntos de la antigua Ga-

lia, el reino de Francia, en aquel tiempo, sin duda alguna era el peor gobernado.

Aun no había reposado el caballero d'Artal de sus fatigas en Palestina, cuando renovó una antigua querella con un vecino suyo, Rodolfo de Beauviers; asaltó su castillo, hizo prisioneros á sus habitantes y condujo con violencia despótica á sus Estados al propio Rodolfo y á sus dos hijas, Leonor y Gabriela de Beauviers.

Inútiles fueron las quejas por la perpetración de tal escándalo: en Francia todo enmudecía.

Las violencias de Guy-d'Artal no hubieran conocido límite, si la profunda impresión que le produjo la belleza extraordinaria de Leonor, no hubieran dado rumbo diverso á sus pensamientos, elevando á la noble prisionera al rango de señora de su corazón.

Los desdenes de Leonor irritaron más y más la pasión y el orgullo del opulento barón: en vano su padre encanecido le hacía palpar las ventajas del enlace, la salvación de sus intereses, el nuevo lustre que adquiría su nombre, y lo risueño que entonces aparecería á sus ojos el porvenir.

Leonor, respetuosa sí, pero firmemente resuelta, mostraba á su padre la violencia de tal matrimonio; pero concertada entre ambos señores la boda, se consultaba la voluntad de Leonor más bien para cubrir las

apariencias, que como requisito indispensable para que tuviese verificativo el contrato nupcial.

Ya los halagos de una futura grandeza con su séquito de ilusiones deslumbradoras, ya las amenazas de la indignación paterna, se empleaban diestramente para seducir á la joven, que con el fanatismo sublime de una pasión desdichada ofrecía á su cristiano ausente, la persecución y los sacrificios que padecía por su amor.

Exasperado por fin el sufrimiento del barón, pone un término perentorio al señor de Beauviers para la celebración de la boda, con aire tan decidido y amenazante, que la menor demora hubiera sido el presagio de un rompimiento implacable, trayendo consigo fatales consecuencias.

El padre de Leonor, que conocía los amores de ésta con un joven que había partido como aventurero á Palestina á ganar prez y conquistar lauros para su señora, reconoció el origen de resistencia tan obstinada, y resolvió á toda costa remover este obstáculo que obstruía la realización de sus proyectos de ventura.

Cuando el caballero d'Artal le hizo relación de sus hazañas en la Tierra Santa, no omitió la pintura del trance que pasó en la torre de David, contándole con aire de misterio la intervención del apuesto caballero á quien debía la existencia, y mostrándole

la espada que conservaba en memoria de su valiente libertador.

El caballero de Beauviers reconoció por su mal aquel acero, se mostró indiferente á las alabanzas apasionadas con que encarecía su arrojo el barón, y desvió la plática de un asunto en que temía que su viva conmoción le traicionase.

Como hemos dicho, deseaba el padre alejar del corazón de ésta toda esperanza, y urdió una trama con el mayor sigilo, para que se persuadiese que Raúl había muerto combatiendo á los sarracenos.

No le fué difícil complicar en su intriga á uno de los muchos peregrinos que errantes por la Europa, ganaban su vida contando sus hazañas, y revistiendo de maravillosas relaciones los sucesos más insignificantes de la Cruzada.

Para darle más aspecto de verdad á su farsa, se apoderó ocultamente de la espada de Raúl, preparó un momento oportuno, y con el carácter más romancesco hizo á Leonor se persuadiese de la muerte de Raúl, que palpase su espada, que uniese sus lágrimas á las del hipócrita mensajero que se decía hermano y compañero del ídolo de su alma.

Después de esta revelación extraordinaria del peregrino, Leonor se entregó á la más profunda melancolía; la muerte misma de su adorado Raúl, santificó en su alma

virginal un sentimiento que purificaba su corazón, que la concentraba en su pasión, que la hacía amar su dolor y su llanto, porque reconocía por origen al que era alma de su memoria y objeto del culto de su corazón.

Las pardas almenas del castillo en que vivía, sus elevadas torres, sus garitas y sus ferradas ventanas, exaltaban su imaginación: su libertad se la daría la muerte.

Como hiere el granizo los pétalos delicados de una flor naciente, herían y marchitaban su espíritu estos pensamientos, y cuando paseaba sobre la extensa muralla del parque del castillo, y veía más allá del manso río que le servía de foso, los valles y los montes, las risueñas praderas y el horizonte inmenso detrás del cual había encontrado su tumba su amante, gemía desolada, como el ave presa en la red en medio de los campos. ¡Pobre Leonor!

En tanto, trascurrían los días; los agasajos del barón eran su martirio; los aprestos suntuosos de su boda, los veía como contempla un reo los instrumentos crueles de un atroz suplicio.

Su padre se había conjurado en su contra; su hermana era su sola confidente; pero su verdadero solaz lo hallaba en el templo del castillo, donde á los piés de la Virgen María derramaba su llanto y sus preces, á la luz de una lámpara solitaria, al vis-

lumbre opaco de la luna, que penetraba pálido por las altas ventanas de la capilla que daba al río.

Una noche, que con más fervor elevaba su plegaria á la Reina de los Angeles, con su rostro cándido inclinado, con sus mejillas empapadas en lágrimas, se levantó de repente sobresaltada, fijó su atención, y sólo escuchó el murmurio apacible del tranquilo río, y el manso ruido de los árboles que mecía el viento en el parque vecino.

Sin duda su imaginación había creído escuchar el suspiro quejoso de un laúd que conocía, de un laúd intérprete en otro tiempo de sus delirios de amor, de sus sueños de oro, de ilusión; del laúd de su trovador.

Era una melodía que se había desprendido y llegado á su corazón, empapada en el aroma de las flores, fresca con la brisa que rizaba las ondas del río, radiante con el vivo fulgor de la luna argentada.

¡Ay! no era ilusión, era la realidad sublime de un contento; era la resurrección en su alma de la juventud, del amor, de la felicidad suprema: la noche siguiente á la misma hora, escuchó distintamente el concento sonoro del laúd, y la voz de su Raúl, que así se querellaba con ternura:

TROVA.

Conquisté en Salem divina
Timbres de eterna memoria,
Alivié mi sed de gloria
Con las aguas del Cedrón.
¿Por qué combates, guerrero?
Me preguntaba la fama;
Yo respondí: por mi dama
Y el sepulcro de mi Dios.
¡Gloria, gloria! enternecido
Miré fulgurar tu lumbre,
Sobre la sagrada cumbre
De la montaña de Sión.
La muerte sobre mi casco
Sus negras alas tendía,
Y yo ardiente combatía,
Que era tu amante, Leonor.
Entre los viles despojos
Del altivo mahometano,
Miré flotar del cristiano
El triunfante pabellón.
Yo decía al ver los lauros
De mis compañeros fieles:
Yo depondré los laureles
A los piés de mi Leonor.
Mas voluble cual la arena
Al simoun de Palestina,
Tú fuiste, Leonor divina,
Y tu ingrato corazón.

Es irrisión mi renombre,
Es un sarcasmo mi gloria,
Tú no guardas ni memoria
De tu tierno trovador.
Yo he proclamado tu nombre
En el campo, en el desierto,
En la orilla del mar Muerto,
Donde expiró el Redentor.
Volví; mis sueños de gloria
Desbarató la falsía;
Palpa al menos la agonía
De tu amante trovador.
A la vista amenazante
Del terrible sarraceno,
Mi corcel tascaba el freno
Relinchando con valor.
¡Corcel, alerta, al combate;
Vuela, levanta la frente,
Quiero mostrarme valiente,
Soy amante de Leonor!
Y entretanto, tú, perjura,
Vendida á tirano dueño,
Sonreías en tu sueño
Con tu pérfida pasión.
Ve, te esperan los altares,
En ellos nuevo dominio;
Tu sí, será el exterminio
De tu amante trovador.

La vibración dolorosa de esta última expresión de angustia, expiró entre los sollozos del trovador, como los clamores de

la embarcación que naufraga entre las olas del mar irritado.

La conmoción que sufría Leonor no es para escrita: podría formar una ligera idea de ella quien la hubiera visto levantándose maquinalmente sobre las gradas del altar, la expresión atónita, el pelo caído sobre su espalda, y sucediéndose en su fisonomía los afectos del asombro, de regocijo y de ternura que combatían su alma.

Con las manos tendidas hacia adelante, los ojos desencajados en actitud de escuchar; los labios entreabiertos como para responder; así escuchó la trova, así la oyó morir entre los congojosos sollozos de Raúl: no pudo contenerse; trémula, arrebatada, fuera de sí, quitó algunas flores del altar, las arrojó después de haberlas cubierto de besos, por una de las ventanas, y cayeron aún tibias por su aliento, sobre la lira del trovador, cuyas cuerdas se estremecieron ligeramente, advirtiendo de su felicidad al enamorado cantor.

Este fué el momento de unas explicaciones y una correspondencia, que cobraba de día en día nuevos atractivos con los peligros y con la proximidad misma de la boda.

Raúl, por su parte, estaba en imposibilidad absoluta de descubrirse, porque perteneciendo á los señores rebeldes del castillo de Monthleri, su familia entera era objeto

de la implacable persecución de "Luís el Grueso," que acababa de compartir con su padre el mando del Estado, y dando rienda á su carácter belicoso, reprimía con severidad extraordinaria las revueltas que levantaban en contra del reino algunos audaces vasallos.

Por fin, aplazóse el día de la boda, previnose con pompa regia, y la animación del castillo anticipaba la solemnidad del festín.

Leonor estaba en una posición verdaderamente crítica; por una parte temía que su resistencia despertase sospechas sobre el paradero de su amante, y entregarlo á manos de sus verdugos; por la otra no quedaba pretexto para una nueva demora; y por último, jamás había sentido con mayor vehemencia su pasión á Raúl.

Este, por su parte, fingiendo una resignación de que distaba mucho, pidió á Leonor una última entrevista, el día de su boda, en que toda sospecha debería estar lejana, y que la religión ponía entre ambos una barrera eterna.

Vió la luz de un hermoso día el castillo del barón d'Artal en medio de esos regocijos cortesanos y militares, galanes y austeros, con que se celebraban las bodas de los caballeros en aquellos tiempos.

En la noche debían celebrarse las nupcias en la capilla, que estaba soberbiamente engalanada.

Llegó el momento de la última entrevista.

En el salón del castillo se escuchaban los gritos de regocijo y las músicas festivas; en la plaza de armas, iluminada suntuosamente, veíanse los soldados y la servidumbre bebiendo en medio del gusto y la algazara.

El barón complaciente, acordó gracias, derramó con profusión el oro, y llevaba á todas partes el gozo y la satisfacción.

Leonor conferenciaba con su hermana sobre la entrevista.

Fuera de la muralla del castillo, del lado del parque, se veía en un dócil corcel de crin guedejuda, cabeza descarnada, cuello ancho y ojos vivos y audaces, á un mancebo que esperaba con impaciencia, y fijaba la atención más allá del muro, impaciente de que no lo dejase escuchar con claridad la corriente del río, que chocando con los pies de su caballo, redoblaba el ruido.

La luna brillaba llena, algunas nubes volaban dispersas entre las estrellas rutilantes: sobre las almenas del castillo se percibía una franja de luz vivísima de su iluminación, que se perdía á poca distancia en el espacio bañado de una apacible claridad.

Por fin, el crujir de los vestidos de seda, se escuchó en el muro.

Fué una conversación de recuerdos, de

reconvenciones, de juramentos sin encadenamiento, sin orden; pero tan apasionada, tan enérgica, tan llena de tenura intensa, de esa elocuencia íntima que el corazón comprende y no pueden revelar los labios. Mil veces sobresaltada Gabriela por algún ruido, la interrumpía, y otras tantas recobraba su calor, su vehemencia, idealidad angélica, su fuego inagotable.

La ausencia de la novia parecía dilatada en el castillo, los convidados reclamaron su presencia, el padre y el esposo fueron á su aposento á llamarla al altar, espiaron por la cerradura, y no hallándola, fueron, sin decir la causa, á los lugares más apartados del castillo: repentinamente suspéndese el regocijo, crece la inquietud, y todos se agolpan al parque en seguimiento del barón.

El ruido, la luz de las hachas, y la vista de la muchedumbre sorprende á Gabriela.

Raúl esperaba ese instante; como si fuese un ave, con la delicadeza que se toma un niño temiéndolo despertar, transladó á su caballo á Leonor, que muda de rubor, apenas pudo extender su mano á su hermana, y atravesando el río, partió con la velocidad del viento en el corcel inteligente y atrevido.

Pero esta operación no pudo ser tan rápida que dejasen de notarla los que venían en su persecución, y el barón, trémulo por

la afrenta que se le infería, pidió su caballo de batalla, requirió su acero, y seguido de algunos caballeros, fué en pos del insolente raptor.

La claridad de la noche, lo extenso y despejado del valle que circundaba el castillo, y la distraída atención del caballero por la preciosa carga que conducía, entorpecieron su marcha, de manera que á poco les dió alcance el barón.

El caballero saltó rápido de su corcel, que quedó inmóvil y manso como un cordero, guardando el delicado depósito, y afrontó la numerosa comitiva.

El barón contuvo á los que lo seguían, avanzó él solo, descendió de su caballo, y comenzó una lucha mortal.

El barón era robustísimo: pocos podrían competir con Raúl en destreza; sólo se oía la respiración entrecortada de los combatientes, y el choque de los aceros que se enlazaban como serpientes, vibraban á la claridad de la luna, y describían en el aire figuras rapidísimas.

El combate se prolongaba, el barón hizo un último esfuerzo, creyéndose aprovechar de un instante de distracción de su adversario: los espectadores lanzaron un grito de espanto; las dos puntas de las espadas brillaron en lo alto, los dos puños estaban unidos, los gavilanes trabados y los combatientes devorándose con sus miradas de fuego.

En aquellos instantes, una nube lóbrega que envolvía á la luna se desprendió, dejándola brillar, y la luz reflejó sobre el puño de los aceros.

El barón se retiró sorprendido; había reconocido su acero dado á su libertador.

Raúl no sabía á qué atribuir la suspensión súbita del combate.

El barón limpió el sudor que bañaba su frente, y después de un instante de vacilación, exclamó:

—Conducidlos al castillo.

La multitud se arrojó á los prófugos, y Raúl fué conducido al lugar del interrumpido festín.

El barón mandó á la música que continuase, ordenó que los preparativos de la boda siguiesen, y se dirigió con todos á la capilla.

Cuando el sacerdote llamó á los novios al altar, el barón, con un aire de majestad y dulzura extraordinaria, tomó á Raúl de la mano y le dijo:

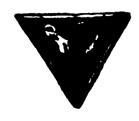
—Tomadla, es vuestra esposa.

Los circunstantes guardaron silencio; Leonor besa como insensata la frente de Raúl.

—Yo tenía con vos una deuda: sois valiente, sois leal, y habéis combatido como guerreador diestro; y que á quien me dió la vida, le usurpara yo la dama, fuera villanía; y el barón d'Artal es noble.

Entonces refirió las acciones de Raúl, prometió su influjo para alejar de él el enojo del rey, y dió por terminadas sus hostilidades con el barón de Beauviers: las lágrimas de gratitud de los esposos contestaron al generoso barón.

Durante la ceremonia permaneció tranquilo; algunos dicen, que al pronunciar los novios el solemne "sí," su vista se obscureció por un momento; pero esa lágrima nadie la vió correr por sus mejillas.





LA LAMPARA.

(El fonddo de esta leyenda es histórico. Vease la obra A. Thierry, titulada "Narraciones de los tiempos Merovingianos."



I.

Una tarde á la hora del crepúsculo salió Galeswinta á pasearse con su nodriza por los alrededores de Toledo. Toledo no era entonces como ahora, una gran ciudad, sino una especie de cortijo donde estaban plantadas las tiendas de campaña de los guerreros súbditos de los reyes godos.

Galeswinta era una niña hermosa; pero no tenía la hermosura delicada de las damas de hoy; hermosura que se marchita como las flores con sólo el soplo del viento, ó el calor del sol.

Galeswinta tenía unos ojos azules, una tez blanca y trasparente y una alta y erguida estatura, que indicaba procedía de esas razas del Norte, que se establecieron en el Mediodía de la Europa.

Galeswinta, como Diana la cazadora, corría con su arco y sus flechas tras de los venados, perseguía á los jabalíes en los bosques, lanzaba piedras á las águilas, y trepaba á las rocas y á los precipicios ligera como una gamuza de los Alpes. El alma de Galeswinta era como su físico, hermosa y dotada de una sinceridad salvaje que estaba retratada en su frente bruñida de alabastro.

En esa tarde la nodriza se quedó sentada debajo de un árbol, admirando el espectáculo que presentaba el sol al ponerse, lanzando sus rayos de oro y carmín al través del espeso follaje de las encinas y de las hayas. La joven siguió maquinalmente la orilla de un arroyo, absorbida en esa especie de melancolía que nos asalta algunas veces, sin que sepamos la causa. Galeswinta siguió la corriente del arroyo, donde arrojaba las florecillas silvestres, y miraba suspirando como arrebatadas por el agua, y conducidas velozmente, corrían quizás al mar. ¡Oh, sí! como esas flores, decía Galeswinta contemplando su blanco rostro, que se retrataba en los cristales de las aguas, seré algún día arrebatada del seno de mis padres y llevada á lejanas tierras, donde no tenga ni estos solitarios bosques, ni estos deliciosos arroyos.

Galeswinta se recostó á la sombra de un álamo, y en breve el sueño descendió á sus ojos.

—Galeswinta, azucena de las selvas, rosa de los prados, diosa de estas soledades! dijo una voz grave, pausada, ¿por qué te alejas tanto de tu hogar? ¿por qué tan confiada duermes en estas soledades?

Galeswinta entreabrió sus grandes ojos azules, separó de su frente las rubias trenzas de su cabello que, como los rayos del sol, ocultaban á medias su faz de nieve, y poniéndose de rodillas, exclamó sobresaltada:

—¿Qué voz misteriosa ha escuchado mi corazón?

—Soy yo, Atar Gull, el solitario de las selvas: no temas nada, hermosa doncella, que antes bien he velado siempre por tu seguridad. ¿Te acuerdas cuando próxima á caer en el fondo de un precipicio, una mano se apoderó de tu túnica de lana y te salvó? ¿Te acuerdas cuando la corriente de un río te iba á arrebatar, que encontraste una cuerda de qué asirte? ¿Te acuerdas cuando una serpiente te iba á ahogar entre sus anillos, que una hacha trozó al mónstruo.

—Sí, padre mío; me acuerdo muy bien.

—Pues esa mano era la de Atar Gull: esa cuerda era la de la túnica de Atar Gull; esa hacha era la que sirve á Atar Gull para cortar su leña y calentar su gruta en el invierno.

—Gracias, padre mío; gracias, mi libertador.

—¿Quieres venir á visitar la gruta de Atar Gull?

—Venía con intención de buscaros; no os conocía, pero sabía que érais tan bueno y tan docto, que....

—Ven, azucena de las selvas; ven, y sígueme.

Atar Gull era un anciano que tendría setenta años, de rostro venerable, de cabeza calva y de una barba de nieve que le llegaba hasta cerca de la cintura. Vestía una gruesa y luenga túnica de lana; calzaba unas sandalias á usanza de los monjes cristianos.

Atar Gull tomó de la mano á Galeswinta y la condujo por las orillas del arroyo hasta una gruta, cuyas paredes estaban tapizadas de campánulas y madreselvas, y en cuyo suelo de delicado musgo brotaba un manantial de agua purísima que daba origen al arroyo. Era la habitación del solitario.

—Padre mío, le dijo la doncella luego que hubieron entrado: venía á consultaros; pero no me atrevo....

—Te evitaré el trabajo de hablar: sé lo que tienes. Tú amas.

—Sí, amo; amo con todo mi corazón; pero no es eso.

—Entonces....

—Una tristeza secreta atormenta mi alma, y un presentimiento vago de desgra-

cia hace latir violentamente mi corazón; así, querría....

—¿Querrías que te dijera yo tu porvenir, infeliz?

—Estoy resuelta á saberlo, ó de lo contrario no saldré de esta gruta, esta gruta tan fresca y tan hermosa, donde mi corazón se ha ensanchado, y donde he respirado más libremente.

Conque así, padre mío, continuó hincándose de rodillas, y presentando al anciano las palmas de las manos; decidme, decidme el porvenir sin temor, que la hija de las selvas tiene tanto valor para seguir un venado entre los precipicios, como para soportar con valor su destino; lo que no quiero es la duda.

—Los arcanos del porvenir de las criaturas, sólo puede saberlos aquel Sér sabio que habita arriba de nosotros. Los hombres que como yo se han dedicado á la ciencia y observado el curso de los astros, apenas podemos....

—Sé, venerable anciano, que sois muy sabio, y que ningún secreto se os oculta, interrumpió Galeswinta: así, decidme....

—Pues tú lo quieres, hija mía, cumpliré tu voluntad.

Atar Gull examinó cuidadosamente las líneas de las manos de la doncella, y después de un momento de meditación, exclamó:

—Galeswinta, tu belleza te proporcionará un alto rango.

—Galeswinta, renuncia á esos amores, porque tú serás dentro de breve la esposa de un rey.

—Galeswinta, reina llena de pompa derramará lágrimas por su familia y por su país, porque irá á otra ciudad lejana..

—Galeswinta, tu vida será feliz; pero cuando una lámpara de alabastro se rompa delante de tí, el día de tu exterminio no estará lejos.

—Este es tu destino, Galeswinta, y deberá cumplirse.

En cuanto la joven acabó de oír estas palabras, se levantó, besó la mano del viejo, salió de la gruta y se encaminó á su casa.

II.

Un año después llegó á Toledo Hilperico, rey de Neustria, y deseando aliarse con los guerreros godos, pidió una mujer para casarse.

El primer día se presentaron á Hilperico cien muchachas hermosas. Hilperico no escogió á ninguna.

El segundo día otras ciento de rostro blanco, de labios rojos, de cabelleras blondas, vestidas de ricas túnicas de lana y adornadas con esmero: Hilperico no escogió á ninguna.

El tercer día le presentaron una joven vestida sencillamente, Hilperico la escogió inmediatamente por esposa. Era Galeswinta, la ninfa del desierto, la azucena de las selvas.

Todos los godos, jefes y vasallos, ancianos y jóvenes sintieron amargamente que aquella flor pomposa, que aquella planta magnífica de Toledo fuera á ostentar su hermosura á otros climas lejanos; pero el destino había querido hacer de Galeswinta una reina, y las predicciones del anciano de la gruta debían cumplirse.

Hilperico dispuso un séquito numeroso de guerreros y doncellas, y partió acompañado de su futura esposa, á la corte de Neustria, donde debería celebrarse el matrimonio.

La madre de Galeswinta acompañó á su hija una jornada, después otra y otra, pues en el momento que trataban de separarse se abrazaban estrechamente, y no había poder humano que pudiese separarlas. La madre tenía tal vez un secreto presentimiento: en cuanto á la hija, además de haber renunciado al amor que tenía por un joven guerrero de su reino, se acordaba de las palabras de Atar Gull.

La madre y la hija se separaron al fin. La una regresó á Toledo, y la otra llegó á la corte de Neustria, donde fué recibida con aplauso universal de todos los vasallos fran-

cos, porque su belleza cautivaba los corazones de cuantos la miraban.

El casamiento de Hilperico se verificó; pero á pocos días tuvo que salir á una campaña contra los francos de Austrasia, y dejó á su esposa en uno de los palacios reales.

Galeswinta, divertida con las suntuosas fiestas que á causa de su casamiento se habían celebrado en la corte de Neustria, y contenta con las caricias y atenciones del rey su esposo y señor, había olvidado las predicciones del anciano, y su tristeza se había disipado un tanto.

Galeswinta vivía sola en un magnífico palacio, custodiada por algunos soldados, pues expresamente pidió al rey que así la dejara, no teniendo todavía ningunas gentes de su confianza para elegirlas por compañeras El día lo ocupaba en bordar algunas piezas de ropa para regalarlas á su esposo cuando regresara, y en la noche se retiraba á una rica estancia de mármoles donde estaba su lecho.

Una vez, á la hora de acostarse, toda su antigua melancolía, todos sus negros presentimientos se agolparon á su frente, como suelen las negras y tempestuosas nubes cubrir de improviso el azul purísimo del cielo.

Galeswinta tuvo que poner la mano sobre su corazón para contener sus latidos;

se acostó en su lecho, y le pareció una tumba; quiso gritar, pero la voz expiró en la garganta; ocultó su rostro entre los cojines rojos de seda, y sus ojos permanecieron secos. Galeswinta, después de retorcerse en el lecho á impulsos de un dolor sordo, desconocido, inaudito, logró conciliar, no el sueño, sino permanecer en esa especie de sopor con el cual sentimos nuestras potencias físicas, torpes y adormecidas; pero el espíritu vigilante, despierto y presa de dolores y martirios intensos.

Una hermosa lámpara de alabastro colgada de la techumbre, alumbraba débilmente la estancia, y sus débiles rayos iban á morir en el lecho de Galeswinta, dejando ver como al través de un velo de gasa, ó como cubiertas con la niebla de la mañana, sus formas torneadas y blanquísimas, su rostro más interesante por el sufrimiento, y su cabellera blonda y delgada, cayendo en desordenados rizos por los hombros y la espalda.

De repente la luz de la lámpara arrojó una vivísima claridad, crujió el vaso de alabastro y la lámpara rota cayó al suelo y se apagó. Galeswinta levantó la cabeza, arrojó un doloroso grito, y ocultó su rostro entre las ropas.

La obscuridad y el silencio eran profundos, sólo se oían los latidos del corazón de la reina.

A poco una mujer de formas colosales, vestida de una túnica obscura, un candil en una mano, y un puñal en la otra, penetró en la estancia, y dirigiéndose al lecho de la reina, gritó con voz ronca:

—Galeswinta, Galeswinta, te tengo entre mis manos, y no te escaparás ahora.

—Qué queréis de mí, señora? dijo Galeswinta levantando un poco su linda cabeza de los almohadones.

—¿Qué quiero? ¿y lo preguntas? Soy Fredegunda, la querida del rey.

—¡Fredegunda! ¡Fredegunda!

—Sí, Fredegunda, á quien le has arrebatado el corazón de Hilperico; Fredegunda á quien querías que se desterrase de la corte; Fredegunda, á quien has tratado con el desprecio de una esclava.

—Fredegunda: he oído tu nombre con horror, porque me han referido tus crímenes, porque sé que tienes el corazón de una hiena, y que por satisfacer tus pasiones y saciar tu venganza, no has perdonado ni á tu padre ni á tus hermanos, ni á tus amigos, ni á tus fieles servidores; y que con el veneno y el puñal has hecho bajar á la tumba muchas víctimas.

—¡Ja! ¡ja! interrumpió Fredegunda lanzando una carcajada infernal: ¿conque ya me conocías? ¿con que sabías quién era? tanto mejor; entonces sabrás que nada tienes que esperar de mí. Reina de un día belle

za altanera, mujer hermosa de la estirpe goda, arrodillaos, si tenéis algo que pedirle al cielo, porque vais á morir.

—¡A morir! exclamó Galeswinta, cubriéndose el rostro con las manos; ¡á morir, cuando tengo dieciseis años! ¡Ah, señora! perdonadme, no me matéis, no me hagáis mal! Yo era una muchacha inocente; el rey me buscó, el rey me sacó del lado de mi madre; el rey me trajo á su corte, y os digo con verdad que habría dado diez años de mi vida por quedarme en mis bosques de Toledo, al lado de mi madre, en compañía del que yo amaba.

Fredegunda sonreía.

—Mirad, señora; esta misma noche me iré del palacio, aunque sea sola y á pie; buscaré el camino de mi país, y cuando el rey venga le diréis que me he muerto, y jamás, jamás....

—Bien, muy bien, exclamó Fredegunda riéndose estrepitosamente; quería yo veros llena de miedo, temblando, anonadada, pedirme perdón, y humillaros ante mi poder. Reina de los francos, arrodilláos, que yo os lo mando. Váis á morir; y como habéis dicho, soy una hiena que deseo venganza. No os perdonaré, reina cobarde é infame; no os perdonaré, aun cuando sepa que con mi vida debo pagar la vuestra.

—Pues bien, miserable esclava, infame prostituta, dijo la reina, animada de un va-

lor sobrenatural, no me veréis temblar ni os pediré gracia: haced lo que queráis.

—Arrodilláos, y besadme los piés.

—Salid de aquí, Fredegunda, yo os lo mando, la reina ordena á la mujer vil que se quite de su presencia: ¡guardias, guardias, socorro!

Fredegunda, veloz como un tigre, dejó la luz sobre una mesa, saltó al lecho de Galeswinta y la tomó por la garganta. Galeswinta, que era robusta, luchó valerosamente; pero la fuerza hercúlea de Fredegunda triunfó. Las dos mujeres se revolvían en el lecho, como unas panteras que luchan; se escuchaba la respiración trabajosa de ambas; los gemidos de rabia ahogados por las fatigas, y los miembros blancos de las dos atletas se enroscaban unos con otros, se torcían, desaparecían un momento entre las ropas, reaparecían de nuevo aquellos dos bustos de alabastro, agitándose en una lucha mortal. Por fin, Fredegunda logró enlazar con sus trenzas el cuello de la reina, y haciendo un esfuerzo desesperado....

La lucha cesó, Galeswinta quedó inmóvil en el lecho, Fredegunda arrojó sobre el cadáver una mirada de satisfacción, tomó la lámpara y el puñal, y se salió, dejando la estancia entre las tinieblas.

Cuando Hilperico volvió de la campaña, se le dijo que Galeswinta se habia suicidado,

ahogándose con sus propias trenzas. El rey estuvo muchos días inconsolable: Fredegunda lloraba también con el rey la prematura muerte de su esposa.

La madre de Galeswinta desde que partió su hija había caído en una melancolía profunda que le causó una enfermedad; esta enfermedad la tenía en las puertas del sepulcro; un día mandó llamar al anciano de la gruta y le dijo:

—Anciano, he soñado que la lámpara que alumbraba mi estancia, se había caído, y haciéndose pedazos con estrépito me había dejado en una profunda obscuridad, á pesar de la cual distinguí un esqueleto pálido que se asemeja á mi hija. Explicadme, anciano, este sueño.

—Madre de la reina, vuestra hija no existe ya, contestó el anciano de la gruta.

Al oír estas palabras la madre, volvió la cabeza y expiró.

Agosto 16 de 1844.

El Lucero de Málaga.



I.

Si los lectores no lo saben, es menester que lo sepan. Málaga es un puerto de España, situado en la costa del Mediterráneo, y el puerto más bonito, más concurrido, más alegre de la Península, excepto Cádiz.

Málaga tiene fama por sus buenos vinos, por sus pescados, por mil cosas; pero más que todo, por las muchachas que produce su suelo, más hermosas que las flores, más gallardas que las palmas, más sabrosas.... que el mismo vino de Málaga, q es cuanto hay que decir.

Entre las lindas hijas de Málaga, había una más linda que todas; y no era, sin embargo, un prodigio, como podrá juzgarse de su retrato. Ojos picaruelos y ne-

gros, que cuando miraban despedían rayos; boquita con sus labios encarnados y suaves; nariz.... su nariz era como todas las narices, que no son corcovadas, ni sumamente agudas, ni defectuosamente chatas. Las mejillas de Paquita, que así se llamaba la malagueña, eran primorosas. La salud, la frescura, la juventud, estaban rebosando en ella, sin hacer mérito de lo más gracioso, es decir, de dos hoyuelos donde un poeta clásico habría albergado un nido de Cupidos. Si á estas facciones del rostro de Paquita se añade un pelo negro, lustroso, delgado y abundante, y una tez apiñonada, tendremos un conjunto muy agradable.

Paquita, como además de todo esto tenía diez y seis años, un talle de abeja, un aire garboso, un aquello...... un "no sé qué" en su voz, en sus movimientos, en la expresión de su rostro..... Paquita no era despreciable; y examinándola con más detención, se hubiera podido también admirar en ella un pie de niña y una pantorrilla torneada. ¿Qué autor de romance pinta á su heroina con un pie inglés?

II

La historia de Paquita puede contarse en dos palabras. Su padre era un atrevido marinero, y su madre una honrada paisana:

ambos idolatraban en Paquita y procuraron darle una educación esmerada. Le enseñaron de niña á rezar, á coser, á bordar y á leer; pero cabalmente lo que no enseñaron á Paquita fué lo que mejor aprendió; más claro, Paquita bailaba primorosamente á los doce años, y día por día aumentaba en este ramo su talento, hasta el grado de que muchas gentes honradas aconsejaban al padre y á la madre que llevara á Paquita al teatro de Cádiz ó de Madrid, y que haría una gran fortuna, ó se transformaría en una duquesa ó marquesa, porque los duques y marqueses de Europa siempre han gustado del baile muchísimo. Ya se deja entender que á los quince años Paquita era un primor; tanto, que todos los mancebos más guapos del puerto la llamaban el Lucero de Málaga, y todos aspiraban á ser, no sólo sus adoradores, sino sus maridos. ¡Pobre Paquita! Si á veces suele salir malo un marido, ¿qué será cuando se trate de muchos? Desde que nació hasta los dieciseis años, Paquita había pasado una vida completamente feliz; pero la vida, como el mar, tienen sus variaciones continuas; y además, si la historia de Paquita no tuviera más incidentes, aquí acabaría mi penosa tarea.

III

La noche del cumpleaños de Paquita, que era nada menos que el día de Santa Genoveva, pues se llamaba María Josefa Genoveva, hubo en casa del viejo marinero un lucido baile, y á él concurrió lo mejor de la juventud marinera de Málaga. Figúrese el lector á Paquita vestida de curra, con su corpiño de seda entallado perfectamente, y que dejaba lucir á las mil maravillas su cintura de abeja: su traje apenas le llegaba al tobillo, y sus pies ligeros apenas tocaban el pavimento, y luego bailó boleras y fandango... ¡Jesús! Quien hubiera asistido al baile y contemplado despacio tanto hechizo y tanta perfección, habría confesado que había mucha razón en llamar á tan primorosa criatura el Lucero de Málaga. El baile estuvo magnífico: la pompa regia de un trono era nada junto á la casa del marinero. No había diamantes ni grandeza real; pero los ojos, la sonrisa, las gracias de Paquita valían un mundo entero. Se cantó, se bailó, se bebió alegremente, todo en celebridad del cumpleaños de la muchacha.

IV

Paquita esa noche era completamente feliz. Estaba bailando, y esto basta para formar la felicidad de una mujer; pero el diablo, que en todas las cosas se mezcla, quiso dar otro giro á la vida de Paquita. Como decíamos, el diablo metió tan terribles celos en el corazón de dos de los mancebos que asistían al baile, que en el discurso de la noche buscaron mutuamente la ocasión para entrar en una riña. Como los dos eran robustos, y jóvenes, y vigorosos, y les hervía la sangre en las venas, encontraron fácilmente ocasión de venir á las manos; y los acentos dulces de las guitarras fueron interrumpidos repentinamente por furiosos gritos y maldiciones. Todo se puso en movimiento, y la confusión más horrenda siguió inmediatamente. Varios de los concurrentes procuraron ayudar á separar á los contendientes; pero ¡ah! buena empresa es querer tranquilizar la sangre española. Algunos de los contendientes tenían armas, y la sangre corría por el patio de la casa. En medio de esta confusión apareció un hombre de talento, un varón justo que se llamaba Pablo. Confesaba y comulgaba cada ocho días, no levantaba los ojos del suelo, y Paquita solía darle al-

gunas veces una palmadita en el hombro, llamándole con voz melíflua, Luisito Gonzaga. Ese varón justo, que vió que todos se herían y se mataban, que ninguno se entendía, que la madre clamaba á los santos del cielo, que el padre procuraba con todos sus esfuerzos aplacar la tormenta, y que Paquita, pálida y casi sin vida, yacía desmayada en el suelo, tomó el mejor partido para cortar disputas y poner en paz á todos. ¡Oh varón sabio! y cuánto te asemejas á nuestros hombres públicos, que cuando menos se piensa dan un golpe de alta política.

V

Los lectores tendrán curiosidad de saber lo que hizo Pablo. Pues les diremos en una palabra, que el golpe de alta política que dió Pablo, fué robarse á la muchacha. Envolvióla en el primer lienzo que encontró, echó sobre sus fuertes hombros su preciosa carga y con la mayor calma del mundo salió de la casa y se encaminó al puerto. Por el extremo opuesto venía ya ahogándose la justicia á poner fin á la tragedia. La justicia, que es en los casos graves inexorable sentenció que todos debían ir á la cárcel; y buenos y sanos, y lastimados, que eran los más, en el mejor orden fueron dispo-

niéndose á obedecer. Entonces la madre, con voz dolorida y echándose de rodillas ante los alguaciles, exclamaba:

—Mi hija Paquita no, el Lucero de Mála no va á la cárcel.

—Pero ¿quién es Paquita? adónde está? respondieron los ministros de justicia. Entonces comenzaron á buscar por todos los rincones, por todos los lugares imaginables, hasta en los agujeros de las cerraduras. Paquita, debe suponerse que no pareció, y nadie, nadie se atrevió á pensar mal del virtuoso Pablo. El padre furioso quería estrellarse la cabeza contra las paredes. La madre cayó sin sentido, exclamando: mi hija, mi pobre hija, ¿dónde estás?—Una madre es tan buena y tan amorosa con sus hijos.....

VI.

Pablo, que parece que tenía meditado el lance, y que era hombre de expedientes infinitos, consideró que el desmayo de Paquita podría pasar pronto. Así, para prolongarlo, sacó un pomito de la bolsa, é hizo tragar á Paquita algunas gotas: después depositó su carga á bordo de un buque francés que iba á darse á la vela para el Archipiélago; y muy tranquilo con el buen éxito de su empresa, se retiró á su camarote á dormir.

A la mañana siguiente despertó Paquita, se restregó los ojos, miró como espantada á todas partes, tentó con sus manitas torneadas el camarote y la débil tabla de madera que la separaba de las ondas; después, exhalando un suspiro se alzó el cabello negro, que en graciosas ondas caía sobre su frente y mejillas, y lanzando un profundo gemido, cayó de nuevo en la tosca almohada, cubriendo con sus manos sus negros ojos que se cerraron paulatinamente. A poco, Paquita se levantó de nuevo; pero con un vigor desusado en una muchacha, gritó: ¿dónde estoy? ¿qué infamia se ha cometido conmigo? ¿dónde está mi padre y mi madre?.... ¡Oh! pronto, pronto volvedme á mi casa. El virtuoso Pablo estaba de rodillas delante de Paquita, confuso, atemorizado, y temblando como el reo ante su juez.

—Vamos, Pablo, dime por qué estoy aquí, repitió la muchacha con voz imperiosa.

—Estás aquí, Paquita, porque te he salvado la vida por un milagro de la Providencia: sí, te he arrancado de las manos de los asesinos. Si por esta buena acción quieres maldecirme, todo lo sufriré con resignación; pero jamás, jamás me arrepentiré de haber obrado bien. Esto le decía el mancebo con un acento de verdad tan grande, que Paquita lo creyó por un momento. Había también la circunstancia de que Pa-

blo no era un joven del todo despreciable. Rollizo, con unas mejillas encarnadas, unos ojos melancólicos y rasgados, una dentadura de marfil, parecía una de esas buenas pinturas con que los maestros españoles han inmortalizado su nombre.

Paquita algo más tranquila, pudo preguntar á Pablo, adónde iban.

—Al archipiélago, contestó éste.

—¡Al Archipiélago! repuso Paquita azorada; ¡oh! no. Ese debe ser un lugar horrible: yo quiero volver á mi casa á vivir con mi padre, con mi buena madre.

—Tus padres están muy seguros, Paquita hermosa, y pronto volverás á verlos; mas por ahora es preciso ir al Archipiélago. Es un país muy hermoso, que pertenece á los griegos, y también puede ser que veas á los turcos.

Paquita no, muy satisfecha con las explicaciones geográficas de Pablo, permanecía silenciosa, y éste con la más dulce voz procuraba persuadirla que el Archipiélago era un jardín. ¡Oh! yo no quiero ver á los turcos ni á los griegos; quiero ir á mi casa, á mi puerto de Málaga, mis españoles queridos. Paquita se puso á llorar como una niña.

Todo el día se pasó en estas explicaciones: á la tarde, como el viento estaba fresco, la mar tranquila y el cielo despejado y azul, Paquita consintió en subir sobre cu-

bierta. El capitán, el piloto, hasta los muchachos grumetes se encantaron con ella y se disputaban la honra de adivinar sus pensamientos. El virtuoso Pablo estaba devorado interiormente de fuertes celos.

VII

La "Cornelia", que así se llamaba la fragata francesa en que navegaba la linda malagueña, además de tener un nombre histórico, era muy velera, y cuando el viento refrescaba un poco, la "Cornelia" extendia sus alas y volaba sobre la superficie de las aguas como un pájaro fantástico. Paquita, triste unas ocasiones, alegre otras, llorando cada vez que se acordaba de su patria y de sus parientes, iba pasando los dias y ningún incidente digno de atención ocurrió. En la isla de Malta se detuvo dos días la "Cornelia" para hacer agua y provisiones frescas, y siguió su viaje sin que Paquita por nada de este mundo hubiese consentido en bajar á la tierra de los famosos y renombrados caballeros.

El capitán de la "Cornelia," por miedo de los piratas, turcos y griegos, no endorezó la proa al mar Jónico, sino que siguiendo el Mediterráneo costeó la isla de Candia, dobló el cabo de Salomón, y entró al Archipiélago por entre las islas de Scar-

pando y de Rodas. Mas todas estas islitas, bahías y puertecillos de la costa del Asia, son otros tantos nidos de piratas, y la "Cornelia" se vió impensadamente rodeada de enemigos. Apeló á sus alas y logró salvarse por aquel momento y ponerse fuera del alcance de sus perseguidores. Pablo comenzó á pensar seriamente que su situación era bastante crítica, y que en un momento de desgracia podía un desalmado pirata robarle á su preciosa alhaja. Como hombre de resolución, resolvió declararse en la noche misma, y de grado ó por fuerza hacer que Paquita uniese su destino al suyo.

La noche que escogió para poner en planta su determinación, era una de esas noches claras, limpias y hermosas, en que las estrellas del cielo se retratan en las aguas de la mar.—El viento perfumado de las islas griegas venía de vez en cuando á bañar el rostro de la muchacha; y Pablo, sin acordarse ya del riesgo de los piratas, respiraba el aliento de la malagueña y bebía en sus ojos un mundo de ardientes ilusiones. Pablo no era un mozo vulgar; había recibido esmerada educación; y sea dicho de paso, tenía el dinero necesario para sufragar los costos de un rapto, y además la picaba de erudito.

—Mira, Paquita, con la luz del día verás las tierras más poéticas del mundo. Por es-

tas islas anduvieron largos años los dioses, y Vénus, y Vulcano, y Psiquis y Hebe, y otra porción de muchachas alegres tuvieron sus aventuras amorosas. Después verás á Atenas y á Tebas, y el paso de las Termópilas, donde los griegos se portaron como nosotros en el sitio de Zaragoza.

—¿Pero qué se han hecho esas diosas y esos dioses, que ahora por rareza los oigo nombrar? preguntaba Paquita con mucho candor.

—Se murieron todos, Paquita, respondió Pablo: sólo Dios y la Virgen de Atocha son inmortales, contestaba Pablo con tono sentencioso.

La conversación concluyó, como todo lo de este mundo concluye, y Paquita se retiró á su camarote y Pablo al suyo.

VIII.

Hasta ahora, querido lector, he sido tan clásico que te abré cansado.... Perdóname; mas las cosas exigen que comience yo en el estilo romántico.... Perdóname también.

Eran las altas horas de la noche: todo estaba en silencio á bordo de la "Cornelia," y aun el timonel y el vigía de cuarto, desempeñaba con el mayor silencio sus ocupaciones. Pablo, que observó este estado

de tranquilidad, se levantó, y de puntillas se dirigió al camarote de Paquita.... ¡Oh! los momentos en que un amante pone en planta sus proyectos, son indescriptibles!...

. . . .

. . . .

—Eres un miserable, un hipócrita, un infame, Pablo, exclamó Paquita, cuando despertando vió al mancebo junto á su lecho. Ahora conozco tu infamia y tu maldad, y te voy á castigar arrojándome al mar.... ¡Oh! madre mía, madre mía, ¿dónde estás?—Todo este pleito amoroso, quién sabe dónde hubiera ido á parar, si un estruendo, gritería y alarma espantosa, no se hubiesen notado en el buque.

—¡Aquí, aquí mis muchachos!; gritaba con voz estentórea el capitán.

Los marineros obedecieron al momento, y el capitán se halló rodeado de sus muchachos.

—Bien: ahora arriba, violentos, y echen hasta las alas y las arrastraderas; les prometo que estaremos en la isla de Milo antes de que estos pícaros nos puedan alcanzar.

Los marineros obedecieron la orden, y un momento después la "Cornelia" volaba sobre los mares. Pablo, interrumpido tan bruscamente en su tentativa, subió asustado á cubierta.

—¿Qué hay, capitán, qué hay...?

—Bucr.... le respondió el capitán señalándole dos buques con el velámen negro, que se acercaban con rapidez....... Pablo cayó anonadado en un banco.

—Capitán, capitán, le gritó Paquita: ¿qué es? qué es, por todos los santos del cielo?

—Nada, hija mia, nada. Te prometo que antes que estos perros pongan un dedo sobre uno solo de tus cabellos, yo y toda la tripulación habremos desaparecido....... Sacr.... un marino francés jamás deja que impunemente le roben una carga tan preciosa.....

Los dos buques de velamen negro se acercaban más á la "Cornelia."

IX

La "Cornelia" era una buena fragata mercante; pero no pasaba de ahí, y todo su armamento consistía en un par de carronadas y unas cuantas docenas de picas de abordaje y sables marinos. El capitán francés, perdiendo toda esperanza de escaparse, mandó aferrar las velas y se dispuso á resistir. Los piratas eran dos buquecillos ligeros como las gaviotas, y de diez cañones por banda. El combate se trabó á pocos momentos.

Un combate en la mar es horroroso. Pa-

quita no lo vió: sumergida en el fondo de su camarote oyó las detonaciones de la artillería, el choque de las armas, las maldiciones de los combatientes, y los ayes de dolor de los heridos. A tanto estrépito, gritería y confusión, sucedió un profundo silencio, y á poco esos turcos y esos griegos que tanto temía ver Paquita, entraron á saquear y á registrar hasta la cala del buque. Entre los efectos que tomaron de más valía, puede enumerarse al Lucero de Málaga. A Pablo lo encontraron en una bodega poniendo una mecha á un barril de pólvora. Cuando subió Paquita á cubierta, volvió en sí del sopor en que había estado durante el combate; y al recorrer sus ojos la cubierta del buque llena de cadáveres y de heridos, no pudo menos que derramar una lágrima por el valiente capitán francés, que yacía cubierto de heridas. Al virtuoso Pablo le pusieron una soga al cuello, y lo izaron hasta la punta del más alto palo de la "Cornelia." Embarcaron en una lancha á los cautivos, y un capitán pirata griego cuidó de llevarse á Paquita.

X

Todo el que lea esta fiel y verídica historia, creerá que Paquita se desmayó. Pues nada de esto. La muchacha conservó ca-

bales sus cinco sentidos, porque la misma naturaleza da en estas ocasiones fuerzas casi milagrosas. La goleta pirata puso la proa al interior del Archipiélago, desplegó sus velas, y antes de seis horas de navegación, avistaron la isla de Policandro. Allí era la mansión del pirata. En el declive de una colina cubierta de césped había una casa, en cuya construcción se podía notar la pura y sencilla arquitectura de la Grecia. Frente de la casa había un es tanque de agua cristalina, poblado de los peces de escamas de oro, plata, y esmalte del mar de Mármara; y casa y estanque estaban rodeados de bosquecillos de sicómoros, de acacias y de laurel-rosa. Cualquiera que hubiese visto esta mansión tan bella, tan tranquila, tan feliz, hubiera creído que pertenecía á uno de esos filósofos de la antigüedad, y no á un hombre cuya vida era el combate y el peligro. Apenas observaron del mirador de la casa que se acercaba la "Epaminondas," que era el nombre de la temible goleta, y que recordaba la memoria de uno de los mejores y más valientes guerreros, cuando la familia toda del capitán salió á la playa á recibirlo. Los esclavos y marineros se ocuparon de descargar la goleta, y la familia de abrazar tiernamente al pirata. La familia se componía de un joven como de veinte años, de tez fresca, y de esa bellísima y varonil fi-

sonomía que distingue á los hijos de la Grecia. Se llamaba Apolodoro: Eufora, su hermana, tenía dieciseis años, y su hermosura podía compararse á la de las ninfas que salían del fondo argentino de las aguas, para asistir á los banquetes de los dioses y alegrar sus amores y festines. Sus ojos eran rasgados, su nariz de esa forma griega, su tez suavísima, sus formas todas delicadas, redondas y de simétricas proporciones. Eufora tenía en sus miradas una cierta expresión de tristeza, en su sonrisa una dulce melancolía, y en su andar un abandono encantador.

Luego que el pirata puso el pie en tierra, sus dos hijos se le colgaron del cuello besando su frente lo condujeron á su habitación, donde á pocos momentos fué presentada Paquita.

XI

La luz, el clima, el cielo de la Jonia, hicieron nacer en Paquita una sensación que no había conocido: el amor. Al cabo de los dos años de habitar la isla de Policandro, de haber aprendido la música, el idioma y la historia de la Grecia, Paquita estaba perdidamente enamorada de Apolodoro, y el joven ardía igualmente en una devoradora pasión. Eufora quería á Paquita como

á su hermana, y el viejo pirata la contaba ya entre su familia; así, á la primera indicación, el enlace fué determinado, así como el de Eufora con otro joven de la isla de Milo.

XII

El día fijado para el enlace de las dos muchachas, todo era júbilo y regocijo. Multitud de doncellas de las islas vecinas habían venido á asistir á las bodas. La casa estaba regada y adornada con guirnaldas de flores: las ovejuelas peinadas, y con sus vellones más blancos que la nieve, triscaban por la colina, y hasta los peces de la fuente parecía que tomaban parte en el gozo de su señor. Iban á renovarse en esta ceremonia las escenas llenas de poesía y de sencillez de los tiempos antiguos. La mañana se pasó en los preparativos, y la hora de la caída del sol era la destinada para la celebración de la ceremonia. Paquita estaba encantadora: había reemplazado sus vestidos malagueños por el traje de las griegas, y los dos años de amor y de ese inefable bienestar que produce el clima de la Jonia, habían desarrollado sus formas, dado á su tez un color rosado primoroso, y á sus fogosos ojos un brillo mágico é indefinible; pero ese día justamente en que

iba á tocar la felicidad, el recuerdo de sus padres que tanto la amaban, vino punzante y terrible á oprimir su corazón. Ocultó su tristeza al novio; pero al tiempo de adornarse ella y Eufora, regaron con lágrimas las adelfas y las azucenas que embalsamaban el tocador.—El sol iba declinando, sus rayos de fuego encendían las aguas del mar, y la brisa de la noche que comenzaba á soplar, traía los perfumes de la isla de Chipre, de Samos y de Cos, como si aun hoy, tiempos de desgracia y de duelo, los dioses tuvieran fijada la mansión en la patria de Homero.

En la morada del pirata se encendían las luces de los pebeteros de plata, se elevaban débiles columnas de humo, la música comenzaba á preludiar sus armonías, y las risas de placer se escuchaban en aquellos bosques floridos de acacias y de mirtos. Un criado entra, habla en silencio con el pirata, que estaba recostado en un rico diván de damasco. Las facciones del pirata se desencajan: una amarga sonrisa vaga por sus labios: se levanta y sale precipitado en unión del criado. Los que observaron esta escena, quedaron helados de pavor, pues conocían que alguna cosa terrible iba á pasar. El pirata y el esclavo se dirigieron en silencio á una roca escarpada, situada en la orilla de la playa, y allí con la vista penetrante de marineros registraron el horizonte.

—No cabe duda, ellos son, dijo el pirata, y dentro de una hora habrán llegado aquí.—Con paso firme bajó de la roca, se dirigió á sus cuarteles, dió sus órdenes, y con una fría calma se sentó otra vez en el diván, murmurando entre dientes: arruinado, arruinado; mis gentes no están aquí! La goleta "Epaminondas" había salido pocos días antes con lo mejor de la gente de la isla de Policandro.

XIII

En efecto, pasada una hora el aspecto de la isla había cambiado enteramente, la música había cesado, las luces se apagaron, y sólo turbaba el silencio triste uno que otro sollozo ahogado que salía probablemente del pecho de Eufora y de Paquita.

Seis galeras turcas abordaron á la isla, y de ellas brotaron multitud de hombres armados y del aspecto más feroz. Comenzaron á desembarcar en la playa sin oposición alguna; mas apenas una mitad lo había verificado, cuando de las alturas vecinas recibieron un fuego horroroso de fusilería.

—¡Fuego, fuego! repitieron los piratas turcos, y acabando de desembarcar contestaron con otra descarga, avanzando rápida-

mente con espada en mano hacia la casa situada en la falda de la colina, y la cual conocen ya los lectores.

—¡Mis hijas, mis hijas!—gritó una voz de trueno, y descendiendo de las alturas, en unión de la gente que guarnecía, corrió el pirata griego al alcance de sus enemigos.

En una altura suave y tapizada de césped, que conducía al pórtico de la casa, se trabó la más horrible y encarnizada lucha que pueda imaginarse. Los griegos defendían su vida con desesperación: los turcos atacaban, resueltos á morir ó vencer, porque no tenían ya más arbitrio.

Pasaron veinte minutos.... veinte minutos horribles en que los aceros se chocaban con estrépito, arrojando chispas: en que las maldiciones de rabia y los ayes de dolor se confundían: en que la luz del fogón de un fusil ó de una pistola disparada, alumbraba los cadáveres mutilados, las cabezas palpitantes, los arroyos de sangre que descendían enrojeciendo el verdor de aquel risueño césped, donde por la tarde se habían impreso las huellas delicadas de Eufora y de la linda hija de Málaga. La gente del griego era valiente y decidida, pero muy poca, como se ha dicho; así, después de veinte minutos, casi todos habían sucumbido ó buscado su salvación en los botes amarrados en el otro extremo de la isla. Cuatro ó cinco griegos, fieles y adictos á la fami-

lia, á cuya cabeza estaba Apolodoro, aun defendian como unos leones la puerta de la entrada.

—¡Paquita, Paquita! gritó una voz que hizo erizar los cabellos de la muchacha. Paquita, ya me ves, te vengo á libertar: no temas, aquí estoy contigo, á tu lado para no separarme jamás; y al mismo tiempo un hombre con traje turco y cubierto de sangre, rompiendo las vidrieras del gabinete y derribando los vasos de porcelana de China, que contenían las azucenas y jazmines de que tanto gustaba Eufora, se presentó, con una tea en la mano, delante de las muchachas, que sobrecogidas de terror y espanto, permanecían abrazadas estrechamente. Ese hombre, era Pablo el ahorcado.

—En una palabra, continuó Pablo, antes de que partamos, te diré mi historia. Hace dos años que iba yo á prender un barril de pólvora á bordo de la "Cornelia," para que nadie pudiese arrebatarte, y los dos, los dos tuviésemos una misma suerte.—La fortuna no me ayudó, y tú me viste que me izaron hasta el palo más alto de la fragata. Aquí están las señales, dijo Pablo, mostrando á Paquita una señal cárdena que tenía al derredor del cuello.

Paquita, obedeciendo involuntariamente, miró al cuello de Pablo, y retrocediendo cubrió su rostro con sus manos, y las dos

muchachas se estrecharon una contra otra fuertemente.

—Un marinero compasivo de la otra goleta negra, en el mismo instante, prosiguió Pablo, me descolgó, y moribundo me llevó á la cámara de su buque en el momento que la "Cornelia" se hundía en el abismo de la mar.

—¿Y el capitán? preguntó Paquita como si estuviera magnetizada.

—El capitán.... el capitán, respondió Pablo con risa sardónica, se ahogó probablemente.

—Fuí llevado á la costa de Asia: allí el mismo marinero que me salvó la vida me dió la libertad; y como yo sabía que tú habitabas el Archipiélago, quise buscarte, quise ser hombre, quise ser más fuerte, más poderoso que los que habían asaltado la "Cornelia."

El ruido de las armas de los que se defendían en la puerta de la casa, terminó con un profundo gemido que penetró hasta lo íntimo del corazón de las muchachas.

—¡Apolodoro, Apolodoro mío! gritó Paquita, desprendiéndose de los brazos de Eufora, y corriendo hacia la puerta donde en efecto el muchacho había caído exánime y cubierto de heridas.

—¡Oh! no: tú no perteneces más que á mí, gritó Pablo: venid, venid, y veréis que no hay ya más esperanza ni más auxilio.

Pablo, en los dos años que habían transcurrido, había aprendido la lengua árabe: había atravesado los desiertos con las caravanas; había luchado en diversos encuentros con las tribus errantes; en una palabra, tanto en la tierra como en el mar, había dado pruebas de un valor, de una destreza y de una fuerza física admirable. Pablo, decimos, con un imperio irresistible, arrebató con una mano los brazos de las muchachas, y con la tea en la otra y un alfanje turco chorreando sangre, colgado en el brazo, las condujo afuera de la habitación, y alumbró el espectáculo horroroso que producía la vista de tanto cadáver ensangrentado y deforme. Apolodoro, bello como el Adónis de la fábula, yacía tendido en el césped, donde arrastrándose había ido á expirar. El pirata griego también había sucumbido, luchando hasta el último instante de la vida.

Eufora con los cabellos erizados, los ojos desencajados, la boca entreabierta, y todas sus facciones crispadas y descompuestas, paseaba la vista como una loca por los cadáveres sangrientos, que Pablo con una feroz complacencia mostraba á las muchachas.

¡Oh! maldito seas, maldito seas, asesino de mi padre, gritó Eufora, sacando repentinamente un puñal de su seno y hundiéndolo en el corazón de Pablo, el que

arrojando una maldición, cayó á plomo en el suelo, extinguiéndose la tea y la vida del aventurero, que sus compañeros llamaban Abdalla el ahorcado. Las tinieblas duraron por un momento; pues pocos minutos después, una llama rojiza brotó por el techo de la linda habitación griega, á la que los piratas habían prendido fuego. Eufora y Paquita, con el instinto que da la propia conservación, huyeron; pero como multitud de piratas andaban aún saqueando las habitaciones, cayeron en sus manos y fueron conducidas á bordo de las galeras, que acabado el destrozo y el pillaje, y cargadas de todas las riquezas que encerraba la isla de Policandro, dieron á la vela para Constantinopla.

XIV.

Fácil es adivinar la suerte de Eufora y Paquita: ambas fueron llevadas al mercado de Constantinopla, y vendidas como esclavas. Comprólas un viejo traficante en cautivas, y que las llevaba á revender á los ricos señores de la Romelia y de la Bulgaria, el cual las condujo inmediatamente á Ipsála, donde había un turco riquísimo y afecto hasta por demás á tener gran abundancia de mujeres: sin examinar siquiera la calidad de muchachas que compraba, pagó

el dinero que el comerciante pidió y las mandó encerrar en el Harem.

El turco se llamaba Osman, y era, en la extensión de la palabra, un dandy parisiense. Habia viajado no sólo por el Asia, sino también por la Europa: sabía inglés, francés, griego, y algo de italiano; tenía los mejores caballos de la Turquía y bebía los más ricos y añejos vinos, sin cuidarse absolutamente del precepto del profeta. Habitaba una suntuosa casa en la orilla de un ancho y trasparente río: tenía entre jardines primorosos, llenos de flores y de frutas, la más bonita colección de muchachas que pueda imaginarse; y su placer era reunir las de todas las naciones. Le faltaba una española, y por esta razón dió por Paquita el dinero que quiso el comerciante.

En la noche, luego que llegó de las correrías que todas las tardes acostumbraba hacer á caballo, quiso ver á sus nuevas esclavas. Tuvo el disgusto de encontrar á Paquita presa de una fiebre y á Eufora muda y con unos accesos de furor que rayaban en demencia.—Buena compra he hecho yo, ¡por Alá! dijo entre dientes: ese pícaro me ha vendido á una loca y á una moribunda, y será menester mandarlo degollar luego que se presente otra vez en mi casa.—Eh! gritó á sus esclavas, cuidad de esas nuevas sultanas, y llamad al médico, el cual me responderá con su cabeza si se mueren.—El

turco se dirigió al aposento de Gradesca, que era la favorita, y por cierto que lo merecía. Era una gran muchacha, alta, gallarda, de ojos de gacela, de aspecto orgulloso, de formas peregrinas, y de cutis de seda. Gradesca había nacido en una ciudad de la Romelía, del mismo nombre. Osman la vió una tarde y resolvió robársela, lo que ejecutó dejando muertos en el campo á los dos hermanos de la muchacha. Gradesca, en los primeros días, aborrecía de muerte á su raptor; mas al cabo de un año le había concedido sus favores y lo amaba perdidamente. Osman pasó una parte de la noche satisfaciendo á Gradesca por la venida de la española; y al fin salió mohino y resuelto á no volverla á ver, lo que ejecutó, pues en más de un mes no volvìó ni á preguntar por la sultana. Esta le juró una venganza horrible.

XV

Osman, como si fuera un amante de novela, preguntaba á cada momento por la salud de la española, y todos los días le hacía una visita de dos horas, tratándola con mil atenciones. Al cabo de un mes Paquita estaba ya convaleciendo, y Eufora mucho más calmada de sus arrebatos de locura, aunque siempre muda, porque la última

palabra que salió de su boca, fué la maldición que lanzó contra Pablo el ahorcado.

Paquita, pálida y extenuada con la fiebre, tenía cierto atractivo indefinible: era de esas lindas caras que no inspiran al verlas sino compasión. El turco acabó por enamorarse de Paquita, aun antes de que acabara de sanar. La favorita había, por una especie de venganza contra Osman, hecho mil agasajos á la pobre Eufora, y pasados algunos días había concluído por tenerle un verdadero cariño: tenía razon. Eufora, trascurridos los primeros impulsos de locura producida por la catástrofe que hemos descrito, se habia convertido en una criatura dócil y apacible. Todas las esclavas y queridas de Osman la compadecían y amaban. Cuando alguna la trataba mal, sus grandes ojos negros se llenaban de lágrimas, y al momento iba á echarse á llorar en el seno de Gradesca, la cual, celosa, despreciada y envilecida, lloraba también, abrazando la frente pálida de la infeliz griega.

XVI

Una mañana, cuando Paquita se levantaba y se disponía para dar un paseo por el jardín, entró Eufora, con el cabello erizado, en el mismo estado de agitación que se apo-

deró de ella cuando hundió el puñal en el corazón de Pablo. Paquita retrocedió horrorizada, porque conocía que alguna cosa terrible pasaba en el alma de la muchacha. ¿Qué tienes, qué tienes hermana mía? le dijo, procurando atraerla suavemente á sus brazos. Eufora quería hablar, hacía esfuerzos prodigiosos, y sus gestos y contorsiones manifestaban que deseaba decir á Paquita alguna cosa de mucho interés.

—Eufora, Eufora, le dijo Paquita con la mayor dulzura, no hagas un esfuerzo que vaya á reventar alguna de tus venas, porque sí tú mueres también moriré yo, hermana mía.

Eufora, sin poderse contener, seguía su penosa gesticulación, hasta que haciendo un esfuerzo sobrehumano, dijo: "¡sangre! ¡sangre!" y puso un dedo en la boca de Paquita en señal de silencio, y salió lentamente para los jardines.

A poco entró Osman: encontró á Paquita triste y pensativa.

—¿Qué tienes, españolita mía, estás aún enferma?

—No; triste, muy triste, y mi corazón presiente una desgracia.

—Niñerías, quimeras de que la mente queda llena después de una enfermedad. Vamos, cuéntame tu historia.

Paquita, con una sencillez y ternura indecibles, contó al turco sus desgracias.

Este, con voz grave y como enternecido del infortunio que había perseguido á tan interesante criatura, le dijo:

—Y qué deseas para ser feliz?

—Volver á mi patria.

—Oh! eso no; jamás, dijo Osman con mal humor, levantándose y saliendo de la estancia de la española.

Paquita volvió á caer en ese éxtasis triste en que la había sorprendido Osman.

A la noche vino Eufora, tomó de la mano á la española, la condujo al jardín, y ambas se ocultaron detrás de un grupo de naranjos.

Pasada media hora, vino Gradesca en unión de dos eunucos y el mayordomo de Osman.

—¿A qué horas? dijo Gradesca.

—A las diez, cuando salga del cuarto de la española, respondió el mayordomo.

—Y el tesoro?

—Todo está en mi poder.

—Y los caballos?

—Están listos, y llegando á la costa están preparados los buques para la isla de Samos.

—Quién es el encargado de la ejecución?

—Yo, señora, respondió el eunuco.

—Y yo, señora, me encargaré de matar á la española, dijo el otro eunuco.

—Pero los demás esclavos? preguntó el mayordomo.

—Todos deben morir, excepto Eufora que marchará con nosotros.

—Cuidado con no cumplir con mis órdenes, Abenazar, dijo Gradesca.

—Todas serán cumplidas, señora.—Los eunucos se retiraron, y Gradesca y Abenazar siguieron hablando. Eufora tiró suavemente á Paquita y la condujo hasta su habitación, sin que Gradesca pensase que la habían escuchado.

Paquita inmediatamente mandó llamar á Osman, el que á poco se presentó en la estancia.

—Os voy á hacer un servicio; no pido más recompensa sino la que vuestra generosidad me conceda.

—Todo lo que quieras, excepto irte de mi lado.

—Y si estando á vuestro lado me debiérais perder? le preguntó Paquita.

—Entonces, respondió vacilando el turco, no sé lo que haría.

—Muy bien, interrumpió Paquita: mi gratitud me dicta que debo deciros lo que pasa; no importa el porvenir, y á todo me resignaré después de haber hecho esta buena acción. ¿Qué horas son?

—Las nueve y media, contestó Osman sacando un hermoso reloj inglés.

—A las diez debeis ser asesinado y robado por las gentes de vuestra casa.

El turco dió un salto, como un león he-

rido por una bala, y tomando su rostro una expresión de enojo terrible, tomó la mano de Paquita, y le dijo: ¿Me dices la verdad?

—Lo juro por el Dios que adoro, contestó la muchacha, haciendo con la mano la señal de la cruz.

—Muy bien, prosiguió el turco calmado completamente, y como si nada hubiese pasado en su alma: toma este puñal y cierra tu habitación; no abras sino á mí, ó á la griega. El que rompa tu puerta dale la muerte. Ahora, cuéntame lo más que sepas.

Paquita le refirió minuciosamente todo lo que había pasado.

El turco salió, y Paquita con una resolución digna de la situación en que se hallaba, prometió á Osman ejecutar al pie de la letra lo que se le encargaba.

Osman se dirigió á su habitación, vistió á un esclavo con su ropaje, y le ordenó que en punto de las diez saliese de la estancia de la española y atravesase un pasadizo de naranjos, por donde acostumbraba transitar todas las noches á esa hora. En seguida llamó á su criado maltés, en quien tenía mucha confianza; y ambos, envueltos en unos "burnuces" rojos, se colocaron en el pasadizo de naranjos, detrás de unas estátuas de alabastro.

A las diez, el fingido Osman atravesó el pasadizo, dándose el aire y la importancia

de su señor. Al salir del pasadizo, el eunuco pagado por Gradesca lo asaltó y le dió una puñalada en la garganta. Entonces Osman salió de su escondite, y de un tajo echó al suelo la cabeza del asesino.

—Esta era la prueba que yo aguardaba, Libori. Esta noche he de hacer una justicia ejemplar. Venid.

En primer lugar se dirigieron al cuarto de Abenazar; luego que éste vió entrar á Osman, pálido y sin voz, cayó de rodillas.
—Cortadle la cabeza, Libori.

Libori sacó un alfanje, y de un tajo echó á rodar por el suelo la cabeza del traidor.

En seguida fueron al cuarto de Gradesca, la que sonriéndose tendió los brazos á Osman.

—Haced vuestro deber, Libori.

Libori alzó su alfanje ensangrentado, y antes de que Gradesca tuviese lugar de pedir misericordia, el maltés había dividido en dos partes el hermoso cráneo de la sultana.

—Ahora, Libori, carga de cadenas y da tormento al otro eunuco; y á todos los que confiese que tienen parte en esta conspiración, los degüellas. Los cadáveres de estos perros que los echen al río, dijo, arrojando al salir una mirada al cuerpo de Gradesca, que estaba tendida en el pavimento. Toda esta escena de horror pasaba en medio del lujo, de las flores, de los perfumes. Osman cambió sus vestidos, se lavó, se per-

fumó, y con el rostro tranquilo y alegre se dirigió al cuarto de Paquita.

—Todo está terminado, le dijo, tendiéndole la mano; ahora tú serás la Hurí de este Edén y yo tu esclavo.

—Terminado! interrumpió con alegría Paquita: y ¿cómo?

—Todos han muerto, dijo el turco con calma.

Paquita horrorizada se estremeció.

—Ahora mi libertadora, mi Hurí, mi delicia, dijo Osman con amor, ¿qué quieres?

—Volver á mi patria, dijo tímidamente la muchacha.

Osman se levantó, besó la frente de Paquita y se retiró á su estancia; se metió en su lecho y durmió con la tranquilidad de un inocente.—Paquita mandó buscar á Eufora, la que encontraron en su lecho narcotizada.

Ocho días después de pasada esta escena, entró Osman á la habitación de Paquita, Hija, mía, he sido justiciero y quiero también ser generoso. Tú no serás nunca feliz sino en tu patria, y yo seré desgraciado mirándote morir de tristeza. Mañana partirás para Constantinopla en unión de Eufora, y mi fiel criado Libori te acompañará hasta Malta. Toma para que en tu país puedas ser completamente feliz. Osman sacó unos bolsillos y los puso en manos de Paquita. Los bolsillos contenían oro, diamantes, topa-

cios, esmeraldas y otras piedras preciosas.

Paquita, llorando de gratitud, se echó á los pies del turco, el cual cariñosamente la levantó, diciéndole: Sé feliz, hija mía; la felicidad es el mayor tesoro. Ni los caballos, ni las mujeres, ni el oro, me han hecho á mí feliz. Mañana me voy á viajar por la Rusia, y probablemente no nos volveremos á ver.

En el año de.....hubo una gran solemnidad en el monasterio de las Salesas de Madrid. Era la toma de hábitos de dos hermosas y ricas jóvenes que se decía eran viudas de dos comerciantes del Oriente. Todos sus bienes los dejaron á los pobres.—Una de las señoras dejó una fundación de beneficencia en Málaga, y la otra......la otra no era española, hablaba con mucho trabajo; y se decía que había sufrido muchas aventuras y considerables desgracias.

El Cura y la Opera.



En una de esas mañanas frescas, nubladas y melancólicas del fin del mes de Mayo, se paseaban dos personajes por las orillas del Támesis, frente al pintoresco pueblo de Richmond.

El uno era un hombre de estatura mediana, grueso de los hombros al estómago, y delgado de los muslos al tobillo; pero su fisonomía era extremadamente amable, modesta y regular, y su tez tersa y encarnada, á pesar de los cincuenta años que representaba. Vestía una levita negra, que abotonada desde el cuello, le bajaba hasta los talones, formando una especie de sotana. Un pantalón estrecho, también negro, una corbata blanca, y un alto sombrero opaco, un paraguas de género de algodón debajo del brazo izquierdo, y un libro con cantos dorados en la mano derecha, formaban el equipo completo de nuestro personaje.

El otro era un joven como de veinticuatro años, robusto, de grandes ojos azules, de labios gruesos y encarnados, que siempre dejaban ver dos hileras de dientes blancos. Su fino cabello castaño le caía detrás de las orejas, y le cubría casi enteramente el cuello de un saco gris que le bajaba hasta la rodilla. El resto de su vestido era como el de la mayor parte de los ingleses de la clase media, es decir, de color obscuro de una hechura pésima y de un aseo infinito.

El anciano era el pastor, ó como diríamos nosotros, el cura de una pequeña feligresía inmediata á Liverpool. Se llamaba el doctor Parson.

El otro era organista de la capilla, y se llamaba Tomás.

—Siempre que el cardenal Wiseman me llama á Londres para encargarme alguna comisión, se lo agradezco en el fondo del alma, dijo el cura.

—Lo creo, contestó Tomás, porque eso de visitar esta gran ciudad, y pasear por las calles del Regente, y......

—No, no es por eso, sino por gozar del espectáculo encantador, y siempre nuevo é interesante, que presenta Richmond. Además, yo viví en mi infancia allí.....en aquella calle, y todas las tardes venía con mi aya á estas orillas...la diferencia que encuentro de entonces á ahora, es que el río me parece más cristalino y más poblado

de cisnes, el césped más fino y más espeso, y los árboles más copados y frondosos: tamco había esta casa de campo, ni aquel hotel, ni ese castillo que se divisa entre las copas de los castaños, ni el puente...¡oh! también hace veinticuatro años que no venía yo.

En efecto, el río Támesis, turbio y cenagoso por enfrente de Lóndres, acaricia con las dulces olas de sus aguas claras y trasparentes, las orillas variadas del pueblo que, en la época en que vamos hablando, había ya cubierto la primavera de una alfombra de un verde espléndido. Los grupos de árboles formaban esparcidos, á ciertas distancias, unos pabellones donde circulaba un ambiente fresco y perfumado, y las vidrieras de las ventanas góticas é italianas, y las almenas de los castillos y casas de campo, se desprendían por encima de las copas de los árboles, blancas y resplandecientes, con algunos rayos del sol que hendían las nubes que volaban sobre la campiña.

—Tiene Vd. razón, respondió el organista, esto es muy hermoso; pero hay todavía otras cosas más dignas de verse en Lóndres, que el parque de Richmond; por ejemplo, el castillo de Windsor, el Museo Real, la ópera.......

—Sí, sí, la música es muy hermosa. En el templo mismo, la música predispone y ayuda á la meditación; pero en cuanto á la

ópera, eso ya es otra cosa, dijo el cura meneando la cabeza.

—Es decir, señor cura, le dijo el organista, que nunca ha oído Vd. una ópera?

—Y cómo que sí, contestó el cura: hace cosa de veinte años que oí á la Catalani. Se llamaba Angélica, y por cierto que tenía una voz de ángel. Todavía tengo aquí en los oídos los dulces gorgeos de esa mujer, más suaves que los de los pajarillos que nos cantan en la capilla cuando digo misa, á la hora del alba.

—Pues, señor cura, si Vd. me da licencia, me quedaré dos ó tres días en Lóndres, resuelto á gastar en la galería del teatro de la Reina, mis diez chelines cada noche, por oír á Madama Sontag y á Mademoiselle Cruvelli, y á Lablache y á Ronconi. Una vez gastados mis veinte chelines, tomo el camino de fierro, y el domingo me tiene vd. muy temprano delante del órgano, procurando recordar á lo divino, algo de lo que haya oído.

—Dicen los periódicos tanto de la Sontag y de la Cruvelli, repuso el cura, que sin duda el diablo me ha puesto la tentación de hacer un disparate, y....pero no, repito que no pasa de tentación. En cuanto á tí, como sé que eres idólatra de la música, puedes quedarte toda la semana en Londres, asistir á cuantas óperas quieras, con tal que estés en la capilla el domingo á la ho-

ra del servicio divino. ¡Eh! justamente va á dar la hora, continuó sacando el reloj, y será bueno acercarnos á la estación del camino de fierro, ó al despacho de los ómnibus. A medio día salgo de Londres, y á la tarde estaré ya descansando en el curato.

—Precisamente, señor cura, quería yo pedir á Vd. un gran favor.

—No asistir el domingo á la iglesia, no es verdad? Pues bien; eso no puede ser. Yo no estoy autorizado para proteger la ociosidad á costa del culto....

—No era eso, señor cura.

—Pues, entonces?

—Lo que yo quería, era que me acompañase Vd. una noche á la ópera.

—Estás loco? dijo el cura, encarándose con el organista y arrugando el ceño.

—Era por cariño á Vd. respondió Tomás bajando los ojos.

—Bien, bien, yo te lo agradezco hijo mío, repuso el cura con una voz suave; pero no puede ser........

—¿Por qué? preguntó tímidamente Tomás.

—Voy á explicarte. En primer lugar, las dos ó tres libras esterlinas que yo gaste en la diversión, las defraudo á los pobres. En segundo, desatiendo mis obligaciones. En tercero, la ópera, al fin es una diversión profana. Si se tratara de música solamente, pase.......yo adoro la música, como ado-

ro todas las maravillas de la naturaleza, que son obras de Dios; pero luego las bailarinas hacen tales gestos, tales ademanes, tales contorsiones, que en verdad, Tomás, eso no conviene á un pastor que tiene necesidad de dar ejemplo á sus ovejas.

—Voy en un momento á allanar todos los obstáculos, si no son más que eso señor cura, dijo el organista muy contento. En cuanto al dinero, no hay que apurarse: yo pagaré la entrada.

El cura miró á Tomás, dándole las gracias más expresivas con los ojos.

—En cuanto á la falta en el curato, un día, dos días, tres días, no son nada, continuó el organista. Respecto al baile, la cosa más fácil es salirse al pórtico á fumar, y volver á entrar cuando se haya acabado. Así, el señor cura no hará mas que oír la música, y nada más que la música.

En esta conversación nuestros dos personajes atravesaron algunas calles de Richmond, y llegaron á una esquina donde estaba el despacho de la línea de ómnibus. Uno de estos carruajes acababa de salir, y otro estaba tan próximo á llegar, que se oía el ruido que hacían sus ruedas en el empedrado de las calles.

Cinco minutos después, el ómnibus se presentó en la calle principal, lleno de gente, tanto dentro, como en el techo.

El cura y el organista se dispusieron á

tomar, para el regreso á Lóndres, los mejores asientos, y para esto se colocaron en la portezuela del carruaje, dando atentamente la mano, como es costumbre en Inglaterra, á todas las señoras que bajaban.

El cura maquinalmente tendía su mano á las hermosas viajeras, y ni levantaba los ojos para mirarlas. Era un hombre anciano, y además virtuoso y casto. El organista, al disimulo, dió un tirón á la levita del párroco: este volvió la cara.

—La señora á quién va Vd. á dar la mano, es Madama Sontag, le dijo el organista en el oído.

El cura retrocedió medio paso; mas por no parecer desatento, volvió á su puesto.

Una señora, con un gracioso y pequeño sombrero de paja de Italia, adornado con unos ramitos de verbena, un chal tibio y voluptuoso de cachemira, y un vestido de "moirée" negro, se levantó del asiento que ocupaba en el ómnibus, y recogiendo y levantando su vestido con la mano izquierda, se adelantó en dos pequeños y graciosos pasos hacia la portezuela, y presentó al cura la mano derecha, pequeña, pulida y blanca, y afortunadamente en ese momento, sin la eterna cubierta de cabritilla que la maldecida moda ha inventado para tormento de los que saben dar valor y mérito á unos deditos redondos y á unas úñas de marfil y rosa.

El cura tomó aquella mano que se le presentaba, y por no caer en la tentación de ver un pie pequeño, y calzado con un botín de raso café, levantó la vista, y se encontró con unos ojos azules y apacibles, y una boca que se entreabrió graciosamente, para decir en un buen inglés: "mil gracias, caballero."

Esta amable y graciosa dama, era Enriqueta Sontag. Detrás de ella bajaron dos ó tres caballeros. Uno de ellos la tomó del brazo, y echaron todos á andar, dirigiéndose á las orillas del río.

En cuanto al cura, tomó el mejor lugar del ómnibus, y á cabo de dos horas estaba en la estación del camino de fierro, y en la tarde cosa de las seis entraba á su curato.

El organista se quedó en Londres, se paseó por la calle del Regente toda la tarde, y en la noche, indeciso entre Mario y Tamberlick; entre Julia Grissi y Enriqueta Sontag, entre el teatro de la Reina y el de Covent Garden, se encontró con un antiguo camarada de colegio, y convinieron en tomar boletos para los dos teatros, y asistir cada uno á la mitad de la representación. Al cabo de tres días, el organista regresó perfectamente tranquilo á su pueblo, decidido á tocar en la primera oportunidad, la marcha del Profeta ó la cavatina de la Linda de Chamounix.

No sucedió igual cosa al cura. La voz amable y fina con que le había dado las gracias Enriqueta, sonaba todavía en sus oidos, y su fisonomía expresiva y dulce se le presentaba en la imaginación, ya clara y distinta, ya confusa y borrada, como sucede siempre que se ha visto rápidamente una sola vez á algún personaje interesante.

El cura, á pesar de ser inglés, era un hombre entusiasta por la música. Sus economías las había dedicado á la compra de un magnífico órgano, y la primera partida del presupuesto de los gastos del curato, era la del sueldo del hábil Tomás, con quien hemos hecho ya conocimiento: así, desde que se despertó en su alma el deseo de oir una ópera, después de veinte años de soledad y de retiro completo de todas las diversiones, desde que por una inesperada casualidad dió la mano para bajar del coche á Enriqueta, que entonces volvía llena de fama al mundo artístico, perdió aquella tranquilidad y calma de que habitualmente había disfrutado.

Todos los días, así que concluía sus ocupaciones religiosas y que se encerraba en su habitación á leer ó á descansar, el pensamiento de la ópera venía á fijarse en su cabeza con tal tenacidad, que necesitaba de toda la energía de su voluntad para desecharlo. Tomás, como un diablillo filar-

mónico, venía de vez en cuando á renovar la atención, y á excitar al buen anciano á que prevaricara, y se dejase arrastrar de esa inclinación irresistible á la música.

Pasaron así algunas semanas, y se acercaba el fin de la temporada de la ópera, que en Londres comienza en principios de Mayo, y concluye en Julio, ó cuando más tarde en fines de Agosto.

El cura no pudo resistir, y celebró con su conciencia una capitulación, por la cual quedó arreglado: primero, que para no distraer una suma considerable de los objetos de caridad y del culto (en los cuales hemos dicho empleaba todos los productos de la parroquia,) los gastos se harían con la mayor economía; segundo, que solamente asistiría á tres óperas, procurando oir en una á Enriqueta Sontag, en otra á Sofía Cruvelli, y en la última á Julia Grissi y á Mario; tercero, que buscaría un asiento cercano á la puerta, para salirse á la hora del baile, pues su intención era oir la música, y nada más que la música, y se supone, los trinos y gorjeos y "florituri" de las "primas donnas;" cuarto y último, que á su regreso al curato, establecería nuevas economías, hasta reponer los gastos que erogase en esta expedición filarmónica.

Firme ya en su resolución, dispuso sus cosas, de manera que su presencia no hi-

ciese falta en el curato durante cinco días; comunicó su resolución bajo el más estricto sigilo al organista Tomás, el cual estuvo á punto de saltar de alegría y abrazar al eclesiástico.

El diablo de la filarmonía había triunfado. Nuestro doctor tomó su asiento en el camino de fierro á medio día, calculando llegar á Londres antes de las seis de la tarde, evitando con esto el gasto de la comida en la metrópoli.

En efecto, con la puntualidad y exactitud acostumbrada en los ferrocarriles, el tren llegó á la estación del Puente de Londres á las seis menos veinte minutos. El cura salió inmediatamente del coche con su pequeño saco de viaje en la mano, alzó la cara para ver en el reloj del despacho la hora que era, y llevando adelante su sistema de economía pensó que podía borrar perfectamente los dos ó tres chelines del "cab" (1) con sólo andar un poco aprisa.

De la estación del Puente de Londres al teatro Real, había cosa de seis ó siete millas: así, el cura tenía que correr por lo menos dos leguas antes de que diesen las siete de la noche, hora en que comienza la ópera; mas como era hombre fuerte y acostumbrado al ejercicio, en un momento atravesó las espaciosas y eternas calles de

(1) Coches pequeños de alquiler de dos ó cuatro asientos.

altísimas casas de ladrillo que están del otro lado del Támesis, y en breve pasó el magnífico puente, y se halló en el laberinto de la antigua "City." Allí, algo fatigado, le pareció prudente tomar un asiento en un ómnibus, y por seis peniques (un real), antes de las siete se encontró salvo y sano en el Circo del Regente.

Dirigióse á un hotel pequeño y barato, donde había parado en el viaje anterior, dejó su equipaje, se quitó el polvo del camino, y se dirigió al teatro de la Reina alborotado y ufano como un niño.

En la puerta leyó el anuncio. Se representaba esa noche el "Barbero de Sevilla:" en seguida un acto de Hernani, y un ballet titulado: "El Diablo á cuatro." El precio de cada luneta era de una libra esterlina (cinco pesos.)

El cura hizo un gesto.

—Mejor sería, dijo, que el precio fuera de media libra, y suprimieran ese horrible baile, que con razón lleva el nombre cuatriplicado de Satanás.

Mas como había venido expresamente á la ópera, y quería asistir á la representación en un lugar cómodo y cercano, no había medio de retroceder. Dirigióse á la casilla.

—Caballero, dijo metiendo con los dedos una libra esterlina por el boquete del despacho, hágame vd. favor de darme un bi-

llete de patio, lo más cercano que sea posible á la orquesta.

—No hay ya lunetas, se han acabado, pero podrá vd. encontrar billete en algunas de las librerías de la calle del Regente.

—Pues entonces deme vd. un billete de palco.

El encargado del despacho de boletos soltó un carcajada.

—¿Por qué se ríe vd? preguntó el cura algo amostazado; yo pago mi dinero y tengo "derecho" de pedir el lugar que me agrade.

Es sabido que los ingleses, aun en las cosas más insignificantes, apelan al mote de sus armas "Dios y mi derecho."

—Es que todos los palcos están tomados por la nobleza durante la estación, contestó el hombre del despacho, pero, en fin, si quiere vd. "pit seats" (1) le daré un boleto, pero como el teatro está lleno de gente, tendrá vd. que estar en pie toda la noche.

El cura, que estaba muy cansado, no acabó de escuchar la proposición, y se dirigió á una librería.

—¿Me hace vd. favor de un boleto de luneta? dijo al librero, volviendo á tomar su libra esterlina en los dos dedos.

—Con mucho gusto, respondió el libre-

(1) El "pit seats" es una especie de mosquete, donde unos están de pie y otros en asientos sumamente estrechos é incómodos. Sin embargo, cada localidad de esas vale cosa de veinte reales.

ro. Aquí tiene vd. el mejor asiento del teatro, pero vale tres libras.

—¡Tres libras! dijo el cura abriendo los ojos.

—Tres libras caballero. Esta noche canta la Sontag las variaciones de Rhode, y los asientos son muy caros.

El cura se tocó ligeramente el sombrero, y salió de la librería para entrar en otra.

—No, decía, de ninguna suerte daré yo tres libras; eso sí sería un verdadero pecado mortal. En fin, veremos si algún otro librero es más racional.

El cura recorrió tres librerías, y en todas el precio de los billetes era el mismo. Por fin, hubo un librero más humano, que le vendió un billete por dos libras (diez pesos.) El cura dió con una repugnancia visible sus dos monedas de oro, pero hemos dicho que todo esto era una tentación del diablo, y el eclesiástico caminaba, al menos así lo creía él, por una pendiente rápida á su perdición.

Entre alegre y reflexivo, se dirigió de nuevo al teatro de la Reina. Habían ya dado las siete, y tenía el sentimiento de pensar, que después de haber pagado dos libras por el asiento, sólo gozaría de las cuatro quintas partes de la representación. En consecuencia de esto, apresuró el paso, entró en el vestíbulo, atravesó dos salones, y

por fin se vió delante de dos graves personajes vestidos de negro, que estaban en la puerta del patio encargados de recoger los boletos.

El cura entregó el suyo con una especie de orgullo. Le había costado dos libras, y el eclesiástico se figuraba que esto había de ser un motivo de consideración.

Uno de los dependientes tomó en efecto el billete, le hizo señal de que entrase, pero apenas había avanzado tres pasos, y comenzaba á divisar, con el arrobamiento de un chiquillo, el foro espléndidamente iluminado, y lleno de majos andaluces, cuando fué detenido por el hombro.

—Caballero, si á vd. le agrada, me hará favor de salir, le dijo uno de los dependientes.

—¿Salir yo? dijo el cura sin quitar la vista del foro.

—Sí, salir inmediatamente.

—¿Y por qué?

—Porque se ha puesto vd. una levita, sin duda por equivocación.

—No, caballero, no me he equivocado, es mi traje habitual, pero no me importune vd., y déjeme ver si consigo llegar á mi asiento, porque parece que....

—Formalmente, caballero, vd. no puede entrar interrumpió el dependiente.

—¿Cómo que no puedo? contestó el cura avanzando.

—Que no puedo permitirlo, dijo el dependiente poniéndose delante del cura é interrumpiéndole el paso.

—¿Querrá vd. explicarse? dijo el eclesiástico algo molestado.

—Lo he dicho ya, caballero, vd. viene con levita y al teatro de la Reina nadie entra sino de frac.

El cura comenzó á comprender la extensión de su falta, y más que todo los inconvenientes á que están expuestos los forasteros que vienen á la corte.

—Caballero, dijo el cura enteramente calmado y con la voz más dulce que pudo, reflexione vd. que yo vengo desde Liverpool, con el único objeto de asistir una ó dos noches á la ópera; no tengo ni equije, ni conocimiento en Londres....

—Lo siento mucho, dijo el cobrador secamente, pero la etiqueta es muy rigurosa. Busque vd. un frac.

Al decir estas últimas palabras, volvió la espalda, y continuó ocupándose, no sólo en recoger los boletos de los que entraban, sino en echar una mirada inteligente y escrutadora sobre los trajes de los concurrentes.

El cura dió la vuelta, y con la vergüenza en el rostro y el duelo en el corazón, se retiró lentamente; dió dos ó tres paseos por el pórtico, reflexionando en la gravedad de su situación, y después se dirigió á la libre-

ría donde había pagado las dos libras esterlinas por su billete.

—Caballero, dijo, yo no puedo entrar á la ópera.

—¿Por qué razón? preguntó el librero.

—Porque tengo levita.

—¡Ah! precisamente es motivo muy poderoso.

—¿Entonces?....

—La cosa es muy sencilla, póngase vd. un frac.

—No es eso, sino que no necesito del billete, porque he venido desde Liverpool sin equipaje, y no tengo frac.

—El caso es muy desagradable, interrumpió el librero.

—Pero vd. tendrá la bondad de volverme mis dos libras, y tomar su boleto.

—¡Imposible! La ópera ha comenzado, y los billetes á estas horas no valdrán más que tres ó cuatro chelines (un peso.)

—Buenas noches, dijo el cura saliendo de la librería lleno de enfado.

—Buenas noches, contestó el librero, continuando tranquilamente la lectura de un gran volumen.

—¡Oh! esta gente de Londres, exclamó el cura al salir, esta gente de Londres no conoce mas que el interés y el egoísmo. Comienzo á comprender que en efecto he cometido una grave falta, y que estas contrariedades, pequeñas en circunstancias ordi-

narias, en mi caso debo reconocer que son lecciones de la Providencia. ¡Eh! no pensemos más en la ópera: compraré algunas frioleras que necesito, me acostaré á buena hora, dormiré tranquilamente, y mañana, en el tren de las seis, marcharé á mi curato, curado ya, á Dios gracias, de este deseo inmoderado de espectáculos y diversiones.

Dirigióse á una tienda donde vendían cajitas de cerillos y de obleas, papel, lacre, plumas y otros objetos de que tenía necesidad: el despacho de la tienda estaba confiado á dos guapas muchachas, llenas de amabilidad y de atenciones para con los parroquianos.

Luego que entró nuestro personaje, é indicó lo que deseaba, pusieron delante del mostrador la mitad del almacén. El cura tomó lo que necesitaba, y al salir quiso probar fortuna, y hacer el último esfuerzo para recobrar una parte siquiera de sus dos libras empleadas en el boleto.

—Señoritas, les dijo como esta tienda está muy cerca del teatro de la Reina, y todavía no irá muy adelantada la representación, creo que les sería á vdes. muy fácil encargarse de la venta de un billete de la ópera.

—Con mucho gusto, caballero contestó una de las muchachas, pero advertiré á vd. que una vez comenzada la representación,

los boletos bajan enormemente de precio. Además, como los libreros son los que hacen el monopolio de las entradas de los teatros, será muy aventurado que se venda esta noche. Sin embargo, tendremos un placer en encargarnos de esta comisión.

—Caballero, interrumpió la otra muchacha, ¿me disimulará vd. que le haga una pregunta?

—Puede vd. preguntarme cuanto guste, señorita.

—¿No le gusta á vd. la música?

El cura suspiró profundamente.

—Entonces, ¿por qué quiere vd. vender su billete?

—Diré á vd. la verdad: precisamente porque la música es quizá la única pasión que tengo, al cabo de mis años he venido á Londres, pero tuve la indiscreción ó el olvido, de no traer un frac, y esas gentes no me han dejado entrar, ó más claro, me han echado fuera después de haber entrado.

—¿Y no es más que eso?

—En verdad, es el único motivo porque no he asistido á la ópera.

—Me ocurre una idea, caballero, y si vd. consiente en ella, no perderá su libra esterlina.

—¡Dos libras! contestó el cura.

—¡Dos libras! repitió la muchacha. ¡Dos libras esterlinas gastadas, y no ir á la ópera! Decididamente no permiteremos eso. Tenga vd. la bondad de pasar caballero.

El cura no adivinaba el plan que pensaban seguir las muchachas, pero como una de ellas abrió la puerta del mostrador, y le hizo una graciosa cortesía, entró maquinalmente á una pequeña trastienda.

Las dos muchachas se hablaron en secreto una de ellas se quedó en el despacho, y la otra abrió una vidriera, sacó una cajita, y se metió á la trastienda.

—Tendrá vd. la complacencia de desabotonarse la levita?

El cura vacilaba.

—Se lo suplico á vd., insistió la muchacha.

El cura obedeció.

Durante cinco ó seis minutos, la muchacha, ya en pie, ya de rodillas, estuvo arreglando la levita; concluida la operación, tomó en la mano una luz y llevó á nuestro personaje delante de un espejo. ¿Que tal? le preguntó.

—¡Soberbio! ¡magnífico! exclamó el cura. Jamás había creído que vdes. iban á hacer tal cosa. Gracias, muchachas, gracias.

El cura, en efecto, se veía y se volvía á ver, y cada vez parecía más satisfecho.

La muchacha, con el único auxilio de algunos alfileres, había convertido en un momento la levita en un elegante frac, que podría haber servido de modelo al mismo "Frecman," sastre del príncipe Alberto.

—Ahora, caballero, no hay que perder tiempo, dijeron las muchachas.

El cura les dió de nuevo las gracias, y marchó al teatro de la Reina, con la cabeza alta y el paso majestuoso, para imponer á los cobradores de boletos, pero mortificado en el fondo, de haber recurrido á una inocente superchería.

—He aquí, decía, cómo de una falta se va insensiblemente á otra, y de esta á excesos mayores.

Llegó á la puerta, entregó su boleto, y notó que los dos cobradores le fijaron mucho la atención.

Procuró disimular, y continuó avanzando en el tránsito.

—Caballero, vd. no puede entrar á la ópera, le dijo uno de los cobradores.

—Que no puedo entrar, ¿y por qué?

—Porque trae vd. levita.

—¿Yo levita? dijo el cura recorriéndose rápidamente con la vista para ver si por casualidad se le habían caído los alfileres

—Sí, insisto en que trae vd. levita, y si vd. me permite.....

En un abrir y cerrar de ojos, el cobrador quitó cuatro ó cinco alfileres, y cayeron majestuosamente los dos grandes faldones de la levita.

El cura creyó que lo ahogaba la sangre, y que el pavimento se hundía debajo de sus pies. Pasado un momento retrocedió, diciendo á los cobradores con un acento decidido:

—Aseguro á vds. que buscaré por todo Londres un frac y volveré á la ópera.

—Muy bien, contestaron secamente los cobradores, volviendo á colocarse en su puesto, uno enfrente del otro, como unas estátuas.

El cura formó un verdadero capricho inglés en domar la inflexible severidad y suspicacia de los cobradores del teatro, y se dirigió otra vez á la tienda.

—Señoritas, les dijo, esos hombres tienen verdaderamente una suspicacia y una malicia de Satanás.

—¿Cómo? ¿qué ha sucedido?

—Ya lo veis, contestó mostrando la levita. Luego que entré, conocieron todo lo que había, como si lo hubieran visto; desprendieron los alfileres, y todo está dicho. Me veis aquí de vuelta.

—Y ahora, ¿qué hacer caballero?

—Necesito á toda costa un frac: es un punto de amor propio. No quiero ver ya ópera ni nada, sino vencer á esa canalla de porteros insolentes é intolerantes.

Las dos muchachas se miraron un momento, y una de ellas subió al primer piso de la tienda, y bajó con dos fracs negros en la mano.

—¿Si vd. quiere probar, caballero?

—Con mucho gusto.

—Son de nuestros hermanos, y están casi nuevos.

—Entonces no me podrán vender uno.

—No, caballero; pero lo usará vd. esta noche y mañana lo devolverá.

—Eso de ninguna manera. . . . En fin, veremos si alguno me viene, y nos arreglaremos.

El cura pasó de nuevo á la trastienda. Uno de los fracs, que era sin duda el hermano menor, estaba tan chico que el cura no pudo meterse ni una de las mangas. El otro, aunque con trabajo y esfuerzos, lo encajó en su cuerpo, ajustándolo definitivamente en el precio de dos libras y media, y dejando su levita para recogerla en la mañana siguiente.

Hecha esta operación, se dirigió de nuevo al teatro y presentó su boleto. Notó que los cobradores lo miraban con más curiosidad que antes.

—Ahora tengo frac, les dijo, tomando uno de los faldones, y enseñándoselos.

—Es verdad, dijeron ellos, y puede vd. entrar, porque está en su "derecho," pero diremos á vd. que el frac está casi destruido por la espalda.

—¿Cómo? dijo el cura.

—Deme vd. su mano, dijo el cobrador.

El cura dejó que le guiaran la mano, y se convenció de que tenía el frac una rotura de cosa de ocho dedos, que dejaba descubierto el forro blanco del chaleco.

—Repetimos, dijo uno de los cobradores,

que supuesto que viene vd. de frac, está en su "derecho" y puede entrar.

El cura inclinó la cabeza, dió la vuelta y salió del teatro lleno de vergüenza y confusión, y dando gracias á la Providencia, porque le había demostrado patentemente el peligro de desviarse de sus deberes. Al día siguiente recogió su levita por medio de un criado, y se marchó á su pueblo. En cuanto llegó, llamó á Tomás el organista.

—Tomás, le dijo, he gastado ocho libras esterlinas y no he visto la ópera, y lo único que traigo de Londres es el alma llena de remordimientos por las faltas que he cometido, y este frac usado y roto.

—Señor cura, explíquese vd. por el amor de Dios.

—Te ordeno, Tomás, que jamás me vuelvas á mentar ni la palabra ópera. El día que quebrantes este precepto, te das por despedido. Retírate.

Tomás se retiró; pero el cura, pasados algunos días, para evitar que el organista cavilase indiscreta é inútilmente, le contó, con el candor de su alma buena y sencilla, todo lo que le había ocurrido en su viaje.

EL ROSARIO

DE

CONCHA NACAR.

I.

Figuraos, si podeis, amabilísimos lectores, un inmenso edificio colocado en unas amenas montañas. Figuraos que entráis este edificio y que véis patios espaciosos, suntuosas arquerías, sostenidas por columnas delgadas y esbeltas como el tallo de un rosal, cornisas caladas y pulidas como una obra de platería de Benvenuto Celini, fuentes de mármol, surtidores blancos por donde corre una agua cristalina, naranjos copados de sus dorados frutos, dahalias, jazmines, yedras, pasionarias y claveles. Figuráos también que una tarde de verano estáis sentados en ese sitio, que le nombran los españoles la Alhambra de Granada, respirando los aromas del campo, y adormecidos con el voluptuoso ambiente andaluz, y el lento y compasado murmullo de las fuentes, y que de repente veis salir de en-

tre las flores una muchachita de quince años, con un rostro expresivo y halagüeño, una cintura de abeja, y un gracioso y natural garbo que hace ondear su túnico blanco, y la vista busca con avidez unos pies pequeños que giran veloces, de los que podría decirse:

"Flores nacen donde pisan."

Naturalmente la primera idea que tendríais es, que esta figurilla fantástica que ha venido á turbar vuestra voluptuosa soñolencia en los patios de la Alhambra, es una mora encantadora, una odalisca que aún recorre sus palacios y jardines, y aguarda las trovas delicadas de algún enamorado árabe. Pues no, la visión peregrina y bizarra que habéis visto pasar rápida y flotante como una maga, no es otra sino la niña María Paquita. Mas adelante sabréis su historia; por ahora basta con lo expuesto para que no dudéis cómo es la heroína de una novela romántica.

II.

Ni otomanas, ni sofáes de Damasco, ni cortinajes de tisú, ni soberbios espejos, ni candelabros, ni nada de lo que puede recrear la vista y predisponer el ánimo á gra-

tas sensaciones, había en la casa de Paquita. Unas cuantas sillas ordinarias, una mesa de madera blanca, un lecho aseado, pero pobrísimo; una tinaja en un rincón, la escoba, el plumero y algunos trastos en una tabla: éstos eran los muebles que había colocados en un aseado cuarto de una calle de Granada; pero la figura esbelta de Paquita daba ser y alegría á esta modesta habitación. Nunca son más hermosas las flores que cuando nacen entre los zarzales y malezas. Lo mismo es una mujer: cuando se la ve entre la caoba, el oro y el mármol, la atención se divaga, y muchas veces se admira más el tisú de un sofá que la hermosa que está muellemente reclinada en él.

Paquita, pues, estaba sentada una tarde delante de una ventana, arreglando una tunicela de terciopelo, bordada de oro y lentejuelas, cuando entró un joven de ojos pequeños y hundidos entre las cejas, bigote y perilla negros como el azabache, y cabello un poco más claro, largo y rizado en las extremidades. Vestía un traje negro, que descubrió al desembozarse la magnífica capa de paño azul con cuello de nutria que traía puesta. Fácil era, pues, reconocer en D. Fernando Garcés (que así se llamaba) uno de estos jóvenes elegantes que concurren día por día en Madrid á la puerta del Sol, y noche á noche al teatro del Príncipe. D. Fernando, por entonces, por los

motivos que pronto se sabrán, había abandonado por algún tiempo la corte, y residía en Granada, habitando una de las más elegantes posadas de la morisca ciudad.

Apenas María vió al personaje que acabamos de describir, cuando arrojando la costura que la tenía ocupada, se puso en pie con visible intento de arrojarse en brazos del joven; mas arrepentida quizá, se detuvo á mitad de su camino, y bajando los ojos, exclamó:

—Fernando, ¿es posible que seas tan cruel? Tres días han pasado sin que hayas venido á verme.

—Es verdad, María, tres días hace que no te veo; pero también tres días hace que no vivo. Y bien, María, ¿por qué no me abrazas? ¿Por qué te arrepientes de ejecutar lo que te dictaba el corazón?

—Dices bien, Fernando, contestó María tendiéndole la mano, mi primer movimiento cuando te ví entrar fué echarme en tus brazos; pero eres tan ingrato....

—Amante hasta la idolatría deberías decir, replicó Fernando, estampando un beso en la rosada mano de María; pero ¿qué quieres? Me encargaron en mi casa que visitara en su quinta de campo á la condesa de Peña Negra, y me ha sido imposible desprenderme, sin dar motivo á sospechas que no quiero por ningún título conciba mi familia.

—Siempre en visitas en casa de las marquesas y condes, exclamó María con marcada cólera; ya se ve, esas visitas se pueden hacer á la luz del día; no así las que de tarde en tarde se hacen á una pobre huérfana.....á una bailarina.

—Siempre estás celosa y preocupada, María. Las visitas de la gente de alto rango me fastidian, me incomodan; no así cuando te veo, cuando gozo las dulces horas que me proporciona tu genio vivo y alegre.

—Palabras vanas, que voy dejando de creer, pues me las repites todos los días y nunca.... nunca me has dicho que piensas seriamente en.... porque un hombre honrado, ó mejor dicho, un hombre que ama, trata de asegurar para siempre la felicidad de su querida.

—María, esas son quejas infundadas. Tú sabes que he abandonado los placeres de la corte por venir en pos de tí: sabes que jamás he arrancado por la violencia una sola caricia tuya.

—¡Ah, Fernando! dijo la muchacha suspirando; pero las has arrancado por el amor.

—¿Me amas? ¿Me amas, María?

—¿No te lo he dicho?

—Sí, es verdad; pero es tan grato oirlo repetir por tu boca infantil; es tan agradable escuchar unas palabras tan dulces de

una criatura inocente; porque tú eres inocente aún, María.

María se sonrojó, y una lágrima asomó á sus párpados.

—Siempre triste, siempre llorando y ocultando en tu alma un pesar que te devora. Dímelo, María; dímelo, te lo he suplicado mil veces y siempre te has obstinado en guardar ese secreto.

—Me aborrecerías en el momento que supieras mi historia.

—De ninguna suerte, María, cualquiera que sean las cosas que me cuentes, jamás te aborreceré. Si has tenido alguna falta...

—Falta, Fernando! exclamó colérica la muchacha.

—Perdón, María. Sé que eres pura, incapaz de cometer una acción mala por voluntad, y sólo quería yo hablar de esas pequeñas faltas de niña.

—Es forzoso al fin, que sepas cuánto he sufrido en mi corta vida. Después, si te place, puedes aborrecerme ó amarme más; pero no quiero ocultarte nada de lo que te importe saber. Las bailarinas somos á veces más ingénuas que las condesas.

Fernando se mordió los labios al escuchar este sarcasmo; pero disimulando, dijo á María:

—Habla, habla, hija mía, que nada podrá hacer que varíe mi amor.

III.

Durante esta conversación, los interlocutores habían permanecido en pie; pero antes de comenzar María su historia aproximó una silla, y habiéndose sentado, hizo seña á Fernando para que hiciese lo mismo. Después de un rato de silencio, María comenzó así:

—La historia de una huérfana es una historia llena de lágrimas. ¿Qué otra cosa puede contar una pobre criatura que no conoce á su madre, que ha vagado de puerta en puerta pidiendo un pedazo de pan y un rincón en que albergarse?

—¡Pobre María! exclamó Fernando tomándole una mano, ¿con que no sabes quién te dió el ser?

—No lo sé, Fernando, ni lo quiero saber, porque estoy segura que no amaría á mi madre.

—¿Y esa Dorotea de quien me has hablado, no era tu madre?

—La quería yo como á tal. La pobre anciana me meció en la cuna, compró á costa de su trabajo una cabra para que me criase, y me enseñó á leer, á coser y á rezar. Si vieras con qué ternura me sentaba sobre sus rodillas, y alisando mis cabellos, que entonces eran delgados y castaños, me decía:

—Hija mía, eres muy niña; pero el día que crezcas y que te encuentres sola, los hombres te dirán que eres muy hermosa, que te adoran, que te harán feliz. ¡Ah! María! no los creas, porque te engañarán, y te harán desgraciada. Tú no estás en la edad de comprender lo que es honor; pero cuando tengas quince años, acuérdate de las palabras de tu madre y cuídate del mundo. Después, Dorotea me besaba, se separaba de mí, y oía yo que en voz baja y con una ternura indefinible, decía:

—¡Pobre inocente! ¡qué será de su suerte cuando yo le falte!

No sé qué tenían de amargo y de terribles para mí estas palabras; el caso es que hacían estremecer mi corazón infantil, que hacían llenar de lágrimas mis ojos de niña. Pasado un momento todo lo olvidaba yo, y reía y jugaba alegremente.

Se aproximó por fin el lance que tanto temía Dorotea. Una tarde llegó á casa, pálida, con los ojos desencajados, y el aliento trabajoso. En cuanto la ví en ese estado, me arrojé á sus brazos diciéndole:

—¿Qué tienes, madre mía? ¿Sufres? ¿Estás enferma?

—Muy pronto voy á dejarte para siempre, Mariquita, porque presiento que esta enfermedad me llevará al sepulcro, y te quedarás sola, absolutamente sola en el mundo. Dios velará por tí, puesto que tie-

ne cuidado de sustentar al pájaro que está en el nido; mas sin embargo, moriría enteramente tranquila si no te dejara á tí, mi pobre niña, hija mía.

Había tanta melancolía en estos razonamientos, que me puse á sollozar; y mientras, Dorotea aplicaba sus labios calenturientos á mis ojos y secaba mis lágrimas con sus besos ardientes. Comprendí en el instante lo terrible de la soledad, y el mundo alegre y brillante hasta entonces para mí, se me presentó como un inmenso caos. ¿Qué haría yo sola? ¿A qué techo me acogería? ¿Cómo ganaría para comer? ¿A quien amaría cuando dejara de existir Dorotea? ¿Quién enjugaría mi llanto? ¿Quién tendría piedad de mí? Un pensamiento de suicidio vino á mi cabeza. Era inocente y ya meditaba un crimen; porque el mundo y la soledad me aterrorizaban.

La noche que siguió á esta tarde, Dorotea la pasó delirando con su hija María, y su hija María acostada junto del lecho de la enferma sollozaba y envolvía su cabeza entre las ropas de la cama, sobrecogida de un terror y calofrío terribles.

—¿Comprendes, Fernando, cuán amarga es una situación semejante, cuando no han corrido más que quince años de vida?

—¡Mi pobre María! Si entonces te hubiera conocido, te habría servido primero de padre, y de protector, y luego de esposo; pero sigue, sigue tu historia.

—Cuando amaneció el día, Dorotea dormitaba, aunque con alguna agitación, y yo, que había pasado en vela toda la noche, me levanté de puntillas, y traté de implorar el favor y la ayuda de una señora que vivía cerca de nuestra casa, con quien mi madre adoptiva tenía amistad. Concluido esto, y habiéndome hecho prometer de la vecina que iría á mi casa luego que sus ocupaciones se lo permitieran, volé al lado de Dorotea.

Luego que me vió se incorporó en el lecho y con una voz dulce me dijo:

—Mariquita, estoy mucho mejor que anoche, quizá Dios me dará vida.

—Así lo espero, madre mía.

—Sin embargo, temo que el delirio se apodere otra vez de mí, y entonces no podré decirte cosas que te interesan. Toma esta llave, abre mi cofre y dentro de él hallarás una pequeña cajita, sácala y traela.

Hice lo que Dorotea me ordenaba, y ella abrió la cajita y sacó de ella un rosario de oro y concha nácar, y me lo puso al cuello diciéndome:

—Esta es la única alhaja que tienes, Mariquita; consérvala por mi memoria, y porque algún día te puede servir.

—Con efecto, madre, servirá á la pobre huérfana, para comprar un pedazo de pan el día que no tenga que comer, ni techo que la acoja.

—Tal vez te será útil para alguna cosa más. Merced á ella podrás conocer á una persona que te amparará, y te pondrá tal vez en el rango en que debes estar.

Maquinalmente tomé la cruz del rosario y la besé, instando á mi madre para que me explicara de qué manera podría serme de tanta utilidad, y ella, acomodándose en el lecho, continuó así:

—Una noche, me acuerdo como si acabara de pasar, en que tronaba la tempestad, la lluvia caía á torrentes, y los relámpagos se introducían por las hendiduras de la ventana, tocaron fuertemente la puerta; no me asombré, pues á consecuencia del ejercicio que hace muchos años tengo de revendedora de ropa, era muy frecuente que á todas horas del día y de la noche, viniesen á mi casa multitud de personas. Con esta confianza, pregunté quién llamaba á la puerta, y habiéndome respondido una voz suave y agradable, abrí sin dificultad alguna. Una mujer encubierta se precipito hasta el fondo de mi cuarto, y dejó sobre la cama una criatura, diciéndome:

—Señora Dorotea, conozco el buen corazón de vd., y le dejo esta criatura. Es fruto de los amores ilícitos de una joven principal, condesa nada menos: vd. salva el honor de la madre, y da vd. la vida á una infeliz inocente. Dios le recompensará este beneficio. Al decir esto salió precipitada-

mente, dejándome espantada y confusa. Cuando volví de mi asombro, mi primer idea fué tomar á la niña y ponerla en la calle ó en la puerta de otra casa. ¡Dios me lo perdone, pues con ese intento corrí á la cama y la cogí en mis brazos; pero la ví tan linda, con su pequeña faz rosada, sus ojos negros abiertos.... y luego el angelito sonrió.... en lugar de llorar, pues estaba empapado y temblando de frio.

Esa noche acudí á las vecinas que tenían chiquitos, para que le dieran de mamar; y al día siguiente, reuniendo mis ahorros, compré una cabra para que criase á mi niña, y desde entonces cada día se ponía más hermosa, más risueña, más amable, y yo la adoraba como si fuese mi hija.

Ahora tiene quince años, y la voy á dejar abandonada para siempre.

Dorotea reclinó su cabeza en mis hombros y lloró, á la vez que yo exclamaba:

—¿Con que no eres mi madre? ¿Con que yo soy huérfana? ¡Oh! yo quiero que seas mi madre, porque á tí sola te amo, y tú sola me has educado.

—Sí, tú eres mi niña, mi hija; pero voy á morir, y este rosario puede darte á conocer algún día á tu verdadera madre.

¿Ya ves, Fernando, lo que hacen las condesas? Gozan, aman, y arrojan á sus hijos á la orfandad, sin volverse á acordar jamás de ellos.

—Esto es infame, murmuró Fernando.

—Sin embargo, si yo encontrara á mi madre, todo se lo perdonaría, y la amaría como amé á Dorotea.

—Pero, al fin, María, ¿qué sucedió?

—Desde el momento que Dorotea me hizo esta revelación, doblé mis atenciones por ella, velé día y noche á su cabecera, y pedí á la Virgen con fervor que ó conservara los días de mi infeliz madre adoptiva, ó al menos le pagara con un alto lugar en el cielo, la caridad que había hecho de recoger á la desvalida criatura á quien sus padres arrojaron de su casa.

—¿Y al fin?

—Al fin, murió Dorotea. La sexta noche de su enfermedad, apenas pudo hacerme señal de que me acercara; lo hice así, y tomando mi mano con la suya sudorosa y fría, comenzó á boquear. Yo caí de rodillas, y llorando pedía al Señor recibiese el alma de la única compañera que tenía en el mundo. A las once de la noche expiró Dorotea, y yo niña de quince años, sin experiencia, sin apoyo, sin amparo, me encontré sola, frente á frente de un cadáver que se llevaba á la tumba toda mi dicha y todas mis esperanzas.

Doña Petra Cisneros, así se llamaba la amiga á quien te dije le dí aviso luego que se enfermó Dorotea, se presentó á la mañana siguiente, dispuso el entierro, vendió

los pocos muebles que habia, y me llevó á su casa.

A los pocos días, cuando aún mis lágrimas no cesaban de correr, y el corazón me dolía de pena, me llamó Doña Petra, y me dijo:

—Maria, eres huérfana y pobre, y es menester que ganes el pan con tu trabajo.

—Muy bien, señora, le contesté; dígame vd. en qué puedo ocuparme, y no sólo tendré gusto en ganar para mi subsistencia, sino en ayudar á vd. á vivir.

—Sabes, replicó, que soy una pobre, que como lo hacía tu madre Dorotea, gano mi vida vendiendo ropa usada, asi es que voy á despedir á la criada y te haré la caridad de darte la comida, y la casa porque me sirvas.

Estas son, Fernando, las caridades y los beneficios que hacen las gentes del mundo con sus semejantes. Mis padres me lanzaron como una sabandija de su casa en cuanto naci, y una mujer me hacía la caridad de tenerme por esclava.

Acostumbrada á los cariñosos mimos de Dorotea, se me hizo dura, humillante, horrible, la condición á que tenia que someterme. Acepté porque no había otro remedio.

Un año entero pasé trabajando como una verdadera esclava. A las cinco de la mañana tenia que acarrear agua, después

que asear la casa, guisar, coser, y aguardar en la puerta como un perro á Doña Petra, que nunca entraba antes de la una de la noche. Bebía en silencio mis lágrimas, no tenía á quien quejarme; estaba desesperada: una mañana Doña Petra me suplicó con tono afable, lo que era en ella muy raro, que le prestra mi rosario; díjele que mi madre me había encargado que nunca me separase de él. Ella con tono áspero insistió, yo rehusé, ella quiso arrancármelo por fuerza, yo me defendí; entonces hirió mi frente con una llave, y me arrojó de su casa. Esta fué la caridad de Doña Petra. Después la he encontrado miserable, pidiendo limosna y no le he rehusado ni un asilo, ni un pedazo de pan, ni una camisa con que cubrir su desnudez.

—¡Noble criatura! exclamó Fernando. ¿Y qué hiciste, mi linda María, cuando esa infame te arrojó de su casa tan cruelmente?

—No puedes imaginar el tormento que sufrí al verme abandonada en una calle. piés y pedirle que no me arrojase tan inhumanamente de su casa, prometerle ser su esclava, darle mi rosario, y mi vida si la quería; pero tenté la sangre que corría de mi frente; el orgullo me dió valor, y eché á andar resueltamente por la ciudad.—Es muy tarde Fernando, y tengo precisión de concluir mi vestido para bailar es-

ta noche en el teatro; por otra parte, lo que falta que contarte es lo más terrible de mi pequeña historia, y tantos recuerdos, sin tener donde ir, ni donde pasar la noche. Mi primera idea fué entrar de nuevo á la casa de Doña Petra, echarme á sus tantas emociones de una vez me matarían.

—Ve, Fernando, ve por la casa de tu condesa de Peña-Negra y déjame: necesito estar sola.

Antes de que Fernando pudiera articular una sílaba, María entró en una pequeña alcoba, y cerro tras sí la puerta con llave.

Fernando se retiró cabizbajo y pensativo

IV.

Por la noche se representó en el teatro la tragedia de D. Manuel José Quintana, titulada: El Pelayo. Aquel amor terrible de Ormesinda, aquel valor y caballerosidad de Pelayo, aquellas concepciones sublimes del venerable poeta clásico, arrancaron lágrimas á los espectadores y los dejaron hechos presa de profunda melancolía: mas después se levantó el telón y apareció María Paquita con un justillo de terciopelo negro bordado de oro, una tunicela de crespón blanco, y un sombrerillo nácar adornado con flores, y que dejaba descubiertos dos delicados rizos de su cabello. La or-

questa comenzó á modular esas notas voluptuosas, alegres y vivas, en que abundan las sonatas y canciones españolas. María hizo al público una graciosa cortesía, y comenzó á bailar, con mesura y dignidad: después la música vibraba con una armonía celestial; el octavino y el flageolet enviaban sus harmonías de gilguero hasta el fondo del alma, y María movía los pies veloces, su figura esbelta se animaba, su tunicela flotaba graciosamente despidiendo oleadas de luz. Ya se percibía en el fondo obscuro del proscenio como una sílfide llena de claridad, ya se acercaba ejecutando rápidos movimientos y mudanzas. Un pincel, el pincel de Miguel Angelo, para pintar esa cintura flexible y delicada, esos pies pequeños, ligeros y cas-invisibles, esas ondas graciosas y relumbrantes de la tunicela, ese rostro en fin de ángel expresivo, animado, encantador.... Sí, un pincel, porque la pluma.... la pluma es menester botarla y pisarla con rabia, cuando no tiene poder bastante para pintar un cuadro voluptuoso, espléndido, lleno de la luz de los mil quinqués que alumbran un teatro.... Los espectadores aplaudieron con furor: el baile se repitió, y se repitieron los aplausos. El gran ingenio de Quintana quedó nulificado, ante la mágica belleza é incomprensible agilidad de María Paquita. Fernando loco, de-

lirante, ébrio de amor y de ilusión, corrió al cuarto de Paquita; pero la puerta estaba cerrada y la criada le dijo que su ama no lo podría recibir, sino en su modesta casa á las cinco de la tarde del siguiente día.

Como es de suponerse, el galán no se hizo esperar mucho. A las cuatro y media de la tarde se dirigió á la casa de Paquita, y la encontró lo mismo que en la visita anterior, es decir, sentada delante de la ventana, ocupada en su costura.

—María, has estado anoche, le dijo Fernando al entrar, hermosa, encantadora, sublime. No sé qué sentí cuando la concurrencia entusiasmada aplaudía con estrépito. Todos esos aplausos, toda esa gloria es mía, reflexionaba yo, porque esta criatura que arrebata, que enagena á lo más noble, á lo más escogido de la población de Granada, es mía, absolutamente mía. Si yo le mando que llore, llora; si le ordeno que ría, ríe; si estoy melancólico, también ella participa y siente mis pesares.—Pero ¿no es verdad, María, que nunca he tenido contigo estos caprichos? ¿No es verdad que siempre te he amado sin oprimirte?

—Tal vez será verdad, Fernando, repuso Paquita, alzando una faz melancólica hacia su amigo; mas lo que yo veo, es que la pobre bailarina no sirve más que para divertir los ócios de esa gente rica, noble y

selecta de quien hablas; gente qué concibe una ilusión momentánea, pero que en el fondo del corazón desprecia y odia á los juglares que la entretienen. Si la pobre bailarina se mirase mañana tullida, enferma, abatida, nadie se acercaría á sus puertas para consolarla y socorrerla. ¿Qué importa á las condesas, allá en el fondo de sus alcobas de oro y terciopelo, la suerte de una huérfana, de una cómica, de una aventurera? ¿Qué joven pensaría en una flor marchita y ajada? Esto es terrible, Fernando, y perdona si te descubro este hondo pesar que oprime mi alma noche y día. ¡Oh! no quiero teatro, no quiero servir de espectáculo ni de juguete á esa ociosa y vana multitud.

—¡¡María!!

—Pero soy huérfana, infeliz, y no tengo de qué vivir, continuó María con marcado abatimiento.

—María, yo te haré dichosa.

—Días hace que el joven noble, rico y galán, repite á la bailarina que la hará feliz, y nunca llega ese caso, porque le falta valor para arrostrar las preocupaciones sociales. Ya se ve, Fernando, he sido una loca en creer que podría aspirar á ser tu esposa.

—Basta, María, te juro que no pasarán ocho días sin que veas cumplidas mis promesas. Todo lo voy á disponer, y aunque

mis padres, mis amigos, el mundo entero repruebe este enlace, lo verificaré y viviremos solos, aislados, pero en el seno del amor y de la felicidad. Dices bien, niña, la sociedad es una odiosa multitud llena de vicios y de quimeras, que jamás puede darnos la dicha, y sin embargo, nos arrebata con su influjo la que podemos disfrutar en el silencio y el retiro.—¿Lo entiendes, María? Dentro de ocho días serás mi esposa, y no te presentarás al teatro, sino que llevarás mi nombre con la frente erguida é inocente.

—Gracias, Fernando, gracias; eres bastante generoso, y tu amor es la única esperanza de mi vida; pero es forzoso que concluya mi historia. Este va á ser el lance supremo que me indique si debo aguardar un porvenir tranquilo, ó soportar toda una existencia de orfandad y de lágrimas.

—Habla, hermosa, habla. Te escucho, porque la relación de tus infortunios me interesa demasiado, y deseo conservarla.

María continuó así:

—Luego que perdí la esperanza de entrar de nuevo á la casa de Doña Petra, procuré alejarme á toda prisa del barrio donde podía ser conocida de las vecinas, y desatinada, con los ojos llenos de lágrimas, y el corazón comprimido y doliente, vagué la mayor parte del dia, hasta que pasé ante la puerta de una iglesia, y entré á pedir auxilio y abrigo á la Virgen; ya que me en-

contraba completamente desamparada y perdida en el mundo. ¡Ah! Fernando, las palabras no tienen poder para expresar estas agonías, estos tormentos agudos que rompen fibra á fibra, todas las esperanzas de nuestro corazón. Largo rato recé y lloré ante una Dolorosa á quien Velázquez supo dar toda la expresión de amargura que tendría la madre de Dios cuando gemía al pie de la cruz de su Hijo; al fin me levanté de las gradas del altar, donde habían goteado las lágrimas que arrancaban los pesares á unos ojos de quince años, y salí del templo, si no tranquila, al menos resignada. En la puerta encontré á una anciana que tocándome afectuosamente el hombro, me dijo con dulzura:

—¿Qué tienes, hija mía, que estás tan pálida y llorosa?

—Nada, señora, nada, le respondí.

—¿Nada? es imposible, ese rostro expresivo y gracioso está muy demudado, y alguna desgracia te ha acontecido. ¿Te ha reñido tu madre?

—No tengo madre, señora.

—Bien, pues tu padre, tu tía, tu madrastra?

—Ningún pariente tengo en la tierra.

—¡Cáspita! exclamó la anciana; pues entonces ¿dónde vives?

—En ninguna parte.

—¿Es posible?

—Sí, señora. Servía yo en una casa donde por caridad me recogieron; mas me han arrojado de ella, y no tengo ni donde reclinar mi cabeza.

—Es prodigiosa tu historia, y necesito que me la cuentes. Ven conmigo, niña, yo te daré casa: te vestiré, te amaré como á mi hija.—¿Quieres?

—¡Señora!....

—Decídete, no tendrás de qué quejarte. Eres muy hermosa y podré proporcionarte una buena suerte.

Yo no comprendí el sentido de estas palabras y seguí á la anciana.

Un año permanecí en su compañía, y en todo ese tiempo qué de atenciones y cuidados no tuvo para conmigo. No hubo deseo que no indicase, que no fuera satisfecho al momento; no hubo cosa que yo pidiese, que no me la presentara en el acto. Ni trabajaba, ni sufría ningún género de molestias. La costura, el bordado, el baile, esas eran mis únicas ocupaciones. Yo amaba á Doña Silveria tanto como á mi infeliz madre Dorotea.

—Dios bendiga á esa mujer que tan bien se portó contigo, María. Si la conociera, recompensaría lo que hizo por tí, con mi vida, si fuese necesario.

—¡Ah! Fernando, prosiguió María con despecho, Dios la habrá perdonado, porque es clemente; pero ¿sabes lo que quería de-

cir esa generosidad? Esa mujer fué á arrancar á la huérfana de un lugar sagrado para especular con ella, para venderla por oro, como una mercancía.

—¡Oh! infamia, infamia atroz, interrumpió Fernando colérico y revolviéndose en la silla.

—Observaba, continuó María, que entraban multitud de hombres embozados á nuestra casa, desde la oración de la noche en adelante; pero niña inocente como era, creía que también Doña Silveria tenía comercio de ropa, y por otra parte siempre me encargaba que no saliese de mi cuarto á esas horas. Sólo dos veces me llamó cuando estaba de visita un general viejo y taciturno. La última vez que aconteció esto, al retirarme de la presencia del general, oí que le dijo á Doña Silveria, "es celestial esta muchacha, y juzgo que me quitará esta melancolía y este mal humor que me consumen."

—Dios quiera sanar con esto á V. E., le respondió Doña Silveria. Yo me encerré en mi recámara y si bien satisfecha con los elogios del personaje, no volví á pensar más en semejante ocurrencia.

Pasado algún tiempo me ordenó Doña Silveria me pusiese los mejores vestidos. Lo hice así, salimos á la calle y nos dirigimos á una magnífica casa. Un criado nos introdujo á una sala adornada con ex-

traordinario lujo, en la cual me dijo Doña Silveria que me quedara, entretanto ella iba á avisar á las señoras que querían conocerme. No sé qué temor repentino me produjeron aquellos grandes espejos, aquellos muebles de mármol, aquellos sillones de seda y oro; temblando y sin atrever á sentarme, y estoy por decir que ni á respirar, permanecí como un cuarto de hora, á cabo del cual se abrió una puerta y apareció el mismo general á quien me había presentado Doña Silveria en nuestra casa.

—Por fin, Paquita, me dijo echándome los brazos al cuello, te resolviste á venir á mi casa, y á amenizar la soledad de un viejo soldado.

Rápido como una exhalación cruzó por mi mente un siniestro pensamiento: conocí de improviso la infamia de Doña Silveria, y repuesta algún tanto de mi primer asombro, quité de mi cuello los nervudos brazos del general, y me arrojé á sus pies exclamando:

—¡Piedad, señor, piedad!

—¿Piedad, Paquita? ¿Y por qué ese llanto, esas lágrimas, esa conmoción, cuando todos estos muebles, todas mis riquezas y todo mi amor van á estar á tus órdenes?

—Señor, os han engañado vilmente, y á mí me han vendido.

El general reflexionó un momento, y lue-

go, con voz pausada, dijo:—Engañado.... vendida.... ¿con que no sabías á qué venías á esta casa? ¿Con que no te han dicho nada? ¿Con que han sorprendido tu inocencia?

La voz suave, y el mirar honrado del general, me volvieron el ánimo, y brevemente le conté mi historia, ocultándole lo que pudiera obligarle á instarme para que me quedase.

Escuchóme con paciencia, y así que concluí, me dijo:

—¡Pobre criatura; me ha destrozado el corazón! ¿Quieres tener carrozas, muebles, criados, opulencia, y ser la señora de mi fortuna y de mi corazón?

—Quiero, señor general, le contesté resueltamente, que me permitáis salir de aquí.

—Muy bien: tu franqueza me agrada. Toma esta bolsa, y la puerta está abierta. Yo me retiro, porque me expondría á cometer un crimen. Cuando sepas que el general es viudo, no olvides que te ha respetado. Págale entonces esta acción con tu mano, y hazlo feliz. ¿Lo harás?

—Lo juro, señor general.

—¡Ah! gracias, niña, gracias. La buena acción que acabo de hacer, y la esperanza que has arrojado en la obscuridad de mi vida, me hacen por ahora feliz; pero júralo otra vez.

—Lo juro, por la memoria de mi madre.

—Basta. Ahora es fuerza separarnos. Si Dios quiere, volverá á juntar á la preciosa María, con el antiguo soldado español.

El general se dirigió á la otra pieza, y cerró la puerta tras sí; yo atravesé rápidamente el corredor, bajé las escaleras, y me encontré en la puerta de la calle tan sola y aislada, como el día en que mi madre me arrojó al mundo.

Era yo entonces joven, muy joven....

—Lo mismo que ahora, María, y además muy hermosa.

—No me toca á mí, contestó cándidamente María, calificarme en este punto, y así, prosigo. A pesar de mis pocos años, la dura escuela que había soportado, me enseñó que todas las acciones que hacen las gentes en la vida, pueden calificarse con esta sola palabra "egoísmo;" así es que no pensé en dirigirme á buscar abrigo en ninguna casa, sino á preguntar por el hotel de postas, pasar allí la noche y marcharme á Valencia, á Córdoba, á Sevilla, á cualquier parte que no fuese Granada. Con efecto, al día siguiente á las tres de la mañana, que oí el ruido de las cadenas y los gritos de los cocheros, bajé de mi cuarto y me coloqué en la rotonda. ¿A dónde me dirigía ¿Qué iba á hacer? ¿Cuáles eran mis designios? ¿Qué porvenir se me presentaba? Tinieblas, confusión indefinible en

mi espíritu, tristeza letal que desgarraba mi corazón, esto era lo que sentía mi alma en aquellos momentos que tendré siempre presentes, en que calenturienta y desolada, me hallaba yo en la obscuridad del carruaje. En la primera jornada mandé solicitar un gorro, un velo, y un capota para abrigarme del frío de las mañanas, y evitar, cubriéndome el rostro, la curiosidad que era natural inspirase á los compañeros de viaje y transeuntes. El segundo día, lo mismo que el anterior, no me tocó ningún compañero en la rotonda. El tercero, un par de ancianos traficantes fueron mis compañeros, los que naturalmente me agobiaron á fuerza de preguntas; pero yo les contesté que me dirigía á Sevilla, á reunirme con una tía, pues había muerto mi madre en Granada, dejándome huérfana. Parecieron satisfechos de mi respuesta, y siguieron hablando de sus paños y lanas. Luego que llegamos á la posada como lo había hecho en los días anteriores, me metí en mi cuarto, á meditar sobre el partido que podría escoger. En estas hondas cavilaciones llegó la noche, mis párpados se cerraron, pues desde mi salida de Granada nó había podido dormir; un sopor se apoderó de todos mis miembros..... la puerta estaba abierta y.....

—Acaba, acaba, por Dios, María, exclamó Fernando.

—Ya debes comprender lo que pasó...

—Esto es terrible, atroz!....

—Y sin embargo, era inocente. La fortuna, la fatalidad, el infierno mismo conspiró á perder á la pobre huérfana. Vienen los hombres, y con la misma facilidad que arrancan una flor, la deshojan, la pisan y se olvidan de ella, arrojan á la desgracia y á la perdición á una mujer que nunca los ha visto, que nunca los ha amado. El seductor se marchó, jamás lo conocí, porque el cuarto de la posada estaba obscuro, porque mi cuerpo y mi alma, rendidos al enorme peso de tantos contratiempos, no tuvieron fuerza para defenderse y para luchar contra la perversidad de un capricho momentáneo. ¡Dios mío! ¡Dios mío! dame fuerzas para soportar este pesar, cuyo solo recuerdo me sofoca y me mata.

Al día siguiente continué mi camino, sin cubrirme el rostro, sin ocultar mi orfandad ni mi desamparo. Mis compañeros de viaje eran unos cómicos que se dirigían á Sevilla. Díjeles que sabía bailar, y en la noche, después de haber hecho prueba de mi habilidad, quedé ajustada, y desde entonces acá he tenido una vida errante, llena de triunfos y llena de adoradores. Afortunadamente mi corazón estaba seco y mi alma indiferente, y esto me ha servido para conservar mi honor hasta hoy, en que una loca pasión me ha hecho confiarlo á la hon-

radez de un joven noble y de la alta sociedad. Esta es mi historia; tú sabes si abandonas ó te enlazas con la bailarina.

Fernando había estado sumergido en la más profunda cavilación, hasta que saliendo de ella dijo á Paquita:

—¿Tenías túnico blanco la noche que aconteció esa aventura?

—Sí.

—¿Y estaba junto á la cabecera un gorro color de rosa y una capota gris.

—Sí.

—¿Te acuerdas qué día fué esto?

—El 23 de Mayo de 182.....

—¡Oh! perdón, perdón, María, dijo Fernando cayendo de rodillas.

—¿Qué haces, Fernando?

—¡Perdón, María, perdón!

—¿Qué significa eso? ¿Conoces al seductor?

—El seductor está á tus pies....

—Sr. D. Fernando Garcés, interrumpió María; ahí tenéis la puerta, salid. En lo sucesivo podéis entrar como esposo cuando queráis, como amante nunca.

V.

Mis lectores me permitirán que abandonemos por un momento á nuestros amantes, con el fin de darles á conocer un per-

sonaje, cuyo nombre han visto estampado en las páginas antecedentes.

Luisa Eleonora de Viveros, condesa de Peña-Negra, era la poseedora de cuantiosos bienes que como á hija única le había dejado su padre, el cual hacía como quince años que había muerto, según se dijo, á consecuencia del pesar que le causó una gran desgracia doméstica. En un principio el vulgo murmurador se atrevió á herir la reputación de su hija, que entonces era una niña cándida como una paloma, tímida como una cervatilla, y hermosa y fresca como un jardín de Andalucía; pero después la conducta ejemplar de la huérfana, su recogimiento, y puede decirse su habitual seriedad, pusieron freno á los lenguaraces, y olvidadas enteramente las primeras especies, voló por toda Granada la buena fama de Eleonora, tanto que muchos la juzgaban una santa. A la época de esta narración ya era una matrona de treinta y cinco años; pero de esas matronas hermosas á quienes parece que respetan los años, y en vez de robarles los atractivos se los aumentan y renuevan de una manera palpable.

Eleonora tenía unos ojos extremadamente negros, un poco hundidos, y sombreados, con unas rizadas pestañas. Su tez era sumamente tersa, de un blanco brillante, con unas ligerísimas tintas de nácar en las

mejillas. El resto de las facciones de su rostro, examinándolas con atención, nada tenían de delicado; pero en conjunto presentaban una figura sorprendente, capaz de arrebatar la admiración del hombre más helado é indiferente. En cuanto á su cuerpo, era también elegante: talla alta, formas robustas, cuya morbidez se adivinaba al menor descuido del traje; andar mesurado y airoso, movimientos pausados, pero nobles; miradas de relámpago, y una sonrisa equívoca que se deslizaba de tiempo en tiempo de unos labios por donde salía el sonido de una voz armoniosa y expresiva.

Eleonora, desde la muerte de su padre, que acaeció en Madrid, se había retirado á una quinta que poseía en las cercanías de Granada, sin recibir á más visitas que á la familia de Garcés, y una que otra vez á un general que había sido amigo del difunto conde.

Dos días después de la escena que pasó entre María y D. Fernando, la condesa Eleonora se hallaba en una magnífica alcoba, adornada con esplendor y lujo oriental, reclinada en una otomana de damasco carmesí, y sumergida en una especie de éxtasis que la tenía con los ojos fijos en un hermoso canasto de flores que estaba dibujado en la alfombra. Pasado un cuarto de hora salió de su enagenameinto, y cubriéndose el seno y los hombros, de donde poco

á poco había ido desprendiéndose la suelta y trasparente bata de musolina blanca que los cubría, tocó una campanilla de plata. Al instante se destacó del marco de una vidriera azul, una muchachuela risueña, esbelta y ligera, que poniéndose en pie delante de la condesa, le dijo:

—¿Qué mandáis, mi buena señora?

—Es menester que trences mis cabellos, que dispongas el mejor vestido, que.... Vamos, Isabela, apresúrate.... es tan tarde, sí muy tarde; y tú permaneces inmóvil como una estatua, cuando te he mandado que me adornes.

—Mi hermosa señora está hoy de peor humor que otros días, á lo que parece, contestó Isabela tomando en sus manos el cabello negro de la condesa, y comenzando á peinarlo y á esparcir aromas en él.....

—Mi humor es triste toda la vida; pero á fe de Eleonora, que hace días tengo sobrados motivos para estar disgustada. ¿Te parecen buenos presagios de felicidad, el que en diez días sólo se haya presentado una sola vez en mi casa el que debe ser mi esposo?

—Mi buena señora, le respondió Isabela, deberá considerar que Don Fernando ha estado ocupado en asuntos urgentes que ocurren en casos semejantes.

—¡Asuntos!.... ¿Y qué asuntos pueden ocurrirle, cuando no tiene mi futuro espo-

so más que entrar á esta quinta y hallar cuanto es necesario para la vida, hasta una mujer hermosa que lo ame?

—Pero hoy debe venir, ¿no es verdad, señora?

—Sí, dentro de un momento. Apresúrate á concluir mi peinado.

—Al instante, señora condesa. ¿Os gustan los rizos? ¿O queréis que os haga del fleco unas trenzas anchas, que pasemos por detrás de las orejas?

—Lo que te agrade, Isabela; tú tienes excelente gusto para el peinado.

—Muchas gracias, señora; pero apropósito, ¿qué vestido os ponéis el día de la boda?

—¡Ah! Isabela, piensas tú como una niña que no ha sufrido la amargura de la vida. ¿Crees que pueda enlazarme con un hombre que ama á otra?....

—¿Ama á otra Don Fernando?

—Tengo vehementes sospechas de ello, Isabela. La soledad y los infortunios me han dado mucha calma aparente; pero en lo interior sufro mucho, mucho.... Quisiera decir mil cosas á D. Fernando; mas temo que la explosión de mi orgullo la interprete como una pasión tierna, y.... en ese caso prefiero encerrar los celos dentro de mi pecho. Una sonrisa sardónica asomó á los labios de la condesa.

—Es imposible, señora condesa, que un

hombre que os ve una vez, deje de pensar un momento en vos y ame á otra. Por mi parte, si fuera hombre, os amaría con delirio.

—Gracias, mi fiel muchacha, interrumpió la condesa haciendo un cariño á Isabela: tu corazón es noble y tierno; pero el de los hombres en lo general es corrompido é indiferente. Si te dijera yo que la condesa, llena de riquezas, de fausto y de hermosura, es despreciada por una aventurera, por una mujer del pueblo.

—Eso es imposible, señora.

—Debería serlo, si los caballeros no abandonaran la senda del honor, y se bajaran hasta las mujeres del pueblo, hasta la escoria de la sociedad, hasta lo más vil y más despreciable que tiene el mundo.

—¿Pues á quién ama el señorito D. Fernando?

—Te lo he dicho: á una vil mujer, á María la bailarina.

—¡A María! interumpió asombrada Isabela.

—Sí, á María.

—Eso es imposible, señora. La pobre muchacha tiene el suficiente talento para conocer su posición y no aspirar hasta el rango de esposa de un noble caballero.

—Eres demasiado cándida, Isabela. Tu amiga María no aspira á la mano de Fernando; pero eso no le impedirá ser su querida.

—¡Oh! no digáis eso, mi hermosa señora. María es una muchacha honrada, y no es capaz de esas locuras. Es pobre, y baila en el teatro como yo os sirvo á vos, por tener un arbitrio con qué subsistir.

Isabela se puso algún tanto colérica y encendida al decir esto, y como la condesa lo notara, procuró calmarla.

—Tienes excelente corazón, Isabela, y me agrada que tomes la defensa de tus amigas con tanto entusiasmo; pero yo he vivido más que tú y conozco el mundo.

En esto se escuchó el ruido de una carroza, y la condesa, poniéndose en pie, continuó:

—Breve, Isabela, concluye.... recoge el pelo, solamente, y dame la red de oro y el vestido celeste, que Don Fernando llega.

Isabela colocó en la cabeza de Eleonora una graciosa red de oro, le puso un vestido azul bordado, y un calzado blanco, y encendiendo unos pebeteros de plata que estaban sobre el tocador, salió de la alcoba.

A pocos momentos volvió á entrar y dijo á la condesa:

—El general Bernardes desea hablar á mi noble señora.

—El general Bernardes, ¿qué quiere aquí? Siempre el general Bernardes en mi casa. Díle, Isabela, que no estoy visible.

Isabela iba á salir; pero Eleonora, dejándose caer con impaciencia en la otomana, le

ordenó que introdujese á la visita anunciada.

VI.

—Señora condesa, á vuestros piés.

—¿Puedo saber, señor general, qué motivo me proporciona el honor de veros hoy por mi casa? dijo Eleonora, sin moverse de la postura voluptuosa en que se habia colocado.

—Siempre tengo algún motivo para veros, Eleonora, respondió el general tomando una silla y sentándose frente de la condesa; en primer lugar, admirar vuestra hermosura, que es mayor ahora que cuando la cedisteis al soldado que venia cubierto de gloria del sitio de Zaragoza; y en segundo, preguntaros si habéis podido indagar de la suerte de esa pobre criatura que arrojásteis al mundo.

—Siempre destilan acíbar y venganza vuestras palabras, general. ¿No os habéis cansado de martirizarme? Catorce años hace que nos volvimos á ver después de la época fatal de nuestros amores, y dia por dia con pocas interrupciones, me habéis hecho esa misma pregunta.

—Con efecto, tiene algo de extraño. Yo soldado, rudo, criado entre los combates y la pólvora, debia haber olvidado enteramente á mi hija; mientras que vos, dama

hermosa, reclinada en vuestras otomanas de tisú, y respirando los aromas de los naranjos y pebetes, debiérais haber tenido presente á todas horas, que la pobre criatura que arrojásteis de vuestra casa, acaso mendiga ahora un pedazo de pan; acaso su miseria la ha puesto en la carrera de la prostitución. Ved los fenómenos que nos presenta el mundo. Al través del corazón encallecido del soldado, penetra un sentimiento tierno y sublime de amor paternal, y el corazón delicado y suave de una gran señora, no tiene un lugar para el recuerdo de su hija. Esto es muy criminal, señora, y la indiferencia con que escucháis mis preguntas, y las ningunas diligencias que practicáis para averiguar la suerte de esa inocente, me exaltan hasta el grado de que el día menos pensado os arrancaré esa máscara de santidad con que aparecéis á la vista del mundo, y proclamaré no sólo que habéis tenido una hija, sino que.....

—Piedad, Bernardes, piedad. ¿Por qué empeñarse en acibarar mi vida? ¿Por qué inflamar una llaga dolorosa y siempre abierta en mi corazón? Soy madre, y daría mis tesoros, mis joyas, mis castillos, por encontrar á mi pobre niña, besar una vez su frente, y morir en seguida; pero vos tuvísteis la culpa, hubiérais ocurrido aquella noche á la cita, la niña estaría hoy en vuestro poder.

—A la hora de la cita estaba yo tendido, nadando en sangre, casi moribundo....

—¿Es posible? y no me lo habíais contado.

—Vuestro padre me desafió, yo no admití, me llenó de insultos, y los sufrí; sacó la espada y la hundió en mi costado, y yo no exhalé una queja, porque prefería la muerte antes que ofender al padre de Eleonora. Mientras esto pasaba, Eleonora, mujer sin valor, sin energía, sin sentimientos de madre, enviaba á la hija que acababa de dar á luz, á.... sépalo Dios. Es menester olvidar estos acontecimientos. Hablemos de otra cosa, señora condesa.

—Como gustéis, respondió en voz baja Eleonora.

—Será bueno que os diga, condesa, que una vez perdida la esperanza de encontrar á mi hija, ha necesitado mi corazón amar, distraerme, gozar, aunque sean placeres ilícitos, porque quiero aún, á costa de mi felicidad eterna, sacudir este peso que agobia mi vida, arrojar de mi corazón un dolor sordo que hace verter lágrimas á mis ojos, á todas las horas del día. Ya sabéis lo que es esto, Eleonora: un amor malogrado; una hija perdida.

—Por piedad, general.

—Vamos, condesa, os hablaré de cosas más alegres, puesto que tanto os contristan esos recuerdos. Sabed, pues, que hace días

que tengo la idea de llevarme á vivir á una de mis casas de campo, á esa pequeña bailarina tan graciosa que llaman María Paquita.

—Y bien, general, ¿qué tengo yo que ver con esos caprichos? Haced lo que queráis.

—Allá vamos. Necesito que vos me entreguéis á esa joven.

—¡Yo! exclamó colérica Eleonora.

—Vos, condesa, y de una manera muy sencilla. Salid vos un día de vuestra casa, y decid á vuestra doncella Isabela, que convide á su amiguita María á pasar el día con ella; entonces yo vendré y todo se hará.

—Eso es una infamia, general; y ya que tanto me habéis atormentado, no me afrentéis con tanta desvergüenza. Salid de mi casa, general.

—Calma, Eleonora, calma. Aprended á sufrir de mí, que dieciseis años llevo de guardar nuestro secreto, y merced á él aparecéis casta, pura y santa á los ojos del mundo. Aprended de mí, que no os partí el corazón cuando lo entregásteis á otro amante.... Os digo, que mando que hagáis lo que llevo dicho, continuó el general con voz enérgica, ó de lo contrario....

—Jamás lo haré. Obrad como os parezca.

—Veo que es necesario desistir de mi idea, repuso el general, y estáis hoy intratable. Apropósito, ¿cuándo os casáis?

—Dentro de ocho días, contestó secamente la condesa.

—Me temo que no sea así.

—¿Por qué lo decís?

—¡Friolera! Vuestro futuro esposo está enamorado como un Orlando, de esa miniatura de María, y á fe que tiene razón.

—¡Enamorado!.... Eso es mentira, replicó Eleonora dejando ver en sus labios su amarga sonrisa.

—Podrá ser; pero yo lo he visto salir tres días consecutivos de la casa de María.

—¿De veras?

—Figuraos si un amante como yo, no expiará los pasos de su rival. Os digo que tres días consecutivos lo he visto salir de la casa.

—¡Oh! mi orgullo se ofende mucho de esa preferencia, general.

—¡Oh! Y el mío también, condesa.

—Es una vergüenza que una condesa se vea despreciada y olvidada por una aventurera, por una cómica.

—Es una vergüenza que un general que cayó bajo los escombros de Zaragoza, se vea suplantado por un Marica barbi-lampiño.

—Verdaderamente estoy por decir que tengo celos, general.

—¡Oh! yo rabio, condesa; también tengo celos.

—Esa mujer me humilla, dijo la condesa,

—Ese hombre me pone fuera de sí, replicó el general.

—Es una infame esa mujer.

—Es un malvado ese hombre.

Hubo un rato de silencio.......

El general tomó su sombrero y dijo á la condesa:

—¿Conque no aceptáis lo que os propongo?

—Todo estará dispuesto, respondió Eleonora. Venid mañana á medio día.

—Adiós, condesa.

—Adiós, general, contestó Eleonora, dejando asomar su amarga sonrisa.

VII.

—Vamos, Fernando, levanta esos ojos, alégrate y ríe, y canta como lo hace tu amigo.

"Suona la tromba, etc.

¡Hola! traígannos una botella de Málaga, unos salchichones, unos buenos trozos de queso, cualquier cosa. ¡Canario! llevo catorce horas de correr á todo galope sin probar bocado, sólo por anunciarte que en esta tarde llega tu familia, y que pasado mañana serás el esposo de la hermosa Eleonora.

Fernando levantó la cabeza que tenía apoyada en una mano, y miró al interlocutor, que era un joven de regular figura, y que vestía traje de camino.

—Y bien, Fernando, ¿qué dices de esto?

—Precisamente me recuerdas un asunto que tenía olvidado.

—¡Olvidado! ¿Y por qué?

—Porque no puedo absolutamente casarme con Eleonora.

—¿Has hecho algún voto monástico.... ó el romanticismo y la locura te han asaltado?

—Ni lo uno, ni lo otro.

—Entonces.....

—Es un asunto muy sencillo. Caminando una vez de Granada á Sevilla, paré en un mesón donde lo hacía también la diligencia.

—¡Vamos! aventura tenemos, asunto sentimental para que García Gutiérrez haga otra Magdalena (1); pero es menester remojarnos la boca, y el vino ha llegado á tiempo.

Un criado se presentó con un par de botellas de vino, unas copas, y algunos salchichones y fiambres.

—A la salud de tu futura, Fernando. Ahora prosigue.

—Eres un loco de atar, Miguel, y te perdono tus sarcasmos, porque sé que no tratas de ofenderme.

—Te oiré con seriedad, prosigue.

—Traté de informarme por curiosidad cuántos pasajeros conducía el carruaje; se me dijo que un par de viejos y una joven que caminaba sola, y sola también se había alojado en un cuarto cuyo número se me indicó. Por la tarde crucé varias veces por delante de la puerta, y sólo pude distinguirla con un velo verde y una capota, sentada en el fondo del cuarto, cabizbaja y triste. Me retiré decidido á dormir para levantarme temprano y llegar á la quinta de mi tío. Eran las nueve cuando había formado esa resolución; pero el diablo sin duda me inspiró la idea de pasar por última vez delante del cuarto. No había luz ya: empujé la puerta y encontréla abierta: entré á tientas conteniendo la respiración, dando á pausa pequeños pasos. Oí una ligera respiración; el enagenamiento me dió valor... ¡Infeliz joven! suspiraba, lloraba, la ahogaban los sollozos.... Hoy he encontrado á esa joven, la amo, y deseo por otra parte reparar mi falta y hacerla feliz. He aquí el motivo porque he desistido de la idea de casarme con Eleonora.

—¿ Y quién es la tal joven?

—María Paquita, bailarina del teatro de Granada.

—Ta, ta, ta... esa sí es locura gorda, exclamó Miguel, empinándose un vaso de vino. Despreciar á una mujer hermosa, con

más de treinta mil duros de renta, por una miserable comedianta, que sabe Dios cuál habrá sido su vida!...... ¿Y es posible que seas tan cándido, Fernando? Todas esas mujeres del mundo tienen una historia sentimental que contar; todas están en mala carrera por la perfidia de un seductor, ó la traición de un amante. Mentiras solemnes. Embustes que tienden como un anzuelo, para pescar á los crédulos ó imbéciles.

—Dejo correr tu lengua porque no tiene remedio; pero te advierto, que además de que yo estoy persuadido de la buena fe de esta muchacha, la amo, y con esto queda dicho todo.

—Allá arreglarás esas cuentas con tu padre. Cabalmente diviso un coche. Miguel se asomó al balcón y exclamó:.... justo.... él es....

A poco rato un coche paró en la posada, y se apeó de él D. Saturnino Nemesio Garcés, padre de nuestro héroe.

VIII.

Era D. Nemesio Garcés un hombre como de cincuenta y cinco años, delgado, de cabeza cana, cútis rugado y rojo. Su carácter era agrio, y sus ideas estaban enteramente ajustadas al molde antiguo, de suer-

te que en el fondo del alma era un carlista hecho y derecho, aunque en lo aparente, había adoptado por cálculo y conveniencia la opinión del partido liberal. Apenas descendió del carruaje, cuando se arrojó á los brazos de su hijo con afectada jovialidad, y ambos subieron la escalera y entraron al cuarto, en cuya puerta quedó aguardándolos nuestro nuevo conocido Miguel.

—¿Os ha ido bien en el camino, padre mío?

—Regularmente. Lo único que sucedió fué, que creía ahogarme en fuerza de la violencia con que he andado.

—¿Y por qué tanta precipitación?

—Porque era forzoso llegar á tiempo de impedir una locura.

—Señor, tengo una deuda de honor que pagar.

—¡Chitón! no quiero oír referir esas historias que me tienen fastidiado. Todo lo sé....

—Entonces cumpliré con los deberes de caballero.

—¡Lindo propósito! ¿Qué fuera de vds. los jóvenes, si se debieran casar con cuantas mujerzuelas encontraran en sus orgías y locuras? ¡Graciosa cosa! El hombre se extravía por un momento; pero luego vuelve á la senda del honor. Hablemos claro: si tú te casaras con esa bailarina, era menester que te ausentaras de España; y

eso no lo podrias hacer, porque merced á tus buenas disposiciones no sabes ganar un centavo por tu cuenta.

¡Linda felicidad conyugal! Figúrate casado con una mujer sin educación, sin moral, sin nada, vamos.... y luego pobre y obligado á llevarla á los teatros, para que vendiendo su pudor á la vista licenciosa del público, mantuviera al ilustre cuanto imbécil marido. Conoces mi carácter, Fernando; sabes que no retrocedo, que tomaría una pistola y te volaría el cráneo antes que faltar al compromiso que hemos contraído con la condesa Eleonora.... Por una parte tienes una mujer virtuosa, noble, rica, que te proporcione mejor posición y ámplias comodidades en el mundo; por otra la miseria, el aislamiento, el disgusto amargo que trae consigo el tener que vivir con una mujer de condición tan desigual; el anatema que arrojará la sociedad sobre tí, y lo que es más, la maldición y el enojo eterno de tu padre. En tu arbitrio está el escoger. Mañana debemos ir á concluir con la condesa el asunto del casamiento, y tienes cerca de 24 horas para pensar. Te dejo solo y me retiro á mi cuarto.

El viejo se salió, y Miguel, después de echar los últimos tragos de vino, salió también riéndose de lo que él llamaba tontería inaudita de Fernando.—Este, por su parte, cerró la puerta de su cuarto y se arrojó al lecho.

Al cabo de cinco horas que volvió en sí de este vértigo, de esta dolorosa soñolencia en que lo había sumergido la difícil posición en que se encontraba, se dirigió maquinalmente á la caja donde estaban sus pistolas. Entre la lucha del amor y del egoísmo, el diablo quería poner por arbitrio al suicidio.

—Perder para siempre, decía Fernando, á tan noble, tan hermosa y tan desgraciada criatura, abandonarla en su camino de lágrimas después de haber arrancado el velo á su virginidad. ¡Oh! jamás; iré esta misma noche, hablaré á María, la obligaré á huir, y abandonaremos á mi padre, á la condesa, á mi familia, á mi patria.

—¿Huir? ¡Condenación! ¿y con qué recursos cuento, cuando no tendría ni aun para pagar la diligencia?—Ella tendrá.—¡Ah! no, tampoco viviré á expensas de una huérfana, de una pobre, esto sería infame y vergonzoso.

Fernando entre tanto reconocía y volteaba de todos lados las pistolas.

Después quedaba sumergido en un éxtasis de avaricia, en que se encontraba dueño de relucientes carrozas, de soberbios castillos, de magníficas casas de campo, y amado por una mujer si no joven, sí bastante hermosa y llena de esos atractivos que fácilmente adivina la mente de un joven. Entonces juzgaba que María era una

muchacha falaz, que trataba de seducirlo con embustes y fingidas historias. Se figuraba escarnecido y desechado del círculo de esa sociedad en que había vivido, teniendo que subsistir á expensas del trabajo de su mujer, y abatido hasta el grado de consentir que sirviera de pasto y espectáculo á la lubricidad de los espectadores. La balanza se inclinaba por la condesa.

Pero luego, la voz angélica y persuasiva de María, aquella historia profundamente trágica y dolorosa de dieciseis años de orfandad, aquel acento tan cándido y tan puro de la criatura casta, aunque no virgen, en que le había exigido una reparación de caballero, venían á la presencia de Fernando. Veía sonreir la pequeña boca de María, veía nublarse sus negros ojos con el llanto, sentía los rizos de pelo flotante que pasaban rozando su frente, sentía el contacto eléctrico de una mano, oía repetir á este serafín las dulces palabras: Fernando mío, yo te amo, eres la única esperanza de mi vida. ¡Oh! Corría de un lado á otro, se reclinaba en el lecho, se ponía de nuevo en pie, los latidos del corazón lo ahogaban, y la calentura enardecía su frente.

La balanza estaba inclinada por María.

Luego venía el recuerdo del acento duro del padre, las palabras enérgicas y lacónicas, brotadas, por decirlo así, de un pecho de acero. La pobreza, la imposibilidad

de fugarse con María, el remordimiento de un crimen no reparado, las ilusiones de amor desvanecidas, el vasallaje humillante á una condesa orgullosa.... Aquí el diablo ganaba, y el suicidio dejaba á la balanza incierta.

Horrible, atroz, encarnizada lucha la que emprende el amor con las conveniencias sociales.

Asomó la luz, y Fernando aún permanecía con el enagenamiento é insomnio que hemos procurado describir. Abrió la ventana, y el aire fresco de la mañana calmó algún tanto la fiebre que devoraba su sangre. Se acostó en seguida y durmió dos horas, al cabo de las cuales se levantó un poco convulso, pálido, y con unas líneas moradas al derredor de los ojos.

La lucha había terminado. El egoísmo mató al amor, y Fernando se puso al tocador, mientras de que venía su padre, resuelto á casarse con Luisa Eleonora, condesa de Peña-Negra.

IX.

Mucha destreza y maña tuvo Eleonora para persuadir á su doncella Isabela, para que convidara é hiciese que María fuese á pasar á la quinta el día, la cual consintió sin dificultad, y antes bien tenía la esperanza de desahogar en el seno de su amiga,

los pesares amorosos que la agobiaban. Se dispusieron, por fin, las cosas de tal manera, que cuando llegó el general, la condesa, que había fingido salir, pero que en realidad permaneció oculta en las habitaciones lejanas de la quinta, le dijo con su amarga sonrisa:

—Bernardes, tenéis ya á vuestra víctima dispuesta; pero sabed que esto lo he hecho por vengarme, y no por obedeceros.

—Está bien, Eleonora, para mí todo es igual, repuso el general en tono irónico; y puesto que me habéis servido como yo os mandé, poco me importa el motivo.

La condesa iba á contestar el insulto, pero el general no le dió tiempo, pues volteándole la espalda se dirigió á la parte de la quinta que le había indicado la condesa.

—Por fin te volví á ver, niña hermosa, exclamó el general, introduciéndose en la recámara donde estaba María, y cerrando la puerta con llave.

—¡¡Señor general!! gritó asombrada la muchacha.

—Gracias á Dios que no me has olvidado.

—Era imposible, señor general, que olvidara al que tuvo compasión de mis lágrimas, y me socorrió en mi desventura. Pero ¿por qué habéis cerrado esa puerta? Isabela vendrá, y la señora condesa puede llegar á saber....

—No hay cuidado, María, nada nos interrumpirá, y en cuanto á la condesa, bastante ocupada está en el asunto de su boda, para que pueda ocuparse de nosotros.

—¡Se casa la condesa! interrumpió María.

—Y con D. Fernando Garcés nada menos.

María se puso pálida, hasta el grado de que sus hermosos labios de coral, quedaron blancos como la azucena.

—Te he dicho la verdad, María.

—Eso es falso, Fernando no puede casarse, contestó la joven con mucha agitación; vos me queréis engañar, vos queréis matarme, vois sois muy cruel, señor. D. Fernando es honrado, y tiene que devolver el honor á una mujer á quien se lo arrancó infamemente en medio de las tinieblas, en el silencio de la noche, como lo hace un cobarde, un traidor. Perdonadme, señor, si profiero estas palabras.

—Tienes razón: sé que te ha engañado, que te ha burlado, y que no tienes otro recurso sino olvidar á un miserable que no es digno de tu amor.

María reflexionó un momento, y con tono resuleto dijo al general:

—¿Habéis enviudado ya?

—No, María; pero te amo, te amo con esa pasión frenética de anciano que no conoce límites. Si hubiera enviudado, desde

la primera noche que te ví bailar, te habria hecho mi esposa.

—Pues entonces, señor general, dejadme ir con mi desesperación y mis martirios, como me dejáasteis salir la otra vez de vuestra casa con mi orfandad y mis lágrimas.

—¿Abandonarte ahora, María? Eso es imposible. Te hablaré francamente. La vez que te ví en mi casa, eras un angel inocente, á quien no quise arrancar su único patrimonio, que era el candor y la pureza; hoy son otras las circunstancias, conoces ya el mundo, y ningún remordimiento me causará el obligarte á que seas mía, cuando lo has sido ya de otro infame que prefiere las riquezas y la avaricia á tu amor.

—Ese acento me espanta, señor general. Abrid la puerta, dejadme salir, matadme si queréis. ¡Oh! ¡piedal, piedad!

—La vez primera, María, me conmovieron esas dos palabras que acabas de pronunciar; pero hoy mis sensaciones son de amor, de delirio.... María.... María, es forzoso que me ames, es necesario que dulcifiques mi vida, es fuerza que calmes esta fiebre que quema mi alma, que rompe mis sienes, que destroza mi corazón.

Al decir esto, los ojos del general estaban ardientes, sus labios espumosos, su nariz hinchada, su respiración dolorosa y entrecortada.

María se armó de valor, y desencadenándose de los brazos del general, le dijo:

—Señor general, esos arrebatos os hacen aborrecible á mis ojos: calmaos por piedad, ú os juro que me mataréis, me hollaréis á los piés, antes que consentir una sola de esas caricias....

—¡Compasión, María, compasión! exclamó el general cayendo de rodillas, y asiéndose fuertemente de las manos de María.

María se retiraba, diciendo:—Soltadme, señor, soltadme.

El general arrastrándose de rodillas no cesaba de gritar:—¡Compasión, piedad!

Escena era esta que participaba de lo trágico y de lo cómico. Ridículo sería ver al general, anciano y valiente, arrastrándose, con el cabello blanco en desorden, los ojos centellantes y las manos crispadas ante una muchacha. Sublime sería contemplar á esta muchacha más hermosa, con los colores encendidos que la cólera hacía brotar en su rostro, rechazando heróicamente los halagos del amante.

Duró largo rato esta escena, hasta que el general colérico se levantó, y dijo á María:— Me obligas á ser cruel y brutal...la fuerza.....

María corrió asustada al otro estremo del cuarto; el general la siguió. Ella se escabullía, se ocultaba tras de los muebles, llo-

raba, gritaba...... no hubo remedio: el general la tomó entre sus brazos, y lo primero que hizo fué desgarrar la pelerina de seda que cubría su albo seno... Retrocedió espantado, desencajó los ojos, abrió la boca, y un temblor sobrecogió todos sus miembros; después cayó de rodillas con las manos enclavijadas, exclamando con emoción:—Gracias, Dios mío, gracias; tu infinita bondad me ha evitado un crimen, y devuelto á mi hija.

María oía con asombro estas exclamaciones del general, y juzgaba que había perdido el juicio.

—Dime, María, repuso el general con una voz dulce, ¿eres huérfana?

—Ya lo he dicho, señor.

—¿Y cómo has adquirido este rosario de concha nácar, que llevas pendiente en tu cuello?

—Señor, la pobre mujer que me crió como á su hija, me lo dió cuando estaba próxima á morir, diciéndome que algún día podría yo saber merced á él quién era mi madre.

—Y has sufrido mucho en tu vida, ¿no es verdad, hija mía?

—Mucho, señor general, mucho, contestó María enjugando su llanto y cubriéndose el seno que aún tenía desnudo.

—Y dime, María, ¿me perdonarás la locura que acabo de hacer? Te quería ultra-

jar, te quería ofender; pero... no sabía lo que hacía, María. ¿Me perdonas?

—Señor.....

—¿Y si yo quisiera adoptarte por hija? ¿Si mi frenesí se cambiara en un amor santo y puro? ¿Si te indemnizara con mis atenciones paternales, de tanta humillación, de tantos pesares como has sufrido tú, mi pobre niña?

—¡Ah! sois muy generoso, señor general: todo lo olvido por mi parte, y no veo ya sino al hombre leal y franco que no quiso mancillar mi inocencia.

—Pero sabes, María que...que...quiero abrazarte, porque ese rosario fué un regalo que yo hice á tu madre, porque..... perdóname, María.

—¡Señor! ¡Señor!

—¡Ah! Si vieras cuánto sufro, si vieras cómo temo que me aborrezcas...

—¿Sabeis quién es mi madre, señor? Decídmelo. decídmelo al momento para postrarme á sus pies, para bañar su rostro con mi llanto. ¡Ah! ¡Madre mía! ¡Madre mía!

—María.....María......dijo el general sollozando, ¡tú eres mi hija!....¿Me quieres abrazar?

—¡Ah!....Señor!......Padre mío! exclamó María, arrojándose en brazos del anciano.

Los dos lloraron. ¡Dulces lágrimas las que se derraman en una ocasión semejante!

Mientras esto pasaba, Eleonora que había estado platicando con Fernando, procuró mañosamente indagar hasta qué punto llegaba el amor que éste profesaba á María. Fernando, disculpándose, dijo:—Que era un amor frívolo y sin consecuencias, nacido más bien de la compasión hacia una pobre huérfana, á quien sus padres abandonaron poco tiempo después de nacida.

La condesa, interesada vivamente, quiso saber todos los pormenores, y cuando Fernando le refirió que la única prenda que tenía la huérfana para ser conocida de sus padres, era un rosario de concha nácar, corrió desolada á la habitación donde estaban el general Bernaldes y María.

—¡Ah, general! ¿Qué habeis hecho? exclamó la condesa mirando á María sentada en las rodillas de Bernaldes.

—¿Qué he hecho, condesa? Encontrar á mi hija.

—¡Gracias, Dios mío! exclamó la condesa.

—Abraza y perdona á tu madre, María, dijo el general. Todos hemos sido desgraciados; pero este momento de felicidad sólo es comparable á los que se gozarán en los cielos.

María trató de arrodillarse á los pies de la condesa; pero ésta la levantó en sus brazos, la besó la frente, las mejillas, los ojos, lloraba, reía, estaba á punto de volverse loca.

—¡Ah! hija mia! ¡Hija mia! Tú me has vuelto la dicha y la paz de la vida. Tú has quitado de mi corazón un peso terrible que hacía dieciseis años que lo oprimía: tú eres el ángel del cielo que va á acompañarme en mi soledad. Vida mía, ¿olvidas que te abandoné recién nacida? ¿Olvidas que durante tu juventud no he sido tu madre? ¿Olvidas que por mí has sufrido el hambre, la vergüenza y la desnudez?

—Señora y madre mía: no me acuerdo sino de que os tengo entre mis brazos; que confundo mis lágrimas con las vuestras; que soy feliz en poder pronunciar ese nombre sublime y dulcísimo de madre.

Ahora, dijo el general, es menester pensar en la suerte de María. Haced que venga D. Fernando aquí, condesa. La condesa salió y regresó en breve, acompañada de Fernando.

—Señor Garcés, le dijo el general, vuestro amor y vuestros votos se ven hoy cumplidos. Aquí teneis á María: no es una mujer del pueblo; no es una bailarina; es la hija de un valiente soldado y de una noble señora.

—¿Cómo?......explicadme.

—Es nuestra hija, Fernando, interrumpió la condesa, y si vos lo quereis, será vuestra esposa y llevará un noble apellido, y cien mil pesos de renta. ¿Qué decis?

—Que la admito por esposa, porque la

adoro, señora, y porque un caballero debe satisfacer lo que debe al honor. En cuanto al dote, lo renuncio: trabajaré para ella, pues ya tengo á quien dedicar mi existencia y mis pensamientos.

—Abandonad esas locuras, Fernando, interrumpió el general; la condesa y yo somos ricos, y todo, todo es para la felicidad de nuestra hija. Esta noche os casareis, y mañana partireis á Nápoles: dentro de pocos días, la condesa y yo nos reuniremos con vosotros, y en esa tierra de cielo azul, de brisas perfumadas, como la de Granada, pasaremos felices y tranquilos el resto de nuestra vida.

Con efecto, en la noche se casaron María y Fernado, y al día siguiente tomaron el camino de Nápoles. A los dos meses, la condesa de Peña-Negra y el general Bernaldes, se casaron también y partieron á reunirse con sus hijos.

Dios hizo desde entonces á toda la familia, la más feliz de la tierra.

Agosto de 1843.

AMOR SECRETO.



Mucho tiempo hacía que Alfredo no me visitaba, hasta que el día menos pensado se presentó en mi cuarto. Su palidez, su largo cabello que caía en desorden sobre sus carrillos hundidos, sus ojos lánguidos y tristes, y por último, los marcados síntomas que le advertía de una grave enfermedad, me alarmaron sobremanera, tanto que no pude evitar el preguntarle la causa del mal, ó mejor dicho, el mal que padecía.

—Es una tontería, un capricho, una quimera lo que me ha puesto en este estado; en una palabra, es un amor secreto.

—¿Es posible?

—Es una historia, prosiguió, insignificante para el común de las gentes; pero quizá tú la comprenderás: historia, te repito, de esas que dejan huellas tan profun-

das en la existencia del hombre, que ni el tiempo tiene poder para borrar.

El tono sentimental, á la vez que solemne y lúgubre de Alfredo, me conmovió al extremo; así es que le rogué me contase esa historia de su amor secreto, y él continuó:

—¿Conociste á Carolina?

—Carolina!.... ¿Aquella jovencita de rostro expresivo y tierno, de delgada cintura, pie breve?....

—La misma.

—Pues en verdad la conocí y me interesó sobremanera.... pero...

—A esa joven, prosiguió Alfredo, la amé con el amor tierno y sublime con que se ama á una madre, á un ángel; pero parece que la fatalidad se interpuso en mi camino, y no permitió que nunca le revelara esta pasión ardiente, pura y santa, que habría hecho su felicidad y la mía.

La primera noche que la ví fué en un baile; ligera, aerea y fantástica como las silfides, con su hermoso y blanco rostro lleno de alegría y de entusiasmo. La amé en el mismo momento, y procuré abrirme paso entre la multitud para llegar cerca de esa mujer celestial, cuya existencia me pareció desde aquel momento que no pertenecía al mundo, sino á una región superior: me acerqué temblando, con la respiración trabajosa, la frente bañada de un sudor frío... ¡Ah! el amor, el amor verdadero es una

enfermedad bien cruel. Decía, pues, que me acerqué y procuré articular algunas palabras, y yo no sé lo que dije; pero el caso es que ella con una afabilidad indefinible me invitó á que me senatse á su lado: lo hice, y abriendo sus pequeños labios pronunció algunas palabras indiferentes sobre el calor, el viento etc., pero á mí me pareció su voz musical, y esas palabras insignificantes sonaron de una manera tan mágica á mis oídos, que aún las escucho en este momento. Si esa mujer en aquel acto, me hubiera dicho: yo te amo, Alfredo," si hubiera tomado mi mano helada entre sus pequeños dedos de alabastro, y me la hubiera estrachado; si me hubiera sido permitido depositar un beso en su blanca frente.... ¡Oh! habría llorado de gratitud, me habría vuelto loco, me habría muerto tal vez de placer.

A poco momento un elegante invitó á bailar á Carolina. El cruel, arrebató de mi lado á mi querida, á mi tesoro, á mi ángel. El resto de la noche Carolina bailó, platicó con sus amigas, sonrió con los libertinos pisaverdes; y para mí que la adorada, no tuvo ya ni una sonrisa, ni una mirada, ni una palabra. Me retiré cabizbajo, celoso, maldiciendo el baile. Cuando llegué á mi casa me arrojé en mi lecho, y me puse á llorar de rabia.

A la mañana siguiente, lo primero que

hice fué indagar dónde vivía Carolina, pero mis pesquisas por algún tiempo fueron inútiles. Una noche la ví en el teatro, hermosa y engalanada como siempre, con su sonrisa de ángel en los labios, con sus ojos negros y brillantes de alegría. Carolina se rió unas veces con las gracias de los actores, y se enterneció otras con las escenas patéticas; en los entreactos paseaba su vista por todo el patio y palcos, examinaba las casacas de moda, las relumbrantes cadenas y fistoles de los elegantes, saludaba graciosamente con su abanico á sus conocidos, sonreía, platicaba....y para mí, nada.... ni una sola vez dirigió la vista por donde estaba mi luneta, á pesar de que mis ojos ardientes y empapados en lágrimas, seguían sus más insignificantes movimientos. También esa noche fué de insomnio, de delirio; noche de esas en que el lecho quema, en que la fiebre hace latir fuertemente las arterias, en que una imagen fantástica está fija é inmovil en la orilla de nuestro lecho.

Era menester tomar una resolución. En efecto, supe por fin dónde vivía Carolina, quiénes componían su familia, y el género de vida que tenía. ¿Pero cómo penetrar hasta esas casas opulentas de los ricos? ¿Cómo insinuarme en el corazón de una joven del alto tono, que dedicaba la mitad de su tiempo á descansar en las mullidas oto-

manas de seda, y la otra mitad en adornarse y concurrir en su expléndida carroza á los paseos y á los teatros? ¡Ah! si las mujeres ricas y orgullosas, conociesen cuánto vale ese amor ardiente y puro, que se enciende en nuestros corazones, si miraran el interior de nuestra organización, toda ocupada, por decirlo así, en amar; si reflexionaran que para nosotros, pobres hombres á quienes la fortuna no prodigó riquezas, pero que la naturaleza nos dió un corazón franco y leal, las mujeres son un tesoro inestimable, y las guardamos con el delicado esmero que ellas conservan en un vaso de nácar las azucenas blancas y aromáticas, sin duda nos amarían mucho; pero. . . las mujeres no son capaces de amar el alma jamás. Su carácter frívolo las inclina á prendarse más de un chaleco, que de un honrado corazón; de una cadena de oro ó de una corbata, que de un cerebro bien organizado.

He aquí mi tormento. Seguir lánguido, triste y cabizbajo devorado con mi pasión oculta, á una mujer que corría loca y descuidada entre el mágico y continuado festín de que goza la clase opulenta de México. Carolina iba á los teatros, allí la seguía yo: Carolina en su brillante carroza daba vueltas por las frondosas calles de árboles de la Alameda; también allí me hallaba yo sentado en el rincón oscuro de una

banca. En todas partes, ella estaba rebosando alegría y dicha, y yo mústio, con el alma llena de acíbar y el corazón destilando sangre.

Me resolví á escribirle. Dí al lacayo una carta, y en la noche me fuí al teatro lleno de esperanzas. Esa noche acaso me miraría Carolina, acaso fijaría su atención en mi rostro pálido, y me tendría lástima.....era mucho esto: tras de la lástima vendría el amor, y entonces sería yo el más feliz de los hombres. ¡Vana esperanza! En toda la noche logré que Carolina fijase su atención en mi persona. Al cabo de ocho días me desengañé que el lacayo no le había entregado mi carta. Redoblé mis instancias y conseguí por fin, que una amiga suya pusiese en sus manos un billete, escrito con todo el sentimentalismo y candor de un hombre que ama de veras; pero, ¡Dios mío! Carolina recibía diariamente tantos billetes iguales; escuchaba tantas declaraciones de amor; la prodigaban desde sus padres hasta los criados tantas lisonjas, que no se dignó abrir mi carta, y la devolvió sin preguntar ni aun por curiosidad quién se la escribía.

¿Has experimentado alguna vez el tormento atroz que se siente, cuando nos desprecia una mujer á quien amamos con toda la fuerza de nuestra alma? ¿Comprendes el martirio horrible de correr día y

noche, loco, delirante de amor tras de una mujer que rie, que no siente, que no ama, que ni aun conoce al que la adora?

Cinco meses duraron estas penas, y yo constante, resignado, no cesaba de seguir sus pasos y observar sus acciones. El contraste era siempre el mismo: ella loca, llena de contento reía y miraba al drama que se llama mundo, al través de un prisma de ilusiones; y yo triste, desesperado, con un amor secreto que nadie podía comprender, miraba á todas las gentes tras la media luz de un velo infernal.

Pasaban ante mi vista mil mujeres; las unas de rostro pálido é interesante; las otras llenas de robustez, y brotándolas el nácar por sus redondas mejillas. Veía unas de cuerpo flexible, cintura breve y pie pequeño; otras robustas, de formas atléticas; aquellas de semblante tétrico y romántico; las otras con una cara de risa y alegría clásica; y ninguna, ninguna de estas flores que se deslizaban ante mis ojos, cuyo aroma percibía, cuya belleza palpaba, hacía latir mi corazón, ni brotar en mi mente una sola idea de felicidad. Todas me eran absolutamente indiferentes; sólo amaba á Carolina, y Carolina.... ¡Ah! el corazón de las mujeres se enternece, como dice Antony, cuando ven un mendigo ó un herido; pero son insensibles cuando un hombre les dice: "te amo, te adoro, y tu amor es tan ne-

cesario á mi existencia como el sol á las flores, como el viento á las aves, como el agua á los peces." ¡Qué locura! Carolina ignoraba mi amor, como te he repetido, y esto era peor para mí que si me hubiese aborrecido.

La última noche que la ví fué en un baile de máscara. Su disfraz consistía en un dominó de raso negro; pero el instinto del amor me hizo adivinar que era ella. La seguí en el salón del teatro, en los palcos, en la cantina, en todas partes donde la diversión la coducía. El ángel puro de mi amor, la casta virgen con quien había yo soñado una existencia entera de ventura doméstica, verla entre el bullicio de un carnaval, sedienta de baile, llena de entusiasmo, embriagada con las lisonjas y los amores que la decían. ¡Oh! si yo tuviera derechos sobre su corazón, la hubiera llamado, y con una voz dulce y persuasiva la habría dicho: "Carolina mía, corres por una senda de perdición: los hombres sensatos nunca escogen para esposas á las mujeres que se encuentran en medio de las escenas de prostitución y voluptuosidad: sepárate ¡por piedad! de esta reunión cuyo aliento empaña tu hermosura, cuyos placeres marchitan la blanca flor de tu inocencia; ámame sólo á mí Carolina, y encontrarás un corazón sincero, donde vacies cuantos sentimientos tengas en el tuyo: ámame,

porque yo no te perderé ni te dejaré morir entre el llanto y los tormentos de una pasión desgraciada." Mil cosas más la hubiera dicho; pero Carolina no quiso escucharme: huía de mí y risueña daba el brazo á los que la prodigaban esas palabras vanas y engañadoras, que la sociedad llama "galantería." ¡Pobre Carolina! La amaba tanto, que hubiera querido tener el poder de un Dios, para arrebatarla del peligroso camino en que se hallaba.

Observé que un petrimetre de estos almibarados, insustanciales, destituídos de moral y de talento, que por una de tantas anomalías aprecia y puede decirse venera la sociedad; platicaba con grande interés con Carolina. En la primera oportunidad lo saqué fuera de la sala, lo insulté, lo desafié, y me hubiera batido á muerte; pero él riendo me dijo: ¿qué derechos tiene vd. sobre esta mujer? Reflexioné un momento, y con voz ahogada por el dolor, le respondí "ningunos." Pues bien, prosiguió riéndose mi antagonista, yo sí los tengo, y lo va vd. á ver. El infame sacó de su bolsa una liga, un rizo de pelo, un retrato, unas cartas, en que Carolina le llamaba su tesoro, su único dueño. Ya ve, vd. pobre hombre, me dijo alejándose, Carolina me ama, y con todo la voy á dejar esta noche misma, porque colecciones amorosas iguales á las que ha visto vd. y que tengo

en mi cómoda, reclaman mi atención: son de mujeres inocentes y sencillas, y Carolina ha mudado ya ocho amantes.

Sentí al escuchar estas palabras, que el alma abandonada á mi cuerpo, que mi corazón se estrechaba, que el llanto me oprimía la garganta. Caí en una silla desmayado, y á poco no ví á mi lado más que un amigo que procuraba humedecer mis labios con un poco de vino.

Á los tres días supe que Carolina estaba atacada de una violenta fiebre, y que los médicos desesperaban de su vida. Entonces no hubo consideraciones que me detuvieran, me introduje en su casa decidido á declararle mi amor, á hacerle saber que si había pasado su existencia juvenil entre frívolos y pasajeros placeres, que si su corazón moria con el desconsuelo y vacío horrible de no haber hallado un hombre que la amase de veras, yo estaba allí para asegurarle que lloraría sobre su tumba, que el santo amor que la había tenido lo conservaría vivo en mi corazón. ¡Oh! estas promesas habrían tranquilizado á la pobre niña, que moria en la aurora de su vida, y habría pensado en Dios y , muerto con la paz de una santa.

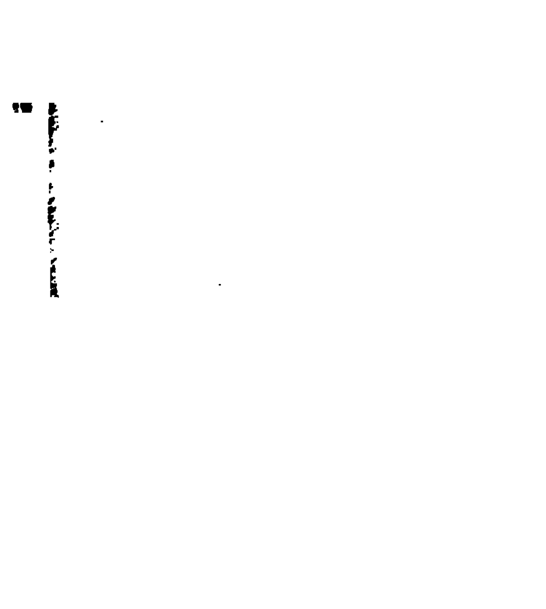
Pero era un delirio hablar de amor á una mujer en los últimos instantes de la vida, cuando los sacerdotes rezaban los salmos en su cabecera; cuando la familia llorosa

alumbraba con velas benditas de cera, las facciones marchitas y pálidas de Carolina. ¡Oh! yo estaba loco; agonizaba también, tenía fiebre en el alma. ¡Imbéciles y locos que somos los hombres!

Alfredo se envolvió en su capa y quedó sumergido en la más profunda meditación. Pasado un momento le dije:

¿Y qué sucedió al fin?

Al fin murió Carolina, me contestó; y yo constante la seguí á la tumba, como la había seguido á los teatros y á las máscaras. Al cubrir la fría tierra los últimos restos de una criatura poco antes tan hermosa, tan alegre y tan contenta, desaparecieron también mis más risueñas esperanzas, las solas ilusiones de mi vida. Alfredo salió de mi cuarto sin despedida.



Trinidad de Juárez.

LEYENDA DEL AÑO DE 1648.

I

Dos objeciones podrían hacer allá á sus solas los pacientes y benévoles lectores de cuentos y novelas al leer el título de la presente: á saber, por qué escogí el nombre de Trinidad, teniendo el calendario novelesco tan abundante acopio de Clorindas, Dorilas, Clotildes, etc., y por qué esta Trinidad se llama de Juárez. En cuanto á lo primero, diré que Trinidad sería un nombre, si se quiere algo raro cuando la heroína que lo llevara fuera una vieja de tez de cacao, regañona, llena de canas, picada de viruelas y plagada de resabios y malas mañas; pero cuando el nombre que he elegido (que es por otra parte verídico) lo lleve una jovencita de hermosa figura y de

hermoso corazón (porque ya os digo, lectores, mi heroína os la pintaré tan bella como pueda, tanto en sus cualidades físicas como morales) nada tendréis que echarme en cara. Trinidad es un lindo nombre para mí, lleno de encanto y de poesía, bien que los encantos y la poesía suelan desaparecer á veces como el celaje de nácar al impulso del viento, como la nieve con el calor del sol, como la flor que deshoja la mano destructora de un niño, como la esperanza del amor ante las realidades de la vida, como la espuma de las ondas con el paso de la nave, como la.... pero ¡Dios eterno! ¿dónde voy con tanta y tanta comparación, la mayor parte necias é inexactas?.... Baste decir que todas las cosas de este mundo son pasajeras como la vida de la mosca, deslumbradoras como la luz de una aurora boreal, y mentirosas como las patrañas que estampamos en el papel los que por oficio tenemos el muy honroso de divertir al público queriéndole hacer creer que conocemos el corazón humano y las pasiones amorosas y los entusiasmos políticos y.... al fin de toda esta farsa, ¿qué queda en el mundo del mísero escritor?... un poco de polvo encerrado bajo de la helada tumba.

Pero volvamos á la historia que según parece tiene trazas de haber comenzado ya y de ser estupenda y maravillosa.

Trinidad tenía madre y padre, cosa que no sería hoy muy del caso referir, pues apuradamente abundan hijos sin padres, cuyo fenómeno lo explican satisfactoriamente los nuevos autores de geología que pretenden que por medio del fuego ó del agua se forman las gentes.

Su madre de Trinidad era una santa y amable señora con cuarenta primaveras encima; pero ni el otoño había rugado su semblante, ni el estío quitado su color á las mejillas, ni el invierno derramado nieve en su cabeza: en una palabra, Doña Guadalupe (que éste era su nombre) estaba fresca y rozagante, con su cabello negro, sus dientes blancos y cabales, y su fisonomía toda anunciaba que había tenido una vida tranquila, sobria y arreglada.

He dicho quién era la madre de Trinidad; ahora diré que su padre era un honrado gallego llamado D. Claudio de Avila, que emigró en su juventud á estos reinos, y á costa de largos años de trabajo y sufrimiento, hizo un corto capital; casóse en seguida con Doña Guadalupe, y siguió haciendo sus negocios de comercio con algún éxito, como se deja suponer, porque las colonias eran entonces una verdadera tierra de promisión.

Propúsole un amigo en una vez, hiciese un viaje á las Islas Filipinas, y él, animado con la perspectiva de una ganancia segura,

se decidió á tal viaje, y de hecho se embarcó en el puerto de Acapulco, llevando consigo casi todo su capital, pues sólo dejó á su familia una moderada cantidad para que viviese mientras él viajaba.

Pasó un mes, otro y otro, y finalmente un año, sin tenerse noticia de D. Claudio de Avila, á pesar de que la nao de China había llegado con regularidad al puerto. A cabo de dieciocho meses Doña Guadalupe recibió una carta en que un D. Antonio de Cimbrón, compañero de viaje de su marido, le anunciaba que éste había intentado penetrar al Japón y allí había naufragado su buque, y él caído en poder de aquellos malditos infieles, los cuales lo quisieron obligar á que se hiciera japonés y adorara á ciertos ídolos de madera, que maldita la veneración y respeto que inspiraban. D. Claudio se estuvo firme en los estribos, y no quiso abjurar la religión católica, á lo cual los japoneses le contestaron con un buen machetazo que hizo rodar al suelo la cabeza del honrado gallego. En rigor D. Claudio era ya después de muerto San Claudio; pero como se ha dicho que en el naufragio perdió su fortuna, fué imposible hacer diligencias para su canonización.

Como entonces no se usaban ni cirineos que ayudasen á los maridos á llevar la pesada carga del matrimonio, ni tampoco es-

taba en boga el mal de nervios en las mujeres, Doña Guadalupe sintió de todo corazón la muerte de su esposo y sin recurrir á ficciones ni escándalos, derramó día y noche abundantes lágrimas, por él, rezó fervientes plegarias á Dios por el descanso de su alma, y se redujo á una vida retirada, y á cultivar las virtudes en el tierno corazón de su hija, como un homenaje á la memoria del infortunado padre que no había tenido el placer de volver á estrechar en sus brazos á su linda Trinidad.

Trinidad acababa de cumplir quince años. La naturaleza en esta edad de las mujeres despliega todas sus gracias, todos sus atractivos, todos sus magníficos colores como el sol en las primeras horas del día. La juventud es la mañana de la vida; así por esa razón los poetas han comparado las hermosas con la aurora y con la primavera. En cuanto á Trinidad, había sido liberal la naturaleza en prodigarle atractivos á manos llenas. Tenía un cabello delgado y sutil, que sin exageración ni mentira, brillaba con los rayos del sol, como una madeja de oro. Sobre sus ojos expresivos y azules caían unas pestañas arqueadas, y detrás de sus labios encarnados y frescos, siempre dispuestos á sonreír con esos pensamientos de inocencia y candor que vuelan en torno de la juventud, resaltaban dos hileras de perlas. Su cútis era

de esos tersos como la seda y trasparentes y pulidos como el mármol; de esos cútis donde se ve circular la sangre, donde pueden contarse una á una las venas y las arterias; de esos cútis delicados que cree uno pueden empañarse con el soplo del viento, con el calor de la primavera, con el contacto de una mano cuando no está guiada por ese amor tan santo que el mundo corrompido llama con ironía "platónico." Trinidad no era ni alta ni de baja estatura; ni gruesa ni delgada; ni rosada ni blanca: era en su color, en las proporcionadas formas de su cuello, en la pequeñez de sus manos y pies, en lo redondo de sus contornos, en la expresión toda de su fisonomía, y en los colores de rosa de sus mejillas que revelaban la salud, la vida y la inocencia, un tipo excepcional de belleza que más bien pertenecía al cielo que al mundo, que tenía más de ángel que de mujer, más de ideal que de positivo, más de fantástico que de mundano.

En la época de que vamos hablando, Trinidad no sonreía, ni sus ojos expresaban el placer y alegría del alma, sino que por el contrario, vertían copiosas lágrimas. Luego que la madre leyó con voz ahogada y convulsiva la carta en que se le noticiaba la muerte de su esposo, la criatura cayó de rodillas, enclavijó sus manos y alzando sus lindos ojos anegados en lágrimas, pregun-

tó á Dios por qué le había arrebatado á su padre sin que ella hubiera podido darle en la frente un último beso, y recibir de rodillas su postrera y santa bendición paternal.

Dios, que podría haberse enfadado con una reconvención semejante de boca de un pecador endurecido, sonrió sin duda con el candoroso enojo de la niña y le concedió que estuviese tan bella y tan interesante en su dolor, que la madre se quedó contemplándola en un profundo éxtasis, y.... un poeta hubiera creído que era uno de los afligidos ángeles que lloraban en el Huerto cuando oraba el Señor del Mundo.

No necesitaba D. Claudio para haber volado á la gloria eterna, de que los inciviles japoneses le hubiesen cortado la cabeza, sino sólo de la oración de su hija Trinidad.

Dos personas tomaron también una parte activa en el sentimiento que causó á la familia de D. Claudio, y fueron un joven llamado Arturo Almazán y un anciano llamado D. Pedro de Juárez. El joven era huérfano de un español que murió de vómito á su llegada á la Veracruz, y se había educado en la casa de D. Claudio al lado de Trinidad, y á la sazón estaba concluyendo sus estudios en un colegio; y el anciano era un íntimo amigo del difunto, que había visto crecer casi en sus rodillas y bajo sus caricias á los dos chicuelos.

Cuando D. Pedro vió impensadamente que aquellas formas pequeñitas y delicadas de la niña Trinidad se habían desarrollado; cuando ya la niña era una hermosa joven, el anciano indiferente y solterón hasta entonces, sintió latir con fuerza su corazón y le pareció que la sangre circulaba más veloz y más expedita en sus venas y.... no sé qué cosa de fuego, hoguera y ceniza dicen los poetas; yo para mí juzgo que D. Pedro tenía amor y que cuando vió á la familia huérfana, abatida y sin tener recursos para subsistir, se le paseó por la imaginación el hacer á Trinidad su esposa. El público al menos lo dijo así, con todo y que es menester advertir que era entonces menos murmurador y maldiciente que ahora.

No sé á punto fijo por qué causas no se verificó en mucho tiempo tal matrimonio, sería acaso porque la pequeña Trinidad no estaría muy anuente, ó porque D. Pedro, como hombre de juicio, reflexionaría que no es posible la felicidad matrimonial, cuando hay tres ó cuatro decenas de diferencia en la edad de los novios.

Don Pedro, no obstante, se portó como un caballero. La familia no careció de auxilios pecuniarios, que es menester advertir, eran ministrados con la mayor liberalidad y delicadeza, puesto que jamás D. Pedro molestaba á la criatura con su viejo amor, ni pasaba los límites de una amistad respetuo-

sa y sincera. Todas las noches á la oración concurría D. Pedro á la casa, tomaba su amplia taza de chocolate, cuidando de rezar antes el "benedicite,' 'y después de haber dado gracias Dios porque le había dado de comer sin merecerlo, fumaba su cigarro, platicaba un rato de los sermones de los misioneros, de los milagros que hacía la inquisición, convirtiendo á los herejes, etc., y al primer toque de las ocho se retiraba, permitiéndose sólo hacer un honesto cariño en la cabeza á Trinidad, y desearle que para honra y gloria de Dios fuese tan hermosa y tan modesta. Nunca pasó de estos límites el amor respetuoso de D. Pedro.

Habían transcurrido ya algunos meses, el pesar se iba amortiguando con el tiempo, como sucede con los dolores más grandes y que uno juzga que han de ser eternos. Doña Guadalupe se tranquilizaba algún tanto, Trinidad iba volviendo á ponerse tan linda y tan encarnada como antes: Arturo continuaba sus estudios en el colegio, y D. Pedro Juárez tomando su chocolate, y dando á Trinidad su afectuosa y suave palmadita en la cabeza, ó cuando más en la mejilla, pero era una que otra vez, y para esto casi temblaban la mano y el corazón del pobre viejo.

Una noche dió la oración, las siete, las ocho, y finalmente las nueve, sin que D.

Pedro llamase á la puerta. La familia entró en cuidado, y Trinidad misma experimentó una especie de disgusto (tal es la fuerza de la costumbre). A las nueve y media tocaron fuertemente la puerta. Doña Guadalupe abrió asustada, y recibió á un criado que despavorido anunciaba, que D. Pedro se estaba muriendo de un fuerte cólico, y que suplicaba como un favor especial á Doña Guadalupe, fuese con su hija, pues de otra suerte ni se confesaría, ni moriría en gracia de Dios.

Doña Guadalupe no podía escusarse á tan urgente invitación, y como por otra parte la carroza de D. Pedro estaba en la puerta, no tuvo más remedio que colarse su basquiña, y correr á presenciar la dolorosa catástrofe que debía concluir con la vida de su protector.

Doña Guadalupe y Trinidad fueron introducidas á la recámara del paciente, el cual verdaderamente estaba en las orillas del sepulcro. Sus facciones estaban desencajadas, sus ojos vidriados, su voz trabajosa, y su vientre elevado, y además, había otros signos evidentes que anuncian que un enfermo tiene ya poco tiempo que vivir sobre la tierra, y son un médico que recetaba, un escribano que se calaba los anteojos y cortaba la pluma, y un padre franciscano con un Cristo y un breviario en la mano. Todos estos personajes estaban en la recámara de D. Pedro.

Luego que el paciente vió frente á su lecho á las dos señoras, procuró incorporarse, y con voz solemne, como es naturalmente toda voz que va á apagarse para siempre, y que no ha de tener ya eco en el corazón de las gentes, dijo: Señora, ¿sabéis que he amado con ternura á vuestra hija?

—Sé, D. Pedro, que habeis sido nuestro amparo en la tierra, y que tenemos una deuda inmensa de gratitud que pagaros. Hablad.

—Poca cosa deseo.....

—Mandad, D. Pedro, vuestra voluntad es sagrada para mí.

—Deseo, pues, que Trinidad sea mi esposa.

Trinidad se estremeció ligeramente, y el enfermo prosiguió:

—Voy á desaparecer para siempre del mundo, y quiero que Trinidad lleve mi nombre, y un legado de treinta mil pesos que le bastará para vivir, y que está impuesto en una hacienda de mi hermano, á quien encargo que venga á establecerse á Mexico, para que cuide de una familia que me ha sido tan querida.

—¡D. Pedro! exclamó la madre tomándole de la mano, sois muy generoso.

—Hubiera podido antes haber solicitado á Trinidad por esposa, pero ella era joven y linda, y yo viejo y....hubiera sido sacrificar á la pobre inocente. Por otra par-

te, había un inconveniente que sabe el señor escribano. He sido joven, y he tenido faltas y deslices que he procurado reparar con buenas acciones, é implorando el perdón y clemencia de Dios.

D. Pedro tenía dos chiquillos como unas perlas.

El escribano tomó de la mano á Trinidad, y la aproximó al lecho de D. Pedro: el padre se acercó y le dijo al oído: Es preciso que vd. condescienda: su salvación está en peligro, y este es el modo de pagar los favores de un bienhechor.

No fué menester más. Trinidad casi llorando y llena de gratitud, tomó la mano de D. Pedro. El capellán bendijo esta unión, y á poco D. Pedro entregó su alma al Eterno.

He aquí el motivo por qué Trinidad á pesar de ser hija de D. Claudio de Avila, se llamaba Trinidad de Juárez.

II

La muerte de D. Pedro fué para la familia un golpe tan fuerte como lo había sido el fin trágico de D. Claudio. Aquel viejo tan estremadamente caballero y delicado que las cuidó como un ángel de guarda en su desamparo, y orfandad, estaba profundamente grabado en la memoria de Doña

Guadalupe, y aun debemos decirlo francamente, en la de Trinidad, porque por lo mismo que su alma era inocente y pura sabía agradecer los beneficios generosos y expontáneos del anciano, y sobre todo la tumba había solemnizado su amor: Trinidad, aunque virgen y sin la menor idea del matrimonio, era nada menos que la viuda de D. Pedro Juárez.

Un año ó poco menos corrió sin que hubiese incidente alguno que turbara la paz de que disfrutaba la familia. Arturo había concluído sus estudios, y las horas que le dejaban libres sus ocupaciones en casa de un oidor, las consagraba á estar al lado de Trinidad y ésta por su parte disfrutaba en unión de su buena madre, de una calma deliciosa como la de un lago cristalino cuya superficie no enturbia el más ligero viento.

D. Hernando de Juárez, hermano de D. Pedro, que había puntualmente enviado á la familia el importe del rédito del legado, anunció en una carta que habiendo concluído definitivamente sus negocios, se disponía á emprender su viaje á la capital, donde, según la última voluntad del hermano pensaba establecerse.

Fué motivo de grande alegría para toda la familia. Se trataba nada menos que de recibir al hermano del generoso D. Pedro, y este era un título sagrado para las pobres gentes que después del amor y respeto que

profesaban á Dios, no tenían otro sentimiento que el de la gratitud y veneración por todo lo que pertenecía al difunto bienhechor.

El día menos pensado un coche, y un numeroso convoy de criados paró en la puerta de la casa de Doña Guadalupe. D. Hernando se apeó y saludó con cierta superioridad que podía llamarse insultante. No era un viejo de fisonomía fresca y cándida como su hermano, sino por el contrario, unas mejillas hundidas y arrugadas, una frente amarillenta, unos ojos pequeños hundidos en sus órbitas, y casi cubiertos por unas cejas cerdosas y blancas, y una boca con sólo un diente amarillo, anunciaban, además, de una avanzada edad, un carácter duro y un genio agrio y suspicaz.

La madre que había formado otra idea del nuevo protector, casi se arrepintió en el fondo de su corazón de haberlo recibido en su casa. Trinidad sintió correr por su cuerpo un ligero calofrío, y ni aun se atrevió á alzar los ojos: en cuanto al joven Arturo, experimentó tal movimiento de impaciencia, que le dieron vehementes deseos de aplicarle un mogicón y echarle fuera el lúgubre diente que tenía en su desierta boca. No obstante esto, todos saludaron con respeto al recién venido, y con delicadas muestras de cortesía, lo condujeron á la habitación que le estaba prepara-

da y donde se improvisó un ligero refresco.

Sentóse D. Hernando á la mesa y rumiando unos bizcochos, y remojando el gaznate con unos tragos de vino, contestó á Doña Guadalupe las preguntas que le hacía con relación á su viaje, no descuidando de echar á Trinidad frecuentes e indagadoras miradas y de revisar de pies á cabeza al joven Arturo.

—¿Con que, esta es la niña de vd.? dijo, dirigiéndose á Doña Guadalupe.

—Una criada de vd., Sr. D. Hernando.

—¿Qué edad tiene?

—Va á cumplir dieciseis años.

—Es hermosa, y por mi parte tengo mucho placer de ser su protector.

Trinidad inclinó la cabeza y se puso encarnada.

—No hay que ruborizarse, muchacha, prosiguió D. Hernando, los pimpollos como tú necesitan de la sombra de las viejas encinas. Tenía yo noticias de tí, y he formado grandes proyectos para la felicidad de la casa.

—Gracias, Sr. D. Hernando, contestó Doña Guadalupe. En medio de mis infortunios bendigo la mano del Señor, porque me ha concedido generosos protectores y á medida que los ha llevado á su reino, me ha dejado siempre.....

—Espero, contestó D. Hernando, que

si Dios no dispone otra cosa, la felicidad de vdes. se asegurará. Soy rico, tengo valimiento y hasta unos títulos de nobleza se conseguirán para Trinidad y será marquesa ó....

—Mi hermana es bastante noble con sus virtudes, dijo Arturo, y yo espero que el Sr. D. Hernando.....

—Vd. no tiene nada que esperar, sino que obedecer, murmuró con voz ronca D. Hernando. Vd., caballero, es un huérfano de la casa y ya pensaremos en darle á vd. carrera y proporcionarle una buena suerte: entretanto será muy conveniente que os advierta que cuando personas respetables hablan, un muchacho no tiene derecho ni debe ingerirse en la conversación.

—Señor.....

—Os toca callar y os prohibo que hableis sin mi permiso. Desearía descansar, Doña Guadalupe, porque estoy algo fatigado. Más despacio arreglaremos todos los asuntos.

—Como gusteis, Sr. D. Hernando y sólo os ruego que perdoneis á mi pobre Arturo, es irreflexivo, pero en el fondo es un buen muchacho.

—Arturo es mi hermano, murmuró Trinidad y cualquier falta suya, seré yo la que sufra......

—Tienes más interés del que sería necesario en tu edad por ese joven, pero repito

que no tengo otra idea sino el que adelante en su carrera y para eso daré mis disposiciones; mas basta por hoy: buenas noches.

—Buenas noches, repitieron los tres personajes, saliendo de la alcoba y dejando al viejo apoderado de un grueso breviario, donde sin duda iba á rezar los salmos.

—¿Qué planes tendrá respecto á nosotros este D. Hernando? dijo Trinidad á su madre luego que estuvieron á solas.

—No sé, hija mía, no sé, y lo único que puedo decirte es, que su aspecto me ha causado miedo y su genio dominante y altanero me pone en cuidado.

—Creo, madre mía, que este hombre trata de convertirse en un tirano, dijo Arturo, y una simple recomendación de D. Pedro no le dá ese derecho. Si lo hace por el legado, es cosa muy fácil, renunciaremos á él, y viviremos pobres, pero con libertad. Así, pues, mi opinión es que le digas que se marche y.....¿qué dices madre mía?

—Eres muy joven, y por consiguiente muy loco. Piensas, Arturo, que es muy fácil despedir así á un hombre del rango de D. Hernando y por otra parte sería una ingratitud. Es menester, pues, sufrir, al menos mientras no pase de ciertos límites.

—¿Y qué querrá hacer conmigo este hombre? replicó Arturo. Os advierto, madre mía, que yo no he de sujetarme á sus caprichos. Tengo veinte años, he hecho mi

carrera con honor y aplicación y por mi fe que no necesito de protectores altaneros. Y luego ¿para qué quiere que Trinidad sea condesa? ¡Oh!.....Si Trinidad consiente, abandanoré la casa y jamás la volveré á ver.

La madre procuró calmar la inquietud de los dos jóvenes y todos se retiraron á sus aposentos á descansar. Por la primera vez en su vida, Arturo no pudo conciliar el sueño. Y en cuanto á Trinidad tuvo una horrible pesadilla, y lloró tanto con ese influjo mágico de la imaginación, que al día siguiente la almohada estaba empapada con sus lágrimas.

Respecto á D. Hernando, luego que quedó solo en su recámara, tomó, según hemos dicho, su breviario y quiso leer algunos salmos, pero le fué imposible, porque su imaginación estaba ocupada en cosas muy diferentes; así es que botó con impaciencia el libro sobre la mesa y comenzó á desnudarse. Frente de la cama había una gran pantalla con un espejo de cuerpo entero, y D. Hernando creyó observar en él alguna cosa como un esqueleto, como un muerto que se levantaba del ataúd. Un temblor repentino le asaltó, pero sacando fuerzas tomó la bugía y alumbró el espejo.... La imagen que se retrataba no era otra sino la del mismo D. Hernando, pero tenía unos brazos tan largos y secos, un pecho tan en-

juto y unas costillas tan marcadas, que él mismo se engañó de pronto. Un gran rato estuvo contemplando su triste armazón, que pertenecía ya legítimamente al sepulturero y mientras tanto la imagen de Arturo con sus ojos negros, sus mejillas redondas y encarnadas y sus formas bellas y mórbidas como las de Adonis, se presentaba en su mente, así como el rostro angélico de Trinidad, con sus ojos azules y expresivos y sus delgados cabellos de oro. Puso con impaciencia la vela en la mesa, cubrió la pantalla con un lienzo para no verse, y se metió en la cama.

—Estos muchachos deben amarse forzosamente. Se han criado juntos, son hermosos.....¡Oh! esto es terrible. Es menester que Arturo marche muy lejos, donde jamás vuelva á ver á Trinidad. Arrullado con esta idea, y con la esperanza de ser el esposo de la encantadora muchacha, se durmió nuestro católico y respetable amigo D. Hernando de Juárez.

En quince días D. Hernando no pudo hablar un instante con Doña Guadalupe, porque las visitas se lo impidieron. Luego que en México se supo la llegada del ilustre personaje de que nos ocupamos, los oidores, los inquisidores, el secretario del virreinato, los alcaldes ordinarios, el alférez real, y algunos títulos de Castilla, se apresuraron á visitarlo, y él por su parte tuvo

que corresponder cumplidamente á estas visitas. D. Hernando era rico hasta el grado de tener en su casa el dinero á granel, como si fuera maíz; era abogado, era viejo, y era hipócrita y fanático: esto, en los tiempos en que hemos colocado esta verídica historia, eran títulos más que suficientes para granjearse la estimación de la aristocracia mexicana.

D. Hernando, desembarazado de sus visitas, se dedicó á obsequiar á la familia con un esmero decidido. Compró expléndidos coches (si en aquel tiempo podian esas informes cajas ser expléndidas) y joyas de mucho valor (que sea dicho de paso, Trinidad advertida por Arturo, jamás quiso admitir).... y empleó cuantos medios le fueron posibles para conciliarse el cariño de sus huéspedes, hasta el de poner una cara risueña y afable, sacrificio terrible para un hombre de humor bilioso y altanero; cuando había pasado un mes y que creyó que encontraría más docilidad, reunió una noche á la familia y comenzó por hablar de la bondad de Dios y de los favores que le dispensaba sin merecerlo, y acabó por decir que había conseguido para Arturo una valiosa subdelegación en la Intendencia de Oaxaca.

—Sr. D. Hernando, contestó Arturo, os doy mil gracias; pero no admito vuestro favor: deseo concluir mi carrera, y no pien-

so separarme jamás de la que es mi madre adoptiva.

—¡Hola, señorito! ¿conque rehusais los favores?

—Los agradezco simplemente y no los admito, señor.

—Pero ¿supongo, caballerito, que obedeceréis las órdenes?

—No reconozco nadie que pueda imporme órdenes más que mi madre.

—¿Y si vuestra madre os lo manda?

—Obedecere.

—Haced vuestro deber, señora. dijo el viejo rugando la frente.

—Permitidme que os diga, D. Hernando, que cuando mi pobre Arturo me da una prueba de su cariño, yo no debo obligarlo á que se separe de mi lado.

—Ya preveía yo que había de haber resistencia de parte del señorito consentido y mal educado; pero ya pondremos remedio Tomad, joven, y leed.

D. Hernando sacó un papel de la bolsa y lo dió á Arturo; éste lo leyó y se puso pálido.

—¿Qué tienes, hijo mío? le dijo la madre acercándose á él.

—Es una orden del virrey que me manda marchar al instante á....

—Los caballos y los criados están dispuestos, interrumpió Juárez.

—Bien pueden estar dispuestos; pero yo

no iré; no iré, contestó Arturo con resolución, intentando romper la orden....

—¡Atrevido! ¿qué haces? exclamo Juá rez conteniéndolo. ¡Romper una orden, que es como si fuera del rey!

A esta palabra Arturo se contuvo é inclinó la cabeza. D. Hernando se acercó á su oído y le dijo: "Arturo, acabas de cometer un desacato y sabes ya poco más ó menos mi poder; así escoge, ó la cárcel esta noche, ó el empleo que te he conseguido."

Arturo se mordió los labios y dirigiéndose con serenidad á su madre, le dijo: me voy, madre mia; dadme vuestra bendición.

La madre lo bendijo y D. Hernando, procurando dar á su voz un tono suave, le tiempo estarás ausente y volverás sobre todo hecho un hombre.

Arturo salió del aposento y bajó la escalera; en el patio lo esperaban dos criados dijo: Ve, Arturo, hijo mío; muy poco con caballos.

En cuanto á Trinidad, á quien Arturo no dirigió una sola mirada y que habia estado presente á toda esta escena, la encontraron pálida y desvanecida en un sillón.

III.

Hoy sin duda, querido lector, Artuno no se habría marchado por sólo la voluntad de un viejo testarudo y la orden de un mandarín; mas es menester pensar en las costumbres timoratas y muchas veces ridículas de aquellos tiempos, para calcular que nada violento hubo en que el joven se resolviera á partir como en efecto lo ejecutó. Seguido de sus dos criados atravesó rápidamente las calles de la ciudad, salió por la garita de San Lázaro, y siguió un largo trecho sin dar descanso á su corcel. Al fin tiró un poco de las riendas y volvió la cabeza. Se percibían con la claridad de las estrellas las masas negruzcas y confusas de las torres y cúpulas; por intervalos relucían algunas luces como unos fanales; pero poco á poco se iba perdiendo todo esto entre las sombras, y sólo escuchaba Artu ro el viento que zumbaba en las copas de los sauces y los ladridos lejanos de algunos perros que parecían venir del océano de sombras que presentaban las llanuras que hay por esa parte de la ciudad. Embebecido en una especie de letargo, contempló gran rato Arturo esa lúgubre é imponente perspectiva; después sintió necesidad ó de platicar, ó de llorar, ó de comunicar su al-

ma á álguien que pudiese entenderlo; pero por primera vez de su vida se vió solo en la tierra, el pecho se le oprimió y un nudo vino á su garganta; así es que como no podía llorar, puso espuelas al caballo y echó á correr pensando que esto disiparía sus penas.

Antes de amanecer había llegado á un pequeño pueblo; mas no se detuvo, sino que siguió velozmente su camino hasta que los primeros rayos de la luz vinieron á disipar las tinieblas de la noche. Es una hora religiosa y sublime, y mucho más en el campo que se miran por grados desaparecer las estrellas, pintarse los horizontes de gualda y nácar, dorarse las cimas de los volcanes y ostentar su delicado verdor la yerbecilla del campo y los árboles del monte. Arturo sintió que ese dolor sordo que había oprimido su pecho se le disminuía, que sus ojos se llenaban de lágrimas y que al bendecir á Dios que había criado tantas y tan encantadoras cosas sobre la tierra, podía exhalar algunos suspiros, derramar algún llanto y consagrar unas memorias á su querida y amable Trinidad. Arturo dejó ir á paso lento á su caballo é hizo todo lo que va dicho, sintiéndose un si es no es aliviado.

En su tierna edad Arturo se había criado con Trinidad; cuando tuvo más años se le puso en el colegio y se le dijo que no

era hijo sino adoptivo, pero sin privarle por esto que pasase los domingos y las vacaciones en compañía de su hermanita. Así Arturo había hecho una costumbre tal de ver á Trinidad y de darle un cándido abrazo y á veces un beso en la mejilla de nácar, que cuando por algún accidente no podía verificarlo, se ponía de un humor triste.

Después Arturo vivía diariamente en la casa, y este cariño de la juventud, esta amistad de veinte años, esta vida ignorada de amores se estrechó más y más, de forma que ni un sólo día podían dejarse de ver nuestros jóvenes; pero allá en el fondo de su corazón inocente jamás se figuraron que eso era amor, ni se persuadieron nunca que nadie en el mundo tuviese poder para turbar esa vida tranquila y dichosa como la del olmo y la yedra en medio de una selva solitaria. La madre estaba muy bien persuadida que los muchachos se amaban; pero lejos de encontrar en esto inconveniente, sólo esperaba que Arturo fuera licenciado para casarlo con Trinidad.

Una vez relatados estos antecedentes, fuerza es seguir al viajero. Detúvose en una choza del camino, tomó un corto refrigerio y siguió adelante; cada legua que caminaba le parecía un nuevo obstáculo que ponía entre él y su querida, y cuando perdió de vista el valle de México y vió

otros cerros, otros árboles, otros horizontes, su valor le abandonó, y soltando las riendas al caballo exclamó: ¡qué desgraciado soy! Después clavó las espuelas en los hijares del animal y prorrumpiendo en mil imprecaciones contra D. Hernando, se internó por el bosque. La idea de vivir solo lo ponía fuera de juicio. ¡Qué dias tan monótonos y tan insípidos iba á pasar! No tendria todas las mañanas la mirada amorosa de los dulces ojos de Trinidad; las noches serían eternas; ¿con quién había de platicar de sus trabajos; á quién había de dar cuenta de sus adelantos, de sus esperanzas para el porvenir? Además, pensó que las intenciones del viejo eran tal vez las de sacrificar á Trinidad, y que la familia quedaba entregada á la voluntad de un tirano. ¿Pero cómo impedirlo? ¿Cómo un joven sin relaciones y sin valimiento podría emprender una lucha terrible contra un hombre del poder é influencia de Juárez? Después de revolver mil proyectos en su cabeza, se fijó en volver á México otra vez, implorar la protección de algunas personas y aun la del virrey mismo caso que circunstancias le obligasen á ello. Regocijado sobre esto y pensando hallarse dentro de breve tiempo en brazos de su madre y de Trinidad, volvió las riendas á su caballo y comenzó á caminar en dirección opuesta. A pocos pasos se encontró

con dos criados uno de ellos le impidió el paso diciéndole:

—Señorito: tenemos orden de nuestro amo el Sr. D. Hernando, de no permitir que os revolváis.

—¡Cómo! bribón, te atreves....

—A todo, hasta amarrar á vuestra merced y obligarlo á que por la fuerza vaya á donde nos dirigimos.

Arturo quiso arremeter con el criado, pero éste le significó que tenía una orden para que las justicias le dieran auxilio, y que así no había otro remedio sino seguir adelante.

Arturo se mordió los labios y sin decir palabra siguió de nuevo el camino, aunque con más lentitud. Ya cerca de las oraciones de la noche llegaron á una venta.

Arturo tomó un ligero alimento y se retiró á descansar á su cuarto, pensando que puesto que el viejo había tomado todas sus medidas, él tomaría las suyas, para escaparse tan luego como le fuera posible. En esto estaba cuando entró el otro criado, que había permanecido indiferente en la cuestión.

—Parece, señorito, que vuestra merced no va muy contento, le dijo.

—Es la verdad, Pedro. Deseaba volverme para arreglar ciertos asuntos con mi madre y emprender mi viaje con traquilidad.

—¿Y no tendria acaso el señorito otro interés?

—Ninguno otro, Pedro.

—Es decir, que el señorito quedaría muy contento si á su regreso encontrara que la niña Trinidad era esposa del señor D. Hernando?

—¡Cómo! eso seria imposible, exclamó Arturo con vehemencia levantándose del lecho.

—Nada tiene de imposible, contestó Pedro con calma. El señor D. Hernando deberá casarse pasado mañana, ó de lo contrario la niña Trinidad será encerrada en un convento, y la madre en un calabozo de la Inquisición.

—Pedro, Pedro, tú me haces delirar y si tratas de burlarte de mí, si tienes encargo de tu amo de atormentarme, te ruego que te vayas si quieres conservar tu vida.

—Lo que digo á vuestra merced, señorito, es mucha verdad; y si fuera posible que volviera, vería con sus propios ojos todas estas cosas.

—Pedro, ¿habría algún modo de que me escapara ahora mismo?

—Ninguno; el taimado de Marcos está muy bien pagado por el señor D. Hernando, y primero se dejaría matar que....

—Pedro, me parece que tú eres menos cruel que Marcos, y en tí pongo toda mi

esperanza. Mira: aquí tienes la mitad de esta bolsa para que discurras el modo de volvernos, y la otra mitad la tendrás luego que hayamos pasado la garita.

—Bien, señorito, muy bien; voy á dar mis disposiciones; descansad un poco y estad tranquilo, que á la media noche os vendré á buscar para que monteis á caballo.

Pedro se retiró y Arturo entre gozoso y meditabundo, se recostó en su lecho presa del insomnio y la fiebre.

Pedro cumplió su palabra, pues á cosa de las once entró al aposento.

—Señorito, todo está arreglado, ceñíos esta espada, tomad estas pistolas y apresuraos, pues será menester matar los caballos para llegar mañana á buena hora á la garita.

—Bien, Pedro, muy bien, contestó Arturo levantándose y ciñéndose la espada; ¿cómo has podido engañar á ese bribón?

—De la manera más sencilla. Lo he convidado á cenar, le he hecho tomar vino mezclado con ciertos polvos.

—¿Lo habrás asesinado?

—Buenas ganas tenía; pero no he hecho tal: esos polvos lo harán dormir treinta horas seguidas; mientras tanto vd. acaso llegará á tiempo de impedir el casamiento, y yo tomaré las de villa-diego.

Encajóse Arturo las pistolas en el cinto,

y montó á caballo. Pedro dió á la rozilla ventera un expresivo abrazo y una buena propina, y amo y criado partieron rápidos como si caminaran en alas del viento.

IV.

Mientras los dos personajes caminan por esas cuestas y montes, con la rapidez que dos fantasmas infernales, demos un vistaso en la casa de Doña Guadalupe, cuya tranquilidad se turbó desde el fatal instante en que D. Hernando puso los pies en los umbrales.

Cuando Trinidad volvió en sí de su desvanecimiento, se encontró en brazos de su madre, que á fuerza de caricias quería volverla á la vida. Todo cuanto había pasado á la muchacha le parecía un sueño. Por su parte lo mismo que Arturo, descuidada y tranquila con su propia felicidad, no creía que el mundo tiene reservados crueles dolores para el corazón, y mortales angustias para el alma. En lo de adelante ¿qué haría ella de las horas de su vida? ¿A quién haría participante de su inocente alegría? ¿Qué voz tan sonora y tan agradable como la de Arturo, alabaría sus bordados y sus costuras y quién como Arturo, se había de hincar de rodillas todas las noches para dirigir á Dios sus plegarias por

el descanso de su padre y por la conservación de los días de su madre? Decididamente iba á morir de tristeza, aislada entre las paredes de su casa, sin tener, excepto su mamá, quien se doliera de sus pesares. Y luego ¿cuánto tiempo duraría esta separación? ¿Cuáles serían las intenciones de D. Hernando? ¿Cómo podrían sustraerse del poder de un hombre que trataba de subyugarlas con su influencia y sus riquezas? Estas ideas volvían loca á la muchacha.

—Desde que ví por primera vez á ese hombre, dijo Doña Guadalupe, me dió un vuelco el corazón, y sentí no sé qué cosa tan desagradable que ni aun quiero recordarla. Ahora veo que van confirmándose mis presentimientos, y decididamente lo aborrezco tanto, como quería á su hermano.

—Casi otro tanto me ha sucedido á mí. He visto arrancar de mi lado á nuestro pobre Arturo,y esto me....

—¡Ah! ¡Arturo! ¡Madre mía! exclamó la muchacha con voz ténue.

—Dime, Trinidad, ¿querías á Arturo?

—Me preguntáis si le quería.... ¡Ah! Sí, y mucho; era tan bueno, nos amaba tanto....

—Nunca le podré olvidar ¿qué digo? no podré vivir sin él.

—¿Sabéis lo que hará ese D. Hernando? Decidme, madre mía, ¿por qué lo separó tan precipitadamente de nuestro lado?

—Nada sé sino lo que tú, hija mía; pero sospecho que tal vez le tendrá aversión y querrá tenerlo siempre lejos de aquí.

—En ese caso nos iremos á reunir con Arturo, él pertenece á nuestra familia, mientras D. Hernando es un hombre extraño.

En esto, una criada entró diciendo que el Sr. D. Hernando pedía permiso para entrar.

Trinidad contestó que su salud no le permitía recibirlo, y que sería otra vez. Dos días obtuvo el viejo la misma respuesta. La tercera noche D. Hernando, sin hacerse anunciar, abrió la mampara y se presentó en el aposento de Trinidad.

—Me tenía inquieto el estado de tu salud, Trinidad, y esta noche me decidí á verte.

Trinidad no respondió una sílaba, y sólo Doña Guadalupe aproximó una silla para que se sentara el recién llegado.

—Aunque algo pálida, veo que estás repuesta, y así te hablaré de un asunto que te importa.

—¿De Arturo?—interrumpió la muchacha alborozada.

—No se trata de Arturo, repuso Juárez frunciendo el ceño, sino de otra cosa más seria. El rey, que Dios guarde muchos años, me ha enviado el título de marqués de la Casa Encarnada.

—Mucho me alegro, contestó Trinidad secamente.

—Y ese título lo quiero poner á tu disposición, y que seas dueña de él.

—Gracias, Sr. D. Hernando, gracias. Y ya que tan generoso sois, le dijo Trinidad, no os ruego más sino que traigais á Arturo al lado de su familia; ó de lo contrario, nos obligaréis á que vayamos á buscarle.

D. Hernando sonrió amargamente, porque el nombre de Arturo en boca de la muchacha le causaba una sensación terrible de cólera; mas disimulando su emoción, prosiguió con voz tan dulce como le fué posible:

—Es menester que Arturo haga su suerte y que labre su carrera. Cuando haya dado pruebas de su juicio en el empleo que el rey le ha concedido, entonces será promovido á otro.

—Entonces os daré de veras las gracias, Sr. D. Hernando.

—Bien; déjame proseguir, Trinidad. Decía yo que mi voluntad es hacerte dueña de mis títulos y de mis inmensas riquezas. ¿Aceptas?

—No os entiendo, señor.

—Me explicaré más claro. Deseo que seas mi esposa....

—¿En qué pensáis, por Dios, señor caballero? Yo pobre, huérfana, que vive de la caridad de vuestro hermano, ¿ser esposa de un marqués, de un noble como vos? No penséis en eso: dejadnos en nuestro retiro y obscuridad, y no pretendáis....

—No os entiendo, Trinidad.

—Entonces, si mi madre me dá permiso, os hablaré con franqueza. Yo no sé precisamente lo que es el matrimonio, ni los deberes que contrae una mujer. Sabéis, señor, que me casé con vuestro hermano porque era nuestro bienhechor, y porque agonizando me decía el infeliz, que necesitaba para salvarse el que yo fuera su esposa. En cuanto á vos, siento que no podré vivir á vuestra lado contenta; que no os obedeceré con gusto, y que lloraré noche y día al verme separada de mi madre y de Arturo.

—Cualquiera diría que hablas con una criatura de tu edad, replicó D. Hernando con voz bronca, y que no estabas delante de tu madre. ¿Por qué habéis educado tan mal á esta niña? ¿Por qué no reprendéis esa audacia y altanería con que habla?

Trinidad miró con rabia al viejo, y luego se puso pálida como la muerte. La madre, que vió el efecto que había causado en su hija la reprimenda, se apresuró á responder.

—Trinidad jamás ha mentido, y puesto que le habéis preguntado sobre un asunto tan delicado, os ha contestado la verdad, y os ha dicho lo que siente su corazón.

Hace días, señor, que yo también quería hablaros francamente. Desde que pisásteis mi casa, la paz y la tranquilidad han

desaparecido. Ese tono de autoridad que tomáis, ese dominio que queréis tener, atacan enteramente nuestra libertad y nuestro modo de vivir. Así, con tiempo cortaremos este mal. Volvednos á Arturo, y os firmaremos un papel, renunciando en vuestro favor el legado de treinta mil pesos, y concluido esto, quedaremos tan absolutamente estraños el uno para el otro, como si jamás nos hubiéramos visto. ¿Aceptáis?

—Lo que os digo es, que todos vosotros sois plebeyos, replicó Juárez casi ahogándose de la cólera, y no conocéis la gratitud. ¿Por quién habéis vivido con abundancia, si no es por mi hermano?

—Por eso repito, contestó Doña Guadalupe colérica, que renuncio el legado, y que no quiero sufrir más á un hombre tan altanero como vos.

—Os engañáis, señora mía. Estáis absolutamente en mi poder, y jamás, jamás, haréis otra cosa sino lo que yo quiera...

Vos, Trinidad, seréis mi mujer dentro de dos días.

—¿Yo, señor marqués? Os engañáis. Cuando el sacerdote me pregunte si os quiero por esposo, le diré que NO.

—¿Es un desafío el que me proponéis, niña? Lo acepto, y te repito, que dentro de dos días serás mi mujer. En cuanto á vos, señora, calmad ese genio violento, ó tendréis mucho de que arrepentiros.

D. Hernando se levantó del asiento y salió, cerrando con violencia la mampara. Luego que la madre y la hija quedaron solas, se miraron un gran rato de hito en hito, y después, echándose en brazos una de otra, lloraron amargamente. No les quedaba otro remedio; el destino les había echado en el centro de su hogar un tigre que quería devorarlas.

Un personaje abrió la mampara, y de puntillas se introdujo hasta donde estaban la madre y la hija, y las abrazó con ternura. Ellas, sorprendidas, volvieron la cara y exclamaron á un tiempo:—¡¡Arturo!!

—Silencio, dijo éste, poniéndoles el dedo en la boca; me resolví á no seguir el camino, porque no podía estar separado de vosotras, y porque me habría muerto, si un mes siquiera hubiera transcurrido sin ver á Trinidad. Trinidad, madre, ¡qué feliz soy en volveros á ver!

—¡Arturo, nuestro querido Arturo! exclamaron estrechándole entre sus brazos, y juntando sus mejillas con las suyas.

Pasados estos primeros instantes de alegría, Arturo contó la manera como se había escapado, y ellas refirieron todo lo que había ocurrido, y que el lector sabe ya. Finalmente, después de discurrir mucho sobre la manera de libertarse de tan peligroso huésped, quedó resuelto que Arturo se valdría de las relaciones que lo ligaban con

algunos abogados, para que le proporcionaran el hablarle al virrey, al cual espondría detenidamente cuanto pasaba, y le pediría su protección.

V.

D. Hernando no dió lugar á que el proyecto se pusiera en planta, pues á los dos días entró en la habitación de la familia, y con un semblante halagüeño las saludó y tomó asiento.

—Ya sé que el bribonzuelo de Arturo está aquí, dijo con voz chancera, y que jugó á uno de los criados una buena pasada; pero he reflexionado que esta es obra de su juventud y del amor que tiene á vds.

La madre y la hija, asombradas de ver un lenguaje tan diferente del que hasta entonces había usado D. Hernando, se apresuraron á manifestarle su gratitud y á darle las gracias en los términos más expresivos.

—No solamente quiero que Arturo viva con vds., continuó D. Hernando, sino que aún deseo que se case lo más pronto posible con Trinidad. Creía yo que haciéndola mi esposa sería feliz; pero puesto que no es su voluntad, repito que no tengo otra idea, sino que sea dichosa. Es menester olvidar lo pasado, y que en lo de adelante

vean vds. en mí al hermano de su protector. En la vejez, los hombres tenemos nuestros caprichos; pero la reflexión nos cura. Conque, ¿olvidarás mis imprudencias, Trinidad?

Trinidad estaba fuera de sí de placer, de manera que sin responder, se metió á las piezas interiores, y salió á poco acompañada de Arturo.

—Da gracias á nuestro protector, Arturo; te perdona, y quiere además que nos casemos.

Los dos muchachos, un poco pálidos por los sufrimientos, pero bellísimos é interesantes, se arrodillaron ante D. Hernando. Parecían dos estatuas salidas de la mano de Fidias: tanto así eran regulares y bellas sus proporciones.

—Levantaos, hijos míos, levantaos y abrazadme; desde hoy abjuro mis imprudencias y creo que seréis bastante nobles y generosos para perdonarme.

Arturo abrazó á D. Hernando. En seguida tendió los brazos á Trinidad, y ella se arrojó á ellos. Fué un abrazo largo, estrecho; abrazo que animaban á un tiempo, el amor, el despecho y la cólera. Trinidad escuchó latir violentamente el corazón del viejo. Trinidad sintió el contacto de unas mejillas ardientes y rugadas, que se rozaban con la tez fresca de alabastro de su rostro. Trinidad sintió oprimido

su seno por dos brazos nervudos y secos, que parecían cinchos de fierro. Trinidad tuvo miedo de este terrible y prolongado abrazo; pero bastante avisada ya, para dar á conocer su emoción, dejó los brazos del viejo con una ligera sonrisa, y sólo se advertía que estaba un poco más pálida.

—Es menester confesar que tiene vd. una hija adorable; es generosa hasta el extremo. Juzgo que me ha perdonado sinceramente, y que aun ha concebido por mí alguna afección.

—Me habéis hecho bien, señor, y os estoy agradecida. Arturo era mi vida, mi único pensamiento. Cuando me lo quitásteis os aborrecì; ahora que me lo devolvéis para siempre, ya os quiero.

Trinidad abrazó á Arturo, y le hizo una inocente caricia en la mejilla. Una tinta amarillenta recorrió el semblante de Juárez; pero bastante diestro para ocultar su agitación, sonrió y dijo á Doña Guadalupe: ¡cómo se aman estas criaturas!

—Los habeis hecho felices, señor, y â mí también; permitidme que os dé las gracias y que os abrace.

—Venid, Doña Guadalupe; mucho merecéis, porque sois una buena madre. Pronto casaremos á los muchachos; pero será decoroso que Trinidad entre mientras en un convento. Todo se hará en cosa de un mes.

Trinidad convinó en entrar á un convento, y Arturo en sufrir la soledad de esos días. El mes pasó en las disposiciones necesarias, y por fin D. Hernando fijó el tan suspirado día del casamiento. Trinidad salió la víspera de su encierro, y Arturo de un convento, donde unos reverendos padres de la Propaganda le dieron sabias lecciones de moral, y abundantes consejos para la nueva vida que iba á emprender.

La boda se verificó al día siguiente á las cinco de la mañana. A medio día se sirvió una mesa espléndida á multitud de convidados, y se obsequió con arroz, gallinas asadas y vino catalán, á todos los pobres que ocurrieron en tropel á la festividad.

En la noche, contra la costumbre, se dispuso un gran baile, al que concurrieron multitud de personas notables á quienes D. Hernando había convidado. Los novios estaban brillantes: su juventud, su belleza y su alegría, encantaron á los concurrentes. Arturo, vestido de terciopelo negro, con su golilla de punto blanco finísimo. Trinidad con un traje blanco de seda y plata, una corona de rosas de oro en la cabeza, y una cruz de brillantes en el pecho. Los colores habían vuelto á sus mejillas; sus ojos azules y lindos, estaban animados con la dulzura de la inocencia, y el placer de un porvenir dichoso: sus labios delicados como las hojas de la rosa, se abrían para

sonreír de júbilo y de contento; los rizos de sus cabellos que caían en confusión sobre su cuello de cisne, brillaban como las alas de oro de las mariposas con la luz de las bujías de esperma. Trinidad era, sin exageración, uno de esos ángeles que en forma de mujer suele Dios enviar á esta tierra de maldición y de lágrimas. Todas las bocas se abrían para alabar á Trinidad; todos los ojos se fijaban en su angélico semblante; todas las lisonjas y alabanzas eran por la criatura celestial que había vivido oculta é ignorada hasta entonces, y que salía llena de poesía y de hermosura, como la mariposa que rompe su capullo y tiende sus alas de venturina sobre las rosas y los claveles de un jardín. Arturo estaba satisfecho y orgulloso, y si hay delirios con la felicidad, Arturo lo tenía ardiente, infinito, de esos delirios de placer que gastan en un día diez años de existencia.

Se bailaron todos los sones que estaban en uso. Trinidad cantó dos ó tres canciones, con una voz clara y armoniosa. A las cuatro de la mañana se habían marchado la mayor parte de los concurrentes, las velas que estaban acabándose, despedían una luz vacilante y opaca.

Preguntará el lector lo que había hecho D. Hernando en todo este tiempo.—Se lo diré.—Había estado sentado en una butaca de cuero, siguiendo con los ojos todos

los movimientos de la niña. Era un milano que acechaba á la paloma.

A las cuatro y media, la sala estaba vacía. Entonces un criado se acercó á Arturo y le dijo, que unos caballeros deseaban hablarle Arturo bajó al zaguán. Tres hombres enmascarados y vestidos de negro, lo asaltaron con unos puñales, y lo obligaron á que entrara al coche de D. Hernando que estaba en la puerta.

Eran los ministros de la Inquisición.

Cuando D. Hernando oyó rodar el coche, soltó una carcajada horrible que hizo extremecer á Trinidad, y tomando una luz se dirigió á su dormitorio.

VI

Los ministros de la Inquisición vendaron los ojos á Arturo, pusiéronle una mordaza en la boca y unas esposas en las manos, y así caminaron en silencio un gran rato hasta que paró el coche. Bajáronlo y del brazo lo hicieron subir algunas escaleras y atravesar pasadizos hasta que finalmente oyó abrir unos cerrojos y rechinar una puerta. Entonces le desvendaron los ojos, le quitaron la mordaza y lo empujaron dentro del calabozo, cuya puerta cerraron con dobles cerrojos y llaves. Arturo se convenció entonces de que no sólo estaba

preso, sino que estaba preso en la Inquisición. En el primer momento Arturo quiso estrellarse la cabeza contra las murallas del calabozo ó tener á la mano una arma con que darse la muerte. Así como su calabozo era una especie de tubo que no tenía más de una vara de diámetro, golpeó las paredes con los puños hasta el grado de escurrirle la sangre; mas reconociendo cuán inútil é impotente era su furor, se sentó sobre una piedra redonda que hacía veces de asiento y apoyando su cabeza en sus manos derramó un torrente de lágrimas.

Quién sabe cuánto tiempo permaneció en este estado, lo cierto es, que reclinándose contra la pared consiguió un momento de sueño. Durante él, vió una visión aérea, flotante y llena de luz; solamente en la corona de rosas de oro y el semblante apacible se asemejaba á la forma humana de Trinidad, lo demás era de serafin, de arcángel. Arturo tendió sus manos doloridas y llenas de sangre hacia la visión. Esta le dirigió sus ojos tranquilos y azules y con una voz armoniosa, como con la que cantó las sonatas, le dijo: "Arturo mío, la traición más negra te tiene en este calabozo, pero confía en la justicia de Dios y en que tu esposa morirá antes que dejar de ser digna de tí." Por grados fué disipándose la blanca aparición, y Arturo sobresaltado

despertó y recorriendo con ojos espantados el calabozo, no vió más que una línea de luz y un pequeño fragmento del cielo azul, que se percibía por una estrecha tronera.

Arturo pensó en Trinidad, en su madre, en el aire, en la libertad, en el campo, en el cielo azul, en los pájaros que vuelan en el viento, en las flores que exhalan sus perfumes; en una palabra, en todo lo que piensa naturalmente un prisionero. Arturo lloró de nuevo.

Sin embargo, no había cometido ninguna falta, y la tranquilidad de su conciencia y el sueño en que había visto á Trinidad, lo consolaron un tanto. A poco descolgaron por la tronera una cestilla: contenía solamente un mendrugo de pan negro y una cantarilla con agua. Arturo no tenía hambre y aunque tenía sed no quiso ni comer ni beber, y así botó la agua y el pan al suelo. Todo lo más del día lo pasó sentado en la piedra apoyada la frente en las manos. El hombre parecía una estatua: á las veinticuatro horas justas la canastita descendió de nuevo; Arturo en esta vez devoró el pan y sorbió ávidamente la cantarilla de agua. Hacía cuarenta y ocho horas que no tomaba ni una gota.

A los cuatro días un hombre enmascarado y vestido con un saco y una capucha negra, abrió el calabozo, vendó los ojos á Arturo y tomándolo por la mano lo sacó fue-

ra. Cuando le desvendaron los ojos, se halló en una sala entapizada de negro con galones de oro. En el fondo estaba un dosel también negro con un Crucifijo y las armas de la Inquisición bordadas de seda y oro. Debajo del dosel había una mesa, y á su derredor sentados los inquisidores y el escribano.

Después del juramento y fórmula de estilo, el escribano leyó:

—"Arturo, joven plebeyo de veinte años de edad, está acusado primero de llamarse Arturo, nombre indudablemente usado por los ingleses herejes, y que no se halla en el calendario; segundo, de tener tratos ilícitos con una hermana; y tercero, de azotar todas las noches á la santa imagen de Cristo."

—¿Qué decís á todo esto, joven?

—Que ignoro por qué mis padres me pusieron así; que la joven no es mi hermana, sino mi esposa; que yo siempre he reverenciado la imagen de Jesucristo y de sus santos y que me hallo ante este tribunal por las infernales maquinaciones de D. Hernando, marqués de la Casa Encarnada.

—Este joven se halla impenitente, dijo el inquisidor mayor con voz tranquila. Que le apliquen el tormento de la garrucha, y asiente vd. además, señor escribano, que es un calumniador de la intachable virtud del marqués.

Los alguaciles condujeron á Arturo al cuarto del tormento. Al cabo de un cuarto de hora lo sacaron casi arrastrando, pálido como una imagen de cera, descoyuntado y casi moribundo.

—¿Ha confesado? preguntó el inquisidor?

—Todo absolutamente, todo.

—¿Qué decís de esto, joven?

—Que es cierto cuanto se me ha preguntado, contestó con voz apagada.

—Oid, pues, dijo el escribano. El santo y piadoso tribunal os condena á un año de reclusión en uno de sus calabozos, para que tengais tiempo de pedir perdón á Dios, y arrepentiros de vuestros pecados, los cuales purgaréis saliendo en el auto de fe con sambenito y vela verde.

Arturo nada contestó, y los alguaciles lo volvieron á su calabozo.

Los dolores físicos y morales ocasionaron una fiebre á Arturo, que lo tuvo veinte días sin conocimiento. Es menester decir, en obsequio de la justicia, que el tribunal mandó transladar al supuesto reo á un calabozo más amplio, y le prodigó todas las medicinas y auxilios necesarios. Aun en esto había envuelta cierta maldad y miseria. El tribunal no quería que la naturaleza matase á sus presos, sino el tormento y la prisión.

Restablecido de su enfermedad, lo vol-

vieron á su cubo. Allí pasó todo el tiempo dicho, hasta que se aproximó el auto de fe.

Os diré lo que hizo en once meses. Durante esa larga noche de martirios, lo consoló una sola idea. La venganza; pero una venganza inaudita y terrible.

VII.

A pesar de la infernal risa de D. Hernando, no estrañó de pronto Trinidad la falta de Arturo, y fué en busca de su madre, la cual oyendo llamar á misa en una iglesia cercana, se puso su basquiña y salió á la calle. D. Hernando había tomado bien sus medidas. En la esquina la asaltaron dos hombres, y vendándola los ojos, la condujeron á un monasterio. D. Hernando había dicho al arzobispo que quería encerrar en un convento á una señora de mucho respeto que había perdido el juicio. El prelado no tuvo inconveniente, y D. Hernando quedó dueño absoluto de Trinidad. Esta, fatigada con tanta emoción, se reclinó en su lecho, y concilió el sueño. Al día siguiente se levantó, tocó la campanilla y acudió una esclava negra.

—¿Dónde está mi madre, dónde está Arturo? Llamadlos, decidles que por qué no han ocurrido á verme?

La esclava no respondió nada, y salió del aposento.

Como habia pasado un cuarto de hora y nadie volvía, Trinidad quiso salir; pero la puerta estaba cerrada. Entonces tocó de nuevo la campanilla, y se presentó otra negra.

Trinidad hizo la misma pregunta; pero tampoco obtuvo ninguna contestación.

Trinidad quiso salir; pero la esclava se lo impidió, y cerró tras sí la puerta.

Esto era de desesperarse: llamó repetidas veces con la campana, pero nadie se presentó hasta las doce, en que cuatro esclavos negros y cuatro esclavas, entraron con una mesa cubierta con los más exquisitos manjares. Le parecia á Trinidad una cosa como los cuentos que le había referido su nodriza en la infancia, y dudaba si estaba despierta ó soñaba.

Los esclavos le hicieron señal para que comiera; pero ella impaciente, y verdaderamente colérica, les botó la comida en la cara y se retiró á un rincón de su alcoba.

Los esclavos, sin decir una sílaba, recogieron la comida y se marcharon. A la oración, una de las dos negras entró con la luz, y una mancerina de chocolate.

—¿Dónde está mi madre, dónde está Arturo? Eso es lo que quiero: decidme quién os ha traído á mi casa? ¿Quién es vuestro amo?

La negra, mirando que la niña no quería tomar el chocolate, dejó la vela en una mesa y se retiró en silencio.

En la noche se acostó Trinidad. Los latidos de su corazón no la dejaban reposar, y una opresión terrible de pecho la sofocaba. Un instinto le hacía comprender que era víctima de las maquinaciones de Juárez; pero estaba muy lejos de figurarse que su madre estuviese encerrada en la celda de un convento, declarada loca, y Arturo gimiendo por herege en un calabozo de la Inquisición. Sin embargo, esa noche fué de insomnio y de delirio; cada rato la asaltaban horribles pesadillas, y despertaba con un calosfrío y un dolor agudo en las sienes. Resolvió, pues, para aclarar el misterio, valerse de un expediente.

Luego que la negra entró con el chocolate, Trinidad le dijo:—Haz entender á tu señor, al que sea tu amo, que me dejaré morir de hambre si no vienen mi madre ó Arturo, ó se me esplica por qué estoy prisionera en esta pieza.

La negra salió sin decir una palabra; pero á poco entró D. Hernando de Juárez.

Trinidad en esta ocasión estaba frenética; así es que cuando el viejo se aproximó, ella se puso de pie, cruzó los brazos y lo miró de hito en hito.

—Trinidad, estás más hermosa que nunca, y....

—Y ¿qué venís á hacer aquí, señor de Juárez?

—Me habéis mandado buscar.

—Es verdad; sentaos.

D. Hernando, que temblaba de pies á cabeza, se sentó sin atreverse á levantar los ojos.

—Decidme, señor de Juárez, ¿cuáles son vuestros designios, y hasta cuándo debemos vernos libres de los caprichos que os sugiere vuestro histérico? Ayer me habéis casado, y hoy hacéis desaparecer á mi madre y á mi esposo, y me encerráis en una habitación, como si hubiera cometido algún crimen. Os asombrará el oírme hablar así; pero estoy verdaderamente desesperada; este yugo de hierro que habéis impuesto á mi familia, me pesa más que la muerte. En una palabra, señor, decidme qué habéis hecho de mi madre y de Arturo; de lo contrario, os aseguro que me dejaré morir de hambre.

—Trinidad, estás hoy muy severa. Tu madre y Arturo se han ido á una de mis haciendas.

—Es una impostura: mi madre y mi Arturo no podían abandonarme así. Idos de aquí, señor de Juárez; vuestra presencia me es insufrible.

—¡Trinidad!

—Idos, y sabed mi resolución.

Trinidad volvió la espalda á Juárez y se

ocultó entre las colgaduras de su lecho. Juárez, pasmado al ver la resolución de la joven, salió lleno de cólera y de vergüenza.

Llegó la hora de comer, y Trinidad devolvió intactos todos los manjares. Con el chocolate hizo lo mismo. Durante tres días sólo había tomado unos tragos de agua, y estaba ya pálida y casi sin fuerzas; pero resuelta á dejarse morir si el viejo no le daba una razón satisfactoria de su madre y de Arturo.

Al tercer día en la noche, D. Hernando, que como debe suponerse vigilaba la conducta de la muchacha, entró despavorido al cuarto.

—Trinidad, hija mía, ¿por qué quieres cometer un crimen? ¿por qué quieres suicidarte?

—¿Dónde está mi madre, dónde está Arturo?

—Todo, hija mía, todo lo sabrás; pero á condición de que tomes alguna cosa.

Un esclavo presentó una copa de buen vino de Jerez y algunos bizcochos.

Trinidad tomó la copa, y mirando á D. Hernando, le dijo: ¿estará envenenado, no es verdad?

—¡¡Trinidad!!

—No importa, á nada tengo miedo.

Trinidad sorbió la mitad de la copa de vino, y tomó algunos bizcochos; y con una

calma inpasible, dijo á Juárez: Os he dado gusto, ahora decidme....

—Trinidad, tu madre está en un convento, y Arturo.... Arturo, según sé, la Inquisición se ha apoderado de él.

—¡Dios mío, la Inquisición! exclamó Trinidad ocultando su rostro con sus manos.

—Esto es lo que he podido averiguar.

—¿Y qué ha hecho Arturo? ¡Mi pobre Arturo, tan religioso, tan bueno!.... Vos, señor Juárez, vos, sois un malvado.....

—Te juro por lo más sagrado que no he tenido parte alguna, y antes bien, luego que lo supe, he procurado salvarlo.

—¡Ah Dios mío! ¿Y lo salvaréis? Entonces os querré otra vez mucho.

Trinidad era inocente, y no era capaz de comprender la extensión de la perversidad humana.

—Sí, lo salvaré, hija mía; pero es menester que seas más llevada de razón. Si me prometes comer y estar alegre, antes de pocos días estarás al lado de tu marido.

—Todo cuanto queráis haré.

D. Hernando se retiró, y Trinidad, con la esperanza de que pronto estaría libre Arturo, tomó los manjares que le llevaron las esclavas, y aun se rió como una loca.

Al día siguiente las esclavas abrieron la puerta, y dijeron á Trinidad que podía sa-

lir y transitar por todas las habitaciones. Resolvióse á salir, y se sorprendió de la súbita trasformación de la casa. D. Hernando había reunido las cosas más exquisitas de la Asia, de la Europa, y de la América, y colocádolas allí.

Eran primorosos canarios y cardenales, encerrados en jaulas de cristal; eran colgaduras de tisú y terciopelo de China; eran grandes tibores de porcelana; eran arañas de plata y aparadores con vajillas de China y oro.

Trinidad se alarmó de todo esto, mas D. Hernando le explicó con una voz melíflua, y con la más refinada hipocresía, que la había tenido encerrada, tanto por no verse obligado á darle la noticia de Arturo, como para prepararle una sorpresa. Que la falta de Arturo era ligera, según se había informado; que dos meses de detenimiento bastarían, y que además nada le faltaba; ni aun una selecta mesa. Trinidad insistió en ver á su madre, y D. Hernando le prometió que la vería.

El carácter de Trinidad era varonil y arrojado en el fondo, y aunque no le satisfacían enteramente las respuestas de D. Hernando, no encontraba medio de sacar ventaja de este hombre malvado y suspicaz. Consideraba que era inútil el aturdir la casa con sollozos, porque nadie la había de oír ni consolar; y así de día aparentaba

serenidad, y de noche se entregaba á las amargas reflexiones que le hacían derramar muchas lágrimas. Jamás se separaron ni un instante de la mente de Trinidad, ni su adorado Arturo, ni su excelente madre.

D. Hernando observaba una conducta verdaderamente respetuosa con Trinidad. La veía una sola vez en el día, y le hablaba con mucha dulzura, sin mezclar nada que tocase á su amor. Así entre promesas y esperanzas, pasó un mes.

Una noche, á las nueve, se recogió Trinidad, como lo tenía de costumbre, después de rezar sus oraciones; y como lo tenía también de costumbre, se puso á pensar en su situación y llorar en esa especie de insomnio, en que ni se vela ni se duerme.

Sucesivamente oyó las diez, las once, las doce; á la una miró dibujarse en la pared inmediata con la débil luz de la veladora, una figura colosal; creyó que era su imaginación acalorada la que le presentaba esas quimeras; pero mirando más atentamente, observó que poco á poco el tamaño de la fantasma disminuía en la sombra. Trinidad, sobrecogida de miedo, se envolvió la cabeza entre las ropas de la cama.

A poco sintió que un peso terrible oprimía su cuerpo; á poco dos brazos de hierro que estrechaban sus hombros, y procurabán separar las ropas; después una boca ardiente que se posaba en sus mejillas, y una voz ahogada que decía:

—Trinidad, Trinidad!!

Apenas Trinidad hubo reconocido la voz de D. Hernando, cuando todo el temor que le había sobrecogido, se cambió en cólera: desasióse de los brazos de D. Hernando y cubriéndose con las ropas brincó del otro lado del lecho.

D. Hernando que lo había arriesgado todo, fortuna, reputación y conciencia, nada temía. Trinidad en su interior clamaba á la Virgen, á todos los Santos, que viniesen en su ayuda. De repente, y casi maquinalmente, llevó su mano á una fuente de agua bendita de plata y nácar, que estaba en la cabecera de su lecho. D. Hernando, ciego se arrojó sobre Trinidad, y ésta dejó caer sobre su cabeza el trasto que había descolgado.

Todó cesó en el acto; D. Hernando rodó sin sentido por el pavimento. Trinidad quedó inmóvil por un instante, pero luego mirando el cadáver de un hombre tendido á sus pies, se llenó de terror, y vistiéndose con precipitación, salió de su alcoba, tomó la luz, y buscó por donde escaparse. Intento vano; todas las puertas estaban cerradas y reinaba un silencio profundo.

Trinidad regresaba resuelta á dejarse caer por la ventana de su alcoba, cuando encontró á D. Hernando, que vacilante y agarrándose la cabeza, se dirigía á su aposento.

El golpe había sólo privado de sentido por un momento al viejo.

Al día siguiente casi á fuerza, introdujeron á Trinidad al cuarto de D. Hernando. El golpe había sido fuerte y ocasionádole calentura.

—Trinidad, por última vez te propongo una reconciliación. Olvidaré todo lo pasado, ó caerá sobre tí mi venganza. En una palabra, ó te resuelves á ser mía, ó la tortura y los calabozos de la Inquisición serán tu porvenir.

Trinidad, al oir esta sentencia, palideció y tuvo que apoyarse en la pared para no caer; mas repuesta de esta primera emoción, contestó con calma:

—Acepto la tortura y los calabozos, como vos aceptareis á la hora de vuestra muerte el infierno y los tormentos eternos.

En la noche introdujeron en un calabozo de la Inquisición á una joven acusada de practicar la ley de Moisén.

VIII

En el año de 1648 celebró la Inquisición de México su tercer auto de fe con toda la pompa religiosa con que se pretendían canonizar esos actos públicos de barbarie y de iniquidad. Por mi parte bendigo á Dios de todo corazón porque me arrojó al

mundo en un tiempo en que la religión se aprende en las ciencias, en la naturaleza y en la poesía, y no en las mazmorras y calabozos. ¡Quiera el Señor que tan benigno ha sido con mi pobre patria, hacer que la justicia y la libertad tengan un seguro asilo en este hermoso suelo!

Los herejes que la Inquisición sacó á pasear por las calles de México, eran viejos y viejas inermes y pacíficos, tal vez algunos imbuídos inocentemente en algunas ideas supersticiosas; eran jóvenes á quienes la injusticia habría arrancado del hogar doméstico, y, cosa inaudita, eran niñas de trece, de quince, de dieciseis años, inocentes palomas que probablemente no habrían perdido ni el candor, ni la inocencia de los primeros años de la infancia.

Entre los supuestos herejes, se encontraban vestidos de un infame saco, nuestros jóvenes Arturo y Trinidad.

Los dos estaban inconocibles. Algunos meses de prisión y de eterna noche y soledad los habían envejecido. Arturo estaba pálido, la barba y el cabello le habían crecido. Trinidad, ¡oh! daba compasión la pobre Trinidad. Ni alegría en sus ojos, ni vida en sus mejillas, ni color en sus labios ni brillo en sus cabellos. Los dos muchachos se reconocieron mezclados entre tanto miserable, entre tanto fanático, entre tanto pueblo imbécil, que silencioso y devoto mi-

raba esta farsa infame que ultrajaba á la religión y á los hombres. Los dos muchachos se reconocieron después de un año de separación, después de un año de tormentos físicos y morales, después de un año de infierno que valía por un siglo.

Arturo no lloró, sino que sus ojos se animaron por un momento con un fuego siniestro, y dirigiéndolos á Trinidad, le hizo comprender que había un volcán dentro de su corazón. Trinidad bajó la vista de dolor y de vergüenza, y las lágrimas rodaron hilo á hilo por sus mejillas. Los espectadores creyeron que era una nueva Magdalena que lloraba sus pecados.

D. Hernando sonriendo vió pasar desde un balcón el auto de fe.

IX

D. Hernando pensó muy bien que si Arturo se quedaba en México habría de vengarse, así es que por apéndice consiguió que la Inquisición lo sentenciase á él y á Trinidad, á destierro por tres años, en las Filipinas.

Al día siguiente de celebrado el auto los alguaciles se apoderaron de los supuestos reos y los condujeron al puerto de Acapulco, á bordo de uno de los buques que componían la flota, con orden expresa de no dejarlos reunir.

La flota se hizo á la vela y el capitán movido de la juventud y de la inocencia de los jóvenes, no sólo consintió que estuvieran juntos sino que les dió un trato magnífico.

En esos largos y eternos días que se pasan en medio del Océano, Arturo contó al capitán sus desgracias, el capitán que era un viejo y valiente catalán, educado entre los peligros y los azares de la mar, se conmovió y echando al diablo la orden de la Inquisición y del virrey desembarcó á los dos esposos en Manila.

X

Cuatro años habían pasado de estos sucesos; Arturo, joven y emprendedor, comenzó á trabajar en el comercio y auxiliado por las relaciones del capitán logró hacer una fortuna regular. Trinidad había vuelto á ponerse hermosa, y además tenía dos niñas lindas como dos blancas azucenas. Por esos días se esparció la noticia por un buque llegado de Acapulco, que el marqués de Casa Encarnada no dilataría en llegar á radicarse á la isla. Esto alarmó á Trinidad, pero regocijó á Arturo, considerando que no podría ser descubierto por D. Hernando, tanto por haber mudado mucho en su figura, como por ser conocido en Ma-

ıola bajo el nombre de D. Lucas de Padilla y su mujer por Doña Inés de Zaragoza.

El marqués llegó efectivamente á poco tiempo. Arturo dispuso sus negocios, envió dos naves para América, reservándose una bastante velera que había comprado embarcó á su mujer y á sus hijos y él quedó en tierra bajo el pretexto de arreglar sus negocios.

Quince días estuvo la nave anclada, esperando solamente el que Arturo se embarcase para hacerse á la vela.

Arturo aguardaba una oportunidad, y veamos cómo se le presentó. Una tarde se paseaba D. Hernando por el puerto. Acercóse á ver un bonito bote, que coquetamente se balanceaba á impulso de las ondas. Un joven delgado sumamente descolorido y barbicerrado estaba dentro del bote, y al ver acercarse á D. Hernando se puso en pie, se quitó el sombrero y le dijo:

—Parece que ha gustado á vuestra señoría mi bote.

—En efecto, es uno de los más bonitos que hay en el puerto.

—Si su señoría quisiese dar un paseo. El mar está tranquilo, y justamente arreglaba yo mi vela para hacer una visita á las embarcaciones recién venidas de Lima.

D. Hernando aceptó y se embarcó con el joven. Este tendió su pequeña vela, y ayudándose con los remos, logró en breve andar una distancia considerable.

D. Hernando parecía distraído en la contemplación del mar, el sol iba descendiendo al horizonte, y el espectáculo era bellísimo. El joven parecía ocupado en la maniobra. De repente saltó al agua y empujando el bote comenzó á nadar dirigiéndose á un buque que había por allí. Luego que el marinero de guardia vió un hombre nadando echó al agua una chalupa, la cual recogió al nadador, que venía aún fresco y capaz de caminar dos millas.

El joven era Arturo.

—¿Qué os sucedió, patrón, exclamó el capitán, que os veo tan mojado?

—Aposté con un maldito limeño, á que á nado llegaba á mi buque, y estos marineros que me echaron la chalupa me han hecho perder; era poco, una botella de jerez solamente.

Arturo dió órdenes para que el buque se hiciese á la vela, y dirigiéndose á la popa donde se hallaba Trinidad le dijo:

—¿Ves, hija mía, aquel punto blanco que se aleja hacia el Sur?

—Sí ¿y qué es?

—Un bote á toda vela.

—¡Qué ligero va!

—De aquí á una hora estará muy lejos de la tierra.

—Sí, ¿y por qué me lo has enseñado?

—Porque dentro va un hombre que sólo la Providencia de Dios puede salvar.

—¿Quién es ese hombre, Arturo?

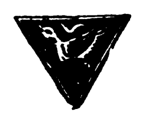
—D. Hernando de Juárez. Vino todavía á perseguirnos, y ha encontrado su muerte. El bote nada como un pájaro marino, sin embargo, si Dios quiere puede salvarlo.

—Arturo, ¿qué has hecho?

—Quitar del mundo á un malvado; Dios que es justo, le perdonará; yo me hubiera muerto sin perdonarle.

Trinidad cayó de rodillas y pidió á Dios la salvación de su perseguidor.

Abril 20 de 1844.



INDICE.


STANFORD UNIVERSITY LIBRARY
To avoid fine, this book should be returned on or before the date last stamped below.
JUN 3 1925
JAN 21 1941
FEB 1941


868.208 Biblioteca de autores mexicanos.
B582 283017, v.36
NAME
DATE
NAME
DATE
JUN 3 1925
DEC 2
JAN 21 1941
FEB -4 1941
FEB 6'48 FAC.
868.208 .B582 v.36
Obras ...
AAG5735
Stanford University Libraries
C.1

